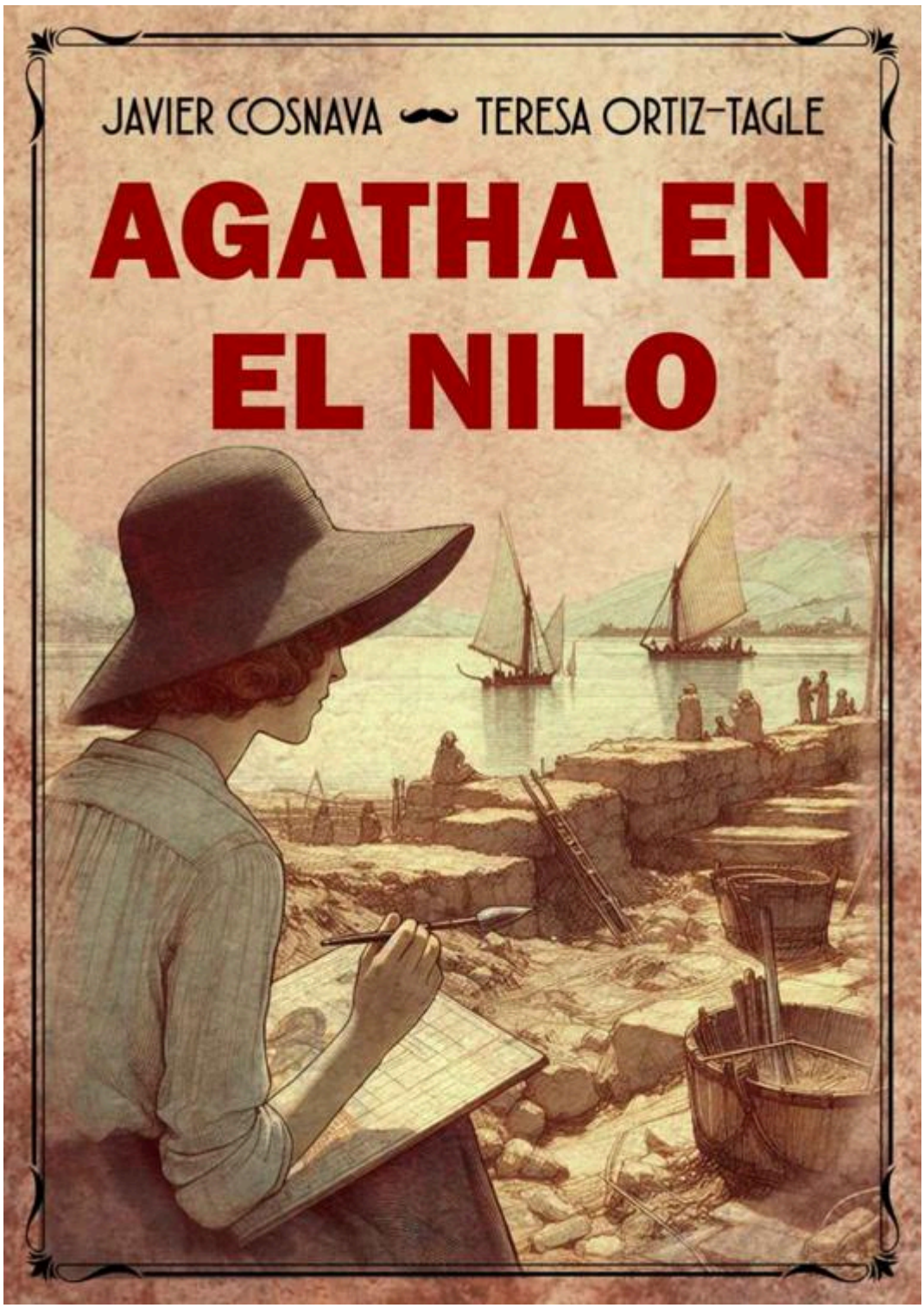
JAVIER COSNAVA — TERESA ORTIZ-TAGLE

AGATHA EN EL NILO




JAVIER COSNAVA
TERESA ORTIZ-TAGLE
AGATHA EN EL NILO

Javier Cosnava / Teresa Ortiz-Tagle

Agatha en el Nilo

DRAMATIS PERSONAE

Protagonistas

-CHRISTIE, Agatha: 39 años. Famosa escritora.

-POLROT, Héracles Amadeus: 45 años. Refugiado belga. Esposo de Claire. Su apellido no debe confundirse con Poirot.

Otros personajes principales

-BENNET, Hassan: 27 años. Asistente de Max Mallowan. Más tarde tendero en Torquay.

-CHRISTIE, Rosalind: Casi 11 años. La llaman Teddy. Hija de Archibald y Agatha Christie.

-FISHER, Charlotte: 28 años. La llaman Carlo. Secretaria y ayudante de Agatha.

-HAMMOND, Gregory: 56 años. Abogado de Polrot. Son viejos amigos.

-MALLOWAN, Max: 25 años. Arqueólogo.

-PETER: perro de Agatha.

-POLROT, Claire: 40 años. Esposa de Héracles.

-ROWLEY, Margaret: 61 años. Suegra de Eleanor Fitzroy. Esposa de William Rowley.

-ROWLEY, William: 63 años. Suegro de Eleanor Fitzroy. Esposo de Margaret Rowley.

-THORNFIELD, Barnaby: 52 años, ex Comisionado del Área de Yorkshire, ahora degradado a inspector jefe.

-WHITMORE, Edith: 17 años. Trabajadora de la tienda de Hassan. Hermana de Clara.

Y también (apenas aparecen o solo nombrados):

-AÏCHA: camarera tunecina del barco de vapor Horus Victorioso. Mejor amiga de Layla.

-BENNET, Amina: 29 años. Hermana de Hassan.

-FITZROY, Eleanor: mujer de Torquay desaparecida.

-HAMMOND, Hellen: Esposa del abogado Gregory Hammond. Ya fallecida.

-LAYLA: camarera egipcia del barco de vapor Horus Victorioso.

-WATTS, James: 51 años. Esposo de Madge.

-WATTS, Jack: 26 años. Hijo de Madge y James.

-WATTS, Margaret Frary: 51 años. Nacida Margaret Miller. Hermana mayor de Agatha y Monty. Llamada por su familia Madge o *Punkie*.

-WHITMORE, Clara: 16 años. Trabajadora de la tienda de Hassan. Hermana de Edith.

PRÓLOGO:

EL VERDADERO POIROT

Y LA VERDADERA AGATHA



Todo lo que se cuenta en esta novela, a excepción del misterio policíaco en sí, es verídico, basado en la vida de Agatha Christie, con algunas pequeñas licencias necesarias para que la novela funcione.

Incluso el misterio policíaco tiene algo de verídico porque, como en todas nuestras obras, está basado en la carrera criminal de un asesino o asesinos reales.

Lo que se explica sobre el verdadero Poirot está inspirado en lo que la misma Agatha Christie cuenta en su autobiografía y en las investigaciones de Michael Clapp acerca de la génesis del personaje.

LIBRO PRIMERO

INGLATERRA



CAPÍTULO 0:

AGATHA CONFIESA

(Enero de 1976)



Era un día gris en Torquay, cargado de humedad. Agatha Christie caminaba lentamente por la plaza, envuelta en un abrigo que parecía demasiado grande para su figura esquelética. La enfermedad había dejado huella en ella: su rostro estaba pálido, las mejillas hundidas y su andar, antes resuelto, ahora era un paso cansado, como la aguja que marcara el tiempo de un reloj que se estaba quedando sin cuerda. Apenas levantaba la vista, pero no podía evitar notar los detalles de la vida a su alrededor: un niño que perseguía una pelota, el murmullo de las palomas reunidas cerca de una fuente seca, y un violinista callejero que tocaba una melodía que se perdía en el viento.

Todo estaba vivo, más vivo que nunca… pero ella se moría.

Levantó la vista hacia un letrero deslucido: Yacht Bar. Dudó un instante. El edificio de dos plantas tenía un exterior pintado en tonos claros, con molduras algo desgastadas por la brisa marina. Grandes ventanales enmarcaban la entrada, dejando ver desde fuera la actividad en su interior. Pero no vio a la persona que estaba buscando.

Una mano delgada se cerró con fuerza alrededor del pomo de la puerta antes de empujarla. Dentro, el ambiente era cálido, pero pesado, impregnado de olor a tabaco. Agatha miró alrededor, buscando con la mirada. Ah, ahora podía distinguirlo. Allí estaba él.

Héracles Polrot ocupaba una mesa en el rincón más apartado, junto a una ventana desde donde podía observar discretamente a quien entrara. A sus 89 años, su gesto seguía siendo enérgico, aunque más frágil. No se parecía al refugiado belga que tanto tiempo atrás la había inspirado para crear a su más famoso detective. Pero tras aquella carcasa que se desmoronaba, habitaba todavía un hombre sagaz y magnífico.

—¡Aquí! —dijo Héracles, alzando una mano.

Su viejo amigo sonreía, sus ojos conservaban ese brillo inquisitivo que le caracterizaba. Vestía un traje oscuro, de corte impecable. Su fedora descansaba en una silla.

Agatha se acercó despacio; le dolía cada paso. No debería haber salido de casa pero… tenía que hablar con su amigo. Cuando llegó,

se permitió esbozar una sonrisa antes de sentarse frente a él.

—Supongo que será importante —dijo Polrot, con voz grave y pausada.

Agatha asintió, pero no respondió de inmediato. Sus dedos se entrelazaron sobre su delgado vientre. El bar, con su murmullo constante, llenó por un momento el silencio de ambos.

—Lo es —respondió al fin, con un tono que no dejaba lugar a dudas.

Polrot suspiró, dejando escapar un leve resoplido que agitó los extremos de su bigote.

—Eso espero, *mon amie*. Ambos estamos viejos y enfermos. Mi tiempo se acaba y…

—Si he organizado esta reunión secreta, casi clandestina —lo interrumpió la escritora—, es porque tengo una buena razón, Héracles.

Polrot la observó largamente, evaluándola como lo había hecho tantas veces. Pero esta vez había algo distinto en ella.

—Hemos enfrentado muchos misterios, Agatha —dijo, su voz cargada de nostalgia—. Pensaba que ya no nos quedaba nada más que acometer. *Mais non*, he aquí un último misterio. Dime, pues, de qué se trata.

Agatha miró en derredor. Las paredes del Yacht Bar estaban decoradas con fotografías en blanco y negro de regatas y paisajes costeros, acompañadas de viejos mapas marítimos que añadían un toque nostálgico. Un largo mostrador dominaba el fondo del local, coronado por una fila de botellas que brillaban bajo una iluminación amarillenta.

—Una vez te mentí, querido amigo. Y lo siento.

Héracles Polrot levantó lentamente la vista, su ceja derecha arqueándose apenas un par de milímetros. Permaneció en silencio; luego se inclinó ligeramente hacia adelante, como si quisiera atrapar cada palabra antes de que se escapara.

—Explícate —dijo al fin, con un tono que era más una orden que una petición.

—Hubo un caso, hace mucho tiempo. Tú… —la voz de Agatha vaciló un instante, pero se recompuso rápidamente—. Tú te equivocaste.

—¿Yo? ¿Me equivoqué? No sé si creerte —dijo Polrot, enderezándose en su silla. Sus dedos tamborilearon sobre la mesa, incrédulos.

—Tú también te puedes equivocar, ¿no? —dijo entonces la escritora.

—Aunque improbable, reconoceré, al menos como hipótesis, que es algo posible.

El detective sonrió, conciliador. Y añadió:

—Dime qué error cometí.

—Señalaste al sospechoso que no era. Y yo te dejé hacerlo.

El silencio que siguió fue pesado como el humo de tabaco que se elevaba sinuoso sobre sus cabezas. Polrot formuló la única pregunta posible.

—¿Por qué?

Agatha se encogió de hombros. Su delgado cuello parecía doblarse bajo el peso de una culpa largamente contenida. El tiempo y el cáncer no solo le habían robado su fuerza física, sino también su seguridad. Su voz, apenas un susurro, regresó finalmente:

—Porque me interesaba que no se supiese la verdad.

Esta vez fue Polrot quien miró a su alrededor, sus ojos repasando cada rincón del Yacht Bar como si temiera que alguien pudiera estar escuchándolos. Pero no había nada que temer. Los clientes habituales seguían absortos junto a la chimenea, y los recién llegados permanecían en la barra, charlando con el barman. Nadie reparaba en ellos, ni en Agatha ni en él. Eran dos ancianos más, invisibles en una esquina apartada. Incluso la camarera, que pasaba diligente de una mesa a otra, se había olvidado de aquella pareja de viejos. Polrot dejó escapar un leve suspiro y se inclinó hacia Agatha, susurrando con gravedad:

—Supongo que vas a refrescarme la memoria, Agatha. ¿De qué caso estás hablando? ¿Cuándo fue?

Ella se retorció ligeramente en su asiento. Había algo casi infantil en su gesto, como una niña atrapada en una travesura que temía confesar.

—Antes de todo, quiero pedirte perdón —dijo con un hilo de voz.

—Y yo quiero que me cuentes lo que pasó. Dejemos las disculpas para luego, *s'il te plaît*.

El silencio regresó. Agatha miró sus manos, que jugueteaban nerviosamente con el anillo que llevaba en el dedo. Tras un largo rato de miradas y de nuevos silencios, respiró hondo y se obligó a hablar:

—Creo que debo comenzar por la desaparición de la señora Eleanor Fitzroy. Con ella comenzó todo.

—Ahora no caigo, *mon amie*. Desapareció una mujer, dices… ¿cuándo fue?

—En 1930.

—*Ah, je comprends*. Un año importante en tu vida.

—Sí.

—Fue cuando conociste a Max.

Agatha tardó en responder.

—En efecto.

Polrot frunció el ceño, su mente y sus células grises trabajando a una velocidad que su anciano cuerpo ya no podía sostener.

—¿Qué nombre has dicho antes? —preguntó, levantando la cabeza bruscamente—. El de la fallecida.

—Desaparecida. Se llamaba Eleanor Fitzroy.

El nombre parecía resonar en algún rincón olvidado de la memoria del detective, como un eco persistente en una sala vacía. Sus ojos se entrecerraron. ¡Espera! Lo tenía en la punta de la lengua.

—La mujer que supuestamente se ahogó, aunque nunca se halló su cadáver. Pasó aquí mismo, en la playa de Torre Abbey Sands, ¿no? —dijo Héracles, golpeándose la frente con la palma de la mano. Había cierta irritación en su gesto, como si se sintiera traicionado por sus células grises.

—Sí, aquí cerca.

—Cerca geográficamente, *mon amie*. Pero lejos en el tiempo. Hace casi cincuenta años. Lo que significa que llevas cincuenta años arrastrando esa mentira.

Agatha bajó ligeramente la cabeza, aunque sus ojos permanecieron clavados en los de Polrot.

—Así es. Aunque no fue una mentira. Al menos no estrictamente hablando. Solo me callé la verdad.

Héracles se reclinó en su silla, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Y hoy vienes a contarme esa verdad.

—Solo si quieres.

—*Je veux, sans aucun doute.* Ya te lo he dicho antes. Cuéntamelo todo, por favor.

Agatha respiró hondo, cerrando los ojos un instante antes de lamerse los labios resecos. Habló con una voz pausada, como si quisiera asegurarse de que cada palabra fuera la correcta, la más precisa: toda la verdad.

—Eleanor desapareció una tarde de abril…

CAPÍTULO 1:

ELEANOR

(Abril de 1930)



Eleanor desapareció una tarde de abril. Recuerdo que, cuando lo supe, estaba paseando por la playa en compañía de mi querida Carlo y de mi amigo Hassan Bennet. Las olas lamían la orilla con un ritmo constante, y en la distancia, se podía ver el muelle, con sus barcos de pesca balanceándose suavemente.

Carlo, siempre inquieta, se adelantó unos pasos, explorando las dunas. Me detuve a contemplarla. Era una de las personas en las que más confiaba en el mundo. No solo era mi ayudante: era mi mejor amiga. Alta, de cabello color café, hermosos ojos y rostro redondeado. Todo en ella transmitía confianza. Se llamaba realmente Charlotte, pero yo la llamaba cariñosamente Carlo.

Fue entonces cuando Hassan rompió el silencio, poniendo fin a aquel pequeño momento de introspección.

—Estoy preocupado por lo de la señora Fitzroy —dijo.

Debí mirarlo con un gesto de sorpresa que me delató, porque mi amigo añadió casi de inmediato:

—No se sabe nada de ella desde ayer por la tarde. ¿No conocía la noticia?

Oh, aquello era impensable. Conocía a Eleanor del pueblo; tenía dos hijos pequeños a los que idolatraba. Nunca los dejaría solos. Por nada del mundo. Además, su marido había muerto de un infarto hacía apenas dos años. Eleanor trabajaba sin descanso para mantenerlos, a menudo dejando de lado cualquier lujo o necesidad personal.

—No… pero, ¿cómo es posible? ¿Qué le pudo pasar? —pregunté, incapaz de ocultar mi inquietud.

—No se sabe. Salió de trabajar como todos los días de mi taller y… se esfumó. Esta mañana no pasó por "Bennet Repairs" y poco después supe que la andaban buscando.

Hassan, mitad inglés y mitad egipcio, sentía un profundo orgullo por su negocio. "Bennet Repairs" se había inaugurado hacía apenas tres semanas, pero era ya el lugar al que acudían los vecinos de Torquay para reparar todo tipo de objetos: cinturones, botas, bolsos y cualquier cosa con un valor material o sentimental que necesitase

un repaso. El éxito de su negocio había sido tan rotundo y repentino que había tenido que contratar para que le ayudasen a tres empleadas, una de ellas Eleanor Fitzroy, que se encargaba de atender a los clientes. Porque Hassan y su taller se habían vuelto indispensables en la ciudad.

—Es muy extraño —dije, alzando una mano para llamar la atención de Carlo, que comenzó a regresar de su pequeña excursión.

—Más que eso, señora Christie. Como ya sabe, Eleanor nunca… ¿cómo decirlo? Nunca asumía riesgos. Iba del trabajo a su casa. Solo pensaba en ganar un poco de dinero para sus hijos y nunca se desviaba del trayecto.

Eleanor tenía un pequeño retraso mental. No era algo evidente, a menos que hablaras más de cinco minutos con ella, pero aquellos que la conocíamos sabíamos que Eleanor sí era profundamente consciente de sus limitaciones. No se fiaba de nadie que no conociera y siempre tomaba el camino más seguro.

—Y hay algo aún más extraño —dijo Hassan, con un brillo de desconcierto en los ojos—. Bill, el del ultramarinos, y algunos otros vecinos dicen que la vieron, a ella o a alguien muy parecido, caminando, alejándose hacia las olas, a punto ya de anochecer, en esta misma playa en la que nos hallamos.

Miré alrededor, intentando imaginar la figura de Eleanor en ese mismo paisaje que ahora parecía tan apacible. La marea estaba baja, dejando al descubierto pequeños pozos de agua donde los niños solían cazar cangrejos en verano. Pero, más allá, las olas comenzaban a subir, alcanzando las huellas que Carlo había dejado en la arena.

—Pero este lugar se halla en dirección contraria a su casa —dije, sintiendo que mi desconcierto crecía—. ¿Para qué vendría aquí a esas horas? ¿Para ver a alguien? ¿Para…?

Dejé la frase en suspenso. Una mujer pobre, sin marido y ninguna expectativa de mejora en su vida, que se desvive por sus hijos pero no consigue darles el sustento que necesitan. Tal vez había pasado por su cabeza una idea terrible. Pero la conocía y no podía creerlo.

—Todo lo relacionado con esta historia es un misterio —murmuró Hassan.

—Ya veo. Pero sus hijos… ¿qué ha sido de ellos?

—De momento se los han quedado los abuelos paternos, los Rowley. No se llevan bien con Eleanor. Siempre pensaron que era poca cosa para su hijo. Pero los niños son de su sangre. No les faltará de nada.

—Bueno. Al menos ellos estarán bien. Eso es lo que cuenta.

Hablamos un rato más mientras observábamos el mar. La marea seguía subiendo lentamente, comiéndose con calma las franjas de arena más cercanas a la orilla. Las olas, de un azul grisáceo, se arrastraban hacia nosotros con un ritmo hipnótico, rompiendo en espuma blanca antes de retroceder, solo para intentarlo de nuevo. Carlo llegó hasta nosotros justo cuando el agua empezaba a tocar las primeras dunas.

—¿Tú sabías lo de Eleanor?

—No se habla de otra cosa.

—¿Y por qué no me lo dijiste?

—No soy muy de cotilleos, Agatha. Ya lo sabes.

—Esto no es un cotilleo precisamente. Es una desaparición real.

—Puede ser, pero… bueno, supongo que pensé que bastante teníamos con lo de Rosalind. El tema de Eleanor no tiene buena pinta. No me extrañaría que nos devolviese su cuerpo el mar un día de estos. Creí que no era un tema adecuado en este momento.

Mi hija, Rosalind, había estado muy enferma pocas semanas antes. Por suerte, había mejorado mucho. Ya estaba fuera de peligro.

—Hablando de Rosalind, vete a la casa a buscarla. Supongo que se habrá despertado ya de la siesta. Tendrá ganas de pasear con nosotros por la playa. Que camine un poco. Le vendrá estupendamente un poco de aire fresco. ¡Y abrígala bien!

Carlo obedeció sin rechistar. Se había dado cuenta de que quería quedarme a solas un momento con Hassan. Ella siempre sabía lo que pasaba por mi cabeza. Cuando estuvo lo bastante lejos, le dije a mi amigo:

—Este fin de semana viene Max de visita.

—Ah…

Como no añadí nada más, mi amigo dijo:

—¿Eso es un problema?

—Sí, lo es —reconocí, lanzando un largo suspiro—. Creo que va a pedirme que me case con él.

CAPÍTULO 2:

MAX, HASSAN Y AGATHA EN ORIENTE

(Febrero y primeros de marzo de 1930)



Conocí a Max Mallowan durante un, viaje a las ruinas de Ur, una ciudad de la antigua Mesopotamia. Había sido invitada a visitar las excavaciones por mis amigos Leonard y Katherine Woolley. Leonard era un arqueólogo brillante, un verdadero pionero en su campo, y su esposa Katherine tenía un carácter formidable, siempre dispuesta a apoyar sus expediciones y a dominar a todo el mundo en el proceso. Porque mi amiga daba órdenes a diestro y siniestro: arqueólogos, obreros, peones… y también a su marido, por supuesto.

Fue entonces cuando Max, el ayudante de Leonard Woolley, llegó al campamento. Era un joven de cabello negro, delgado y algo tímido, pero con una gran pasión por la arqueología. Recuerdo que nos presentaron durante la cena. Max y yo sentimos de inmediato una conexión especial. Sus ojos brillaban cuando hablaba de su trabajo, y su entusiasmo era contagioso. Algo cambió en mí aquella noche. Tal vez fue la magia del lugar, o el destino que tejía sus hilos sin que yo lo supiera, pero lo cierto es que, cuando nuestras manos se rozaron por accidente, sentí un leve escalofrío que no pude ignorar.

Pero tal vez las cosas no habrían ido más allá de no ser por Katherine:

—Tengo que continuar mi viaje —le dije a mi amiga una semana después mientras paseábamos por el campamento—. Quiero ir a Nejef y Kerbala, cerca de las riberas del Éufrates.

—Pero no puedes ir sola. Es peligroso —replicó ella, frunciendo el ceño.

—Ya, pero…

—Está decidido, te acompañará Max.

—Pero él es el ayudante de tu marido. No puedes dejar a tu esposo solo con tanto trabajo, y yo tampoco quiero…

—Técnicamente no es el ayudante de Leonard. Es el asistente general de toda la excavación.

—O sea, mucho más que un ayudante, casi un igual.

—Exacto… casi. Esa es la clave —rio Katherine, cruzando los brazos con aire travieso—. De cualquier forma, Leonard y Max me

matarían si te dejase hacer un viaje tan peligroso sola, y yo les mataría a ellos si lo permitieran y te pasara algo, así que estamos en una encrucijada.

—Una encrucijada de asesinatos… parece una de mis novelas —respondí, riendo.

Katherine soltó otra carcajada.

—Precisamente. Ya sabes lo terrible que es cuando hay tantos personajes con un móvil para el asesinato. Al final, siempre pasa lo peor y tu detective, ese tal Poirot, tiene que sacarte las castañas del fuego.

Ambas nos reímos de nuevo, y con ganas, ante su ocurrencia. Era cierto que, en mis novelas, los crímenes siempre se complicaban más de la cuenta. Y, como buena amiga, Katherine estaba decidida a que la realidad no se pareciera demasiado a mis tramas. Finalmente, le di la razón: aceptaría que Max me acompañase. Aunque en ese momento, ni siquiera sospechaba cuánto cambiaría mi vida aquel viaje.

Partimos por la mañana. Max me estaba esperando en la entrada del campamento.

—Espero no ser un incordio, señor Mallowan, ni haber trastocado sus planes.

—Nada de eso. Tenía pensado ir en dirección a Bagdad. Solo he tenido que adelantar mis planes. Y por favor, llámame Max: tutéame.

Sonreí.

—Eso haré, Max.

Acto seguido, me presentó a Hassan Bennet.

—Hassan será nuestro guía. Hace dos años que está a nuestro servicio en la excavación. Le confiaría mi vida —dijo, con sincera camaradería.

El hombre dio un paso adelante, inclinando ligeramente la cabeza en un gesto respetuoso, y dijo:

—Espero que nuestro viaje sea tan seguro como interesante. Conozco cada rincón de los caminos que recorreremos y prometo llevarles a salvo hasta su destino.

Hassan tendría algo menos de treinta años, un porte atlético y una actitud serena que inspiraba confianza. Vestía de forma típica para alguien que trabajaba en la región: llevaba una túnica de mangas largas, de lino, que le llegaba hasta los tobillos, ideal para protegerse del abrasador sol del desierto. Sobre su cabeza, un pañuelo sujeto con una banda negra. Parecía realmente alguien que sabía moverse entre los caminos áridos y los vientos polvorientos. Además, cumplió con su palabra y nos llevó sanos y salvos hasta el zigurat de Nippur, que se alzaba imponente contra el cielo, y luego a Nejef, una ciudad amurallada que resistía indemne el paso del tiempo.

No todo fue fácil; pocos días después quedamos atrapados en las arenas del desierto, y Hassan partió a buscar ayuda mientras Max y yo esperábamos a la sombra del coche.

—¿Lo estás pasando bien, Agatha?

Max me miraba fijamente, con una intensidad que me hizo apartar la mirada.

—Muy bien —respondí, tratando de sonar despreocupada.

Yo tenía treinta y nueve años y él apenas veinticinco. Me decía a mí misma que no debía pensar en él de esa forma, que era absurdo, inapropiado incluso. Pero su mirada y la forma en que me trataba desarmaban mis argumentos. Había algo en Max, en su calma, su manera de escucharme, de anticiparse a mis necesidades, que empezaba a quebrar mis barreras. Creo que incluso antes de comenzar a enamorarme de él ya sospechaba lo que iba a suceder… inevitablemente.

Intenté distraerme observando el horizonte, donde las arenas doradas se alzaban contra un cielo claro, pero no podía ignorar lo que nos estaba pasando.

Por suerte, Hassan regresó poco después. Me sentí aliviada y estuve callada mucho rato, pensando en Max. Nuestro guía también optó por el silencio. Sus ojos verdes nos observaban con calma, y su media sonrisa me indicó que comprendía mejor que nosotros lo que estaba pasando.

En Kerbala, Hassan nos hizo un pequeño recital privado de poesía inglesa y árabe. Aunque no era un hombre sofisticado ni culto, había escuchado muchas canciones e historias en Egipto, en Mesopotamia y en todo el Medio Oriente. Yo disfrutaba de su compañía. Surgió así, poco a poco, una profunda familiaridad entre los tres basada en el respeto mutuo, la confianza y mucha diversión. Llegamos tarde a Bagdad, exhaustos pero unidos, sabiendo que habíamos emprendido algo mucho más grande que una simple expedición.

Pero nuestro viaje no había llegado a su fin. Ni mucho menos. Recorrimos Mosul y Alepo. Luego, marchamos hacia Grecia, esta vez en barco, una excursión romántica que me hizo pensar a menudo en Max. Aunque todo cambió al llegar a Atenas. Al entrar al hotel, un montón de telegramas acumulados me esperaba en la recepción. Mis manos temblaban mientras leía el primero de ellos: Rosalind, mi hija, había contraído neumonía; estaba muy enferma y había sido trasladada al hospital para recibir cuidados intensivos. Mi corazón se detuvo un instante al leer aquello. La noticia me golpeó con fuerza.

Así que decidí regresar a casa. Max y Hassan se ofrecieron a acompañarme. El primero dijo:

—No puedo dejarte sola. Es un viaje largo en tren y se te ve muy afectada. Sería un desconsiderado… no, un monstruo, si lo hiciese.

Lo cierto es que estaba hundida. Había dado vueltas por la ciudad como una sonámbula, sumida en mis pensamientos, hasta que tropecé con un árbol y me caí. Me había torcido el tobillo y cojeaba visiblemente.

—Puedo regresar por mí misma. Lo de mi caída no será para tanto —protesté, tratando de restarle importancia.

—Mírate. Claro que lo es —replicó Max con firmeza, señalándome el tobillo hinchado.

Hassan dijo entonces:

—Yo también iré con usted, señora Christie. Siempre he querido conocer Inglaterra.

—¿Nunca ha estado? —pregunté.

—No. Mi padre, Henry Bennet, era británico, un comerciante que llegó a Egipto en busca de fortuna. Tuvo un romance con mi madre, Amina Fareed, y vivieron juntos un tiempo. Pero cuando mi madre quedó embarazada de mí, él regresó a Inglaterra y nunca volvió.

—Entiendo. Si necesitas ayuda, podría prestarte algo de dinero…

—Le agradezco mucho la oferta, pero llevo tiempo ahorrando —dijo Hassan, con una sonrisa tranquila—. Estoy cansado de trabajar como guía. Mi sueño es abrir una tienda de reparaciones. Se me da bien arreglar cosas.

—Eso es fantástico —intervino Max—. Cuando abras tu local, avísame. Te ayudaré a montar tu negocio. Soy bueno haciendo cuentas, inventario, cosas necesarias tanto en una excavación como en un negocio.

La conversación prosiguió en similares términos. A pesar de la tristeza que me embargaba, la compañía de Max y Hassan era un bálsamo. Me reconfortaba saber que, incluso en aquel momento difícil, contaba con amigos sinceros y generosos.

Sabía que todo iría bien a su lado.

CAPÍTULO 3:

HASSAN Y AGATHA DE NUEVO EN EL PRESENTE

(Abril de 1930)



—¿En qué piensa, señora Christie?

Volví del país de los recuerdos. Miré a Hassan y luego, tras él, a Carlo y Rosalind, que acababan de llegar y paseaban cerca del agua. La marea seguía subiendo, y ambas reían mientras esquivaban la espuma de las olas con las que jugueteaban en la orilla.

—Pensaba en la forma en que os conocí, a Max y a ti.

—Ah, fue un viaje muy agradable, señora Christie.

Hassan sonrió. Ya no vestía a la egipcia, por supuesto. De hecho, podría haber pasado por inglés, o casi, solo tenía la piel un poco más oscura que la mayoría, lo que contrastaba con sus hermosos ojos de color esmeralda. Por lo demás, tenía un carácter amable, aunque distante. Era extraordinariamente frío y tranquilo. Nunca se tomaba confianzas con nadie. No tuteaba jamás, a persona alguna, y no hacía preguntas innecesarias. Yo fui desde el primer día al último la señora Christie. Era una cortesía que yo atribuía a su experiencia trabajando siempre al servicio de británicos adinerados en Egipto y Mesopotamia, quienes rara vez alentaban a sus empleados a romper la barrera invisible que les separaba de los inferiores, la barrera de la servidumbre.

—Bueno, tal vez debamos irnos ya porque… —comencé a decir.

—Pero creí —me interrumpió entonces mi amigo— que quería hablarme de Max Mallowan y de que usted cree que va a pedir su mano.

Solté un bufido. Quería hablar del tema pero, al mismo tiempo, quería obviarlo, pensar en cualquier otra cosa. Así de complicadas somos las mujeres. A regañadientes, dije:

—Pues sí.

—¿Cómo lo sabe? Quiero decir… ¿Cómo sabe que le pedirá matrimonio? No le ha visto desde hace casi un mes, cuando llegamos y usted se fue a cuidar de su hija. Entretanto, monté mi tienda con la ayuda del señor Mallowan. Y él se marchó de Torquay antes de que usted regresase.

—Esas cosas se saben.

—¿Cómo? —insistió.

Me sonrojé.

—Se saben y ya está, Hassan. Cuando una mujer está cerca de un hombre que la mira nerviosamente y luego mira al cielo, pensativo… ay, no sé explicarlo, se sabe y ya está, ya te lo he dicho. De hecho, si mi hija no hubiese estado convaleciente, Max me habría pedido que fuese su esposa durante el viaje de regreso a casa. Pero debió pensar que no era adecuado, que podría interpretarse que se aprovechaba de mí en un momento de debilidad. Ya sabes que es un caballero. Así que se marchó sin terminar su misión, por así decirlo. Me ha escrito dos veces desde Francia, donde está pasando unos días con su madre. Cuando no está en una excavación trabaja en el Museo Británico, pero se ha pedido una semana para estar con ella. Aunque eso no le ha impedido escribirme, como ya te he dicho, y mencionar que le encantaría venir a Ashfield, la casa familiar que fue de mi madre. Que quiere venir aquí, vaya, a Torquay. Le he dado largas, pero ya no puedo postergarlo.

Hassan asintió lentamente, como si hubiera comprendido algo fundamental.

—Ah, claro. Usted no desea que se le declare. Va a rechazarlo y no quiere hacerle daño.

Me mordí los labios.

—Ojalá fuera algo tan sencillo.

Hassan me miró expectante, así que continué.

—Hubo un hombre, un viejo amigo, que solía mandarme flores. Siempre elegía lirios blancos y violetas, combinados con delicadeza. Los acompañaba con mensajes de admiración, pero nunca de exigencia. De todas formas, cuando finalmente entendí lo que sentía por mí, decidí hablar con él directamente. Lo rechacé con amabilidad. Le expliqué que, aunque le tenía un gran afecto, no podía corresponderle como él esperaba. Fue una conversación delicada, y él lo aceptó con dignidad. Nunca ocurrió nada más después de aquello. Se apartó sin reproches, y seguimos siendo amigos en la distancia.

Miré a Hassan, que parecía seguir aguardando ulteriores explicaciones.

—Cosas de la vida —le expliqué—. Desde que me divorcié, he recibido muchas atenciones de hombres. La fama y el dinero son imanes poderosos, pero rara vez vienen acompañados de verdadero afecto. Sin embargo, he de reconocer que es muy adulador.

—Entonces, ¿debo entender que le gustan esas atenciones provenientes del señor Mallowan, pero no quiere comprometerse ahora?

Hassan era bueno escuchando, pero no sacando conclusiones.

—Tampoco es eso. Claro que me gustan las atenciones, siempre que sean amables y no insistentes. Pero en el caso del señor Mall… de Max —suspiré—. El caso es que, si Max me pide que me case con él, creo que aceptaré. Yo… ay, maldita, sea… le amo.

Mis palabras me sorprendieron, tanto como a mi amigo, que seguía mirándome, confuso.

—¿Y eso es un problema?

—Pues sí. Veo dos problemas, por lo menos. El primero es que tengo miedo del matrimonio. Mi primer esposo, Archibald Christie, me traicionó con otra mujer. Me destrozó y me hizo pedazos. Solo te pueden hacer daño las personas que te importan. Yo… casi me volví loca. No quiero volver a exponerme a un dolor semejante.

Hassan no dijo nada esta vez, solo asintió con seriedad. Así que le revelé el segundo problema:

—Y luego está mi familia: Rosalind, Carlo, mi hermana Madge y el resto de mi gente, los más cercanos. Sé que no verán con buenos ojos que me case con un hombre al que apenas conozco, que es catorce años menor que yo y… bueno, tampoco hace tanto que me divorcié de Archibald. Me aconsejarán que espere. Preveo muchas conversaciones desaprobando mi decisión.

Carlo y Rosalind seguían jugando en la playa. Las risas de mi hija se mezclaban con el sonido del oleaje, y por un instante pensé en lo rápido que crecía, en cómo el tiempo se me escapaba entre los dedos como la arena. Fue entonces cuando la voz grave de Hassan interrumpió mis pensamientos.

—Pero usted ama a Max. Eso ha dicho. Y si es así… bueno, me parece que el resto carece de verdadera importancia.

Negué con la cabeza, aunque sus palabras resonaron en mi mente más de lo que quería admitir.

—Hay muchas cosas que importan aparte del amor, Hassan. El equilibrio, por ejemplo. Mi vida fue un desastre durante tanto tiempo tras la traición de Archibald que no quiero volver a perder el control de mi existencia. Por eso he escrito a un amigo que vive aquí mismo, en Torquay. Le he pedido que regrese a casa lo antes posible, le he dicho que lo necesito. Ese… amigo, ese hombre, me ayudó a recuperar el equilibrio y el control de mi vida. Quiero pasar unos días con Max y con él. El primero me ofrecerá un camino que podría ser definitivo; el segundo me ayudará a ver si es el correcto.

Hassan frunció ligeramente el ceño, intrigado.

—¿Y quién es esa persona?

Volví a mirar hacia la playa. Rosalind reía, saltando para esquivar las olas, y Carlo la seguía con pasos más pausados, preocupada. Al fin y al cabo, se había levantado de la cama hacía solo seis días y todavía estaba débil. Mi mirada se perdió un instante en el horizonte antes de responder:

—Un hombre extraordinario. Un hombre por el que, en el pasado, llegué a sentirme atraída. Tú no le conoces.

—Ah, atraída —dijo Hassan—. Entonces quiere tenerlos a los dos juntos, para saber si lo que siente por Max realmente es amor y no un simple capricho. Porque el matrimonio es algo serio para usted.

—Y peligroso —añadí, con un susurro que apenas escapó de mis labios.

Hassan asintió, y comenzamos a caminar por el sendero que llevaba hacia la primera calle de Torquay tras la playa.

—¿Y cómo se llama ese hombre, ese amigo extraordinario?

Me detuve un instante, pensando en él. Recordé su carácter meticuloso, su perspicacia incomparable, y cómo mi imaginación se había basado en su personalidad para dar vida a mi detective más famoso.

—Héracles. Se llama Héracles Amadeus Polrot.

CAPÍTULO 4:

HÉRACLES

(Abril de 1930)



—Bonjour, *mon amie*.

Descendiste del tren con la elegancia que siempre te ha caracterizado. Llevabas un sombrero fedora blanco ligeramente inclinado hacia un lado, que proyectaba una pequeña sombra sobre tu rostro. Tu bigotito incipiente, apenas visible, parecía como siempre meticulosamente cuidado. Vestías un traje claro con un chaleco a juego y una corbata a rayas que añadía un toque de sobriedad. En una mano sostenías un bastón que parecía más un adorno que una necesidad, y en los pies llevabas unos zapatos de charol marrón con un pequeño tacón, impecablemente lustrados. Tu voz, ligeramente aflautada, resonó cálida y educada mientras me sonreías.

—¿Has tenido un buen viaje? —te pregunté.

—Ha sido aceptable.

—¿Solo aceptable? ¿Y eso? —respondí, mirándote de reojo mientras comenzábamos a caminar por el andén.

Acababa de amanecer y una fina llovizna caía sobre nosotros. Tan fina que no había cogido un paraguas, pero lo bastante persistente para que dudase de si había tomado o no la mejor decisión.

—He tomado el tren de medianoche desde Paddington —dijiste, ajustándote el sombrero con un gesto sencillo, casi automático—. Es cómodo, pero lejos del verdadero lujo ferroviario, como el Orient Express. Así que mi nota es la que te he dado antes: aceptable sin más.

Asentí, sonriendo.

—Por supuesto.

Creo que no tenías ganas de andarte con circunloquios o conversaciones acerca del tiempo o los viajes en tren; fuiste directamente al grano.

—Supongo que me has llamado con tanta urgencia por alguna razón, *¿n'est-ce pas?*

—Sí, pero de eso ya hablaremos, porque…

Alzaste una mano de repente. Tu atención estaba en otra parte. Un nuevo pasajero estaba descendiendo del tren. Lo reconociste al

instante.

—¡*Commissaire*! ¡*Commissaire* Thornfield! ¿Es usted?

Un hombre se giró al escuchar su nombre, revelando una figura robusta y un vientre prominente que se balanceaba ligeramente al caminar. Sus piernas patizambas hacían que su andar resultara torpe, casi cómico, y su chaqueta, ajustada en exceso, parecía a punto de ceder bajo la presión de su corpulencia. Alzó una ceja al vernos.

—¡Polrot! ¡Señora Christie! No esperaba verlos por aquí.

—Ni nosotros a usted —dijiste—. ¿Qué le trae por Torquay? Si no recuerdo mal, usted es responsable del Área de Yorkshire… *loin, très loin*, casi en la otra punta del país.

El policía pareció dudar un instante, su mirada perdiéndose en el suelo antes de volver a levantarse con una expresión cansada.

—Bueno, es una larga historia…

—Disponemos de tiempo —te volviste hacia mí, con una leve sonrisa—. ¿No es cierto, Agatha?

—Claro, claro —respondí, aunque estaba ansiosa por conversar contigo.

—Pues no se hable más.

Diez minutos después, estábamos sentados en los Abbey Gardens, un rincón tranquilo de Torquay, un hermoso jardín con sus caminos serpenteantes rodeados de macizos de flores primorosamente cuidados. El aire olía a tierra húmeda y sal marina, y desde donde estábamos se podía ver la playa a nuestra derecha, con su arena dorada tocada por las olas. Pensé en Eleanor. Había desaparecido precisamente en aquel lugar que veía en lontananza. Aún perdida en mis pensamientos, oí, para mi sorpresa, el nombre de mi vecina salir de los labios del policía.

—He venido a investigar la desaparición de Eleanor Fitzroy.

—¿Usted en persona, *commissaire*? —preguntaste—. Me extraña que un hombre de su posición se rebaje a…

—Ese es el problema, ya no soy *commissaire*, bueno, comisionado se dice en inglés. Ahora vuelvo a ser inspector jefe. Me degradaron.

—¿Y eso? —tercié—. Espero no parecer demasiado curiosa.

Thornfield se encogió de hombros, con una expresión que mezclaba tanto vergüenza como aceptación.

—Yo mismo he sacado el tema, señora, así que no se preocupe. Es una pregunta pertinente. Bien… digamos que desapareció una cierta cantidad de dinero. No mucho ni poco, pero lo suficiente. Aposté en las carreras y pensé que podría reponerlo pronto. Lo hice, pero no lo bastante rápido como para que no se notara. Fui sancionado y enviado aquí, al lejano sur, definitivamente… a menos que consiga demostrar a mis superiores que sigo siendo útil.

—Tiene que hacer méritos, ganar puntos —dije, intentando mostrarme comprensiva.

—Exactamente.

—¿Y ha pensado que el caso de Eleanor Fitzroy podría ayudarle?

El policía hizo un gesto vago, como si la idea no fuera aún del todo sólida.

—Es un caso que parece adecuado para recuperar mi reputación. Sigo teniendo amigos en las altas esferas. Gracias a ellos no fui expulsado del cuerpo, solo degradado. Si consigo un triunfo sonado, podría volver a Yorkshire y a mi antiguo puesto.

Te miré entonces, Héracles. Habías estado en silencio, observando al inspector. Finalmente, hablaste:

—No conozco el caso, *mes amis*. No sé quién es esa señora que ha desaparecido.

Iba a explicártelo, pero el inspector se adelantó con entusiasmo:

—Parece un caso sencillo. Un hombre, un extranjero, acaba de abrir una tienda de reparaciones y ha contratado a tres mujeres: una con retraso mental y dos jovencitas. Gente manipulable, arcilla en manos de un agresor sexual. Pero Eleanor se resistió. Él la arrastró hasta la playa y la arrojó al mar. Aún no se ha encontrado el cuerpo, pero ya sabe que los extranjeros que vienen a nuestro país a menudo son degenerados y…

Noté que tu mirada, fría como un cuchillo, se clavaba en él. Thornfield se detuvo en seco, incómodo, y trató de corregirse:

—No todos, por supuesto. No se puede comparar a un refugiado belga como usted, un veterano de la Gran Guerra, alguien que aporta su sabiduría al mundo policial, con un medio árabe que se dedica a remendar zapatos.

Tus ojos brillaron con furia contenida mientras le respondías:

—Me pregunto, *monsieur l'inspecteur*, cómo ha llegado a esas certeras conclusiones acerca de ese extranjero.

—Bueno, los policías que patrullan esta zona mandaron un informe a nuestra central en Devon. Casi todo son cotilleos, pero yo extraje mis conclusiones.

—Sus conclusiones… ya veo. Pero usted no conoce ni a la supuesta víctima, ni al supuesto agresor, ni a las otras trabajadoras de su negocio, *n'est-ce pas?*

—No.

—¿Ha estado siquiera alguna vez en Torquay?

—Lo cierto es que no.

—¿Y alguien ha interrogado al supuesto agresor, el señor…?

Intervine entonces:

—Se llama Hassan Bennet.

—*Merci,* Agatha. ¿Alguien ha interrogado a *monsieur* Bennet?

—No aún.

—Pero usted ha venido a detenerlo en persona, ¿me equivoco?

Conocías bien a Barnaby Thornfield. Sabías cuánto ansiaba notoriedad, cuánto necesitaba demostrar su valía para recuperar su posición. Habíamos coincidido con él en solo una ocasión pero nos bastó para ser conscientes de sus debilidades. [1].

—Los casos policiales, bien lo sabe usted, Polrot, son a menudo muy sencillos —dijo el policía—. Para los grandes casos están hombres como usted, pero el 99 por ciento de las veces todo es muy simple, diáfano. El primer sospechoso es casi seguro el culpable. Y cuando se trata de un extranjero todavía más.

Yo sabía cuántas veces te habían denigrado por tu acento, por tu forma de vestir, de caminar… por ser diferente. No me extrañó que

te alzases de tu asiento en ese momento, ajustándote el sombrero.

—¿Sabe cómo se dice en francés "diáfano", *monsieur l'inspecteur*?

Thornfield parpadeó.

—No, ¿cómo?

—Se dice *transparent*. Algo claro, obvio, el tipo de cosas que a usted le gusten. Pero sucede que cuando miras algo transparente, estás realmente mirando a través de ese objeto. Puede parecer que ves con claridad, que todo es diáfano, pero esa forma transparente puede reflejar mal la luz o distorsionar los detalles o incluso actuar como una barrera si no se observa con cuidado. En resumen, algo transparente también puede ocultar lo que hay detrás y desfigurarlo todo… porque las cosas no siempre son lo que parecen.

—Bueno, no sé a dónde quiere ir a parar con ese comentari…

—Por desgracia, Agatha y yo tenemos una cita impostergable en su casa. *N'est-ce pas ainsi, mon amie?*

—Así es —respondí, con firmeza—. Absolutamente impostergable.

Nos marchamos sin más ceremonias, sin decir una palabra más. Bueno, tú no dijiste nada, caminabas a toda velocidad hacia Ashfield, con los puños apretados y el ceño fruncido. Yo, por mi parte, apenas lograba seguirte el paso. Pero finalmente, rompí el silencio:

—Tienes que ayudarme. Hassan es amigo mío. Es un hombre dulce y bueno. Estoy segura de que es inocente de lo que le acusan.

CAPÍTULO 5:

LLEGA MAX

(Abril de 1930)



Max llegó al poco de amanecer. Salimos a pasear por Torquay. Le sorprendió aquella vibrante y próspera ciudad en la Costa Sur de Inglaterra. Su clima templado, sus acantilados de arenisca roja y las vistas al mar azul del bullicioso puerto le otorgaban una atmósfera encantadora. El paseo marítimo estaba lleno de vida: parejas paseando, niños jugando y algún que otro turista observando los barcos que se balanceaban suavemente en las aguas. Hermosos jardines y amplias playas completaban el cuadro de un destino de vacaciones que parecía sacado de un cuadro.

Sin embargo, para mí, Torquay era mucho más. Era la ciudad donde se hallaba mi querida Ashfield. No era solo una gran casa victoriana; era el hogar de mi familia, los Miller. Un lugar lleno de recuerdos. Lo amaba profundamente.

De regreso tras una larga caminata, avanzamos Max y yo en silencio, ambos disfrutando de la serenidad de la costa, camino de Ashfield. Fuimos por Barton Road y luego por los lindes de la propiedad vecina, la de los Sorel, hasta alcanzar la entrada para carruajes. Pasamos junto al invernadero, aún lleno de geranios y begonias. Caminábamos sin prisas, disfrutando del momento.

—Es un placer volver a verte, Agatha —dijo Max, rompiendo el silencio.

—Eso ya lo has dicho antes durante nuestro paseo… y varias veces. Parece que hoy has perdido el don de la elocuencia.

—Perdona… yo… —Max balbuceó, evidentemente nervioso. Su mirada vagaba en derredor, como si buscara algo a lo que aferrarse. Se ajustó ligeramente la chaqueta, y luego sonrió con timidez.

Por suerte, el momento incómodo terminó al entrar en la casa. Aproveché para presentárselo a mi hija.

—Peter ha mordido a Freddie Potter —nos explicó Rosalind que, a sus diez años (casi once), era ya una jovencita muy despierta.

—Es el hijo del ama de llaves —le susurré a Max al oído, antes de volverme hacia mi hija—: Nada grave, ¿verdad?

—No, solo un arañazo.

Peter, nuestro Fox Terrier, era un perro aún joven y lleno de vida. Su pelaje blanco y áspero parecía desordenado, pero en realidad era un rasgo distintivo de su raza. Compacto y ágil, Peter se había convertido en el rey de la casa desde que Joey, nuestro anterior perro, había muerto. Era un pequeño tirano cariñoso que dormía en la cama de Carlo y se dedicaba a destruir con entusiasmo todo lo que encontraba a su paso: zapatillas, pelotas para perros que se publicitaban como "indestructibles" y, al parecer, niños desprevenidos como Freddie Potter.

Max no pudo evitar sonreír al ver corretear a Peter por la habitación con aire triunfal, como si supiera que era el centro de atención.

—Y esta es Carlo.

Mi secretaria y amiga (y ayudante para todo) pasó por el salón con la rapidez de un vendaval. En sus manos llevaba un centenar de hojas, parte de una de mis novelas, aún a medio pasar a limpio.

—Un placer, Max —dijo—. Agatha me ha hablado mucho de ti.

—¿Sí? ¿Y qué ha dicho?

Carlo me lanzó una mirada rápida. Yo levanté las dos cejas, un gesto que significaba: «¡Cuidado con lo que dices!»

—Que te lo cuente ella —respondió divertida, antes de desaparecer con la misma celeridad con la que había entrado.

—Va a ser un fin de semana encantador con tan buena compañía —dijo Max, optimista.

Pero la última persona que le presenté ya no le pareció tan encantadora.

—Este es mi amigo Héracles.

Max se quedó pálido al verte. Avanzaste desde la sala de lectura contigua con un periódico doblado en la mano.

—*Enchanté.* Es un placer verlo de nuevo —dijiste con una ligera inclinación de cabeza.

Habías coincidido con Max brevemente, apenas un par de noches, en Ur, meses atrás. Luego continuaste el viaje con Claire, tu esposa. Creo que apenas habíais hablado hasta ese momento.

—El placer es mío, señor Polrot —respondió Max, incómodo.

Hablamos de todo un poco durante la hora siguiente mientras desayunábamos. La mesa estaba llena de tostadas, huevos revueltos, tocino, mermeladas y, por supuesto, té servido en una tetera de porcelana con un paño bordado que lo cubría. Comentaste alguna anécdota sobre tu último caso mientras Carlo y Rosalind charlaban de sus cosas. Max apenas comió, distraído.

Apenas terminamos el desayuno, Max aprovechó un momento a solas conmigo para decir:

—Pensé que este era un fin de semana para nosotros dos.

—Y lo es. Bueno, más o menos. Ya sabías que estarían mi hija y mi secretaria.

—Sí, pero ese hombre…

—¿Polrot? Oh, no te preocupes, es como de la familia. Pasaremos la mayor parte del tiempo juntos, tú y yo.

Pero no era verdad. Apenas habíamos terminado de desayunar cuando te alzaste con aire solemne y dijiste:

—*Mes amis*, deberíamos salir cuanto antes si queremos regresar a tiempo para comenzar nuestra investigación.

—¿Qué investigación? —preguntó Max, desconcertado.

No le respondí. No quería estropearle el día con preocupaciones innecesarias. En cambio, cogí mi viejo Morris Cowley descapotable, y nos dirigimos al páramo de Dartmoor para una excursión. Llevamos una cesta de picnic y pasamos largas horas caminando bajo la lluvia, explorando la inmensidad melancólica del lugar.

El picnic fue sencillo pero reconfortante: sándwiches de queso y jamón, una botella de limonada casera y unas manzanas que había cogido del invernadero de Ashfield. Nos sentamos en una roca plana, mientras la brisa húmeda despeinaba mi cabello y Max observaba los ondulados páramos con un silencio pensativo. Cuando la lluvia empezó a caer con más fuerza, guardamos todo rápidamente y continuamos caminando.

Dartmoor estaba envuelto en un gris azulado; las colinas ondulaban hasta donde alcanzaba la vista, cubiertas de brezo

empapado y salpicadas de pedruscos que emergían como esqueletos de la tierra. Cuando distinguimos de nuevo mi coche, estábamos calados hasta los huesos, pero satisfechos.

—¿Lo estás pasando bien? —le pregunté a Max aprovechando que estábamos algo adelantados al resto del grupo.

—Muy bien, Agatha —respondió Max con una sonrisa que, a pesar de su esfuerzo, no ocultaba del todo su tristeza.

Me sentí culpable.

—Perdóname. Es que ha pasado una cosa y necesito la ayuda de Polrot —mentí.

Bueno, no mentía del todo; ahora que sabíamos las intenciones de Thornfield, realmente te necesitaba, pero mi decisión de llamarte había sido previa a lo ocurrido. Lo cierto es que quería teneros a ambos a mi lado: a Max y a ti para… Dios, seré sincera, para comparar mis sentimientos por ambos.

—¿Qué cosa? —inquirió Max.

—Están a punto de detener a Hassan por asesinato.

La tristeza y las dudas de Max desaparecieron en un instante. De la nada regresó el hombre de mundo, el que hablaba varios idiomas, el contable meticuloso y el organizador eficiente que tanto admiraba.

—¿Hassan? ¿Nuestro Hassan?

—¿Cuántos hombres crees que hay en Torquay que se llamen Hassan?

Le expliqué lo que había ocurrido con Eleanor Fitzroy, las sospechas de la policía, y cómo todo parecía basarse únicamente en los prejuicios hacia nuestro amigo.

—Es una injusticia. Tenemos que hacer algo —declaró Max con determinación.

—Y lo haremos. Ya sabes que Polrot es un investigador de primera fila y…

No terminé la frase. Max ya había girado sobre sus talones, decidido a hablar contigo.

—¿Ha diseñado un plan de acción? —te preguntó directamente.

—¿Un plan de acción, *monsieur*? —dijiste, arqueando una ceja.

—Sí, una lista de pasos para limpiar el nombre de Hassan Bennet.

Tus labios se curvaron.

—Ah, une *stratégie*. *Eh bien*, en este caso conviene esperar, ser reactivos. Primero, debemos reunirnos con el señor Bennet, entender los hechos, y luego esperar a que la policía mueva ficha.

—¿Esperar? Pero si la policía lo detiene antes de que podamos actuar…

—*Non.* Se equivoca, *monsieur* Mallowan. La policía debe mostrar sus cartas antes de que nosotros mostremos las nuestras. Esto es como una partida de póker, o si lo prefiere, como el bridge. El que muestra su mano demasiado pronto pierde ventaja. Y a Héracles Amadeus Polrot no le gusta perder.

Max asintió lentamente, aunque aún parecía inquieto.

—¿Crees que podemos perder?, ¿que Hassan puede ser condenado? —te pregunté, deteniéndome bajo la lluvia.

Te giraste hacia mí, y vi cómo tu gesto se tensaba. Tu mano, apoyada en la empuñadura de tu bastón, estaba crispada.

—No debemos precipitarnos. Hassan ni siquiera ha sido inculpado aún. Pero llevo el tiempo suficiente en este país para conocer el carácter inglés. No me malinterpretéis; Inglaterra es un buen lugar para vivir. Pero los ingleses, bueno… muchos no se consideran europeos, son muy *chauvinistes*, como los propios franceses, y esa mentalidad afecta su juicio. Las gentes de África, del Oriente Próximo… para ellos es como si vinieran de la luna. Mucho me temo que el señor Bennet tendrá problemas: muchas personas del pueblo declararán en su contra por cualquier detalle, desacuerdo o malentendido. Cualquier cosa que hayan visto o no visto será interpretada en su contra. Así que, si su empleada no aparece, no quiero dar nada por sentado, pero…

Se hizo un silencio incómodo. Sabía que estabas eligiendo tus palabras con cuidado. Finalmente, suspiraste, colocaste el bastón a tu espalda y concluiste:

—Digamos, sencillamente, que este caso me da muy mala espina.

CAPÍTULO 6:

EL REENCUENTRO DE DOS AMIGOS

(Abril de 1930)



Hassan cerró su tienda a las siete de la tarde. Apenas giró la llave en la cerradura, se volvió y vio un rostro familiar que iluminó su expresión cansada.

—¡Señor Mallowan!, qué grata sorpresa.

Ambos hombres se abrazaron. Max fue el primero en hablar:

—He oído que tienes problemas.

—¿Problemas?

Hassan miró en derredor con cierta inquietud. No había nadie más en la calle, salvo sus amigos Agatha y Max, y un señor muy bien vestido al que no conocía. Carlo y Rosalind habían regresado a casa, así que estábamos solos frente a su tienda vacía.

—Agatha y el señor Polrot creen que están a punto de detenerte —dijo Max en tono serio.

—¿Por lo de Eleanor?

—Exacto. La policía piensa que tienes algo que ver. Van a por ti.

—Oh, no. Debe ser un error. No creo que las cosas lleguen tan lejos.

—Sí, Hassan —repliqué con firmeza—. Van a detenerte. O al menos planean hacerlo. Hemos conocido a la persona que está al frente de la investigación y creemos que es inminente.

Hassan no daba crédito. Su boca se abrió, pero no pronunció palabra alguna al principio. Levantó las manos en un gesto de impotencia:

—Yo… yo me llevaba muy bien con Eleanor. Lo juro.

—¿Hasta qué punto os llevabais bien? ¿Demasiado bien, tal vez? —pregunté, mirando fijamente a Hassan.

—No, no es lo que usted insinúa —respondió Hassan, muy tranquilo—. Yo siempre la respeté. Nunca la besé ni nada parecido. Nunca.

—Yo no insinúo nada. Pero la policía tiene muy claro que eres peligroso para las mujeres. La gente habla. El rumor debe venir de alguna parte.

—No, no sé de dónde, señora Christie. Nunca, jamás, sucedió nada inapropiado.

Entonces diste un paso adelante.

—He oído, *monsieur* Bennet, que usted tiene a dos asalariadas además de la señora Fitzroy.

—Sí, Edith y Clara Whitmore.

—Pero no las he visto. Cuando ha cerrado la puerta, ellas no estaban en su local.

Hassan se encogió de hombros.

—Hoy no han venido. La gente habla de lo que le pasó a Eleanor. Hay rumores, tal y como ha dicho Agatha. Supongo que sus padres no habrán querido que trabajen hoy. —Hassan soltó un bufido—. Además, no ha entrado nadie en la tienda en todo el día cuando ayer la cola llegaba hasta la calle. Así que tampoco las habría necesitado.

Hassan nos miró largamente y añadió:

—Les juro que soy inocente.

Max puso una mano en su hombro, tratando de darle ánimo.

—Vamos a ayudarte. No te preocupes.

Mientras los dos amigos hablaban en voz baja, te volviste hacia mí con un brillo decidido en los ojos.

—Las *mademoiselles* Whitmore… ¿sabes dónde viven, Agatha?

—Conozco de vista a la familia, pero no sé dónde viven exactamente.

Sabía que el padre era deshollinador, un hombre que a menudo trabajaba en casas acomodadas de la zona. Eran una familia muy pobre. Fuimos preguntando a varios vecinos, quienes nos dieron finalmente una dirección. La casa estaba en una estrecha callejuela con adoquines húmedos y paredes desconchadas.

—Esa es Edith —dije, señalando a la izquierda. Una joven salió de la casa antes de que llamásemos a la puerta. Cargaba un pequeño balde de agua.

Edith era alta y delgada, con cabello oscuro y liso que caía sobre sus hombros. Sus ojos marrones captaban cada movimiento a su

alrededor. Vestía con ropa sencilla, aunque bien cuidada, como alguien acostumbrado a sacarle el máximo partido a lo poco que tenía.

Me acerqué con cautela, consciente de que su naturaleza reservada no facilitaría la conversación. Tú te quedaste atrás, en las sombras.

—Hola, Edith. ¿Tienes un momento? Soy Agatha Christie, la amiga del señor Bennet.

—Sí, señora. Sé quién es. Todo el mundo sabe quién es —respondió, bajando la mirada con cierto recelo.

—Quería preguntarte algo sobre Hassan. Se dicen cosas de él. ¿Crees que tienen algún fundamento?

Edith dudó. Su mirada pareció estudiar mis intenciones antes de responder.

—No, señora. Siempre ha sido respetuoso conmigo y con mi hermana.

—¿Y con Eleanor? ¿Alguna vez notaste algo raro?

—No, señora. Nunca vi nada fuera de lugar.

—¿Nunca se propasó contigo, con Clara o con Eleanor?

Edith se tensó, como si mi pregunta hubiera tocado un nervio sensible. Sus labios se apretaron, y por un instante pensé que no diría nada más.

—No, señora, propasarse no… pero… —hizo una pausa, su mirada buscando algo en el suelo, como si allí pudiera encontrar las palabras adecuadas—. Pasó algo extraño.

—¿Algo extraño?

Edith vaciló. Sus manos, que sujetaban el pequeño cubo de agua, comenzaron a temblar ligeramente.

—Fue al día siguiente de la desaparición de Eleanor. El señor Bennet nos llevó a la playa de Torre Abbey Sands.

—¿Os llevó a la playa donde la vieron la noche que desapareció? —pregunté, sorprendida.

—Sí, señora. Al amanecer. Antes de abrir la tienda. Hassan llevaba un ramo de rosas.

Sentí que una punzada de incertidumbre me atravesaba. Sabía que Hassan había estado en la playa ese día; yo misma lo había visto allí más tarde y habíamos hablado de Max, del amor y mil cosas más. Pero el asunto del ramo de rosas lo desconocía.

—¿Qué hizo con esas flores?

—Las tiró al agua —respondió Edith tras un breve silencio—. Y luego nos pidió que rezáramos.

—¿Rezar? ¿Por Eleanor?

Edith asintió, evitando mi mirada.

—Nos dijo que cerráramos los ojos y rogáramos por su alma. Yo no entendía qué quería decir con eso. Pensé que tal vez había recibido noticias de que estaba muerta. Pero cuando le pregunté, solo dijo que rezara.

Me crucé de brazos, tratando de procesar lo que acababa de escuchar. Había algo perturbador en aquella imagen.

—Edith, ¿estás segura de lo que me cuentas? —le pregunté, buscando en su expresión algún rastro de duda.

Ella levantó la cabeza de golpe, y vi cómo su semblante se endurecía.

—¡Por supuesto que estoy segura! ¿Por qué iba a mentir?

—No es eso… —intenté aclarar, pero no me dejó terminar.

—Escuche, no soy una chiquilla. Yo sé lo que vi. Sé lo que pasó.

Sin decir una palabra más, Edith giró sobre sus talones y volvió a la casa, dejando el cubo de agua en el suelo. La observé alejarse, incapaz de decidir si sus palabras aclaraban el misterio o lo complicaban aún más. Escuché unos pasos que se acercaban, sigilosos.

—Ya sabemos dónde y cuándo empezó el rumor y las cábalas de la policía —dijiste, en tono calmado y analítico.

—Pero eso no prueba nada.

—Prueba que Hassan cree que Eleanor está muerta. O al menos lo sospecha. Lo que significa que hay algo que no nos ha contado.

Me crucé de brazos, reflexionando sobre tus palabras. Sabía que tenías razón.

—De acuerdo, ¿y qué hacemos ahora?

Sonreíste, y en tus ojos brilló esa chispa de determinación que siempre aparecía cuando tus células grises comenzaban a trabajar.

—*Très simple, mon amie*. Volvamos a la tienda de tu amigo y preguntémosle qué demonios nos oculta.

Sin más palabras, emprendimos el camino de regreso a la "Bennet Repairs", dejando atrás las sombras que proyectaban las estrechas calles de Torquay.

CAPÍTULO 7:

UNA MUJER CANSADA DE VIVIR

(Abril de 1930)



—Eleanor no aguantaba más.

Estábamos en Ashfield. Rosalind se había ido a dormir, y Carlo seguía trabajando en el estudio, pasando a limpio mi última novela. Max, tú y yo estábamos sentados junto al fuego de la chimenea cuando Hassan, cabizbajo, decidió contarnos lo que sabía, lo que hasta entonces había callado.

—Me habló varias veces del suicidio —dijo finalmente, con un tono grave.

Intercambiaste una mirada conmigo, pero no dijiste nada, permitiéndole continuar.

—Eleanor estaba sola con dos hijos pequeños. No llegaba a fin de mes. No tenía familia propia, y los padres de su marido, que murió hace dos años, la detestaban. Sabía que con sus limitaciones intelectuales nunca conseguiría un trabajo mejor que el que yo le había dado, y eso, según ella, condenaba a sus hijos a la pobreza.

Hizo una pausa, tragando saliva.

—Una persona normal habría tenido pesadillas ante esa perspectiva, tal vez habría buscado otra solución. Pero Eleanor, con su forma limitada de ver el mundo… se sentía superada. Era una mujer buena, pero no daba más de sí.

Sus palabras me sorprendieron.

—En la playa, hace apenas dos días, me dijiste lo contrario —le recordé—, que te extrañaba su desaparición, que nunca dejaría a sus hijos solos.

Hassan asintió lentamente.

—En ese momento así lo creía. Pero, según pasaron las horas, fui atando cabos. Me vinieron frases sueltas a la memoria. Me di cuenta de que a menudo hablaba de "irse a un lugar mejor", de cómo así sus hijos quedarían al cuidado de sus suegros, que no les faltaría de nada. Sus suegros, William y Margaret Rowley, tienen una carnicería en el centro del pueblo, junto al ayuntamiento. Les va bien. Eleanor los envidiaba. Y los odiaba también. Ellos tenían el dinero que ella necesitaba. Y le exigían la custodia de los pequeños a cambio del dinero. Era una dicotomía insalvable para la pobre… porque lo mejor

para sus hijos era que ella desapareciera. Y los amaba con locura. Los Rowley la torturaban psicológicamente, le decían: "lo mejor para tus hijos sería que hubieses muerto tú en lugar de nuestro hijo". Son unos monstruos. ¿Los conoces, Agatha?

—No. Nunca los he visto.

—Unos seres odiosos, engreídos, de los que miran a todos por encima del hombro.

Hubo un momento de silencio en el que solo se escuchaba el chisporroteo del fuego.

—¿Y las flores? —pregunté finalmente.

—Es cierto que las lancé al agua —admitió Hassan, con la mirada fija en las llamas—. Lo hice cuando llegué a la conclusión de que Eleanor se había marchado para siempre. Fue una forma de pedirle a Dios que la acogiera, si es que… si es que realmente había muerto.

—¿Sabe que esto puede parecer incriminatorio, *monsieur*? —dijiste, sin rodeos.

Hassan se revolvió en su asiento.

—Soy inocente. Nunca le habría hecho daño. Solo me preocupaba por ella.

Max, que había permanecido en silencio hasta entonces, se inclinó hacia él, colocando una mano firme sobre su hombro.

—Te creemos, Hassan. No te preocupes. Vamos a ayudarte a aclarar todo esto.

Hassan suspiró. Max se levantó y señaló hacia el exterior.

—Vamos, te vendrá bien dar una vuelta por los jardines —le dijo, mientras lo ayudaba a ponerse en pie.

Tú te levantaste también, ajustándote el chaleco, y me ofreciste tu brazo para seguirlos.

—Un caso interesante, *mon amie*. ¿No es cierto? —susurraste mientras avanzábamos hacia la puerta.

Los jardines de Ashfield estaban envueltos en una suave penumbra, iluminados solo por la luna que se filtraba entre las ramas de los abetos, de las hayas y de una enorme secuoya. Max y Hassan caminaban unos pasos por delante, hablando en voz baja.

Tú y yo, en cambio, guardamos silencio por un rato, dejándonos acompañar por el crujir de la grava bajo nuestros pies.

—¿En qué piensas? —te pregunté, intentando descifrar tu expresión mientras paseábamos bajo los árboles de Ashfield.

—En nada relacionado con el caso, Agatha. Solo pensaba en ti y en *monsieur* Mallowan.

—Es un amigo —respondí en un tono más defensivo de lo que pretendía.

—Oh, ¿mientes a Polrot? Perdona, me había olvidado de que hoy llevo la máscara de pobre belga crédulo. —Entonces, con un gesto teatral, tocándote el rostro como si moldearas una máscara imaginaria, añadiste—: *Et voilà!* Ahora ya me he puesto mi máscara habitual: Héracles Polrot, el gran detective al que es casi imposible engañar. ¿Dónde estaba? Ah, sí, me ibas a explicar tu relación con el señor Mallowan.

Me eché a reír. Cuando querías, podías ser muy divertido.

—Te prometo que somos amigos. Nada más.

—*Oui,* tal vez hoy sois amigos. Pero, ¿mañana?

—Nadie sabe qué será de nosotros mañana.

—Pero a veces lo intuimos. Yo intuyo que mañana tal vez seáis marido y mujer.

—¡Héracles! Le llevo 15 años.

—Yo, en Bruselas, cuando era joven… tuve un *affaire* con una mujer 20 años mayor que yo.

—¿Y cómo fue?

—*Délicieux.* Aún, a veces, pienso en ella. No se lo digas a mi Claire, por favor.

—No te preocupes.

Te miré, y aunque el fuego que alguna vez hubo entre nosotros se había apagado, los rescoldos de nuestra conexión eran cálidos y preciosos. Quise explicarte algo, pero no sabía cómo. Finalmente, decidí llevar la conversación hacia Ashfield y usarla como ejemplo.

—Siempre me ha gustado pasear por esta vieja villa victoriana. Para mí siempre ha sido como una casa de muñecas, pero a tamaño

natural.

Asentiste, animándome a proseguir.

—Cuando era niña, mi abuela me regaló dos casas de muñecas de madera. La fachada se abría hacia la cocina; también había un gran *hall* y dos dormitorios con baños en la parte de arriba. Eran mis posesiones más preciadas. Tal vez por eso siempre he amado tanto las casas.

—Ah, claro, eso explica tu gusto por decorarlas, poseerlas, llenarlas de muebles… como si cada una de ellas fuera una nueva casa de muñecas —añadiste con una leve sonrisa.

—Exactamente. Ashfield es eso para mí. Ya te lo he dicho: una casa de muñecas a tamaño real.

Seguimos caminando por los jardines. El aire fresco traía consigo el aroma de la tierra húmeda y de los árboles "ash" (fresnos) que daban nombre a la propiedad.

—Ashfield siempre ha estado conmigo. Se halla en el extremo de Torquay, en la parte vieja, Tor Mohun. Lo más destacado de esta propiedad son los jardines. Solía jugar aquí de niña. Hay varias estructuras y pabellones de roble, rincones donde esconderse, de todo lo imaginable para una niña fantasiosa. Era mi patio de juegos perfecto.

—Debe ser especial para ti.

—Lo es. Los árboles, los jardines… han sido parte de mi vida siempre[2].

Meneé la cabeza y señalé hacia la distancia.

—Rosalind nació aquí. Aunque nos mudamos a Chelsea poco después de su nacimiento, ella sigue diciendo que este es su hogar. Volvemos a menudo, y lo seguiremos haciendo. Ashfield tiene esa magia. Es un lugar que nunca se olvida.

Te detuviste un momento, como si las palabras que acababas de escuchar resonaran en algún lugar de tus recuerdos, tal vez pensabas en una casa igual en Bélgica donde un niño llamado Héracles jugaba y comenzaba a caminar por el río de la vida.

—Entiendo por qué amas tanto Ashfield, *mon amie*. Una casa como esta no es solo un lugar, es tu refugio.

—Ashfield me serena. Tú me serenas, Héracles. Ahora mismo soy feliz.

Te detuviste un instante, observándome, como si intentaras leer entre líneas, y entonces comprendiste por qué había empezado a hablarte de Ashfield.

—¿Max pone en peligro esa felicidad?

—Lo pone en peligro todo. Mi vida cambiará. Todo se pondrá patas arriba…

—*Non.*

—Pero…

—*Non.*

Suspiré, exasperada. Cuando comenzabas con tus negaciones, siempre acababas diciendo algo que no quería oír, pero que necesitaba escuchar.

—Dime lo que sea y deja tus "*non*" en paz.

Sin prisas, sacaste un cigarrillo de una diminuta pitillera y lo encendiste.

—Ahora mismo no necesitas una pareja, Agatha. Eres rica, famosa, deseada. Tienes a muchos hombres a tus pies. Además, como bien has dicho, Max tiene muchos menos años que tú, e intuyo problemas familiares que entorpecerán cualquier avance en vuestra relación.

—Intuyes correctamente.

—Pero, con todo en contra, en lugar de rechazar a Max, como me consta que has hecho con otros hombres, o, aún mejor, no dejarle pasar un fin de semana en tu casa, le invitas a venir y lo haces coincidir conmigo. Luego me das excusas vacías para no comprometerte con él… pero no lo alejas de tu vida de forma clara ni definitiva. —Hiciste una pausa y añadiste—: *Parce que, ma chère amie, tu veux qu'il reste. Tu veux qu'il soit ici.*

—Creo que te equivocas, porque…

—*Non*. Te repito lo que acabo de decirte en francés: quieres que se quede, quieres que esté aquí. Así que, *non*… no me trago tus excusas. No quieres que tu vida cambie, pero algo ya ha cambiado y ha sido en tu corazón. Mucho me temo que ese cambio ya no podrás evitarlo.

Antes de que pudiera responder, un sonido interrumpió nuestro paseo. A lo lejos, un motor rugía, acercándose por el camino de entrada.

—¿Qué es eso…? —pregunté, pero ya habías girado la cabeza hacia el portón.

—Es un coche de policía.

Nos quedamos inmóviles mientras el vehículo, un Austin negro, se detenía frente a la entrada principal. Varios agentes descendieron del coche, seguidos de un hombre que reconocí al instante: el inspector jefe Thornfield.

Abrí el portón, sintiendo un nudo en el estómago.

—¿Qué ocurre?

El policía no me dirigió palabra alguna. En su lugar, avanzó hacia Hassan, que se hallaba también junto al portón acompañado por Max, atraídos por el ruido.

—Señor Bennet —dijo con voz grave—. Queda detenido.

—¡No puede hacer eso! —interviniste, dando un paso adelante con tu bastón en mano—. Monsieur, no tiene aún pruebas suficientes para detenerle por la desaparición de *madame* Fitzroy.

El inspector jefe no parecía sorprendido por tu intervención. De hecho, creo que la esperaba.

—No le detengo por la desaparición de Eleanor, señor Polrot.

Nos quedamos en silencio, expectantes. Thornfield se regodeó en la espera. Y añadió:

—Le detengo por la muerte de Clara Whitmore.

Hassan retrocedió un paso.

—¿Clara? ¡Eso no es posible!

—Por supuesto que es posible —continuó el inspector jefe con frialdad—. Su ayudante más joven, de apenas 16 años, acaba de

aparecer asesinada. Y usted la mató. Esta vez tenemos pruebas.

Me giré hacia ti, buscando en tu rostro algún indicio de esperanza, pero tu expresión estaba más tensa que nunca.

—Este caso cada día se complica un poco más, Agatha. Te dije que me daba mala espina. Por desgracia, mi pálpito era correcto. *Monsieur* Bennet está en grave peligro.

Max se revolvió y caminó hasta nosotros.

—¿Cómo de grave?

—*Très grave, malheureusement*. El inspector jefe quiere convertir estos sucesos en algo sonado que le devuelva a su antiguo puesto en el norte. Eso significa que… —nos miraste con lástima, sabiendo que no queríamos oír lo que seguía—: Significa que estoy seguro de que dirigirá la investigación de tal manera que al juez no le quedará más remedio que instruir un caso de pena de muerte.

CAPÍTULO 8:

UN DOMINGO TRISTE

(Abril de 1930)



El último día de Max en Ashfield no fue el más alegre. Amaneció húmedo, como si incluso el clima compartiera nuestra preocupación. Nos pusimos los impermeables y salimos solos a caminar, acompañados del inagotable Peter, que corría adelante y atrás con una energía que desafiaba la gravedad del momento.

Mi perro se empeñaba en olfatear cada rincón y ladrar a las gaviotas que se acercaban desde la costa. Max y yo caminábamos en silencio por momentos, solo interrumpidos por algún comentario sobre el paisaje o las travesuras del perro.

—Tengo que regresar a mi trabajo en el Museo Británico —dijo Max finalmente.

—Es lógico —respondí, tratando de sonar despreocupada.

—Aunque me gustaría quedarme unos días más. Por Hassan y por ti, por nosotros y…

No acabó la frase. Se lo agradecí. Hicimos un alto en una pequeña colina desde donde se veía parte del puerto de Torquay. Peter se sentó a nuestro lado, jadeando feliz, ajeno a nuestras preocupaciones.

—Querría quedarme —insistió Max.

Le di una palmada en el brazo.

—Tranquilo. La audiencia no es hasta dentro de cinco días, y Polrot ha llamado a un abogado amigo suyo.

—¿Lo conoces?

—Solo sé que se llama Gregory Hammond. Un viejo amigo de Héracles. De toda confianza, me ha dicho.

—No estoy tranquilo, Agatha. ¿Cómo podría estarlo? Nuestro amigo va a ser acusado de asesinato.

—Ya veremos. El señor Hammond nos dirá las razones exactas de la detención de Hassan y los cargos en su contra. Pronto sabremos más.

Pero las noticias volaban en Torquay y no precisamos del abogado. En las tiendas, los bares, en todas partes, la tragedia de Clara Whitmore y las sospechas sobre Hassan dominaban las conversaciones.

—La muchacha, Clara, apareció a menos de un kilómetro de la ciudad —nos dijo una mujer robusta frente a una tienda de comestibles—. Estaba en el suelo, junto a la carretera, como si estuviese dormida.

—¿Dormida? —preguntó Max, fingiendo un interés casual.

—Sí, eso parecía. Los vecinos llegamos en menos de media hora. ¡Aún recuerdo los gritos! —añadió, santiguándose.

Caminamos un poco más, y en un pequeño café oímos a un hombre relatando lo sucedido con más detalle.

—Yo mismo la tapé con una manta —dijo con voz grave, mientras removía su taza de té—. Le habían dado un golpe en la cabeza, y la tenía aplastada. Al principio nadie la reconoció; la pobre estaba muy mal. Pero luego supimos que Clara Whitmore no había regresado a casa a dormir, y su familia la estaba buscando. Poco después llegó el inspector jefe, ese tan estirado y pomposo.

—¿Thornfield? —pregunté.

—El mismo. Llegó en automóvil con Edith, la hermana. Ella la reconoció al instante, aunque el cuerpo estaba en muy mal estado. "Es mi Clarita", chillaba. Fue desgarrador.

—En Torquay no pasaba nada hasta que llegó ese extranjero —gruñó un hombre mayor a nuestra derecha—. Primero desaparece Eleanor, y ahora Clara está muerta. Las dos trabajaban en "Bennet Repairs". Ese extranjero es peor que un perro rabioso.

—Pero para detener a alguien hay que tener pruebas —objeté.

—¡Seguro que ese asesino dejó huellas o sangre o lo que sea! —añadió otro cliente—. Ahora los policías son muy listos. El extranjero no quedará impune. Nadie viene a nuestra ciudad a matar a nuestras chicas y se va de rositas. Si es necesario, asaltaremos la comisaría y lo colgaremos nosotros mismos.

—Eso, ¡que lo cuelguen! —comenzaron a gritar otros clientes, envalentonados por la charla.

Max me cogió del brazo y murmuró al oído:

—Vámonos antes de que alguien recuerde que somos sus amigos.

Le hice caso y, con cierta prisa, pagué la cuenta y salimos del lugar. El ambiente en la ciudad era cada vez más tenso. Caminando de regreso, justo a la altura de Wenworthy's House, tuve el valor de volver a hablar:

—Todo esto es terriblemente injusto.

—Lo es, Agatha, pero le prometí a Hassan que le ayudaríamos. No sé cómo, pero lo haremos.

—Porque seguro que es inocente, ¿no?

Max pareció incluso ofendido ante la duda.

—Pasamos una gran aventura en Oriente, casi un mes viviendo juntos. Dos veces te quedaste en ropa interior delante de nosotros: una en el lago, el día que se averió el coche, ¿recuerdas que antes nos tomamos un baño? Y otra vez en Kerbala, cuando tuvimos que acompañarte al lavabo porque no querías ir sola. ¿Acaso pillaste a Hassan mirándote de forma indecorosa? ¿Te acosó? ¿Intentó propasarse?

—No, y hasta Edith Whitmore negó que se hubiese propasado con ella o su hermana.

—¿Ves? Es inocente. Y lo probaremos. —Su voz estaba cargada de determinación.

Lo miré, reconfortada por su convicción. Y seguimos caminando. En casa me di un baño y me sentí mucho más relajada, segura de que todo iría bien.

La tarde transcurrió tranquila. Rosalind y Carlo nos acompañaron, y tú apenas apareciste, Héracles. Preferiste pasear por el jardín, absorto en tus pensamientos, dándonos espacio a Max y a mí. Pensé entonces que quizás querías que pasara más tiempo con él, como si intencionalmente te retiraras para allanarle el camino.

Fue una noche agradable, marcada por los juegos y las risas. Jugamos a cartas y, entre partida y partida, conversamos sobre temas triviales: la vida en Torquay, anécdotas de los viajes de Max y hasta el carácter indomable de Peter, que se había empeñado en mordisquear una zapatilla de Carlo. Rosalind, aunque aún estaba recuperándose de su enfermedad, nos deleitó con su infantil sentido

del humor, mientras Max y yo intercambiábamos miradas cómplices, casi sin necesidad de hablar para entendernos.

Más tarde, cuando la casa se sumió en el silencio de la noche, me retiré a mi habitación. Encendí la lámpara de la mesilla y me puse a pensar en Hassan, dejando que el resto del mundo se desvaneciera. Pobre hombre. ¿Qué iba a ser de él? Pero un suave toque en la puerta me devolvió a la realidad.

—Adelante —dije, pensando que sería Carlo o Rosalind.

Para mi sorpresa, era Max. Sostenía un libro que yo le había prestado el día que llegó: Lawrence of Arabia: Revolt in the Desert», sobre las vivencias de T.E. Lawrence en el Medio Oriente.

—Solo quería devolvértelo. Gracias, me ha gustado mucho.

Dejó el libro a mi lado y, en lugar de marcharse, se sentó al borde de la cama. Su rostro tenía una expresión serena, pero sus ojos reflejaban una decisión que aún no había expresado en palabras.

—Agatha, hay algo que quiero decirte.

—¿Qué sucede?

Él tardó un instante en responder, como si midiera cada palabra.

—He estado pensando en nosotros, en lo bien que nos entendemos. No necesito que me expliques lo que piensas porque lo sé antes de que hables. Es como si fuéramos un equipo, como si encajáramos de una forma que pocas personas lo hacen.

—Eso es cierto —respondí, intentando mantener un tono neutral.

Max se inclinó ligeramente hacia adelante.

—Cuando estoy contigo, siento que puedo ser yo mismo, sin pretensiones, sin máscaras. Y creo que tú sientes lo mismo conmigo.

Tragué saliva. No dije nada. Así que Max fue quien lo dijo:

—Cásate conmigo, Agatha.

Por un momento, el mundo pareció detenerse. Busqué algo que objetar, alguna forma de aplazar o desviar la conversación, pero Max sabía cómo llevar una conversación en la dirección que pretendía, con calma y firmeza.

—No puedo —dije finalmente.

—¿Por qué no?

—Por muchas razones. Soy mayor que tú, para empezar.

—Eso no me importa —replicó, con una sonrisa tranquila—. Siempre he pensado que me casaría con alguien mayor que yo.

—Eso es una tontería —repliqué—. No es una buena idea.

—Lo he pensado detenidamente. Créeme, Agatha. No soy un hombre impulsivo.

Aquella conversación se extendió durante horas. Él no alzaba la voz, no me presionaba directamente, pero cada palabra suya iba socavando mis argumentos. Poco a poco, sentí que me estaba rindiendo, no porque me convencieran sus razones, sino porque el cariño que había crecido entre nosotros era innegable.

Nos fuimos a dormir demasiado tarde. A la mañana siguiente, somnoliento, Max se marchó en el primer tren. Cuando nos despedimos, se detuvo un momento antes de subir al vagón.

—Nos vamos a casar, Agatha —dijo, muy seguro de sus palabras —. Lo sé. Lo siento en las entrañas. Pero ahora mejor me marcho un tiempo para que te lo pienses.

Asentí. Era un hecho que necesitaba tiempo para poner en orden mis ideas, en eso tenía toda la razón.

—Adiós, Max. Hasta pronto.

Cuando el tren partió, he de reconocer que suspiré aliviada.

CAPÍTULO 9:

LOS ROWLEY

(Mayo de 1930)



Gregory Hammond era un hombre de estatura media, con un cabello castaño que empezaba a mostrar mechones de gris en las sienes. Llevaba un traje oscuro perfectamente planchado, que complementaba con una corbata discreta pero elegante. Su rostro, de facciones bien definidas, reflejaba la calma propia de alguien acostumbrado a lidiar con problemas legales. Llamó a la puerta de los Rowley con una sonrisa cortés y se presentó ante los dueños de la casa. Yo pasé al interior a su lado, y entramos en el salón de una casa amplia y bien cuidada que Margaret y William Rowley tenían sobre su carnicería.

El lugar olía débilmente a carne y especias, un rastro inevitable de la actividad en la planta baja. Nuestros anfitriones nos esperaban, sentados en un sofá tapizado con flores descoloridas.

—Gracias por recibirnos —dije, intentando sonar lo más neutral posible.

Margaret, una mujer de complexión robusta y ojos que parecían buscar aprobación constantemente, fue la primera en hablar.

—La respetamos, señora Christie —dijo con voz serena, aunque algo contenida—. Por eso hemos aceptado reunirnos con usted. Pero no sabía que traería un abogado, y menos al que defiende a ese extranjero asesino que mató a la cría de los Whitmore y a nuestra Eleanor.

—El señor Hammond es, ante todo, un amigo —respondí—. No creemos que Hassan matase a nadie, y…

—Por favor, no diga tonterías —interrumpió William, su voz retumbando en la habitación.

Era un hombre corpulento, con hombros anchos y un rostro curtido por los años de trabajo. Vi que cojeaba ligeramente al levantarse para enfatizar sus palabras, apoyando una mano sobre el respaldo de su silla. Su tono era hosco, y su paciencia, evidentemente, limitada.

—Por favor, Billy —lo cortó Margaret, cogiéndole de la mano—. Dijiste que me dejarías hablar.

William gruñó, pero se dejó caer de nuevo en su asiento, cruzando los brazos. Margaret se dirigió a mí:

—Señora Christie, sea razonable. ¿Quién querría hacer desaparecer a la tonta de Eleanor? ¿Quién querría aplastar la cabeza de la pobre Clara Whitmore? Claramente, alguien de fuera de nuestra comunidad, alguien con costumbres bárbaras, africanas o del Oriente… o de donde sea que haya venido ese monstruo.

Tuve que contenerme. Sonreí, una mueca tensa que utilicé para mantener la calma. Margaret lo tomó como un gesto de conexión y me devolvió la sonrisa.

—Pero ustedes tampoco tenían una buena relación con Eleanor —dije con delicadeza.

—No, claro que no —admitió Margaret sin titubear—. Nadie la tenía. Era una mujer muy tonta, prácticamente una retrasada. A saber qué vio nuestro Nigel en ella.

—Era demasiado bueno —terció William, con una mezcla de orgullo y amargura—. De niño rescataba animales vagabundos, los cuidaba: perros, gatos, pájaros, lo que fuera. Era un bendito. Debería haberse hecho cura, no tratar de salvar a la tonta del pueblo.

Se levantó de nuevo, esta vez apoyándose en una muleta que estaba junto a su silla. Su cojera era más evidente de lo que me había parecido en un primer momento, y cada paso parecía estar cargado de un resentimiento acumulado con los años. Dijo:

—Pero bueno, eso ya da lo mismo, ¿no? Lo han declarado culpable de lo de Clarita. Al extranjero, digo.

Hammond, que había estado escuchando en silencio hasta ese momento, intervino con voz calmada pero firme:

—Señor Rowley, no se ha declarado aún culpable a nadie. La investigación preliminar ha dictaminado "muerte violenta por causas indeterminadas", nada más.

William resopló, sus labios torciéndose en una mueca de desprecio.

—Ya sabemos lo que eso significa. ¿No está claro quién ha sido el que ha causado esa muerte violenta?

—Con el debido respeto —respondió Hammond, inclinándose ligeramente hacia adelante—, debemos esperar al juicio. Las pruebas deben ser presentadas y analizadas antes de llegar a cualquier conclusión.

—¿Pruebas? ¿Qué pruebas necesitan? Ese hombre es culpable. Habría que colgarlo sin más demora.

Margaret le puso una mano en el brazo, intentando calmarlo.

—Billy, por favor…

Pero él apartó la mano con brusquedad.

—No hay nada que discutir. Un hombre como ese nunca debió venir aquí. Esto no habría pasado si las cosas se hubieran hecho como siempre, si hubiéramos mantenido a esa gente lejos de nuestro pueblo.

—¿Podemos volver a Eleanor? —pregunté, tratando de mantener la compostura.

William lanzó un suspiro de fastidio. Margaret le hizo un gesto, tal vez para pedirle calma, pero él negó con la cabeza, terco.

—No demos más vueltas, señora escritora famosa —dijo con tono burlón, entrelazando las manos sobre su regazo—. ¿A qué ha venido? ¿Qué quiere saber?

—Solo estoy investigando.

—Quiere saber quién más tenía algo contra Eleanor —continuó él, apretando los puños—. Y ha pensado que nosotros somos los más beneficiados de su muerte, porque nos quedamos con nuestros nietos y la tonta ya no está.

—Bueno, yo…

—Pero se equivoca —me interrumpió—. Eleanor no sabía llevar una casa, no tenía la inteligencia para ahorrar, ni para decidir qué pagar primero, qué postergar, qué negociar y pagar más tarde. Gastaba dinero en tonterías y luego se quedaba sin comida. Era un desastre. Al final, nos habría dejado a los niños de todas formas. No tenía otra opción porque, por si lo anterior no fuera suficiente, la

pobre idiota era muy fea, tampoco valía como puta. Nunca habría tenido un sueldo con el que mantener a sus críos.

Margaret le apretó ligeramente la muñeca, intentando de nuevo calmarlo, pero él continuó:

—Y le diré algo más, señora escritora: el extranjero mató a Clara, de eso tengo pocas dudas, pero, si por lo que fuera, se demuestra que es inocente… no me extrañaría que Eleanor se hubiese tirado al agua ella sola al ver lo miserable que era su vida. Ni siquiera debería haber nacido.

Sentí cómo la ira se acumulaba en mi pecho.

—Si no hubiera nacido, usted no tendría nietos.

William soltó una carcajada seca, amargada.

—Si no hubiera nacido, mi Nigel se habría casado con una mujer normal y yo tendría un hijo, una nuera y muchos más nietos. Esa idiota nos jodió la vida.

Le miré fijamente.

—Así que la odiaba.

William se encogió de hombros y respondió con un tono que me heló la sangre.

—Señora mía, la odiaba como se odia a un perro que ladra por la noche y te molesta con sus gruñidos. Esa mujer era tan insignificante que apenas hablamos de un ser humano. Nadie se habría molestado en hacerle daño, ya se lo hacía ella misma con las decisiones que tomaba.

Me levanté, sintiendo que no podía soportar más de aquel hombre. Al fondo de la estancia, a través de la ventana, vi a los nietos de los Rowley jugando en el patio trasero, ajenos a todo.

—De momento, no se me ocurre nada más que preguntarles —dije con voz neutral, aunque mi interior hervía—. Tal vez más tarde, antes del juicio…

—No vuelva por aquí, señora Christie —me interrumpió William—. No me gusta usted, ni sus preguntas, ni esa actitud moderna de mujer que cree que puede indagar en las vidas de los demás como si fuese un hombre.

Noté que Margaret se encogía ligeramente en su asiento, pero no dijo nada. Asentí con frialdad, recogí mi bolso y me dirigí a la puerta junto a Hammond, quien había asistido a aquella escena visiblemente incómodo.

Ya fuera de la casa, mientras nos alejábamos por la calle, Hammond se giró hacia mí con una expresión seria.

—Le comenté que era mejor que hablara yo.

—Si lo hubiese hecho usted, William no habría estallado. Quería ver hasta qué punto es capaz de controlarse cuando una mujer le lleva la contraria. Una mujer como yo… o como Eleanor.

—Ya hemos visto que no se controla demasiado —murmuró Hammond—. Pero, ¿acaso cree que mató a Eleanor? ¿Que la enterró en el bosque y…?

—Es dueño de una carnicería.

El rostro del abogado se puso pálido al instante.

—Oh, Dios, no creerá que…

—Yo no creo nada, señor Hammond. Héracles me enseñó a seguir las pistas. Y eso es lo que hago.

Nos detuvimos un momento. Miré hacia la casa de los Rowley, ahora silenciosa. La figura de William se dibujaba en una ventana: su silueta inmóvil estaba vigilándonos.

CAPÍTULO 10:

NUEVOS SOSPECHOSOS

(Junio de 1930)



—He visitado a los Rowley, como me dijiste —comenté.

Te miré, pero no parecías muy atento a mis palabras. El gran Héracles Amadeus Polrot tenía otras cosas en mente. Nos encontrábamos en una calle cualquiera de Torquay, con sus casas de ladrillo y sus puertas pintadas de colores apagados. Tú, sin embargo, parecías interesado en una fachada en particular. Tus ojos se detuvieron en un letrero desgastado que colgaba junto a una puerta. Decía, con letras pintadas a mano: «Clases de Corte y Confección para Señoritas».

—¿Y qué conclusiones has sacado, *mon amie*? —dijiste, sin apartar la vista del cartel.

—Oh, gente detestable —respondí, incapaz de contenerme—. Margaret Rowley es una pobre mujer, y William… bueno, William es una bestia que apenas se molesta en disimular el odio que siente.

—¿Un odio dirigido especialmente hacia su nuera, la pobre Eleanor? —preguntaste con voz grave, volviéndote al fin hacia mí.

—La odiaba, sin duda. La describió como si fuera un animal, un perro que ladra por la noche. ¿Te imaginas? Eleanor no fue más que una molestia para él, una carga para su "preciosa" familia.

Te detuviste un instante, ajustando el nudo de tu corbata a rayas con un gesto mecánico.

—El desprecio hacia los débiles siempre me resulta revelador. A menudo no es más que un disfraz para ocultar otra cosa… tal vez estupidez, sentimiento de inferioridad o… lo que es más habitual: miedo.

—¿Miedo? —pregunté, algo confusa.

—Sí, *bien sûr*. Miedo a lo que la persona podría haber desvelado en vida o a lo que su muerte pueda traer consigo. Un odio tan visceral nunca es gratuito. Esconde siempre algo más.

—En ese caso, los Rowley… ¿son sospechosos?

—En este punto de la investigación todo el mundo es sospechoso. Y tú, ¿qué opinas? ¿Crees que son capaces de matar?

—Esas son palabras mayores. No sabría decirlo.

—Nunca subestimes a un carnicero, *mon amie*. Están muy familiarizados con la muerte y con cómo deshacerse de cadáveres.

—Es curioso, Héracles. Le dije algo muy parecido a tu amigo el abogado.

—Ah, Gregory Hammond. ¿Qué impresión te ha dado?

—Bueno… en fin… yo… es que…

Titubeé y luego guardé silencio.

—No pareces tenerlo muy claro.

—Es un hombre extraño. No sé cómo definirlo. Para empezar, no me ha dicho qué cargos pesan contra Hassan.

—Bueno, eso es normal porque la policía no tiene prueba alguna y aún no han presentado cargos. Han detenido a *monsieur* Bennet para presionarle, para que confiese. Thornfield me engañó por un momento en tu mansión, cuando se llevaron a nuestro amigo de esa forma tan directa, aparatosa… *spectaculaire*. Mucho ruido y pocas nueces, ¿no es esa una frase hecha que soléis utilizar los ingleses? El inspector no tiene nada sólido y quería impresionarnos; esperaba que cometiésemos un error… o que lo cometiese Hassan. Pero *monsieur* Bennet es un hombre frío, calmado. No ha caído en su trampa —Hiciste una pausa y añadiste, observando la puerta de la tienda al otro lado de la calle—. Pero ese asunto puede esperar. Explícame qué encuentras extraño en Gregory Hammond.

—No lo sé —respondí tras un breve silencio, eligiendo las palabras con cuidado—. Su mirada… algo indefinible en él, algo que no me inspira confianza.

Te volviste hacia mí, con ese brillo astuto en los ojos que tanto me irritaba como me fascinaba.

—*Ah, mon amie,* ya te lo he dicho muchas veces: habrías sido una gran detective.

Sonreí, aunque no añadí nada más. Lo decías en serio y, de alguna manera, aquel comentario me enorgullecía.

—¿Sabías que la mujer de Gregory Hammond se ahogó en una playa cercana? —dijiste entonces.

Me quedé boquiabierta.

—¿En qué playa?

—En Dawlish Warren, apenas a unos kilómetros de aquí. Por eso Gregory vino tan rápido a echarnos una mano con el pobre Hassan. Aunque suele litigar en Londres, vive a la vuelta de la esquina.

—¿Su mujer se suicidó? —dije entonces.

—No. Creo que la asesinaron.

—¿Cogieron al culpable?

—*Pas du tout.* Gregory fue el principal sospechoso, pero, como pronto pasará con Hassan, lo liberaron por falta de pruebas. Aunque la policía estaba convencida de su culpabilidad.

—¿Y tú?

—Le ayudé a salir bien parado. Moví muchos hilos, pedí favores a mis amistades… porque no quería que fuese a juicio. Habría sido declarado inocente, estoy seguro, y entonces nunca podría haber sido juzgado de nuevo.

Por un momento, el comentario me puso los pelos de punta. Me recordó al argumento de una mis más famosas novelas. La idea de que un culpable pudiera quedar impune me helaba la sangre.

—¿Crees que lo hizo? Tal vez también sea el responsable de lo de Eleanor y…

—No, no, no vayas tan rápido, Agatha. *Tranquille* —me cortaste con firmeza, alzando una mano—. No sé si tiene algo que ver con la muerte de su esposa. Solo sé que me oculta algo. Es mi amigo, me ha ayudado en varias ocasiones, pero ya sabes que soy inflexible con el crimen. Si es culpable, amigo o enemigo, acabaré por cogerlo; y prefiero que vaya a juicio con pruebas irrefutables que no permitan su exoneración. Y si es inocente mejor que siga libre. ¿No crees?

—Pero…

—Agatha, no creo que Gregory tenga nada que ver con Eleanor ni con las chicas Whitmore. Pero le he hecho venir porque prefiero tenerlo cerca. Solo por si acaso. No me gustan las casualidades. Además, es un gran abogado y *monsieur* Bennet está en las mejores manos… y en unas que en circunstancias normales no podría ni soñar en permitirse.

Observaste mi reacción e hiciste una mueca de satisfacción. Tus ojos volvieron a fijarse en el letrero de las "Clases de Corte y Confección para Señoritas".

—¿Y ahora qué, Héracles? —te pregunté, intentando recuperar el hilo de la conversación.

—Ahora, querida Agatha, seguimos vigilando. A veces, los detalles más pequeños son los que resuelven un caso. *Des petits détails qui font toute la différence*.

Caminaste calle abajo, con tu bastón golpeando el empedrado en un ritmo pausado pero decidido. En ese momento, se escuchó una puerta chirriar y abrirse: un grupo de chicas salió al exterior, sus risas y su charla resonaron a nuestro alrededor. Entre ellas, Edith Whitmore. Reía a carcajadas con una amiga, la cabeza inclinada hacia atrás, completamente despreocupada.

—No es una reacción muy normal cuando tu hermana acaba de morir con el cráneo aplastado —murmuré, incapaz de disimular mi sorpresa.

—No, no lo es —respondiste con calma, aunque tus ojos no perdían detalle de la escena—. Pero Polrot ya se imaginaba esto… y quería verlo con sus propios ojos, *mon amie.*

Te miré a los ojos.

—¿Otra sospechosa?

—Tal vez. ¿Quién sabe? Tal vez Edith solo sea una mala hermana o una mala persona. Hasta dónde yo sé, ser mala persona aún no es un delito.

De repente, te detuviste. El sonido de tu bastón cesó en seco.

—Cambiemos de tema por un instante. Aquí ya he visto lo que tenía que ver. Cuéntame, ¿qué vas a hacer con Max? ¿Ya te pidió matrimonio?

—Oh, Héracles, por favor. Volvamos a nuestra investigación.

—Vaya, así que ya pidió tu mano —dijiste, esbozando una sonrisa maliciosa, casi paternal—. Podemos volver al caso, pero no podrás postergar tu vida privada para siempre.

Sabía que tenías razón. Siempre la tenías. Pero al menos, durante un par de horas más, podía dejar de pensar en Max y en todo lo que implicaba.

—De momento, prefiero postergarla y sencillamente pasear con un amigo. Si no es mucha molestia.

Me ofreciste el brazo con un gesto ceremonioso, como si fuésemos dos personajes de otra época.

—Por supuesto, *ma chère amie*.

Nos dirigimos hacia el paseo marítimo de Torquay, donde el murmullo del mar y el aroma salino impregnaban el aire. El cielo, cubierto de nubes grises, prometía lluvia… una gran tormenta que amenazaba con arrasarlo todo.

CAPÍTULO 11:

A VUELTAS CON MAX

(Junio de 1930)



Hassan fue liberado, en efecto, por falta de pruebas. A pesar de la presión pública, de que todo Torquay le creía culpable, la falta de indicios claros forzó a la policía a dejarle marchar, aunque no sin dejar tras de sí un rastro de habladurías y sospechas. Ni Max ni yo fuimos a recibirle a la cárcel, ni tampoco lo visitamos en Torquay durante los días siguientes. Le pagamos, por supuesto, la minuta al señor Hammond, que había hecho un trabajo impecable. Pero, en aquel momento, nuestras vidas estaban inmersas en otro tipo de problemas, de naturaleza mucho más personal.

Y el problema era... ¿qué camino tomar?

Esa pregunta me atormentaba. Después de dar vueltas durante un buen rato por la casa, decidí ir a ver a Rosalind a su cuarto.

Estaba sentada en su cama, con un libro entre las manos y Peter se hallaba echado a sus pies. Me senté junto a ella y acaricié al perro para relajarme. Al cabo de unos segundos, le pregunté:

—Rosalind, ¿qué opinas de Max?

Mi hija levantó la mirada, serena y reflexiva como siempre, y respondió sin titubeos:

—Es muy agradable. Lo prefiero a tus otros pretendientes.

Me mordí el labio y respiré hondo.

—Estoy pensando en aceptar su proposición de matrimonio.

Rosalind frunció el ceño, como si aquello fuera una afirmación obvia, y respondió con calma y gran madurez para una niña a punto de cumplir los once años:

—Tendrás que aceptar alguna de las proposiciones que te hacen tarde o temprano. Max es una buena elección.

—Tal vez —dije, intentando sonreír.

Definitivamente, mi hija tenía los pies en el suelo. No se parecía a la niña soñadora que yo había sido en aquel mismo lugar, en Ashfield hacía… Dios, 30 años, una eternidad.

—Peter y yo te damos nuestra aprobación —añadió, señalando al terrier, que dormía plácidamente.

Y Carlo tampoco se opuso, no dijo una palabra en contra. Siempre me apoyaba, contra viento y marea. Pero la aprobación del resto de

mi familia no fue tan fácil de conseguir. La primera en reaccionar fue mi hermana Madge. Me llamó por teléfono con una firmeza casi feroz, como si intentara evitar que mi vida descarrilase. Lo primero que mencionó fue la diferencia de edad:

—Quince años, Agatha. ¿Te das cuenta de lo que eso significa?

No lo dijo con dureza, pero había en su tono esa mezcla de incredulidad y desaprobación que dolía más que un grito. No había manera de hacerla cambiar de opinión. Para ella, no era un simple desacuerdo, sino su deber, como hermana mayor, impedir que cometiera lo que consideraba un error garrafal.

—Catorce años. Y sé lo que significa.

—¿No te importa?

La voz de Madge, firme y con un toque de reproche, llegó nítida al otro lado de la línea. Incluso sin verla, podía imaginarla: sentada perfectamente erguida, con su vestido de líneas impecables, quizás jugando con un anillo o con uno de esos collares de perlas que siempre llevaba, símbolo silencioso de su elevada posición social. Después de todo, era la esposa de James Watts, un hombre rico, y vivía en una mansión de ensueño.

—No me importa. Creo que estoy enamorada.

—¡Enamorada! —repitió ella, con un deje de incredulidad—. ¿Enamorada de un hombre al que apenas conoces? ¡Por favor, Agatha!

—Le conozco más de lo que crees. Pasamos tiempo juntos en Oriente, viajamos y…

—Eso no es conocer a alguien —interrumpió ella, con la autoridad de una hermana mayor—. Conocer a alguien es vivir a su lado en el día a día, ver sus defectos, enfrentarse a la rutina. No tiene nada que ver con unas vacaciones exóticas entre ruinas antiguas.

—No fueron «unas vacaciones exóticas», Madge. Fue mi vida durante varios meses. Y Max formó parte de ella. Día a día.

Hubo una pausa. Pude oírla respirar profundamente, conteniéndose.

—No vivimos solas en este mundo, Agatha. Tu nombre es respetado. ¿Has pensado en cómo va a sentar todo esto en Londres? En los clubes, en los círculos literarios… Va a ser la comidilla de…

—Sí, lo he pensado —dije, tratando de mantener la calma—. Pero no voy a dejar de ser feliz solo para complacer a unos cuantos chismosos. Y Rosalind está de acuerdo. Le gusta Max.

—Claro, porque aún es pequeña. No entiende las implicaciones de todo esto. ¡Pero tú sí deberías entenderlas! Somos lo que proyectamos, Agatha —respondió ella con vehemencia—. Tú eres famosa. Eres una escritora conocida en todo el mundo. La gente no solo te lee, te observa, te juzga. La sociedad es implacable con las mujeres que no siguen sus reglas.

—Pues que me juzguen. No escribo para ellos ni vivo para ellos.

Mi voz sonaba segura pero tenía las mismas dudas que ella.

—Solo quiero protegerte. Es mi deber como tu hermana.

—Lo sé —respondí, y por un instante el enfado se disipó.

—De todos modos, lo harás —dijo finalmente, resignada.

—Aún no he decidido nada. Lo único que tengo claro es que no dejaré que otros decidan por mí.

No hablamos mucho más. Colgué el teléfono y volví a sumergirme en los quehaceres cotidianos de Ashfield. Paseé por el jardín durante largo rato y respiré profundamente. El aire era denso, perfumado. Aquel era mi refugio, mi equilibrio. ¿Quería arriesgarlo todo, poner mi mundo patas arriba una vez más?

Max se presentó de nuevo aquel fin de semana. Llegó con su habitual sonrisa y su energía juvenil, pero noté enseguida una sombra de preocupación en su rostro. Venía del Museo Británico, donde continuaba trabajando mientras preparaba un nuevo viaje a Oriente. Quería cerrar el asunto de nuestra relación antes de partir a otra excavación en Ur con mis amigos los Woolley.

—¿Qué es eso? —preguntó de repente, deteniéndose frente a una pizarra pequeña que Rosalind había dejado en el pasillo.

En la pizarra, en una caligrafía infantil un poco torcida, había dos columnas claramente diferenciadas: “A favor de Max” y “En contra

de Max”.

Se inclinó ligeramente, examinando la pizarra con una mezcla de curiosidad y diversión.

—Estoy ayudando a mamá a tomar una decisión —explicó Rosalind, cruzándose de brazos.

Max leyó en voz alta:

—A favor: «A mamá le gusta la arqueología, como a Max; a mamá no le gustan las fiestas ni salir de noche, como a Max; a mamá le gusta hablar de libros griegos antiguos y mitología, como a Max.»

Giró la cabeza y leyó la segunda columna con más interés:

—En contra: «Diferencia de edad, escándalo, cómo se lo tomarán los lectores, cómo se lo tomarán los editores, cómo se lo tomará nuestra familia.»

Se detuvo, arqueó una ceja y miró a Rosalind con fingida gravedad.

—Voy ganando de momento, ¿no?

—Bah, no creas —replicó Rosalind con escepticismo—. La cosa está igualada. Pero tienes mi apoyo.

Max sonrió y le revolvió el pelo cariñosamente.

—Creo que eso vale más que todo lo que pone en la pizarra.

—Tampoco estaría yo tan segura —respondió Rosalind con una seriedad desarmante.

—Ven, Max —dije, interviniendo por fin—, vamos a tomar algo.

Le llevé a uno de los salones privados de Ashfield. Era una estancia cálida y llena de detalles familiares.

—Aquí estaremos más tranquilos —dije mientras le servía té.

Max aceptó la taza, pero en lugar de beberla, me miró fijamente. Sabía que quería hablar de algo importante.

—Agatha, he pensado mucho en nosotros —comenzó—. Sé que la diferencia de edad te preocupa, pero no debería. Yo te amo de verdad, y creo que esta relación vale la pena. A veces, hay que arriesgarse cuando encuentras algo especial.

Suspiré y me apoyé en el respaldo del sillón.

—Es mejor esperar, Max. Esperar a que vuelvas de Oriente. Si esto es tan importante, la distancia no lo cambiará. El año que viene…

—Las oportunidades hay que tomarlas al vuelo —respondió él, con más firmeza—. Agatha, tenemos que casarnos antes de septiembre. De esta forma, nos vamos de luna de miel y luego marcho a Mesopotamia. Si lo hacemos más tarde, no cuadran las fechas. No me dará tiempo.

—¡Pero si apenas queda un mes! —exclamé, sorprendida—. Estamos ya casi en agosto.

Max dejó su taza sobre la mesa con un suave tintineo.

—No debemos dejar pasar nuestra oportunidad de ser felices.

—Pero… yo…

Notó que dudaba, y al ver que mis respuestas se volvían más evasivas, cambió de tema, tratando de aliviar la tensión. Pero lo que ocurrió después casi dio al traste con todo.

—¿Qué haremos el próximo fin de semana, Agatha?

—Voy a ir a Abney Hall, la mansión de mi hermana Madge y su esposo. Está cerca de Manchester. Quiero que vengas y que conozcas a mi gente —le dije, intentando sonar tranquila—. Madge está casada con James Watts. Supongo que has oído hablar de él y de su familia.

Max sonrió, relajado, sin saber que estaba a punto de cometer un error garrafal.

—Por supuesto. Los Watts son muy conocidos. Coincidí con Jack Watts en el New College de Oxford. Un tipo excelente, uno de los más extrovertidos y graciosos del campus.

Casi me desmayo.

—¿Jack y tú… en Oxford? —balbuceé, sintiendo cómo el color se me iba del rostro—. Oh, Dios.

En ese momento el mundo se me vino encima: mi sobrino Jack, el hijo de mi hermana Madge, al que había cuidado y cambiado los pañales, al que vi crecer y con quien jugué al escondite cuando él era apenas un bebé y yo una adolescente… ¡era de la misma edad que Max! No había caído en ello hasta aquel preciso instante.

Sentí un nudo en el estómago, un golpe que no había visto venir. Me levanté de repente, incapaz de controlar mis emociones.

—Creo que es mejor que te vayas —dije, con una firmeza que me sorprendió a mí misma.

—Agatha, espera. No quería…

—Por favor —interrumpí, evitando mirarle a los ojos—. Vete. Ahora.

Max se quedó quieto por un instante, luego asintió con tristeza y salió del salón sin decir una palabra más.

Cuando la puerta se cerró, me desplomé en el sofá. Las lágrimas brotaron sin que pudiera contenerlas. No lloraba solo por la diferencia de edad, ni por lo que diría mi familia. Lloraba porque, en ese instante, me sentí ridícula, vulnerable, vieja. Todo lo que creía seguro se tambaleó de repente, como si el mundo entero se hubiese reído de mi atrevimiento, de mi loco sueño de amar de nuevo.

Peter, como siempre, se acercó y se acurrucó junto a mí. Le acaricié el lomo, buscando consuelo. La vida me había golpeado muchas veces, pero aquella vez me sentí más sola que nunca.

CAPÍTULO 12:

UN PUEBLO EN PIE DE GUERRA

(Junio de 1930)



—Perdona que no haya venido antes a verte, Hassan, pero es que… bueno, mi vida se ha complicado mucho estas últimas semanas. —Intenté sonreír, aunque sabía que mis palabras no aliviarían el mal momento que atravesaba mi amigo.

Hassan me miró con tristeza, pero su expresión no perdió aquella serenidad habitual que siempre lo caracterizaba. Estábamos en su tienda, "Bennet Repairs", un espacio que solo unas pocas semanas atrás habíamos ordenado y dejado listo para la inauguración del local. Ahora, todo estaba patas arriba: las estanterías habían sido derribadas, herramientas desperdigadas por el suelo, y pedazos de madera y metal se mezclaban con cristales rotos que crujían bajo nuestros pies. Una de las ventanas laterales había sido apedreada, dejando un hueco irregular cubierto con un trozo de lona improvisada que se movía ligeramente con la brisa nocturna.

—Mi vida se ha complicado también, señora Christie —dijo. A pesar del caos que lo rodeaba, Hassan se mantenía en pie junto al mostrador, con una postura digna y su sonrisa de siempre.

Max carraspeó.

—Perdona que te llamásemos con tanta urgencia, Agatha. Sé que querías estar sola después de nuestra desgraciada conversación de la mañana y…

—Fui yo quien le dije a Max que te avisase, *mon amie* —interrumpió una voz conocida.

Emergiste de entre las sombras del local. Las luces estaban apagadas, lo que hacía que la escena pareciera aún más lúgubre, pero te reconocí por tu fedora.

—¿Y eso, Héracles? —pregunté.

—*Monsieur* Bennet está en grave peligro. Otra vez.

Hassan desvió la mirada, como si quisiera evitar mis preguntas, pero tú lo explicaste todo con claridad.

—Hay manifestaciones en el pueblo. La gente está reclamando justicia y parece haber perdido la razón. No quieren que este caso se archive, quieren un culpable a toda costa.

Miré con más detenimiento a mi alrededor y vi cristales rotos esparcidos por el suelo, fragmentos de botellas que alguien había lanzado contra el escaparate. Reconocí también manchas en la pared que parecían marcas de huevos o frutas podridas.

—Han apedreado el local, como puedes ver. Una turba, enfurecida por la falta de avances, por los rumores… —hiciste un gesto con la mano, señalando el desastre que nos rodeaba—. Y han aparecido dos testigos que han ido a comisaría a declarar.

Hassan murmuró:

—Dos testigos que han aparecido… de la nada.

—¿Sabemos algo al respecto? —inquirí, sintiendo cómo la rabia comenzaba a crecer en mi interior.

—He llamado de nuevo a nuestro abogado. No tardará en llegar —dijiste, cruzando los brazos—. Thornfield no va a compartir nada conmigo. Ya no somos amigos… si es que alguna vez lo fuimos. Sabe que quiero entorpecer su gran caso, así que me ha dicho que soy un particular y no tiene por qué contarme nada. Tampoco tiene obligación de mostrar todos los indicios a la defensa, pero debe mantenerla informada, al menos de forma general, de los avances de la investigación. Así que *monsieur* Hammond nos podrá explicar en un rato alguna cosa.

Max frunció el ceño.

—Aunque no tengamos una confirmación oficial, ¿alguien sospecha qué van a decir esos nuevos testigos?

—Se rumorea que Edith Whitmore dice ahora que Hassan se sobrepasó con ella y con su hermana —explicaste.

Apreté los puños al escuchar aquello.

—A mí me dijo lo contrario —dije con firmeza.

—Sí, Polrot nos lo ha contado —añadió Max, apoyándose contra el mostrador.

Hassan bajó la mirada.

—También hay otro testigo… uno de mis vecinos dice que estuve fuera de casa el día de la muerte de Clara Whitmore. Pero no entiendo de dónde ha salido esa historia.

—¿Y ese vecino lo cuenta ahora? —pregunté, sarcástica—. ¿Dos meses y medio después de su muerte?

—Ah, las células grises, *mon amie*. —Sonreíste con amargura, levantando un dedo como si estuvieras enseñándome una lección—. Parece que la presión popular, el deseo ferviente de que el extranjero pague… hace que las células se pongan en marcha y tomen direcciones muy extrañas.

El local quedó en silencio. En la penumbra, nuestras miradas se cruzaban, buscando alguna chispa de esperanza en medio del caos.

—¿Van a detenerme de nuevo? —preguntó Hassan.

—No, vas a entregarte —respondió una voz firme.

Nos volvimos. Gregory Hammond estaba entrando por la puerta. Llevaba un maletín de cuero desgastado por el uso, que dejó con cuidado sobre el mostrador. Al abrirlo, sacó varios papeles y comenzó a revisarlos con meticulosidad.

—Ayer registraron de nuevo la tienda, ¿no es así, señor Bennet? —preguntó mientras repasaba uno de los documentos.

Hassan asintió.

—Sí… El inspector jefe y sus hombres lo han destruido todo, lo poco que quedaba después de que la gente apedrease mi local. Incluso han desmontado el suelo, levantando las tablas.

Te miré. Tenías los labios apretados por la ira.

—Es una desgracia. El *commissaire, pardon*, el inspector jefe Thornfield, está decidido a ganar este caso como sea. *Diable!*

—De cualquier forma —intervino Hammond, con un tono más controlado—, han encontrado una mancha roja pequeña bajo el suelo. Dicen que es sangre, aunque aquí leo que huele a zumo de fruta.

Hassan levantó la cabeza rápidamente.

—¡Porque es zumo de fruta! Se me cayó el otro día y no tuve fuerzas para limpiar la mancha.

Hammond se encogió de hombros con un gesto de resignación.

—De cualquier forma, era de color rojo.

—Era zumo de grosella —respondió Hassan.

Hammond volvió a encogerse de hombros, pero no contradijo a su cliente.

—Ha bastado para que el juez dicte nuevamente una orden de detención tras la presentación de esta «prueba» y los nuevos testimonios. Por eso vas a entregarte. Siempre es mejor que un acusado aparezca tranquilo, seguro de su inocencia, y se presente por propia voluntad. Eso me permitirá argumentar ante el jurado que no tienes nada que ocultar ni de qué preocuparte.

Me revolví, inquieta, frustrada.

—Eso significa que da por sentado que esta vez sí habrá juicio.

—Oh, seguro —confirmó Hammond—. Esta vez obtuvieron lo suficiente para iniciar el proceso. La policía tiene prisa por cerrar el caso, por lo que probablemente el juez fijará la fecha del juicio oral lo antes posible, para finales de septiembre.

Max, que había estado caminando de un lado a otro de la tienda, nervioso, se detuvo de golpe.

—Entonces vayamos a la comisaría y comencemos a demostrar que Hassan es inocente —dijo con decisión.

—*Non*. Hay un problema, *mes amis.*

Te habías asomado a una de las ventanas rotas, desde la que apenas se veía la calle iluminada por las farolas. Un leve destello de rabia cruzó tu rostro antes de que señalaras hacia el exterior.

—Fíjense bien.

Nos acercamos a la ventana y vimos lo que querías mostrarnos. Afuera, una manifestación "espontánea" de vecinos se había reunido, portando piedras, palos y antorchas. La turba, cada vez más numerosa, coreaba gritos que helaban la sangre:

—¡Muera el asesino!

—¡No queremos extranjeros en Torquay!

—¡Justicia para Clara Whitmore!

Algunas personas lanzaban piedras o golpeaban el asfalto con sus palos, y otras agitaban carteles con mensajes de odio. Una botella de cristal se estrelló contra la pared del edificio, haciendo que Hassan retrocediera instintivamente.

—¡Colgadlo ya! —gritó alguien desde el fondo.

—¡Esto es una locura! —exclamé, sintiendo un nudo en el estómago.

—La histeria colectiva, *chère amie*, es una fuerza difícil de detener —dijiste—. Esta gente no busca justicia, busca un chivo expiatorio.

Hammond cerró su maletín con un chasquido seco y se colocó frente a Hassan.

—Vamos a necesitar escolta para llegar a la comisaría.

Miré hacia afuera, donde la turba seguía gritando y agitando palos y piedras. Conocía bien la calle en la que estábamos: una vía estrecha que desembocaba en un laberinto de callejones. Entonces recordé uno en particular, que conectaba directamente con la estación de policía.

—¡Por aquí, rápido! —chillé.

Todos nos movimos al unísono. Salimos por la puerta trasera de la tienda y corrimos tan rápido como nos permitían nuestras piernas. Tú ibas al frente. Estabas por entonces en muy buena forma.

—El Poirot de tus novelas no es tan ágil como yo —me dijiste con una sonrisa mientras esquivabas un barril que bloqueaba el paso.

—Ni es tan alto, ni tan guapo… —respondí jadeando—. Y sobre todo, no es tan joven como tú. Me arrepiento especialmente de eso, limita un poco mis tramas.

Seguimos corriendo. La turba, aunque a cierta distancia, había comenzado a perseguirnos. Nos lanzaron piedras, pero estaban demasiado lejos para acertar. Habíamos logrado sacarles ventaja gracias al callejón, que nos permitió ganar unos segundos preciosos.

Al fin, llegamos a la estación de policía. Las farolas iluminaban su fachada de ladrillo gris y el rótulo que anunciaba «Police Station». Entramos apresuradamente, cerrando la puerta, y dejando a la turba vociferando en la distancia.

En el interior, Hassan se entregó sin resistencia. Un agente joven le puso las esposas con torpeza. Max lo abrazó antes de que se lo llevaran, susurrándole palabras de ánimo. Hammond, entre tanto,

intercambió unas pocas palabras con Thornfield, que nos miraba con una mezcla de desdén y satisfacción.

Siempre recordaré aquella escena: Hassan, escoltado por dos policías, caminando con la cabeza muy alta mientras lo conducían a las celdas. Se giró una última vez para mirarnos, y aunque no dijo nada, sus ojos agradecidos lo decían todo. Le habíamos salvado la vida.

Me volví. Estabas de nuevo junto a una ventana, esta vez mirando a la turba desde el otro lado del cristal. Me acerqué.

—Hay algo en este caso, algo extraño, Agatha —dijiste.

—¿El qué?

—*Je ne sais pas*. Ojalá lo supiera. Percibo que algo se me escapa, un *déséquilibre,* algo evidente que está delante de mí y que… de alguna forma, no es tan evidente. Como si hubiese algo obvio que, por alguna razón, no fuese capaz de ver. Espero que, durante el juicio, mis células grises resuelvan el misterio.

—Tienes que contarme cómo va el juicio, Héracles. Promételo.

—Claro. *Je le promets,* pero… ¿no vas a venir? —preguntaste, volviéndote hacia mí con una ceja arqueada.

—No lo sé. No creo. Tengo que ir al norte a visitar a mi hermana y luego… bueno, tal vez me case y me vaya de luna de miel… o quién sabe. No tengo nada claro pero… sea como fuere… no sé si estaré aquí a tiempo.

—Así que aún no te has decidido.

—Sí lo he hecho. Quiero hacerlo, quiero a Max, pero… Héracles, ¡tiene la edad de mi sobrino Jack!

—Y Hassan también tiene esa edad, y mi lechero… —dijiste con tono de sorna—. Miles de hombres la tienen. Pero, ¿de cuántos de esos hombres estás enamorada, *ma chère*?

Suspiré, sintiendo el peso de tus palabras como una losa. Maldije el destino un millón de veces. Maldije a ese belga arrogante que siempre tenía… siempre tenía…

—¡Ay, Dios! Como siempre… tienes razón.

Mientras la noche se cernía sobre Torquay, supe que no era solo Hassan quien debía enfrentarse a un juicio. Yo también… y no había escapatoria.

CAPÍTULO 13:

ABNEY HALL

(agosto y primeros días de septiembre de 1930)



—No discutamos más, Punkie.

Mi hermana Madge, a quien a menudo llamábamos "Punkie" en familia, suspiró y asintió con un gesto resignado.

—Tienes razón, Agatha. Estoy ya un poco cansada de todo esto.

Madge me miró en silencio, y en sus ojos vi un brillo de emoción contenida. Finalmente, se llevó un pañuelo a los ojos.

—Así pues, ¿vas a casarte con ese crío? —me preguntó, en tono aún de reproche.

—Sí —respondí con firmeza.

—Espero que seas muy feliz —dijo, con un leve temblor en la voz.

Me acerqué para abrazarla y sentí cómo su cuerpo se sacudía violentamente. Ambas lloramos, pero no dijimos nada más.

—Gracias, Punkie.

El salón en el que nos hallábamos reflejaba perfectamente el estilo opulento que tanto gustaba a mi hermana: paredes con paneles de madera oscura, molduras ornamentadas, lámparas de araña, sillones tapizados en terciopelo burdeos y una chimenea de mármol blanco para combatir el frío aire de Cheshire. Cuando finalmente lo abandonamos, Madge me tomó del brazo. Yo le dije:

—¿Vendrás a la boda, no? Será en Edimburgo.

Ella negó con la cabeza.

—No, Agatha. No puedo. Lloraría todo el rato. Mi presencia solo serviría para estropear tu gran día.

—No seas tan cabezota.

—No puedo, Agatha. Es lo mejor. Créeme.

Tal vez tenía razón. Pero intenté convencerla durante más de media hora. Fracasé y salí a la calle, donde me esperaba Max. Llevábamos ya dos días en Abney Hall, la majestuosa mansión victoriana de los Watts. Entre discusión y discusión con mi hermana, Max y yo habíamos pasado el tiempo explorando sus magníficos terrenos. Abney Hall tenía un aire imponente y elegante, con su mezcla de arquitectura Tudor y gótica, y amplios jardines que parecían extenderse sin fin. Las caballerizas, con su disposición en torno a un patio central, eran un espectáculo en sí mismas. Las

puertas de madera maciza y los boxes cuidados con esmero daban la bienvenida a los caballos que asomaban sus cabezas, buscando caricias o golosinas. Más allá, los prados y las pistas para los animales ofrecían una vista idílica, con su verde infinito delimitado por vallas blancas perfectamente pintadas.

—¿Y bien? —me preguntó Max, deteniéndose junto a una de aquellas vallas.

—Mi hermana me ha dado su bendición… creo. A su manera —respondí con una sonrisa.

Max me miró fijamente, como si quisiera leer en mis ojos la respuesta que tanto deseaba, y a la vez temía escuchar.

—Y entonces… ¿eso significa que vas a casarte conmigo? —dijo, con un hilo de voz.

Sonreí mientras bajaba la mirada.

—Antes de salir de Ashfield, miré de nuevo la lista de pros y contras de mi hija.

—¿Y? —insistió Max.

—Que he sopesado esos pros y contras. Largamente.

—¿Y? —repitió.

Hice otra pausa. El pobre estaba pálido, aterrorizado. En lugar de responder, lo besé en los labios con toda la pasión de la que era capaz, que, debo reconocer, no fue demasiada. Pero bastó para disipar cualquier duda.

—He decidido no tener miedo de equivocarme. He decidido que merezco ser feliz —dije finalmente, sintiendo un peso inmenso desaparecer de mis hombros.

Sin embargo, una vez tomada la decisión, venía lo más difícil: casarme lejos de los periodistas y sus artículos escandalosos, lejos de la opinión pública y de cualquier otro familiar que pudiera estar en desacuerdo. Así que, acompañada por Carlo, Rosalind y Peter, me dirigí a la isla de Skye, un rincón remoto y salvaje de Escocia donde permanecimos escondidas durante casi un mes.

Skye era preciosa, a su manera. En agosto, la isla parecía un lienzo pintado de verdes y grises, con sus colinas ondulantes, sus abruptos

acantilados y sus lagos. El clima, por supuesto, era típicamente escocés: días de lloviznas intercalados con destellos de sol, y un viento constante. Las pequeñas aldeas con casas blancas se agrupaban alrededor de las bahías, y la parroquia donde colgamos las amonestaciones era apenas un edificio diminuto de piedra gris, encaramado en una colina y rodeado de lápidas cubiertas de musgo.

—No entiendo esto de las amonestaciones —dijo Rosalind aquella tarde, mientras contemplábamos el tablón de anuncios de la parroquia, donde nuestro aviso, escrito en una pulcra caligrafía, colgaba discretamente.

—Es una costumbre antigua —le expliqué—. Antes de casarse, se colocan las amonestaciones en la iglesia para que, si alguien tiene algún impedimento o razón para oponerse, pueda hacerlo saber.

—Es una tontería —respondió Rosalind, frunciendo el ceño—. Nadie debería tener nada que decir sobre dos personas enamoradas.

—Bueno, piensa en esto: ¿y si el hombre resulta ser bígamo? ¿O si alguien oculta algún gran secreto, como tener una condena pendiente y estar buscado por la justicia? Este sistema da tiempo para que salgan a la luz esos problemas. Pero aquí no ocurrirá nada porque nadie nos conoce, y estoy segura de que nuestra boda no tendrá impedimentos.

Rosalind reflexionó un momento y luego añadió:

—No deberíamos estar escondidas, mamá. Si realmente quieres casarte, deberías hacerlo con orgullo y que todo el mundo lo sepa.

—Sería un escándalo —respondí, suspirando.

—No, mamá. Hasta la gran dama del crimen tiene derecho a ser feliz.

—¿Con un hombre que casi podría ser mi hijo?

—Sobre todo en ese caso. Deberían celebrar la suerte que tienes de estar con alguien tan joven.

Sonreí y la abracé con fuerza, conmovida por la madurez y el apoyo de mi hija.

—Si todo el mundo pensase como tú, el mundo sería mucho más sencillo, mi amor.

Y mientras el viento frío de Skye nos rodeaba, sentí por primera vez en semanas que estaba en el lugar correcto, que había tomado la decisión correcta, acompañada de las personas que realmente importaban.

Al regresar a nuestras habitaciones me esperaba una carta tuya. Como no sabías dónde me hallaba, la habías mandado a mi casita en Chelsea. Allí, el servicio la envió a Escocia. Intrigada, la abrí sin demora.

La he traído conmigo para que la leamos juntos.

CAPÍTULO 14:

TU PRIMERA CARTA

(septiembre de 1930)



Ma chère Agatha,

Espero que estas líneas te lleguen en un momento de dicha, especialmente ahora que sé que te diriges hacia un día trascendental en tu vida. *Mon amie*, permíteme *desearte tout le bonheur du monde* en esta nueva etapa que estás a punto de iniciar. Aunque no tengo confirmación por tu parte, sé que has aceptado la proposición de Max y estás a punto de casarte. No se necesita ser el mejor detective del mundo para darse cuenta de que era el final inevitable de esta historia.

Yo, por mi parte, tengo que escribirte, no solo para expresarte mis reflexiones, sino también para compartir mis preocupaciones.

Sabes bien que el caso de *monsieur* Bennet no deja de rondarme la cabeza. Como te he dicho, hay algo que no encaja, un *déséquilibre* que mis células grises perciben, aunque todavía no pueda darle nombre ni forma concreta.

Estuve revisando los acontecimientos recientes, en especial la presión popular que exige una resolución rápida y, por desgracia, un culpable. A menudo, la justicia no se mueve al ritmo de la verdad, sino al de la indignación colectiva. Y aquí estoy, en Torquay, enfrentándome no solo a un crimen sin resolver, sino también a una comunidad que ha decidido quién debe cargar con la culpa.

Te confieso que cuando vimos aquella turba con piedras y palos, gritando «¡Muera el asesino!» sentí una mezcla de tristeza y rabia. *C'est une tragédie*, Agatha. La masa enfurecida no necesita pruebas, solo un chivo expiatorio. Y *monsieur* Bennet, con su acento extranjero y su tono de piel ligeramente más oscuro, es el blanco perfecto.

Recuerdo que me dijiste que esperabas que todo esto se resolviera pronto, pero temo que las cosas no serán tan sencillas. Esos dos nuevos testigos que han aparecido de repente, como por arte de magia… oh, cada vez me resulta todo más sospechoso. Y la prueba de cargo contra *monsieur* Bennet, *mon Dieu*… la llamaré así por llamarla de alguna manera: una mancha roja en el suelo de su tienda que parece evidentemente zumo de grosella. ¿Cómo es

posible que algo tan insignificante sirva como base para llevarlo a juicio?

Y ahora el juicio. La palabra «juicio» suena tan grandiosa, tan definitiva. Pero sabes tan bien como yo que no siempre es sinónimo de justicia. Será una batalla de pruebas endebles y/o capciosas contra la lógica y la verdad. *Monsieur* Hammond es competente, *oui, je le sais,* pero me temo que incluso su habilidad podría no ser suficiente frente a un jurado influenciado por rumores y prejuicios.

En unos días la partida comenzará y mucho me temo que el resultado está amañado. Esta mañana tuve un encuentro, si no esclarecedor, al menos revelador, con el inspector jefe Thornfield, un hombre que una vez luchó a mi lado en nombre de la ley y que ahora parece haber elegido un camino distinto, uno torcido por prejuicios y conveniencias. Nos cruzamos en la entrada de la comisaría. Su rostro me observó arrogante, como si creyera tener la razón absoluta en el bolsillo de su chaqueta.

—*Monsieur* Polrot —me dijo—, ¿por qué no se marcha? Está perdiendo el tiempo. El juicio está decidido y Hassan Fareed es culpable. Todo el mundo lo sabe.

Ah, esa frase ("Todo el mundo lo sabe") me heló la sangre. Y también el hecho de que usase el apellido Fareed refiriéndose al acusado. Como bien sabes, su padre nunca le reconoció, por lo que, técnicamente, *monsieur* Bennet no es *monsieur* Bennet. Pero eso a Thornfield le da lo mismo. Al arrebatarle su apellido inglés, de alguna manera reforzaba la idea de que era un extranjero, de que no era uno de vosotros.

—¿Qué sabe realmente todo el mundo? —no pude evitar responder, con una calma fingida. Y añadí:— Ese hombre no es culpable porque lo sea, inspector jefe, sino porque la gente quiere que lo sea. Es usted quien está perdiendo el tiempo, *monsieur* Thornfield. Este juicio es una farsa pero incluso las mejores farsas a veces terminan con unos malos cómicos desenmascarados.

Él rio con desdén, ese tipo de risa que no proviene de la certeza sino del desprecio, y me miró fijamente antes de pronunciar unas palabras que aún resuenan en mi mente.

—Lo que pasa con usted, Polrot, es que no ve más allá de su propia condición de extranjero. Usted no entiende este país ni a su gente. Hassan es culpable, y yo haré que se haga justicia, aunque a usted no le guste.

Me quedé mirándolo mientras se marchaba, hinchado como un pavo, seguro de sí mismo. Es irónico, ¿no crees? Un hombre que una vez respeté ahora es el arquitecto de un engaño que ensucia el concepto de la justicia que ambos juramos defender. Pero no pierdo la esperanza. Por eso sigo aquí, luchando por Hassan, luchando por lo que es justo.

Ah, et puis… ¡cómo me gustaría que estuvieras aquí! No solo para observar el caso con tu aguda mirada, sino también para hacerme compañía. Me he acostumbrado a tu presencia en mis casos. Y, la verdad, Agatha, es que este caso tiene algo personal para mí. Tal vez porque he visto demasiados prejuicios en mi vida, tal vez porque yo mismo, como extranjero, he sido mirado con recelo en estas tierras. No puedo permitir que *monsieur* Bennet sea condenado sin pruebas claras, ni que su vida quede arruinada por la iniquidad.

El sistema, *mon amie*, es como una red demasiado gruesa. Cuando funciona, captura al culpable; pero cuando falla, atrapa a los inocentes. Y en este caso, temo que esa red esté siendo manipulada. Ojalá fuese capaz de hallar ese algo que se me escapa, ese *déséquilibre*, eso que no puedo ver, porque entonces podría resolver el caso, encontrar al verdadero culpable y reírme en la cara de Thornfield y de los otros Thornfield que aparecen en cada esquina, por todas partes.

Espero verte pronto, ya sea para hablar de este caso o simplemente para compartir una taza de té y discutir tus últimas ideas para una novela. Mientras tanto, continuaré aquí, haciendo lo que mejor sé hacer: observar, pensar, y esperar el momento justo para actuar. Ojalá me lo permitan.

À bientôt, ma chère amie. Cuida de ti misma y, si es posible, encuentra un momento para ser feliz. Saluda a Max de mi parte, y a Carlo y a Rosalind e incluso a le *petit* Peter.

Avec toute mon affection,

Héracles Amadeus Polrot

CAPÍTULO 15:

MI SEGUNDA BODA

(septiembre y octubre de 1930)



El día de mi boda fue también el día en que comenzó el juicio de Hassan. Lo vi en los periódicos, un titular destacado en la primera página. Doblándolo con cuidado, escondí el ejemplar en un cajón del tocador para que Max no lo viera. Este día debía ser perfecto, nada debía distraernos. Ya habría tiempo, pensé. Aunque me engañaba. Tenía la sensación de que habíamos dejado a nuestro amigo en la estacada pero… ¿qué podíamos hacer? Max se marchaba a Oriente en unas semanas y la boda no podía aplazarse. Así que decidí no pensar más en el tema. Al menos de momento.

Aquella mañana, al vestirme frente al espejo, mi mente vagó hacia Archie, mi primer esposo. Tenía presente su infidelidad, su traición, y el dolor que me dejó, un dolor que casi me vuelve loca, que estuvo a punto de destruirme. Pero también quería creer que esta vez sería diferente. Max era un hombre bueno, amable, con quien compartía muchas cosas. No todo era perfecto; éramos muy distintos en muchos sentidos, pero no contrarios como Archie y yo fuimos en su día. El riesgo valía la pena. Sí, esta vez creía que sería feliz: el amor podía merecer un buen salto al vacío.

Recuerdo como si fuese hoy la ciudad de Edimburgo aquella mañana. Las calles adoquinadas del casco antiguo estaban todavía bañadas por el rocío, y la suave bruma matinal se dispersaba lentamente. Tendríamos un día soleado. Las torres góticas del horizonte se alzaban con su solemnidad de costumbre, mientras la ciudad despertaba.

Al bajar del coche de caballos frente a la pequeña capilla de Santa Columba, sentí que las piernas me temblaban. Era un edificio modesto de piedra gris, con un techo de pizarra oscura y hermosos vitrales que reflejaban la luz del sol matutino. Dentro, el ambiente era acogedor, iluminado por velas. Los bancos, de madera pulida, parecían esperar a los pocos invitados que sabían de aquella ceremonia secreta.

En el pórtico de la iglesia, rodeada por los muros de piedra y bajo el cielo de Edimburgo, Rosalind me esperaba. Mi hija me miró con orgullo. Era mi dama de honor, y su presencia allí significaba más de lo que las palabras podían expresar.

—Mamá, estás preciosa —dijo boquiabierta.

Yo llevaba un sencillo vestido de seda marfil, sin apenas adornos.

—Gracias, mi amor. Y tú… bueno, tú eres perfecta.

Caminamos juntas hasta la entrada. Rosalind me dio un último abrazo antes de entregarme al brazo de James Watts, el esposo de mi hermana Madge. Ella, tan testaruda como siempre, había decidido no aparecer aunque su esposo fuese mi padrino. Pero James sonreía. Creo que la situación le hacía gracia o tal vez conocía tanto a su mujer que ya nada le sorprendía.

Entonces lo vi: Max, de pie junto al altar, con un traje a rayas perfectamente cortado y una gardenia blanca en el ojal. Su mirada, tranquila y llena de determinación, me sostuvo en cada paso.

El cura comenzó la ceremonia con palabras que no recuerdo: estaba demasiado emocionada. Sus bendiciones resonaban en la capilla como una melodía, y cuando llegó el momento de intercambiar votos, sentí que todo a mi alrededor se desvanecía… todo salvo Max y yo.

—Prometo amarte, respetarte y cuidarte en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, hasta que la muerte nos separe —dijo Max, su voz firme pero llena de emoción.

Mis propias palabras salieron temblorosas, pero sinceras:

—Prometo caminar a tu lado, ser tu apoyo en los momentos difíciles y compartir contigo la felicidad y los retos que la vida nos depare.

El cura pronunció las palabras que nos unieron como marido y mujer, y en ese momento no pude contener una lágrima que se deslizó por mi mejilla. Cuando Max tomó mi mano, su calidez me devolvió la calma.

Después de la ceremonia, en la sacristía, nos llevaron a firmar el libro de registro matrimonial. Escribí: «Agatha Mallowan».

—Siempre seré Agatha Mallowan —le dije a Max al oído—, aunque el mundo me conozca como Agatha Christie.

Él me miró con ternura, su mano aún sosteniendo la mía.

—Tal vez tus lectores acepten el cambio de nombre con el tiempo. Quizás "Agatha Mallowan" sea tan memorable como "Agatha Christie".

Sacudí la cabeza y reí suavemente.

—No lo creo, Max. Mis editores han sido tajantes: seguiré siendo Agatha Christie, aunque ahora tenga otra vida y otro apellido. Pero para mí, para nosotros, siempre seré Agatha Mallowan.

Se inclinó hacia mí y me besó con suavidad.

—Y eso es lo único que importa —susurró.

Cuando salimos de la iglesia, una ráfaga de aire nos recibió, revolviendo mis cabellos. Max se detuvo un momento, como si quisiera grabar aquel instante en su memoria.

—Nos separamos aquí, mi amor. Tengo que ultimar los detalles de la expedición a Ur. Prometo que no tardaré mucho.

Asentí, intentando no mostrar la tristeza que sentía al despedirnos tan pronto. La luna de miel tendría que esperar, aunque apenas cuarenta y ocho horas.

—Hasta pronto, Max —dije mientras él se alejaba.

Carlo me vio triste y me abrazó sin dudarlo.

—Estoy tan feliz por ti, Agatha —dijo con una sonrisa sincera—. Te lo mereces más que nadie. Este es tu momento.

—Gracias, Carlo. No sé qué haría sin ti.

Nos quedamos en silencio un momento, dejándonos envolver por la complicidad que habíamos construido durante años de amistad y trabajo. Luego, con una última sonrisa, Carlo me dio un pequeño empujón, como animándome a no mirar atrás.

Pasé con Carlo y Rosalind la noche en el Hotel Roxburghe. Luego regresamos a Londres y, dos días después, Max y yo cruzamos el Canal de la Mancha. Emprendimos nuestra luna de miel en el legendario Orient Express, rumbo a Venecia. Mientras nos acomodábamos en nuestro compartimento, me volví hacia mi esposo con una sonrisa.

—¿Sabes? Este tren me trae recuerdos. Hace años sufrí un aparatoso accidente durante el viaje y creo que pronto escribiré una

novela inspirada en aquellos sucesos.

Max, que estaba ajustando su chaqueta, se detuvo para mirarme.

—¿En serio? —preguntó, divertido—. ¿Y cómo fue ese accidente? ¿Mortal como tus historias?

—No todo tiene que ser mortal, Max. Aunque reconozco que fue un asunto terrible, lleno de cadáveres[3].

—¿Ves? Sabía que sería algo mortal.

Reímos. Max me tomó de la mano y la besó con ternura.

—Por cierto, he comenzado a leer uno de tus libros: "Styles". Nunca había leído nada tuyo antes, lo confieso.

Me sorprendí un poco, pero asentí.

—¿Y qué te está pareciendo?

—Interesante… aunque debo admitir que estoy más acostumbrado a leer gruesos ensayos sin apenas diálogos ni tramas "mortales" —rio—. Tus novelas son algo completamente diferente. Me cuesta concentrarme. Pero, ¿sabes? Me gusta. Es más humano, menos denso o profundo… y más real.

—Oh, Max, ¿eso ha sido un cumplido o una crítica?

Él sonrió y me rodeó con un brazo.

—Definitivamente un cumplido. Pero no te preocupes, con el tiempo me acostumbraré a tus historias.

Nos abrazamos y seguimos conversando, mientras el tren avanzaba camino de Venecia, donde disfrutamos de paseos en góndola y de la imponente Plaza de San Marcos. Más tarde seguimos nuestro viaje hacia Split, en Yugoslavia. Allí visitamos el Palacio de Diocleciano, una majestuosa construcción romana que me dejó sin palabras. Sus columnas y arcos eran impresionantes, y mientras recorríamos sus pasillos, Max comenzó a contarme una de sus historias.

—¿Sabías que Diocleciano fue uno de los pocos emperadores romanos que abdicó voluntariamente? —dijo mientras tocaba una de las columnas de mármol con la punta de los dedos.

—¿De verdad? ¿Y por qué lo hizo? —pregunté, intrigada.

—Dicen que quería retirarse y vivir en paz. Pasó sus últimos días cultivando su jardín, alejado del bullicio del poder.

—Parece un final feliz —comenté, pensativa.

—Lo es, en cierta manera. La moraleja acaso sea que hablamos de alguien que aprendió a priorizar lo que realmente importaba. Y, ¿sabes? Eso me hace pensar en nosotros.

—¿En nosotros?

Max se detuvo y me miró a los ojos.

—Sí. A veces, alejarse de las expectativas de los demás, del ruido, de lo que la gente espera de ti, es lo mejor que puedes hacer. Lo importante es lo que tú eliges, lo que te hace feliz. Como tú has hecho ahora. Como hemos hecho los dos.

Su mirada era tan sincera que me conmovió profundamente. Sentí que, en esos pocos días, la confianza entre nosotros se había vuelto completa, sólida como los muros de aquel antiguo palacio.

—Así es. Hemos hecho nuestra elección, Max. ¿Estás seguro de que no nos arrepentiremos?

Max me besó largamente, con pasión verdadera.

—Agatha, no nos arrepentiremos de nada.

Caminamos juntos bajo el cielo de Split, felices, seguros de nosotros mismos, unidos para siempre. Pero, he de confesarlo, nos habíamos olvidado por completo (una vez más) de Hassan Bennet. Y no fue hasta varias semanas después, cuando regresé a Londres y leí tus dos nuevas cartas, cuando aquel terrible suceso volvió a preocuparme.

Aunque por entonces todo había ya terminado.

CAPÍTULO 16:

TU SEGUNDA CARTA

(finales de octubre de 1930)



Ma chère Agatha,

No puedo evitar revivir, con dolorosa claridad, algunos de los momentos más significativos del juicio de Hassan Bennet. Permíteme contarte, con toda la fidelidad que mi memoria permite, lo que sucedió. No solo para compartir mi frustración, sino para mostrarte cómo cada palabra fue usada como un arma para condenar a un inocente.

Todo fue tan injusto… tan… *Diable!* Voy a centrarme en lo que sucedió, porque podría llenar una hoja entera con mis lamentos.

Testimonio del vecino, monsieur Harper

El primer testigo de la acusación, Tom Harper, subió al estrado con una actitud insegura, mirando de reojo a la multitud que se sentaba en los bancos del fondo, entre los que yo me hallaba. Tras aclararse la garganta, comenzó:

—Esa noche… la noche en que murió Clara Whitmore… escuché el sonido de una puerta abriéndose. Era pasada la medianoche.

Hammond se levantó de inmediato:

—¿Podría especificar qué puerta escuchó, señor Harper?

El testigo parpadeó, confundido.

—La de la casa del señor Bennet… creo.

Hammond dio un paso hacia el estrado, con las manos juntas frente a él.

—¿Cree o está seguro? ¿Vio quién abrió la puerta?

—No, no vi a nadie… Desde mi piso no se ve la fachada del edificio donde vive Hassan. Solo escuché un sonido.

El abogado mantuvo su compostura, pero yo vi cómo sus dedos se apretaban contra el borde de la mesa.

—¿Es posible que el sonido proviniera de otra puerta en la misma calle?

—Supongo que sí, pero… la puerta del negocio del señor Bennet tiene una campanilla. Creo que también la oí y… sí, era su puerta.

—A ver si lo entiendo. No puede asegurar que fuese la puerta de mi cliente la que se abrió. No puede asegurar que oyese una campanilla. ¿Por qué es usted testigo si no está seguro de nada?

—Yo… yo… estoy casi seguro.

—¿Por qué no informó de todo esto a la policía en su momento? Pasaron nueve semanas antes de que ofreciera su testimonio. ¿Por qué entonces? ¿Tal vez porque el señor Bennet estaba libre y el caso iba a ser archivado?

El hombre balbuceó:

—Mi hijo… estaba enfermo por entonces… cuando murió Clara. Muy grave. Meningitis, ya sabe. No quería involucrarme demasiado. Cuando mejoró, entonces me dije: debes decir lo que oíste.

Hammond le señaló con un dedo acusador.

—¡Encuentro vergonzoso que utilice la enfermedad de su hijo para justificar sus actos, caballero! —chilló.

El juez reprendió al abogado:

—Señor abogado de la defensa, no estamos aquí para juzgar al testigo, sino los hechos. Siga con el interrogatorio. O mejor, termínelo, a menos que tenga algo relevante que preguntar.

Hammond, frustrado, se giró hacia mí y se encogió de hombros, como diciendo: «el juez está predispuesto en nuestra contra, como todos».

Declaración del inspector jefe Thornfield

Luego subió al estrado el inspector jefe en persona. Me pareció extraño. Demasiado pronto. Tal vez la acusación era consciente de que el primer testigo era endeble y los siguientes no eran mejores. Y quería que el jurado oyese a una persona segura de sí misma y de la culpabilidad del acusado.

Quoi qu'il en soit, Thornfield era el epítome de la arrogancia, con una sonrisa apenas contenida mientras respondía a las preguntas del fiscal.

—Inspector jefe, ¿puede confirmar la procedencia del sonido que el testigo menciona?

—Absolutamente. La disposición de las casas y el tipo de cerradura indican que el sonido debía provenir de la puerta de la casa del señor Bennet.

Hammond saltó de su asiento cuando llegó su turno.

—Ha dicho que el sonido debía provenir de la puerta de la casa del señor Bennet. ¿Basado en qué evidencia científica?

Thornfield sonrió con desdén.

—No es necesaria tal evidencia. Conozco bien la zona. La configuración de los edificios me permite afirmar que, con toda seguridad…

—¿No es cierto que nunca había estado en Torquay hasta que comenzó este caso?

—En efecto.

—Sin duda por eso conoce tan bien la zona. ¿No es así?

—Llevo aquí meses. He tenido tiempo de empaparme de la villa y sus gentes.

Hammond no cedió:

—¿No es cierto que hay al menos cuatro puertas en la misma calle que podrían haber emitido el mismo sonido?

Thornfield inclinó la cabeza, como si lo considerara una idea absurda:

—Estoy seguro de que no. Solo una, la del señor Bennet pudo provocar el sonido que oyó el testigo. Además, la campanita…

—¿Se refiere a la campanita que el señor Harper no está seguro de haber oído?

—Cuando lo interrogué me dijo oyó algo metálico que repicaba, como una campanita de las que suenan en las puertas de los comercios al abrirse.

El abogado lanzó una moneda al suelo, que repicó con un sonido metálico botando sobre el enlosado.

—Ese sonido es sin duda algo definitivo, inspector jefe, sobre todo teniendo en cuenta que no hay nada en el universo que provoque el sonido de un eco, de un tintineo o un ruido seco de metal.

El juez golpeó con su mazo:

—No tolero este tipo de comportamientos teatrales en mi sala, señor Hammond.

—Perdone, señoría —dijo.

Pero Hammond de inmediato prosiguió:

—Entonces, inspector jefe, ¿cree que un sonido que no se sabe de qué puerta procede y un metal que tintinea es suficiente para condenar a un hombre?

El juez intervino antes de que Thornfield pudiera responder.

—Señor Hammond, limite sus preguntas a lo relevante.

—Esto es muy relevante, señoría. Mi cliente está aquí a causa de unos testigos sin credibilidad alguna y…

—Su cliente está aquí porque es sospechoso de un crimen horrible. Deje al jurado juzgar la credibilidad de los testigos.

Cuando terminó de declarar, Thornfield se giró hacia mí mientras volvía a su asiento. Parecía enojado. Habíamos ganado al menos un *round* de aquel combate amañado de boxeo. Aquello no lo había previsto el inspector jefe.

Esa noche, apenas logré dormir. Cada vez que cerraba los ojos, las imágenes se sucedían en mi mente como un torbellino: rostros que gritaban *«Coupable!, coupable!»,* el gesto tranquilo de Hassan y el rostro de Thornfield, airado, circunspecto. Finalmente, el sueño me venció, pero no trajo descanso. Me vi en la playa de Torre Abbey Sands, la misma donde había desaparecido Eleanor. El agua estaba en calma, pero algo flotaba en la superficie. Me acerqué, y al principio pensé que era la ayudante desaparecida de *monsieur* Bennet. ¿Quién más podía ser? Pero cuando la marea la arrastró hacia mí, reconocí su rostro: era Hellen Hammond, la esposa fallecida de su abogado, de mi amigo. Solo la vi una vez, en una fiesta, hace al menos diez años. ¿Por qué soñaba con ella? No tenía respuesta. ¿Era otro enigma más o tal vez una pista de mis células grises? *Je ne sais pas.*

Desperté empapado en sudor, con el eco de las olas aún resonando en mis oídos. El amanecer apenas comenzaba a

asomarse, pero sabía que tenía que volver al tribunal. La "injusticia" no descansaba, y yo tampoco lo haría.

Si el primer día de juicio me dejó con un mal sabor de boca, este segundo fue como un puñetazo en el estómago, una exposición cruda de cómo la verdad puede ser manipulada para satisfacer los prejuicios de la multitud.

Testimonio de Edith Whitmore

La primera en testificar fue Edith Whitmore, la hermana de la pobre Clara, como bien sabes. Subió al estrado con una expresión seria, casi inexpresiva, pero con un temblor en las manos que delataba su nerviosismo.

—¿Puede contarle al jurado lo que sabe de los hechos ocurridos la noche de la muerte de su pobre hermana? —preguntó el fiscal con un tono que buscaba proyectar compasión.

Edith tragó saliva, y con voz entrecortada comenzó a relatar:

—Mi hermana… Clara… no regresó a casa esa noche. Pensamos que se había quedado con una amiga. No era raro… somos pobres, señoría. No tenemos teléfono ni forma de saberlo con seguridad. Y confiamos en nuestra comunidad. A veces Clara dormía con los Benton o los McCormick y volvía al día siguiente.

Hizo una pausa, como si le costara continuar.

—Después, cuando no apareció por la mañana… pensé que tal vez había pasado algo, pero… no quería ni pensar que tuviese nada que ver con el señor Bennet. Porque no podía decir nada sobre… nuestro secreto. No quería que nadie supiera… lo que había pasado.

El fiscal avanzó con cautela.

—¿A qué se refiere?

Edith desvió la mirada, claramente incómoda, pero finalmente respondió:

—El señor Bennet… Hassan me dio dinero… unas monedas… me tocó ahí…abajo. Mucho rato. Y creo que a mi hermana también se lo hacía.

Las palabras fueron apenas un susurro, pero resonaron como un disparo en la sala. Un murmullo recorrió el público. El juez golpeó con su mazo.

—¡Silencio en la sala! —exclamó, pero su voz apenas superaba el estruendo de la multitud.

Desde las galerías destinadas al público, el murmullo inicial se había transformado en un caos ensordecedor. Había gritos que clamaban justicia, abucheos dirigidos hacia Hassan y hasta silbidos. El juez, visiblemente irritado, volvió a golpear con su mazo, esta vez más fuerte, con una insistencia casi histérica.

—¡Orden! ¡Esta es una sala de justicia, no un mercado! Si este comportamiento persiste, desalojaré la sala.

Los oficiales de seguridad comenzaron a moverse entre los asistentes, buscando sofocar la revuelta. Mientras tanto, Hassan permanecía en el banquillo, inmóvil, con el rostro frío y sereno. Era una roca en mitad de un río turbulento, resistiendo la corriente de odio y prejuicios que lo embestía. *Quel malheur!*

El juez se levantó, señalando con un gesto enérgico que el juicio quedaba temporalmente suspendido. Un murmullo de desaprobación recorrió el público, pero al cabo de unos minutos, los gritos se extinguieron.

Cuando el juicio se reanudó, la atmósfera seguía cargada, pero al menos había silencio suficiente para continuar, pues se había expulsado a los más alborotadores de la concurrencia. Era el turno de la defensa, y todos los ojos se volvieron hacia Gregory Hammond, que se alzó con determinación.

—Señorita Whitmore, usted declaró anteriormente que el señor Bennet nunca le hizo nada inapropiado. También se lo dijo a gente de Torquay el mismo día de la desaparición de su hermana, antes de que fuese hallado el cadáver. ¿Por qué ha cambiado ahora su versión?

Edith bajó la cabeza, murmurando:

—No quería que nadie lo supiera. No quería que… pensaran mal de mí. Sobre todo mis amigas. Una señorita no debe dejar que la

toquen en… No debe permitirlo.

—¿Entonces admite que ocultó información clave durante semanas y que, repito una vez más, justo cuando mi cliente había quedado libre y el caso se iba a archivar, decidió que era el momento de explicar este relato que contradice todas sus afirmaciones anteriores? ¿No le parece un poco conveniente? ¿O es que se trata de un relato inventado?

—No me he inventado nada.

—Nadie la va a creer, señorita Whitmore. Todos saben que está contando una mentira.

—¡No! ¡Es la verdad!

El fiscal protestó, y el juez reprendió a Hammond:

—¡Controle su tono, abogado!

Hammond se giró hacia el juez, visiblemente frustrado, pero obedeció.

El Testigo Sorpresa

Cuando creímos que el testimonio de Edith era lo peor que podía ocurrir, apareció un nuevo testigo. Un joven del pueblo, de no más de catorce años. Subió al estrado con la confianza propia de alguien que sabe que tiene la atención de toda la sala.

El fiscal lo presentó como un testigo de última hora. Por eso no había informado a la defensa. Hammond protestó pero el juez no le hizo caso. Cuando el joven habló, pronto quedó claro que su testimonio sería demoledor contra los intereses de monsieur Bennet:

—Esa noche vi a Clara Whitmore.

—¿La noche que desapareció? ¿Lo noche de su muerte? —dijo el fiscal.

—Así es, señor. Me dijo que iba a "Bennet Repairs".

Hammond se levantó de inmediato.

—¿Por qué no mencionó esto antes? —preguntó, con una mezcla de incredulidad y enfado.

El juez golpeó con su mazo.

—¡Espere a su turno, abogado!

Pero el joven, encogiéndose de hombros, respondió con despreocupación:

—No lo recordé hasta hace poco. Fue hace tiempo. Me vino a la memoria y me dije: debo contarlo. Pero no miento. Así es como pasó. La vi en la calle, hablamos y se fue a la tienda de Hassan. Me extrañó porque era ya de noche y la tienda estaba cerrada.

Cuando terminó el fiscal de interrogarlo, Hammond volvió a la carga. Dio un paso hacia el estrado y dijo:

—Lo que recuerda que le dijo Clara Whitmore o… para ser más exactos, lo que usted cuenta que le dijo, ¿no pudo pasar otro día? Han pasado meses.

El joven miró al fiscal, luego a Thornfield. Se relamió.

—Pasó ese día, seguro.

—¿Cómo lo sabe? ¿Qué pasó ese día que haga que lo recuerde, que sepa que no conversó con Clara una semana atrás?

—No… no fue una semana atrás. Fue ese día, lo juro. Y estoy completamente seguro —el joven miró a Thornfield, que asintió con la cabeza.

Hammond se dio cuenta y dijo:

—Lo jura, vaya, qué suerte tenemos. ¿Y sabe lo que también es una suerte? Que hayan surgido tantos testigos de la nada. Usted es el tercer vecino de Torquay que, milagrosamente, recuerda con detalle algo que había olvidado o que no quería contar o que oyó o creyó oír. ¿No le parece extraño que cada vez que mi cliente está a punto de quedar libre aparece un testigo que cambia por completo el caso? ¡Esto no es suerte, señor mío, esto es manipulación! ¡Y el inspector jefe Thornfield es quien ha organizado esta mascarada!

El juez golpeó con el mazo.

—¡Orden en la sala! ¡Señor Hammond, controle sus emociones o lo expulsaré! ¡Y no acuse a nadie a menos que tenga pruebas! ¿Sabe lo que es la difamación?

Hammond respiró hondo, pero su frustración era evidente. Yo, sentado entre el público, no pude evitar compartir su indignación. El

joven testigo había sido claramente preparado, manipulado por quienes querían ver a Hassan condenado fuera cual fuese el precio. Pero la farsa continuaba, y nosotros, impotentes, no podíamos hacer nada para detenerla.

Estoy cansado, *mon amie*, y siento que mis células grises necesitan reposo para ordenar todo lo que ha ocurrido en estos días tan turbios. Mañana prosigo con esta carta o, mejor, comenzaré una nueva, donde contaré lo que resta con la precisión que mereces… pero ahora debo descansar.

Avec tout mon respect et ma tristesse,
Héracles Amadeus Polrot

CAPÍTULO 17:

TU TERCERA Y ÚLTIMA CARTA

(Finales de octubre de 1930)



Ma chère Agatha,

He dejado pasar unas horas antes de continuar con estas misivas, pues mis pensamientos estaban demasiado agitados. Necesitaba calma para plasmar lo que siento y lo que he presenciado. Ahora, con algo más de serenidad, retomo la pluma para narrarte el desenlace de *cette terrible odyssée*… esta terrible odisea.

No puedo evitar acusarme de asistir impotente al linchamiento judicial de Hassan, incapaz de ayudarle en lo más mínimo. ¿Qué he logrado con mi presencia? *Rien.* No tengo pruebas contra nadie más; no tengo certezas de lo que realmente ocurrió. No he conseguido ni siquiera recordar eso que he llamado "desequilibrio"… algo que sé que está mal pero no consigo entender qué es. No es una pieza del puzle como en otros casos me ha sucedido. No es una cosa que me ha pasado por alto y podía ser la clave del caso, es… algo que sé que está ahí pero no consigo ver porque otra cosa me lo impide. *Oh, mon Dieu*, qué horrible es sentirse impotente, no poder explicar siquiera la sensación. Me siento como un ciego que camina a tientas en este juicio perverso.

Ay, Polrot está tan ciego que solo ha podido ver cómo el pueblo de Torquay, en su ignorancia y prejuicio, se unió para hundir a un hombre cuya única falta parece ser haber nacido en un lugar diferente.

Es un mal momento para ser extranjero en esta ciudad, Agatha. Aunque llevo ya dieciséis años aquí, desde que me exilié de mi amada *Belgique*, jamás he sentido el peso de la exclusión tan intensamente como ahora. Los Whitmore y su entorno, que creo que saben más de lo ocurrido, me rehúyen. No quieren hablar conmigo porque saben que estoy ayudando a la defensa de Hassan. Y porque yo también soy un extranjero.

Lo único que sé es que Edith no apreciaba demasiado a su hermana Clara y no le importó su muerte. Tú misma viste cómo reía a carcajadas con sus amigas poco después de que hallasen el cadáver. Eso demuestra que, como ya te dije, probablemente sea una mala persona, pero no que sea una asesina. También sé que los Rowley son malas personas, que trataban con desprecio a Eleanor,

pero este juicio va de la muerte de Clara Whitmore no de la señora Fitzroy, que bien podría aparecer en cualquier momento proclamando que no podía más con su vida y sus muchas obligaciones y decidió desconectar, irse unas semanas a Manchester con una amiga. Aunque intuyo que no regresará jamás porque está muerta. ¿Pero quién la mató? ¿Dónde están sus restos? Esto es algo que desconozco porque los Rowley y su entorno tampoco quieren hablar conmigo. Así que, *bref…* en resumen, sé muchas cosas pero, en realidad, no sé nada. Soy un extranjero ignorante.

Esta ciudad, que solía parecerme acogedora y amable, ahora se ha transformado en un lugar frío, hostil. Aquí, el miedo al diferente se ha convertido en odio, un odio que lo consume todo y que ha dictado el destino de Hassan antes de que siquiera comenzara el juicio.

Espero que tú, Agatha, comprendas lo difícil que ha sido para mí enfrentar esta atmósfera de rechazo y prejuicio. Pero más que nada, espero que algún día podamos, juntos, desentrañar la verdad y redimir el nombre de un hombre cuya vida ha sido destruida por una justicia ciega y un pueblo demasiado ávido de encontrar un culpable.

Pero aún me falta contarte el final de mi historia. *Allons-y.*

El tercer día del juicio fue como los otros; se presentaron evidencias tan llenas de inconsistencias y vacíos como los días anteriores, pero la falta de lógica y la manipulación de los hechos alcanzaron nuevas cotas de descaro. Permíteme contarte lo ocurrido, acerca de esa jornada y la siguiente, aunque debo advertirte que el desenlace te hará hervir la sangre.

El Testimonio del Forense

El primer testigo del día fue el forense. ¿*Monsieur* Dudley? Puede ser. No recuerdo bien el apellido. Sea como fuere, se trataba de un hombre de rostro pétreo y voz monótona. Expuso sus conclusiones con profesionalidad, dejando claro que su labor era aportar hechos, no suposiciones.

—La causa de la muerte fue un golpe contundente en la sien derecha —dijo, mirando al jurado—. La herida es consistente con el

uso de un objeto pesado y romo, como un martillo o un palo.

—¿Es posible determinar el arma del crimen con precisión? —preguntó Gregory Hammond.

El forense negó con la cabeza.

—No, señor. Solo puedo hablar de posibilidades.

A continuación, describió el estado del cadáver. Clara había sufrido una hemorragia masiva y la pérdida de masa encefálica, lo que indicaba que el golpe fue devastador. Sin embargo, no se encontraron signos de agresión sexual. La muchacha era virgen.

—¿Podría la herida ser consecuencia del impacto de un vehículo a motor o de un coche de caballos que pasase por la carretera y la atropellase, lanzándola a la cuneta? Le recuerdo que la víctima fue hallada junto a la carretera que lleva a Torquay —preguntó Hammond.

El forense dudó un momento antes de responder.

—Es posible. La fuerza del impacto y la dirección del golpe podrían ser compatibles con el choque contra un carro de caballos o un automóvil.

Hammond aprovechó la oportunidad para sembrar la duda en el jurado.

—Entonces, ¿es correcto decir que no hay pruebas concluyentes de que mi cliente o persona alguna haya tenido algo que ver con la muerte de la señorita Whitmore?

—Correcto. Yo solo relato lo que la ciencia puede demostrar, señor Hammond. La ciencia no es opinión. La señorita Whitmore murió de un fuerte golpe en la cabeza. Es todo lo que puedo aportar.

El «Descubrimiento» del Suelo de Bennet Repairs

El siguiente en declarar fue de nuevo el inspector jefe Thornfield, y su testimonio marcó el momento más absurdo del día. Relató cómo desmontaron el suelo de la tienda de Hassan y encontraron una pequeña mancha roja que, según todos los presentes, olía a zumo de fruta.

—Pero pese a todo, estamos convencidos de que es sangre —dijo Thornfield, mirando al jurado con confianza.

Hammond trató de desmontar su argumento.

—¿Convencidos, dice? ¿Es esa una base científica para acusar a un hombre de asesinato? ¿Tienen pruebas de que esa mancha sea sangre?

Thornfield frunció el ceño.

—Los análisis no han sido concluyentes, pero creemos que Bennet intentó ocultar una mancha de sangre pequeña vertiendo zumo de grosella sobre la misma. Por eso olía tan fuerte a frutas.

El jurado murmuró mientras asentía.

—Pero eso es solo una suposición —dijo Hammond.

—Una suposición basada en las evidencias.

—Pero una suposición y nada más —Hammond carraspeó—. Permítame recapitular, inspector jefe. ¿Ustedes desmontaron el suelo de la tienda porque vieron una mancha de zumo de grosella?

—Así es.

—Entonces, si no hubieran visto esa mancha de zumo, ¿habrían desmontado el suelo?

Thornfield se quedó callado un instante demasiado largo. Finalmente respondió:

—Probablemente no.

Hammond se volvió hacia el jurado con un gesto de incredulidad.

—Entonces, señorías, permítanme preguntar: ¿qué sentido tiene que un hombre derrame intencionadamente un líquido para ocultar algo que nadie estaba buscando? Si esa mancha de zumo no se hubiera detectado, el suelo jamás habría sido desmontado.

El juez golpeó con su mazo.

—¡Señor Hammond, no se dirija al jurado, ya tendrá tiempo en su discurso de clausura del caso!

El siguiente intercambio de palabras entre Gregory Hammond y el inspector jefe Thornfield fue el más tenso del juicio.

—Hay un tema que el fiscal ni siquiera ha comentado hasta ahora… claro, porque le perjudica. Es algo que he leído en el informe del levantamiento del cadáver que hizo usted, inspector jefe. Y leo: "La señorita Whitmore llevaba consigo una cantidad considerable de dinero en el momento de su muerte. Cuatro billetes de cincuenta libras y dos de veinticinco, para ser exactos". Doscientas cincuenta libras. Una suma nada despreciable.

Los murmullos crecieron entre el jurado y el público. Hammond pensó que era el momento decisivo, su última baza:

—¿Puede decirme, inspector jefe, cómo un hombre como mi cliente, propietario de una pequeña tienda de reparaciones, podría reunir tal cantidad? Es evidente que ese dinero no provino de él. Es mucho más probable que alguien con recursos, alguien adinerado, lo haya proporcionado a la chica.

Thornfield se cruzó de brazos antes de responder.

—No podemos saber lo que Hassan Fareed Bennet estaba ganando realmente con su negocio o la cantidad de dinero que trajo de Oriente Medio —replicó con firmeza—. Podría haber sido más próspero de lo que aparentaba. Tal vez le dio todo lo que tenía a la chica. Hasta la última libra.

Hammond alzó una ceja con incredulidad.

—¿Y luego la mató? ¿Esa es su teoría?

—Sí —respondió Thornfield, con un ligero temblor en su voz.

—¿Por qué iba a hacerlo, entonces? Ya había entregado todo lo que tenía —insistió Hammond.

—Porque Clara quería más dinero. —La respuesta fue rápida, pero el tono del inspector jefe traicionaba su nerviosismo.

Hammond se inclinó hacia adelante, como un depredador olfateando una presa demasiado débil como para enfrentarle.

—¿Está usted sugiriendo que la señorita Whitmore chantajeaba al señor Bennet?

—Es una posibilidad —admitió Thornfield, apretando la mandíbula —. Tal vez era el pago por no revelar las agresiones sexuales que sufrió.

—Inspector jefe, permítame recordarle que el informe forense dejó claro que Clara Whitmore era virgen, y que no había signos de agresión sexual.

El rostro de Thornfield enrojeció visiblemente. Atrapado, intentó defenderse.

—No sabemos exactamente por qué la mató, pero sabemos que fue él. ¡Eso es lo que importa!

Hammond dio un paso atrás, sacudiendo la cabeza lentamente con gesto escéptico. Su voz resonó, grave y cargada de sarcasmo contenido.

—Es decir, todo el caso se basa en suposiciones. No tienen pruebas reales. El señor Bennet está aquí porque usted, inspector jefe, cree que es un asesino. Porque todos saben que fue el extranjero. Sin embargo, no hay evidencia sólida que lo demuestre. Un trabajo de investigación encomiable, señor Thornfield.

Hammond regresó a su asiento, dejando tras de sí un silencio tenso. Por primera vez desde que comenzó el juicio, pensó que tenía posibilidades de ganar. Los miembros del jurado intercambiaron miradas dubitativas mientras el juez golpeaba con su mazo para devolver el orden a la sala.

El Contexto del Juicio

Durante todo el día y el que le siguió (la cuarta y última jornada del juicio), Hammond luchó con cada fibra de su ser para mostrar las inconsistencias de la acusación. Sin embargo, como te he contado antes, Agatha, este juicio no trataba de hacer justicia. Solo se pretendía ofrecer a una comunidad enfurecida un chivo expiatorio que aplacara su sed de venganza.

Hassan Bennet permaneció impasible. Su calma parecía irritar aún más al jurado, como si esperaran que el acusado mostrara algún tipo de arrepentimiento, aunque no hubiera hecho nada malo.

No puedo evitar preguntarme si Hassan sabía desde el principio que no tenía esperanza. Tal vez su frialdad no era otra cosa que

resignación. De hecho, *Il était comme absent*, parecía como ausente mientras su abogado acababa su alegato final.

—Miembros del jurado, no podemos dejar que el miedo y los prejuicios definan el destino de un hombre. No estamos aquí para aplacar a una multitud enfurecida, sino para buscar la verdad. Las pruebas presentadas no son concluyentes, las suposiciones no son hechos, y las lagunas en esta investigación son profundas. ¿Podemos, con la conciencia tranquila, condenar a este hombre? Yo digo no.

»Les imploro, consideren esto: Hassan Bennet merece la presunción de inocencia hasta que se demuestre lo contrario, y en este juicio no se ha demostrado. Si condenamos sin certeza, mañana podríamos ser nosotros los que ocupemos el banquillo, víctimas de suposiciones e incertidumbres.

»Por ello les pido que declaren a Hassan Bennet inocente de todos los cargos.

Desde mi lugar entre el público, observé cómo Hammond resoplaba resignado. El jurado no le había hecho mucho caso. Aunque el abogado había conseguido el día anterior una victoria pírrica, tenían su veredicto decidido de antemano, seguramente antes de que comenzase el juicio. Cuando se reunió conmigo en el pasillo, me dijo:

—Esto ha sido una representación solamente, Héracles. Por desgracia, nunca tuvimos el guión y las mejores frases se las guardó desde el principio la acusación.

El Veredicto del Jurado

Pasaron solo unas horas. Nos llamaron: había ya un veredicto. El presidente del jurado, un hombre de aspecto severo y alzacuellos, se levantó mientras toda la sala contenía la respiración. Su voz, parecía cargada de una seguridad que solo podía nacer de los prejuicios que habíamos presenciado durante todo este proceso.

—Después de deliberar —dijo, dirigiéndose al juez—, encontramos al acusado, Hassan Bennet, culpable del asesinato de Clara

Whitmore.

El murmullo del público explotó en un grito colectivo de aprobación: el veredicto era un reflejo de la multitud que pedía venganza desde las calles de Torquay.

La Sentencia

El juez, con el semblante cansado, golpeó su mazo para calmar el tumulto. Su tono era grave, pero había algo en sus ojos, un destello de duda. Entonces comprendí que no era el peor de los presentes, solo alguien al que quisieron convertir en una marioneta en manos de Thornfield y el populacho enfurecido. Pero no era una marioneta que se dejase intimidar. O al menos no del todo.

—Hassan Bennet —dijo, dirigiéndose al acusado—, el jurado lo ha encontrado culpable de asesinato. En estos casos, la pena recomendada es la muerte por ahorcamiento.

El público prorrumpió en vítores y gritos de «¡Ahorquen al asesino!» y «¡Justicia para Clara!». El juez esperó a que los guardias restauraran el orden antes de continuar. A pesar de que durante el proceso había sido duro con la defensa, era un hombre justo. El jurado había dado un veredicto poco fundamentado y él debía tenerlo en cuenta a la hora de emitir su fallo:

—Sin embargo, después de examinar las pruebas y los testimonios presentados durante este juicio, creo que existen elementos que plantean dudas razonables sobre algunos aspectos de este caso. Por tanto, en lugar de imponer la pena capital, condeno al acusado a prisión de por vida.

El público estalló en una nueva ola de gritos, esta vez de ira.

El Caos en la Sala

La decisión del juez encendió aún más los ánimos. Varias personas intentaron saltar las barreras que separaban al público del tribunal. Los guardias rodearon a Hassan para protegerlo mientras lo sacaban de la sala.

—¡Asesino! —chilló Edith Whitmore, con el rostro desencajado por la rabia. Su grito resonó en la sala como un látigo, encolerizando aún más a la multitud.

Hammond intentó abrirse paso, pero alguien lo empujó con violencia. Cayó al suelo, y en el caos, una mano arrancó su peluca.

La horda parecía dispuesta a linchar a Hassan allí mismo, pero los guardias lograron sacarlo a través de una puerta lateral. Lo último que vi fue su rostro, imperturbable, como si ya hubiera aceptado su destino.

Un nuevo enfrentamiento con Thornfield

Esperé a que Gregory y *monsieur* Bennet estuvieran a salvo antes de salir del tribunal. Afuera, el inspector jefe Thornfield me esperaba con una sonrisa burlona.

—¿Contento con el resultado, Polrot?

Lo miré fijamente, con todo el desprecio que pude reunir.

—Usted es peor que el peor de los asesinos, inspector jefe —respondí—. Porque un asesino toma una vida, pero usted ha envenenado la justicia misma. *Vous devriez avoir honte*. Debería darle vergüenza.

Thornfield soltó una carcajada, indiferente a mi acusación.

—Eso son palabras huecas. La justicia, Polrot, es lo que la gente quiere que sea. Y la gente quería esto. Respecto a la vergüenza… lo que me habría avergonzado de verdad es que la muerte de esa chica hubiese quedado impune.

Se dio media vuelta y se alejó, riendo mientras desaparecía entre la multitud.

Un Adiós y una Promesa

Agatha, no puedo describir el asco que siento hacia este sistema y hacia los hombres que lo manejan. Pero esto no quedará así. Hassan es inocente, y lo demostraré. Te lo prometo.

Avec toute ma détermination,

Héracles Amadeus Polrot

CAPÍTULO 18:

UNA NUEVA VIDA

(Octubre de 1930 a octubre de 1933)



Pero no fuiste capaz de demostrar la inocencia de Hassan. Ni en el tribunal ni fuera de él, en las calles de Torquay, donde la gente se cerraba en banda cada vez que mencionabas su nombre. Y seguías sin atar ese último cabo, ese desequilibrio, ese algo esquivo que no eras capaz de ver y que enturbiaba tu percepción de todo el caso.

Eleanor Fitzroy nunca apareció. No había señales de ella, ni pistas. El caso Whitmore, por el contrario, quedó archivado como resuelto: Hassan Fareed Bennet estaba en la cárcel por matar a la pequeña Clara, condenado a cadena perpetua, y el resto del mundo parecía satisfecho con esa conclusión.

Cada vez que regresabas a tu casa en Torquay después de un caso, lo intentabas de nuevo. Investigabas a la gente del pueblo, buscabas grietas en sus historias, te acercabas a las tiendas, las casas, las tabernas... Pero siempre te encontrabas con el mismo muro de silencio. La gente prefería olvidar, y me daba la impresión de que querían que tú también olvidaras.

A veces hablábamos de Hassan. Casi siempre por carta. Yo intentaba consolarte, aunque sabía que no servía de mucho. Resolvimos otros casos, que nos llevaron lejos: a Irak, a Siria, a Grecia, lugares cargados de historia y misterio. Pero incluso en medio de aquellas aventuras, cuando resolvíamos un nuevo enigma, notaba que la sombra de Hassan seguía contigo. Estabas desolado. Habías fallado. No en tu habilidad como detective, pero sí en tu promesa de hacer justicia. Y eso te dolía más que cualquier otra cosa.

Pasaron tres años. Creo que, al final, te resignaste. El caso de Clara Whitmore se convirtió para ti en uno de esos que nunca se resuelven, uno de esos que los investigadores y policías guardan en una carpeta polvorienta, que sacan y revisan cada cierto tiempo, solo para darse cuenta de que las respuestas siguen siendo esquivas. Era tu derrota, una mancha en tu expediente, algo que te corroía las entrañas, pero que poco a poco aprendiste a aceptar.

No lo olvidaste del todo. Pero aprendiste a vivir con ello.

¿Y qué hice yo durante esos tres años? Vivir y ser feliz. También escribí un poco, como siempre lo he hecho, cuando el tiempo me lo

permitía, a ratos, por impulsos. En ocasiones, tomaba notas en un tren camino de Mesopotamia, o en el barco que cruzaba el Canal de la Mancha de regreso a Inglaterra. Siempre he tenido la suerte de poder escribir en cualquier parte, en uno de los cuadernos que llevo conmigo. Luego, cuando encontraba un lugar tranquilo, convertía mis notas en un capítulo de una novela. Usaba una máquina de escribir en cualquier mesa disponible. Y después, Carlo, como siempre, me ayudaba a pasarlo todo a limpio.

De Chelsea a nuestra nueva casa en Bagdad, de Bagdad a una nueva excavación… nunca me detenía y seguía persiguiendo mi sueño de ser feliz. Fue un tiempo fructífero. Nacieron nuevas obras o se publicaron recopilaciones de cuentos que había escrito parcialmente mucho antes, durante la Gran Guerra, cuando trabajaba como enfermera. A esos recopilatorios les añadía un relato nuevo y, *voilà* —como dirías tú, Héracles—, una nueva publicación llegaba a las librerías.

Así apareció "El podenco de la muerte y otras historias" (*The Hound of Death and Other Stories*), una colección de relatos que, aunque en su mayoría eran muy antiguos, incluían una novela corta policial titulada Testigo de cargo. Esa historia sería conocida años después gracias a su adaptación cinematográfica en 1957, con Marlene Dietrich, Charles Laughton y Tyrone Power. Es curioso, nunca me acostumbré a ver mis obras en la gran pantalla. Aun cuando los resultados eran notables, como en este caso, sentía que algo se perdía en la transición.[4].

También fue durante ese lapso de tres años que se publicó "Miss Marple y trece problemas" (*The Thirteen Problems*). En este caso, hice uso del mismo truco que he comentado antes: tomé relatos que ya habían sido publicados anteriormente, en este caso en The Royal Magazine, y añadí algunos nuevos para completar el conjunto. Con poco esfuerzo, tuve algo nuevo para entregar a mis editores. Ellos, por supuesto, estaban al tanto de que pasaba la vida de ciudad en ciudad y tenía menos tiempo para escribir. Sabían que estaba sacándome libros de la chistera, pero no les importaba. Era lógico que disfrutara de mi nueva vida de casada, de mis viajes y del

tiempo que pasaba con Rosalind cuando regresaba a Inglaterra. Además, mis libros seguían vendiéndose como rosquillas, así que no tenían motivos para quejarse.

Por último, cabe citar "El misterio de Sittaford" (*The Sittaford Mystery*). Aunque lo escribí antes de casarme, se publicó justo después de regresar de mi luna de miel, durante unos meses en los que Max y yo estuvimos separados mientras él organizaba la siguiente excavación. Me sentía extraña y sola sin mi esposo. Fue un tiempo melancólico, pero productivo. Me releí la novela que había escrito y encontré consuelo en ella. Me gustó que, para variar, no la protagonizasen ni Hércules Poirot ni Miss Marple. Además, la historia tenía un toque de misterio sobrenatural, al menos en parte, como algunos de los relatos de "El podenco de la muerte". Me gustó juzgarme a mí misma como escritora. Creo que me di un aprobado (o tal vez un bien o un notable. ¿Quién sabe?).

Pero basta de hablar de mi faceta creativa, Héracles. No quiero aburrirte con mi trabajo. Volvamos a Hassan Bennet. Y para volver a Hassan primero debo hablarte de Max.

Porque aquellos años fueron tiempos de cambios. La Agatha ingenua del pasado había quedado atrás. Ahora era una mujer casada en segundas nupcias, una mujer adulta. Incluso en las fotos que me hacían para semanarios y todo tipo de publicaciones, comencé a pedir a los fotógrafos que buscasen poses profesionales, propias de una dama madura y experimentada; propias, para ser clara, de la Gran Dama del Crimen, una mujer que sacaba más réditos de sus asesinatos que la mismísima Lucrecia Borgia.

Max también evolucionó… maduró. No era para menos. Pasó de trabajar para los Woolley en las excavaciones de Ur a dirigir su propia excavación en Nínive. Era natural que alguien tan joven, enfrentándose a responsabilidades de tal magnitud, creciera y se fortaleciera. Yo hice lo que pude para ayudarle, para ofrecerle el apoyo y la estabilidad que necesitaba. Pero, la verdad sea dicha, también él me ayudó a mí, fue quien trajo a mi vida el equilibrio que tanto anhelaba. Resumiendo, nos convertimos en una pareja dichosa y estable que se complementaba mutuamente.

En ese tiempo, no solo crecimos como pareja, sino que también nuestras vidas se expandieron de otras maneras. Compramos varias propiedades, ya que nuestra situación económica nos lo permitía. Entre ellas, la más destacada (o una de mis preferidas, pues todas me encantaron y dedicaba mucho tiempo a acondicionarlas y amueblarlas, como si fueran casas de muñecas) fue Winterbrook House, en Wallingford, Berkshire. Inicialmente la adquirimos como residencia de fin de semana, porque Ashfield quedaba un poco lejos de Londres. Pero acabó siendo mucho más.

Winterbrook House, situada a orillas del Támesis, tenía un encanto rural que cautivó a Max. El pueblo de Wallingford era tranquilo, casi bucólico, y estaba estratégicamente ubicado a medio camino entre Londres y Oxford, lo que nos encantaba y a Max le venía perfecto por razones laborales. Era una casita de campo de cinco habitaciones, estilo Reina Ana.

Yo tenía mi propio rinconcito en aquella casa, un pequeño terreno donde plantaba coles, rábanos y cosas por el estilo, para luego tumbarme a la sombra de unos manzanos o del cedro del Líbano que daba paso a los jardines. Y digo mi propio rinconcito, mi lugar, porque Winterbrook House era la casa de Max. Tal y como escribí en mis memorias, Ashfield siempre será el paradigma del hogar para mí y para Rosalind, pero mi esposo sentía suyo Winterbrook House, un lugar hermoso pero un poco aislado, separado del mundo y de los vecinos por un amplio muro de arbustos. Un lugar, en suma, donde descansar de las excavaciones, los viajes y poder dedicarse a escribir ensayos y libros de arqueología, lejos del mundanal ruido.

Recuerdo una mañana en particular en Winterbrook House. Estaba tomando el té bajo nuestro cedro, cuando, de repente, Max me llamó a gritos desde el salón.

—¡Agatha! —su voz sonaba urgente.

Acudí a la carrera, alarmada. Lo encontré sentado en su sillón favorito, con el periódico desplegado y una expresión de asombro en su rostro.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

Max me mostró el diario, señalando un artículo que ocupaba buena parte de la primera página.

—El superintendente Thornfield —dijo, casi sin aliento—. Ha sido de nuevo destituido de su cargo. Y esta vez creo que no saldrá bien librado.

Parpadeé, sorprendida, mientras mi mirada seguía la línea de sus dedos, que apuntaban a una fotografía del hombre. El artículo detallaba cómo, tras una investigación interna, se había descubierto que Thornfield no solo había cometido un nuevo desfalco, sino que también había falsificado pruebas en diversos casos y pagado a testigos para que declararan en falso. En su casa se había encontrado un libro de notas con los nombres de aquellos que habían mentido en los tribunales bajo su influencia. La noticia incluía una lista de presos que, gracias a estas revelaciones, serían excarcelados. Entre los nombres destacaba uno que me dejó helada: Hassan Bennet.

Leí una y mil veces aquellas líneas que cambiaban el rumbo de tantas vidas. Max me observaba, su rostro reflejando una mezcla de sentimientos: alivio, culpa y alguna cosa más que no pude desentrañar.

—Siempre me sentí mal por Hassan —dijo, rompiendo el silencio—. Le pagamos el abogado, sí, y cubrimos todos sus gastos en prisión, pero no fuimos a verlo en todo este tiempo.

—Somos demasiado célebres, Max. No podíamos permitir que nos relacionasen con él. Una vez fue condenado, aunque fuese de manera injusta, teníamos que alejarnos.

—Tú eres muy famosa, querida. Yo lo soy menos. Mucho menos. Tal vez podría haber ido cada pocos meses, al regresar de Oriente y…

—¿Y si algún periodista te hubiese reconocido? El escándalo, mis editores, tu nueva posición como arqueólogo de renombre… todas las desgracias habrían caído sobre nosotros. Nos habrían destruido: yo habría perdido a muchos de mis lectores y tú difícilmente habrías encontrado financiación para tu próxima expedición. Y luego están los periódicos. No nos habrían dejado en paz. Ya veo los titulares:

famosa escritora y su esposo son amigos íntimos de un criminal de la peor especie.

Ya sé que soy un poco tonta, pero el tema de que la prensa se metiese en mi vida me aterrorizaba.

—Lo sé. Ya lo sé de sobra. Comprendo todo lo que dices. Pero es que… me siento mal por todo lo que pasó. Gracias a Dios que Thornfield ha sido desenmascarado.

Lo miré, intentando procesar todo lo que estaba sucediendo. Thornfield había caído. Hassan, al fin, libre después de años de un cautiverio ilícito. Y nosotros… nosotros, observando desde lejos, incapaces de evitar que la culpa nos alcanzase.

—Lo que importa es que ahora Hassan será puesto en libertad —dije—. Se ha hecho justicia. Al menos en parte.

Max asintió, pero sus ojos seguían sombríos.

—En parte, sí, pero no del todo. Porque el juicio ha sido declarado nulo y pueden encausarlo por segunda vez cuando quieran. Ahora el caso oficialmente vuelve a estar sin resolver y sin duda aparecerán nuevos testigos que, de pronto, "recordarán" algo que inculpe a nuestro amigo. Ya pasó una vez. Así que ahora vamos a actuar, en compensación por estos años que no hemos hecho nada. Vamos a probar la inocencia de Hassan, lavar su nombre… y encontrar al verdadero culpable.

Lo miré, incrédula. ¿De qué forma pretendía lograr semejante hazaña?

—¿Y cómo haremos eso? —pregunté.

Max se inclinó hacia mí, con esa chispa de ingenio que a veces le iluminaba el rostro, esa que tanto me recordaba por qué me había enamorado de él.

—Vamos a enterrar a Polrot con los sospechosos.

—¿Enterrar a Polrot? —Lo miré sin comprender—. ¿Qué significa eso, Max?

Max sonrió y me lanzó una mirada cargada de complicidad, como si la respuesta fuera tan obvia que no necesitara palabras.

—Recuerda la excavación en Ur. Recuerda el «Gran Pozo de la Muerte» —me dijo, como si aquello tuviera algún sentido.

Y entonces me explicó con detalle su plan. Lo miré boquiabierta. La idea era, sin lugar a duda, una locura. Pero también… bueno, también era brillante. Solo alguien con la mente meticulosa de Max podría haber ideado algo tan atrevido.

—Creo que no le va a gustar a Héracles —dije finalmente, mientras una sonrisa se asomaba a mis labios pese a mi incredulidad.

Max se reclinó en su asiento, satisfecho.

—Oh, te equivocas. Le va a encantar.

LIBRO SEGUNDO

EGIPTO



CAPÍTULO 0:

LA VEJEZ SE NOS LLEVARÁ

(Enero de 1976)



Agatha hizo una pausa en su relato. Parecía cansada. Polrot, preocupado, tomó su mano con suavidad.

—¿Estás bien, Agatha? —preguntó.

Ella asintió débilmente, esbozando una sonrisa que no pudo ocultar su fatiga. El ambiente en el Yacht Bar seguía siendo cálido, con el murmullo constante de conversaciones y el suave tintineo de las copas. Las paredes, decoradas con fotografías náuticas y mapas antiguos, brillaban bajo la luz tenue de las lámparas. Y esa sensación de tranquila cotidianidad le encantaba a la escritora.

—¿Pedimos algo de beber? —sugirió Polrot.

Agatha dudó un instante antes de asentir. El detective hizo una seña a la camarera. Esta vez los vio a la primera y avanzó rápidamente para tomar el pedido. Mientras esperaban que llegase, ambos se miraron en silencio, frágiles pero unidos como siempre por una amistad inquebrantable.

—Supongo que ahora recuerdas mejor el caso, Héracles —dijo Agatha finalmente, rompiendo el silencio.

—Oh, sí, por supuesto. Pero no lo recuerdo con detalle. Para mí solo fue un caso más.

Estaba mintiendo, o eso le pareció a Agatha, que le observó atentamente, sin saber qué decir. Ella sabía bien que, en su momento, aquel caso llegó a obsesionarle. ¿Por qué afirmaba ahora lo contrario? De repente, el detective tosió, un sonido áspero que resonó en el ambiente tranquilo del bar. Intentó disimular el dolor, enderezándose en su asiento y forzando una sonrisa.

—Nunca hablas de tu enfermedad —observó la escritora.

—¿Para qué? —respondió Polrot, encogiéndose de hombros—. No serviría de nada dar explicaciones. Me muero, como tú. ¿Qué más da? Además, nos morimos de viejos, esa es la enfermedad. Lo otro, cáncer o lo que sea, solo son síntomas.

Agatha asintió. Ella misma había sido diagnosticada de insuficiencia cardíaca, una condición que la debilitaba día a día. Y mentalmente estaba agotada. La aceptación serena de Polrot ante la

inevitabilidad de la muerte le ofrecía consuelo en medio de su propia lucha.

La camarera regresó con dos tazas de té, interrumpiendo momentáneamente su conversación. Ambos levantaron sus copas en un brindis silencioso.

—Por la verdad —dijo Agatha, alzando su taza.

—Por la verdad —repitió Polrot, chocando suavemente su vaso con el de ella.

Agatha Christie tragaba con una lentitud casi reverente, como si temiera derramar una gota. Bebía como un pajarito, pequeños sorbos que parecían no poder calmar su sed.

—Siento haberte mentido, Héracles —dijo, casi en un susurro, cuando hubo terminado.

—Ya lo has dicho antes. Y… ¿sabes? Tal vez te equivocas.

—¿Qué quieres decir?

—Afirmas que erré la resolución del caso, lo cual es, *comment dire*, extremadamente poco creíble. Y también dices que me ocultaste lo que sucedió. Es posible que yo acertase, y que fueses tú quien se equivocó de culpable.

Agatha dejó escapar una risa breve, amarga.

—Oh, no, no me equivoqué.

—Estás muy segura de ello —insistió Polrot, inclinándose ligeramente hacia adelante.

—Del todo.

—¿Y de dónde viene esa seguridad?

Agatha apuró su copa, tragando con esfuerzo, dejando el vaso vacío sobre la mesa.

—Tal vez deba avanzar en mi historia para que comprendas lo que vi, lo que sé.

—Tal vez debas —dijo Polrot—, si te sientes con fuerzas.

Agatha esbozó una sonrisa triste.

—Nunca me siento ya con fuerzas, pero debo limpiar mi conciencia. No quiero irme sin poner en orden mis asuntos.

—Tal vez te equivoques de nuevo, y aún no sea la hora de irse. *Ce n'est pas possible?*

Agatha suspiró, su mirada perdida en algún punto más allá de las paredes del Yacht Bar.

—Ojalá me quedara tiempo. Ojalá pudiéramos investigar un último caso. Pero mucho me temo…

Su voz se apagó, y sus pensamientos parecieron desvanecerse en el aire. Desde la perspectiva de Polrot, su amiga se veía más frágil que nunca. La enfermedad había erosionado la vitalidad que una vez la caracterizó, dejando en su lugar un cuerpo delgado y quebradizo. Agatha, hasta hacía pocos años, había sido una mujer madura, rolliza, con mejillas redondeadas y una presencia llena de vida. Pero apenas quedaba nada de aquella mujer. Su rostro, antes pleno, se veía hundido, marcado por arrugas profundas que narraban noches de insomnio. Su cuerpo, envuelto en un abrigo que le quedaba grande, parecía apenas capaz de sostenerla. Estaba irreconocible. De hecho, por eso nadie, ni la camarera que les había atendido, se había dado cuenta de que se hallaba delante de la Gran Dama del Crimen.

Polrot, siempre atento, inclinó la cabeza con un gesto de respeto silencioso. No dijo nada, permitiéndole a Agatha el espacio para regresar por sí misma de sus pensamientos errantes.

—¿Dónde me había quedado en mi historia, Héracles? —dijo por fin la escritora.

—En el Pozo de la Muerte, *ma chère.*

—Ah, sí, Max y su loco plan —rio—. Todo salió mal, aunque pudo ser peor… pudo ser un desastre.

CAPÍTULO 1:

EL POZO DE LA MUERTE

(Noviembre de 1933)



Te recuerdo sentado en una silla de mimbre pintada de un rojo chillón, que contrastaba con tu traje blanco impoluto. Me mirabas con curiosidad, tus ojos penetrantes buscando una explicación.

—¿Qué acabas de decir del Pozo de la Muerte, *mon amie*? —preguntaste, ladeando la cabeza con interés.

Me senté a tu lado. El murmullo del Nilo nos envolvía suavemente, mientras las sombras de las palmeras danzaban contra la imponente fachada del Cataract Hotel en Asuán. El edificio, de un rojo arcilloso, se alzaba sobre las rocas, coronado por una cúpula blanca que brillaba bajo el sol del atardecer. Desde nuestra posición podíamos ver las mesas del comedor, dispuestas bajo los arcos ornamentales de inspiración oriental que conducían al interior, un espacio dominado por tonos cálidos que evocaban cuentos de "Las Mil y Una Noches".

—¿No recuerdas el Pozo de la Muerte? —dije finalmente.

—Claro que recuerdo el Gran Pozo. Lo visité junto con mi esposa hace tres años, cuando viajamos hasta Ur. Tú también estabas allí, si no recuerdo mal. Pero no entiendo qué tiene que ver con…

—Déjame explicarte. —Mi tono era suave, casi didáctico—. Hablamos de una oquedad excavada en la tierra arcillosa de Irak. Desde fuera, el pozo no parece más que una simple depresión en el terreno, rodeada de restos de estructuras antiguas y dunas infinitas. Pero al descender al «Gran Pozo de la Muerte», como lo llamaron los arqueólogos, mis amigos los Woolley, descubrieron un sepulcro que contenía los restos de decenas de sirvientes enterrados vivos junto a sus señores, como parte de un ritual funerario.

—Sigo sin entender la relación con Hassan Bennet —dijiste, con un toque de impaciencia en tu voz—. Me has dicho que pretendías descubrir a la persona que estaba detrás de la muerte y desaparición atribuidas a nuestro amigo. Para eso me has hecho venir, *¿n'est-ce pas?*

—Baja la voz —te advertí, mientras miraba discretamente a nuestro alrededor.

Tú obedeciste, aunque tus ojos seguían buscando respuestas.

—Vamos a hacer lo mismo aquí en Egipto —dije, con un tono enigmático—. Te voy a sepultar con los sospechosos.

Tu cuerpo se tensó, y me miraste como si no hubieras oído bien.

—¿Quieres enterrarme con…? —dejaste la frase en el aire.

—No literalmente, por supuesto. Pero te voy a reunir con todos ellos hasta que la verdad salga a la luz.

Sonreí y señalé con la barbilla hacia el interior del comedor, donde un grupo de personas estaba reunido alrededor de una mesa. Tus ojos siguieron mi gesto. Observaste con atención y, de repente, tus labios dejaron escapar un leve jadeo de asombro.

—*¡Mon Dieu!* ¿No son esos los Rowley, los suegros de la desaparecida Eleanor Fitzroy? ¿Y aquella jovencita… no es Edith Whitmore? Oh, no puede ser… allá al fondo está *monsieur* Thornfield. ¡Y finalmente, *c'est mon ami* Gregory Hammond!

Observaste a todos ellos, incrédulo. Pero finalmente, ante el hecho indudable de que se encontraban todos allí, te encogiste de hombros y dijiste:

—*Bon*, has captado mi atención. ¿Qué pretendes hacer?

—En realidad, es sencillo. Todos los sospechosos han venido a Egipto, como acabas de ver. Y aquí los tienes, a tu disposición. Durante unos días, podremos hablar con ellos, interrogarlos, atar cabos… y encontrar al verdadero asesino.

Te giraste hacia mí, todavía procesando lo que acababas de ver.

—¿Pero cómo has conseguido que vinieran todos?

—Oh, eso ha sido lo más sencillo de todo —dije, con una ligera sonrisa.

Tamborileaste los dedos sobre la mesa, ansioso por saber cómo lo había hecho.

—Héracles, un viaje de lujo por el Nilo está fuera del alcance de la mayoría. Entre los pasajes, permisos, vacunas y demás gastos… hablamos de una pequeña fortuna. ¡Un pasaje decente cuesta varios miles de libras! Eso, sin contar los gastos adicionales, como transporte y alojamiento en hoteles como este.

Crucé las manos sobre mi regazo. Añadí:

—Y precisamente por eso, nadie rechaza algo que nunca podría permitirse por sí mismo. Es una experiencia única. Max y yo tenemos una economía muy saneada. Ya lo sabes. Así que, para nuestros queridos sospechosos, todo en este viaje está cubierto, desde los permisos hasta los guías, pasando por las mejores cenas y estancias en hoteles de primera, por no hablar del crucero por el Nilo que haremos dentro de pocas jornadas. Es el tipo de oferta que convierte lo imposible en realidad.

Asentiste, invitándome a continuar. Como no lo hice, dijiste:

—Edith Whitmore, *par exemple*… ¿cómo lograste convencerla?

—Edith fue la más sencilla de todos. Su familia es pobre, ya lo sabes. Cuando recibió la invitación, ni siquiera lo pensó. ¿Cuántas veces en su vida podría imaginarse navegando por el Nilo, recorriendo Egipto y alojándose en lugares paradisíacos? Era una oportunidad única, y lo sabía.

—¿Y los Rowley? Tienen una carnicería. Viven bien, aunque tal vez no sean especialmente adinerados.

—Exactamente. Para ellos, este viaje es como cumplir un sueño casi imposible de realizar. Tendrían que ahorrar años para costear algo así, y aun así no estoy segura de que lo hubieran logrado. Pero un viaje gratuito y todo organizado… era irresistible. No dudaron en aceptar.

—*D'accord.* ¿Y qué hay del *commissaire* Barnaby? Él es un caso distinto, ¿no es así?

—Sí y no. Por tus palabras infiero que no sabes que ya no es comisionado. Lo han vuelto a coger robando y su situación es muy complicada. Pronto se presentarán cargos contra él. Ante ese futuro incierto, no fue difícil convencerle. Le ofrecimos este viaje como un último lujo antes de enfrentar su destino, que probablemente sea la cárcel.

—¿Y aceptó? ¿No se olió una trampa? Él sabe de sobra que sois amigos de Hassan.

—Seguramente todos desconfían, no solo Barnaby, pero la mayoría de ellos son inocentes y el culpable, sea quien sea, piensa que

seguirá oculto en las sombras. Lleva mucho tiempo engañando a la justicia. Bien sabes que quien escapa del castigo acaba por creerse invulnerable.

Frunciste el ceño, reflexionando. Creo que supiste apreciar mi análisis del alma humana que, al fin y al cabo, es tu especialidad. Asentiste:

—Entiendo. Pero Gregory Hammond… *c'est un homme avec de l'argent*. No necesita regalos ni lujos pagados por otros. ¿Cómo le convenciste?

—Oh, Hammond no fue tampoco un gran desafío. Con él, Max tomó una aproximación distinta. Le escribió, diciendo que necesitábamos su ayuda legal para un caso importante. Le aseguró que su presencia era indispensable. Por supuesto, no mencionamos que se trataba del caso Bennet. Incluso las personas con dinero saben de la oportunidad única que es un viaje como este, especialmente si no tienen que gastar una sola libra. Y Hammond aceptó de inmediato.

Cuando comprendiste que todo estaba claro, tus músculos se relajaron.

—Max parece haberlo organizado todo a la perfección. Pero… no lo veo por aquí. ¿Dónde está?

—Un imprevisto en Nínive. Hubo un derrumbe en su nueva excavación, y está supervisándolo personalmente. Me aseguró que vendría tan pronto como le fuera posible. Insistió en que yo no debía asumir riesgos… ya sabes, al fin y al cabo, uno de los que están aquí con nosotros es un asesino, o eso pensamos. Cree que investigarás el caso solo y que yo me limitaré a esperar en este hotel.

No se te escapó cierto matiz en mis palabras.

—Has dicho que Max "cree que investigaré" el caso solo. No que "vaya a investigarlo solo". La construcción de esa frase me parece… peculiar.

—Eso es porque no lo investigarás solo, Héracles. Te acompañaré, por supuesto. Max es un marido abnegado y excelente, pero sabe

cómo soy. Le aseguré que me quedaría aquí, tranquila, esperando su regreso. Oficialmente, eso es lo que cree. Pero…

—¿Pero…?

—Pero ambos sabemos que no voy a quedarme de brazos cruzados mientras tú resuelves este enigma. Max lo dijo más bien para advertirme de que tenga cuidado, no porque de verdad espere que lo obedezca.

Te reclinaste en tu silla, pensativo.

—Entonces acabas de decir que Max cree una cosa pero realmente no la cree.

—Más o menos es eso. Digamos que él quiere creerla y yo quiero que la crea. Pero ambos sabemos que no pasará y haré lo que me dé la gana.

—*Oh, ça, c'est très compliqué.*

—No es tan complicado, Héracles. ¿Cuánto tiempo has estado casado? ¿No sabes que el matrimonio está lleno de sutilezas, de cosas dichas a medias, de compromisos, de acuerdos, de mirar a otro lado a veces, de poner buena cara a una suegra que detestas o…?

—Pero Claire y yo siempre somos francos y sinceros. Sin eso que llamas sutilezas, nunca… nunca…

Callaste de golpe, como si algo te hubiera detenido.

—¿Decías, Héracles?

Moviste la mano con impaciencia, como alejando un pensamiento incómodo. Creo que recordaste cuando Claire miró hacia otro lado mientras tú y yo coqueteábamos… bueno, ya sabes, justo antes de que apareciese Max y lo nuestro (fuera lo que fuera) terminase.

—*Oh, Diable!* Dejemos este tema y volvamos al caso.

CAPÍTULO 2:

UN PASEO POR LOS JARDINES

(Noviembre de 1933)



La primera sospechosa con la que hablamos fue Edith Whitmore.

—¡Oh, gracias, señora Christie! —dijo con una voz falsamente nerviosa—. Ha sido muy amable.

—Un placer, Edith. Te lo merecías después de todo lo que has pasado… con lo de tu hermana, ya sabes.

Edith asintió ligeramente, evitando mi mirada. Tenía el cabello oscuro y liso que llevaba suelto, lo que acentuaba sus facciones angulosas. Sus ojos marrones tenían una mirada tranquila y analítica, fría.

—Vamos a dar un paseo, *mademoiselle*. ¿Le apetece venir con nosotros? —dijiste entonces.

No era una invitación, sino una orden, y Edith lo comprendió al instante. Era una joven mucho más inteligente de lo que aparentaba.

—Claro, encantada —respondió con una leve sonrisa.

Salimos del hotel y atravesamos los jardines públicos. Las acacias y las palmeras lanzaban sombras alargadas sobre el sendero de tierra. El aire olía a agua estancada mezclada con el dulce aroma de las flores de hibisco. Al llegar a la orilla del Nilo, vimos dos pequeñas embarcaciones con sus velas triangulares que se balanceaban suavemente en las aguas.

Durante el paseo, hablamos de trivialidades: del tiempo, de Egipto y sus obras de arte, de nada importante. Cuando llegamos a un pequeño banco de madera frente al río, Edith se detuvo de repente y, mirando las aguas que corrían con parsimonia, habló.

—¿Qué quieren saber? —preguntó—. La verdad. Ya me cansé de hablar de lo caluroso que es este lugar y cosas por el estilo.

—Eh, bien —dijiste tras carraspear ligeramente—. En primer lugar… yo… creo que tienes razón, lo mejor es ser franco: ¿por qué odiabas a tu hermana?

Edith se giró hacia ti; sus ojos chispeaban. Al principio parecía indignada, pero luego su expresión se suavizó. Ella no sabía que la habíamos visto feliz, radiante, al poco de morir Clara.

—No la odiaba, señor Poirot.

—*¿Non?*

—No. Solo es que… ya sabe… era tan perfecta, tan… No sé cómo explicarlo. Mis padres la preferían. Aunque solo tenía un año menos que yo, era su niña mimada. ¿Sabían que llevaba trenzas a los dieciséis años? A esa edad muchas mujeres ya están comprometidas o casadas, y ella se hacía pasar por una mocosa. Pero no era una mocosa… era muy lista.

Dejó la frase en el aire, murmurando entre dientes algo que tú no escuchaste claramente, pero yo sí: «Tal vez demasiado lista». Me pregunté a qué se refería con eso de ser demasiado lista.

—En el juicio afirmaste que Hassan se había propasado con vosotras —intervine—, y a mí me dijiste todo lo contrario días antes. Me gustaría saber…

—Creo que lo mejor es ser sincera en ese asunto —me interrumpió Edith con una sonrisa ladeada—. No quiero que me interroguen hasta que caiga en una contradicción o algo por el estilo, como siempre pasa en las novelas. Así que ahí va mi confesión: todo lo que dije en el juicio fue mentira. Fue idea del señor Thornfield. Me explicó que para condenar al extranjero había que dejar las cosas muy claras al jurado. *«Los que tienen que dar el veredicto suelen ser paletos, granjeros e idiotas similares»*, esas fueron sus palabras exactas. *«Cuando declares, que parezca que no tienes dudas sobre la implicación de Hassan y así no nos llevaremos un disgusto»*. Insistió mucho en ese asunto.

—Así que cometiste perjurio —dijiste, Héracles, con un tono helado.

Edith levantó dos dedos, juntándolos como si quisiera demostrar lo diminuto de su mentira.

—Un perjurio pequeñito —rio, un sonido tintineante que me resultó perturbador—. Todo el mundo miente en los juicios. Todo el mundo afirma las cosas categóricamente, con una seguridad falsa. Me gusta ir a ver los casos de asesinato. No es la primera vez que voy de visita al juzgado a pasar un buen rato. Por eso sabía qué decir para convencer a los paletos.

Su risa resonó de nuevo, esta vez más estridente.

—*Mais… je ne comprends pas.* Mentiste para condenar a un inocente. ¿No te sientes mal o…?

Edith te sostuvo la mirada.

—Oh, no, Hassan no era inocente. Sé que mató a mi hermana.

—¿Cómo estás tan segura?

—Thornfield estaba seguro, todos lo estaban. ¿Quién más querría matar a Clara? Y así, de un golpe en la cabeza. ¡Tuvo que ser Hassan! Mi hermana tenía un lío con un hombre. Nunca me dijo cuál. Yo nunca sospeché que fuera nuestro jefe, pero… debí de equivocarme.

Me detuve. Unos vendedores ambulantes se acercaron rápidamente, rodeándonos con sus voces y productos. Ofrecían de todo: coloridas telas, pequeñas figurillas talladas y collares de cuentas de vidrio. Las prendas pasaban frente a nuestros ojos como un torbellino de colores. Finalmente, no sin esfuerzo, logramos deshacernos de ellos. Tomé a Edith por el brazo.

—Tu hermana estaba liada con un hombre. ¿Te lo dijo ella?

—Clara nunca decía nada. Ponía cara de ternero degollado, te miraba con sus ojos dulces y lo negaba todo. Pero tenía dinero, y en mi familia nadie lo tiene. Se compró un vestido caro y otros pequeños lujos… cosas que no podía permitirse. Yo sabía que escondía algo: un secreto, una relación con un hombre… o algo así. Eso creí entonces.

Entramos en una tienda. Dentro, la penumbra y el aire fresco contrastaban con el calor sofocante del exterior. Había estanterías repletas de frascos de vidrio brillante, cajas talladas y ropas de lino dispuestas en pequeños montones. El ambiente olía a incienso, una mezcla de sándalo y mirra.

—¿Nunca pensaste en el chantaje? —dijiste de repente.

Edith te miró, frunciendo ligeramente el ceño.

—¿Chantaje?

—*Oui.* No tenía por qué ser una relación amorosa. El chantaje también explicaría la gran cantidad de dinero que se halló sobre el

cadáver y esos pequeños regalos que compraba o recibía Clara antes de su muerte

La muchacha se encogió de hombros.

—Sí, claro que podría ser un chantaje. Supongo.

—Es decir, que no sabes si Hassan tenía una relación con tu hermana, ni siquiera si tu hermana tenía una relación con alguien. Y, aun así, mentiste en el tribunal.

—¡Claro que lo hice! —respondió, desafiante—. Nadie iría a la cárcel si los testigos dudasen, reconociesen que no saben todo o que ni siquiera saben con seguridad una pequeña parte de la historia. Yo no necesitaba que el señor Thornfield me explicase cómo funcionan las mentes de los jurados. Tenía que parecer convencida o no habrían condenado a Hassan.

—¿Y si Hassan resulta al final inocente?

Edith se encogió nuevamente de hombros.

—Eso no es cosa mía —dijo con frialdad.

Y entonces, su rostro se suavizó. Me miró con ojos tiernos, casi infantiles.

—Señora Christie, ¿sería tan amable de comprarme este perfume? Sé que ya ha sido muy generosa invitándome a este viaje, pero lo quiero, lo quiero de verdad, y me haría tan feliz…

Se lo compré. Cuando Edith tuvo el frasco entre las manos, lo observó detenidamente. Era de cristal tallado a mano, de forma ovalada, coronada por un tapón en forma de flor de loto. Entonces dijo:

—Así conseguía las cosas Clara. Poniendo carita de niña buena.

—Pero tú no eres así.

—Para nada —respondió, devolviéndome el perfume.

—Pero has aceptado mi invitación para este viaje. Y vale mucho más dinero que este frasco.

—Claro que lo he aceptado, aunque el viaje es lo de menos. Oh, no me malinterprete. Es un viaje de ensueño y lo estoy disfrutando, pero… lo que me interesa es la emoción de buscar a un asesino. Porque para eso hemos venido, ¿no? ¡Qué emocionante! Yo sigo

creyendo que es Hassan. ¿Quién más podría ser? Pero ustedes piensan que me equivoco. Será fascinante verlos en acción. Observar cómo investigan, cómo atan cabos, cómo interrogan… Habría pagado, de haber tenido dinero, por venir a Egipto con ustedes. Al final, me ha salido gratis. Mucho mejor, ¿no es así?

Se echó a reír con carcajadas grandes y despreocupadas, que resonaron en la tienda. Emprendimos poco después el camino de regreso al hotel, esquivando a un grupo de pasajeros que acababan de descender de un pequeño vapor anclado en la orilla. Sus vestimentas occidentales contrastaban con las túnicas blancas de la población local. Edith caminaba a grandes zancadas, dejando que el viento levantara ligeramente su vestido. Nos adelantó con rapidez. Me pareció que se carcajeaba una vez más cuando alcanzó en solitario los jardines.

—¿Qué piensas, Héracles? —te pregunté mientras observábamos cómo Edith se alejaba hacia la terraza del hotel.

Soltaste un gruñido.

—*Je pense… bon…* pensaba que si la difunta Clara Whitmore se parecía a Edith, aunque fuese solo un poco, no me extraña que alguien la asesinase.

CAPÍTULO 3:

UN HOMBRE CAÍDO EN DESGRACIA

(Noviembre de 1933)



En cuatro días comenzaría el crucero que habíamos contratado. Hasta entonces, permaneceríamos en el hotel, disfrutando de las vistas y de la buena comida. La primera noche, tras cenar en el elegante comedor, nos retiramos temprano. El olor de las especias propias de la cocina árabe impregnaba el aire. Desde mi ventana, contemplé el Nilo fluyendo bajo la tenue luz de la luna. Había algo hipnótico en ese río. Pensé en el caso, en Hassan, en Clara, en la desaparecida Eleanor, y apenas pude dormir.

Al día siguiente, pese a todo, me levanté de buen humor. El aire matutino traía una brisa fresca, y nos sentamos en la terraza del hotel a tomar té. El sol aún no golpeaba con fuerza, y desde nuestra mesa podíamos ver a algunos turistas explorando los jardines.

—¿Con quién hablaremos hoy? —pregunté, mientras revolvía el azúcar en mi taza

—Con quien debimos hablar primero. Es quien tiene más cosas que explicar —señalaste con la mirada hacia la entrada de la terraza —. Ah, por ahí viene.

Giré la cabeza y lo vi. Barnaby Thornfield, el otrora altivo inspector jefe (y también comisionado), se acercaba lentamente. Había perdido peso; estaba muy desmejorado y no se movía con la confianza de antaño. Se sentó con nosotros sin esperar invitación, su mirada moviéndose entre nosotros dos con cautela.

—*Monsieur* Thornfield, nos complace verlo aquí. Tengo… tenemos… tantas preguntas para usted —dije.

—No les voy a dar el gusto de responder —repuso con un tono cargado de desprecio.

—Entonces, ¿a qué ha venido? —pregunté, mirándolo fijamente.

—Estoy de vacaciones. Paso por un mal momento y, de pronto, una famosa escritora me ha regalado un viaje de ensueño. No soy imbécil, y de imbéciles sería rechazar una oferta semejante. Así que aquí me tienen, pero no diré una sola palabra del caso.

—Pero es de dominio público que lo han cesado. Tal vez incluso expulsado del cuerpo, y que será juzgado en breve —comentaste entonces, Héracles, tus ojos estudiándolo con detenimiento.

—Rumores —respondió, despectivo, mientras se recostaba en su silla.

—Ha robado dinero y ha falsificado pruebas. Eso dicen los periódicos —añadí.

—Calumnias. Cuando todo esto acabe, denunciaré a los directores de esos diarios y me haré rico —espetó con una sonrisa fría y cínica.

—Pero Hassan y muchos otros han sido liberados después de que se constatara que sus manejos eran la causa de que estuvieran entre rejas, *ex commissaire* —dijiste, tratando de herir en su orgullo apelando a su antiguo cargo.

Por primera vez, Thornfield reaccionó. Su máscara de indiferencia se resquebrajó, y por un momento la ira cruzó su rostro como un relámpago.

—¡Esos hombres eran culpables! —exclamó, su voz cargada de tensión—. Ya se verá en el juicio contra mi persona, si es que se produce, si cometí los… digámoslo así, excesos de los que se me acusa. Pero aunque así fuera, les prometo que nunca actué contra inocentes. Mis esfuerzos siempre se centraron en encerrar a los culpables.

—Mejor diga "encerrar a los que usted creía culpables". ¿Cómo puede estar tan seguro de que Hassan es un asesino? —preguntaste, mirándolo fijamente.

—Lo sé. Esos extranjeros vienen a este reino únicamente a robar y a violar. Es de dominio público.

Un silencio incómodo. Thornfield nos miró, como si estuviera evaluando el impacto de sus palabras. Luego intentó suavizar el tono:

—Sabe de sobra que no me refiero a gente como usted, Polrot. Ya se lo dije una vez. Usted es…

—Soy tan extranjero como Hassan Bennet, *monsieur*, y tan inocente como él de la muerte de Clara Whitmore —replicaste con firmeza.

—No sabe lo que dice. Le ciega la similitud, si es que la hubiera, entre usted y ese hombre terrible.

—¿Cómo sabe que es un hombre terrible? *Comment?* Repito, ¿cómo lo sabe? ¿Cómo puede saberlo?

—Instinto policial —contestó con desdén.

Soltaste un soplido cargado de desprecio.

—Pero usted no es un policía de verdad, no puede tener instinto. No sabe lo que es eso. Usted es un burócrata, un oficinista con ínfulas que se dedica a robar y a tomarse la justicia por su mano. No conoce el verdadero método policial. No sabe llevar a cabo una investigación de verdad… no…

Thornfield se levantó de golpe, su rostro rojo de furia.

—Si piensa eso de mí, no tiene sentido seguir hablando. Además, ya les dije que no hablaría de este caso ni de ninguno. Ya dije demasiado. En adelante, recuerden que estoy de vacaciones. Me voy a dedicar a disfrutar. Que tengan buen día.

Me levanté, sintiendo la sangre hervir en mis venas.

—No se atreverá a ignorarnos. Me lo debe. Se lo debe a Hassan… y a Polrot. Y todavía más a la justicia.

—Yo no le debo nada a nadie, señora Christie, yo todavía menos a esa ramera ciega a la que llama usted justicia. Solo soy un hombre que tomó atajos para hacer lo que era de verdad necesario en un mundo donde su amada justicia no funciona casi nunca. Sí, robé dinero, y por ello lo perderé todo. Asumiré mi falta. Pero del asunto de falsificar pruebas o influir en los testigos… sobre ese tema no hice nada malo. ¿Ilegal? Puede ser, pero no me arrepiento de nada. Y eso es todo. No sacarán una palabra más de mí. La próxima vez que nos veamos, limítense a saludarme o háblenme de literatura, de música, de las ruinas egipcias, de lo que quieran, pero no de mi vida ni del caso Bennet.

—Pero…

—Estoy de vacaciones.

—Pero…

—Ah, y quiero agradecerle su invitación y el dinero que se ha gastado en mi persona. Al fin y al cabo, apenas nos conocemos… ha sido todo un detalle.

Comenzó a alejarse con paso firme, como si diera por terminada cualquier discusión.

—¡Señor Thornfield! —exclamaste, alzándote también de tu asiento.

Él se detuvo un instante, se giró ligeramente y, con una sonrisa que parecía burlarse de nuestra insistencia, respondió:

—Gracias de nuevo, pero les ruego me excusen. He quedado en el salón de cartas para jugar al bridge con una pareja sudafricana que acaba de llegar al hotel. Buena gente. En estos viajes se conoce a personas muy interesantes. De nuevo, gracias por el regalo de este viaje. Mil gracias.

Nos quedamos solos en la terraza. Te vi cerrar los ojos por un momento, como si estuvieras reuniendo paciencia o procesando lo ocurrido.

—No esperaba esta actitud de Thornfield —dije, rompiendo el silencio.

—Supongo que deberíamos haber previsto que no todos nuestros sospechosos se avendrían de buena gana a ser investigados, *mon* amie. De cualquier forma, no es eso lo que ahora ocupa mi mente y mis células grises.

—¿En qué piensas, entonces?

Te giraste hacia mí, y una chispa brilló en tus ojos.

—*C'est simple.* Cuando conocimos a Thornfield meses atrás, ¿recuerdas? Necesitaba un caso mediático que relanzara su carrera. Lo dijo claramente. Pero un caso así puede tardar meses o años en aparecer. Y Thornfield no es un hombre que sepa esperar. Me pregunto si, aburrido y sin nada que hacer, dando vueltas a un caso que no llegaba, pudo tener un *affaire* con una chica de Torquay. ¿Recuerdas cómo afirmaba no conocer la ciudad y, al poco, parecía un experto en la misma? Lo declaró él mismo en el juicio. ¿Y si la chica con la que yacía era menor de edad? ¿Y si le hizo chantaje? ¿Y si esa chica trabajaba en la tienda de un extranjero recién llegado? ¿Y si…?

—Entiendo. Thornfield mató dos pájaros de un tiro. La muchacha que le hace chantaje muere y, al mismo tiempo, el crimen se convierte en el caso mediático, político, sonado que necesita. Todo encaja.

—Exacto. Y además, el caso le corresponde investigarlo a él por ser el inspector jefe de esa área. Así que, desde su perspectiva, nada puede salir mal.

Se hizo un silencio reflexivo entre nosotros, roto solo por el suave murmullo de las aves en el cielo.

—¿Y tenemos algo que sustente esa teoría? —pregunté finalmente.

—Nada de nada. Solo es una especulación. Pero resulta de lo más entretenida. Y todas las piezas encajan. Ahora solo necesitaría falsificar unas pruebas y conseguir que unos testigos pagados digan que vieron a Clara y a *monsieur* Thornfield juntos.

—Ah, comprendo. Eso es justo lo que haría él.

—Y lo que nunca debe hacerse. Porque, por mucho que deteste al *commisaire*… *bon*, al inspector jefe… o lo que sea, por mucho que no me guste ese hombre, lo cierto es que no sé con seguridad si es el asesino.

Suspiraste profundamente antes de añadir:

—Ojalá estuviera seguro. De todos los sospechosos, es quien más me gustaría que fuera culpable.

CAPÍTULO 4:

LOS SUEGROS DE UNA MUJER DESAPARECIDA

(Noviembre de 1933)



Encontramos a los Rowley en unas rocas negras que había frente al Nilo, no muy lejos del hotel. En ambas orillas, un grupo de papiros se agitaba suavemente con la brisa, mientras algunas garzas se mecían en la corriente.

Esa mañana, el resto de los inquilinos del hotel, incluidos nuestros sospechosos, habían salido. Había muchas excursiones que partían desde el hotel hasta Philae y otros enclaves históricos cercanos. Las calles, habitualmente bulliciosas, parecían más tranquilas de lo normal, salvo por los vendedores ambulantes que se apostaban cerca de los embarcaderos.

William y Margaret eran los únicos que habían preferido quedarse. Tranquilos, con un aire soñador, contemplaban el paisaje.

—*Madame, monsieur*… Rowley —dijiste, Héracles, con tu tono siempre cortés.

Se volvieron al oír tu voz. Yo estaba preparada aquella mañana para la confrontación. Recordaba a un William Rowley malhumorado, que me llamaba «señora escritora» con desprecio, que insultaba la memoria de su nuera desaparecida llamándola retrasada mental, que proclamaba que Hassan era un asesino, un extranjero, un hombre de la peor calaña. Pero la situación que había anticipado no se pareció en nada a lo que finalmente viví.

—Oh, la señora Christie… y ese detective… ¿Cómo se llama, Margaret?

—Polrot. Héracles Polrot.

William se alzó y te estrechó la mano con fuerza. Cojeaba ligeramente, como la última vez que le vi.

—Un placer verlos por fin. Sé que están hablando con la gente que ha venido… en fin, la gente relacionada con el caso. Responderemos a todas sus preguntas sin problema.

Margaret, que se había levantado de las rocas y se había colocado a mi derecha, asintió.

—Claro que sí. Por supuesto.

Al principio no entendí la causa de su transformación, sobre todo la de William, pero no tardé en comprenderlo. Sobre todo cuando,

tras deshacerse en amabilidades y limpiar un lugar en una roca para que me sentase, dijo:

—Yo sé apreciar el valor del dinero.

Aquella afirmación me dejó desconcertada, pero no tardó en explicarse.

—He trabajado duro desde niño —añadió.

Me contó cómo había crecido en una familia pobre, cómo había tardado años en aprender el oficio de carnicero, un trabajo duro, agotador. Luego, más años aún para ascender y otros tantos para abrir su propio negocio. Las facturas, los impuestos, las largas horas de pie… William hizo una pausa, mirando hacia la isla Elefantina al otro lado del Nilo. Finalmente, continuó:

—Hasta el último penique lo he ganado con el sudor de mi frente. Y sé, como decía, cuál es el valor del dinero. Usted, señora Christie, nos ha hecho un regalo de miles de libras, un regalo que estuve a punto de no aceptar. Pero era el viaje soñado de mi Margaret y… bueno, me decidí, y aquí estamos. Así que me hallo… nos hallamos en deuda con usted. Y soy consciente de por qué nos ha invitado. Por lo tanto, puede preguntar lo que quiera.

William volvió a sentarse junto a Margaret, que apretó su mano. Luego te miraron, Héracles, expectantes. Tras la conversación con Barnaby Thornfield, creo que ni tú esperabas tanta colaboración, así que tardaste un poco en reaccionar. Finalmente dijiste:

—En primer lugar, el asunto de Eleanor. Querría saber…

Margaret no te dejó terminar la frase. Parecía tener su discurso preparado porque guiñó un ojo a su esposo y dijo:

—Debe entender algo, señor Polrot. Uno espera lo mejor para sus hijos. Nosotros habíamos puesto nuestras esperanzas en nuestro Nigel, pero él era un alma sensible, que no quería trabajar en la carnicería, que quería ser escritor, luego actor, luego pintor… y que se dedicaba a rescatar animalillos desde niño. Odiaba la sangre, odiaba…

—Odiaba mi trabajo —interrumpió William.

—Dijimos que esta vez hablaría yo, Billy.

—Sí, sí, perdona.

Margaret se volvió hacia nosotros de nuevo. Su sonrisa, aunque cálida, ocultaba un deje de tristeza.

—Nigel nos decepcionó, esa es la verdad. Pero lo peor sucedió cuando trajo a casa a… —Margaret miró a su marido, bajó los ojos —, a la tonta del pueblo. Así es como llamaban a Eleanor en Torquay, desde niña. No me lo invento, señora Christie, lo juro. Pero Nigel quería curarla de su estupidez. Decía que, en el fondo, era lista a su manera, que sería una buena esposa, que la amaba… pero… — Margaret hizo una pausa, y su voz se quebró—, era lo mismo que hacía con los pajarillos que nos traía de niño. Muchos de ellos estaban moribundos, no duraban ni una hora. Pero él insistía en que podía curarlos, salvarlos.

—Otra decepción —dijo William. Se pasó una mano por la cara, como si el recuerdo aún le resultara doloroso. Miró a su mujer, quien asintió con gesto resignado, permitiendo a su esposo proseguir—: Y esta nueva decepción nos dio nietos, unos niños hermosos y buenos. Y…. bueno, aprendimos a tolerarla. No fue fácil. Pero cuando Nigel murió de repente… el infarto lo cambió todo. Los hijos eran de ella. Los abuelos apenas tenemos derechos. Y Eleanor nos detestaba tanto o más de lo que la detestábamos nosotros. Nigel le había convencido de que podía valerse sola, y la tonta… la… ya saben… Eleanor quería hacerlo todo sola. Pero no podía. No sabía.

Margaret le tocó el brazo con suavidad, tratando de calmarlo.

—No podía, insisto, y ella era consciente. En las últimas semanas se dio cuenta. Estaba desesperada, como un animal acorralado. Me chilló cuando fui a ver a mis nietos. Nunca lo había hecho. Me dijo que se iba a llevar a los chicos lejos de Torquay. Pero ¿de dónde iba a sacar el dinero la pobrecilla?

—¿Y es por eso por lo que creen que, si Hassan no la mató, fue ella misma quien se quitó la vida? *C'est cela?*

William se rascó la barbilla.

—Eso creemos. Nos extrañaría mucho que apareciese de nuevo, y más aún pasados tres años. Está muerta. Se lanzó al mar o la tiraron… y el mar se la llevó.

Te quedaste callado por un instante, mirando hacia el río. Los reflejos del sol sobre el agua parecían formar dibujos hipnóticos. Finalmente, rompiste el silencio.

—Háblenme de Clara Whitmore.

—Era una chica del pueblo —dijo Margaret, encogiéndose de hombros—. La tratábamos poco.

—Yo nada —añadió William—. Su familia era muy pobre y no compraba carne de calidad. Hay establecimientos en Torquay más baratos que el mío. Allí debían ir los Whitmore. Yo la conocía de vista, igual que a su hermana. Y a sus padres, claro.

—¿Y qué opinión tenían de ella? —preguntaste, Héracles.

—No opinábamos nada —respondió Margaret con sinceridad—. Era una chica más del vecindario.

Uniste las manos, con los dedos entrelazados bajo tu mentón, en ese gesto que siempre hacías cuando tus células grises estaban a pleno rendimiento.

—¿Chismosa? ¿Entrometida? ¿Ligera de cascos?

William se encogió de hombros con indiferencia, como si dijera: «No la conocía lo suficiente». Pero Margaret tenía algo más que añadir:

—No tenía fama de mala chica, ni de que le gustasen demasiado los hombres. Pero era lista. Le gustaba el dinero. Le sacó unas libras al señor MacMahon, ¿recuerdas, Billy?

William asintió, pensativo, como si aquella historia le hubiese venido de pronto a la mente. Y comenzó a contar lo sucedido.

—Isiah MacMahon era el repartidor de carbón del pueblo. Ya se retiró y ahora lo sustituye su hijo. Pero hace cuatro años o cinco a lo sumo, tenía un carro que usaba para transportar sacos. Clara se tiró a los pies del carro un día y fingió haberse lastimado la rodilla. Decía que lo iba a denunciar si no le pagaba por los daños. Durante días la vimos cojear por el pueblo, con la pierna vendada, quejándose de dolor. El pobre MacMahon, que no quería problemas, terminó dándole algo de dinero. Y apenas lo hizo, ¡Clara dejó de cojear como por arte de magia!

William soltó un bufido de incredulidad al recordar el incidente. Le resultaba especialmente ofensivo porque él sufría de una verdadera cojera, no una fingida.

—La muchacha le sacó la lengua y salió corriendo, riéndose a grandes carcajadas. Luego le gritó: «¡Tonto! ¡Tonto!».

Entrecerraste los ojos, como si tratases de encajar todas las piezas del rompecabezas.

—Ah, je commence à comprendre.

Hablamos un rato más. El caso quedó atrás y poco a poco comenzamos a charlar sobre las maravillas de Egipto, de los templos, de la luz única que bañaba el Nilo, incluso de la extravagante fauna de la región. Margaret me caía bien; me recordaba a mi abuela, también llamada Margaret, que había muerto pocos años atrás. La conexión fue instantánea, y creo que incluso llegamos a reír de alguna broma que no recuerdo.

—Nos vemos en la cena —dijeron los Rowley, una hora después, cuando se despidieron con una inclinación de cabeza y comenzaron su camino de regreso al hotel.

Nos quedamos solos. Permanecimos sentados en las rocas, observándolas en silencio.

—Igual me equivoqué con ellos —dije al cabo de un rato—. Hoy no me han parecido tan mala gente.

Sonreíste, Héracles. Esa sonrisa tuya, siempre enigmática.

—*Ah, non?* Pues yo los considero los principales sospechosos.

Te miré sorprendida. Pero tú, con tu paciencia habitual, comenzaste a explicar:

—*Attends!* Por un lado, William Rowley es un hombre violento, malvado, nada que ver con la imagen afable que ha querido mostrarnos hoy, tal vez para alejar sospechas, o acaso porque realmente se siente en deuda contigo. Por otro lado, Eleanor lo odiaba. Quería llevarse a sus hijos lejos de ellos, y William no podía tolerarlo. Imaginemos pues que quedan en la playa para hablar, para resolver sus diferencias. Pero William, en un arrebato, la mata.

—¿Y Clara Whitmore? —pregunté.

—Clara lo ve todo. ¿Por qué? Quizás pasaba por allí por casualidad. Tal vez había quedado con un chico o, quién sabe, Eleanor misma pudo haberle dicho que iba a encontrarse con su suegro después del trabajo. Sea como sea, Clara intuye o presencia el crimen. Y decide usar la información para chantajear a los Rowley. William, al verse acorralado, la mata también. *Et voilà*: las dos muertes quedan explicadas.

Me quedé pálida. No lo había pensado de esa manera. Pero al mirarte, vi algo más en tu rostro. La duda.

—No te veo contento con tu exposición.

—Me pasa igual que a ti. Tras hablar con ellos, hay un par de cosas que no me cuadran.

—¿Cuáles?

Alzaste las manos, como si estuvieras armando un rompecabezas en el aire.

—Ya sabía que a Clara le gustaba el dinero y que había conseguido sacarles unas libras a varias personas con diversas excusas. Es un dato que la gente del pueblo trataba de ocultar, pero hay rumores en cualquier pueblo pequeño que llegan a oídos atentos. Sin embargo, Margaret reveló este detalle de manera muy abierta. Y eso es algo que los incrimina, porque refuerza la teoría del posible chantaje. No son tontos. Si los Rowley fuesen culpables y hubiesen sido chantajeados por Clara, ¿por qué dar pistas que los ponen en el centro de la sospecha?

Nos quedamos mirando de nuevo el río, observando cómo las barcas cruzaban en silencio. Entonces dijiste:

—Y luego está el asunto de Eleanor. Una mujer que no tenía un penique y, según Margaret, estaba pensando en marcharse con sus hijos. Es otra afirmación que no solo parece gratuita, sino que también los incrimina: les da un móvil para el asesinato, *évidemment*. Además, no tiene sentido. ¿De dónde habría sacado Eleanor dinero para marcharse?

—¿Otro chantaje? —pregunté, tratando de encontrar una conexión lógica—. Tal vez Eleanor sabía algo sobre alguien, algo importante, y

quería sacar dinero a esa persona para huir de Torquay.

—*Ah, non.* Por lo que sé de Eleanor, no parece propio de ella. Eso, en cambio, es propio de Clara. Me pregunto si no estaban juntas en algún asunto turbio. Una era la chantajista y la otra… ¿cuál era la función de Eleanor?

Suspiraste, y la tensión se reflejó en tu rostro.

—Hay algo que no veo. Desde el principio del caso hay algo evidente que se me escapa. Pero…

—Ya lo sé. Esta vez no es una pieza del rompecabezas. Es otra cosa. Ya lo hablamos antes.

—No, no es una pieza. En efecto. Es como si todo el puzle estuviera mal. Como si estuviéramos mirando donde no debemos.

Miramos pues hacia otro lugar, más allá del Nilo, a la isla Elefantina. Sus verdes palmeras y las estructuras antiguas contrastaban con las aguas inmóviles que la rodeaban. Un grupo de garzas alzaba el vuelo, rompiendo la calma del paisaje.

—¿Y dónde deberíamos mirar?

Te quedaste en silencio, con la vista perdida en el horizonte. Luego, con un tono sombrío, dijiste:

—No lo sé, Agatha. Y eso me tiene preocupado. Terriblemente preocupado.

CAPÍTULO 5:

LA ISLA ELEFANTINA

(Noviembre de 1933)



Aquella mañana decidiste unirte a una de las excursiones organizadas por el Cataract Hotel. Al principio, no entendí por qué lo hacías, pero antes de tomar tu bastón y colocarte tu sombrero fedora, listo para bajar al vestíbulo, me diste una explicación:

—Nos queda un sospechoso, Agatha. Gregory Hammond es amigo mío, como bien sabes, y conozco perfectamente su historia. Pero tú apenas lo conoces a él ni las circunstancias en las que desapareció y fue hallada muerta su esposa: Hellen.

—¿Quieres que hable yo con él?

—*Exactement*. Está todo dispuesto. Una de las barcas del hotel te está esperando. Vi ayer cómo mirabas la isla Elefantina desde las rocas. ¿Has estado alguna vez?

—No —respondí.

Sonreíste, satisfecho.

—Pues ahora tendrás la oportunidad. Es un lugar encantador. Tranquilo, perfecto para una conversación honesta.

Diez minutos después estaba en el embarcadero del hotel. Era un lugar sencillo pero elegante, con unas pasarelas de madera bien cuidadas que brillaban bajo el sol. Las barcas, pintadas de blanco y azul, estaban amarradas junto a la orilla, meciéndose suavemente al ritmo del Nilo. Un barquero, vestido con una túnica tradicional, me saludó con una inclinación de cabeza mientras me ayudaba a subir.

El trayecto hasta Elefantina fue muy corto. La isla estaba tan cerca que podría haber llegado nadando. Desde la barca, podía ver los muros antiguos del museo y las casas nubias con sus colores vivos que salpicaban el paisaje.

—Hoy hace buen día —dije a Gregory Hammond, que se sentaba en silencio a mi lado.

—Aquí en Egipto siempre hace buen día —replicó con sequedad.

Aquella respuesta tan parca, y el hecho de que apenas me mirase, me indicaron que estaba molesto. Sin duda, había comprendido que su presencia allí era una trampa. Cuando llegó al hotel y vio a todos los implicados en el caso Bennet, debió darse cuenta de que no estaba allí como abogado, sino como sospechoso.

—¿Paseamos? —le propuse cuando llegamos a la playa—. O, si lo prefiere, podemos ir directamente al museo.

El museo de la isla Elefantina era famoso por sus relieves y estelas que narraban historias de los faraones. Pero Gregory no parecía interesado.

—No tenemos prisa —respondió, echando a andar hacia una pequeña duna cercana.

Lo seguí en silencio. Las rocas negras en las que me había sentado el día anterior ahora quedaban en la otra orilla. Las contemplé, recordando la conversación con los Rowley. Pasamos junto a un grupo de palmeras. Al fondo, las colinas doradas del desierto enmarcaban el paisaje.

Hammond caminaba con pasos largos y tensos. Varias veces abrió la boca, como si estuviera a punto de decir algo, pero se detuvo. Aceleró el paso, como queriendo alejarse de mí, pero luego se detuvo, como si se arrepintiera. Finalmente, se quedó inmóvil, con el rostro vuelto hacia el horizonte, y suspiró profundamente.

—¿Para qué demorar lo inevitable? —dijo de repente—. Voy a hablarle del tema del que pretende que conversemos. Iré al grano. Yo no maté a mi mujer.

No me miraba. Sus ojos estaban fijos en las aguas tranquilas del Nilo.

—Nadie ha dicho que lo hiciera —respondí.

—Pero Héracles sospecha. Siempre lo ha hecho, desde el primer día.

—Él cree que oculta usted algo —dije con cautela.

Hammond suspiró de nuevo, esta vez más hondo.

—Usted ha estado casada dos veces, Agatha. Todas las parejas ocultan cosas. ¿No es así?

Seguimos caminando. Finalmente, Hammond continuó:

—Yo la amaba. A Hellen, a mi esposa. Mucho. Pero ya no era como al principio. No había pasión, no había... —titubeó—. Solo quedaba un cariño tranquilo, nacido de la cotidianidad, de las pequeñas cosas compartidas.

—Entiendo.

Sus ojos eran la viva imagen de la tristeza y la amargura.

—No. No lo entiende. Porque todo eso es mentira.

Le miré, sorprendida. Continuó con un tono áspero, casi de autodesprecio:

—La trataba como a un mueble más de la casa. La llamaba estúpida e ignorante. Y cosas peores. Creo que trataba mejor a mis perros que a la pobre Hellen.

No supe qué decir ante aquella confesión. Así que no dije nada. Pero sentí repulsión hacia aquel hombre y muchas palabras jamás pronunciadas quedaron flotando en el aire.

—No la eché de menos hasta que faltó en mi vida —prosiguió Hammond—. Y entonces comprendí que realmente la amaba, pero que había dado por hecha su presencia, como si fuese un ser sin voluntad propia, un muñeco. Me sentí culpable, y me di cuenta de que yo era una persona terrible. Héracles, cuando mi mujer desapareció, vio la culpa en mí, pero no porque me sintiese culpable de su muerte, sino porque era culpable de la mala vida que la empujó al suicidio.

—Así que cree que se suicidó… como Eleanor Fitzroy.

—No sé qué le pasó a Eleanor, pero sé que Hellen se suicidó.

Hammond sacó una cartera de cuero desgastada, manchada por el uso, y extrajo un pequeño papel, amarillento y arrugado por el tiempo. Lo sostuvo entre sus dedos antes de entregármelo.

—Encontré esta nota entre sus cosas, en la mesilla de noche, el día después de su desaparición. Pero no se la entregué a la policía. La llevo como penitencia, para recordarme el hombre terrible que fui… que soy.

Leí las palabras escritas con tinta desvaída:

NO SOY NADA
NO ESTOY VIVA
NO VALGO NADA
NO MEREZCO VIVIR
NADIE ME ECHARÁ DE MENOS CUANDO ME VAYA.

—¿Por qué no entregó este papel a la policía? No es una nota de suicidio… pero se acerca. Le habría ahorrado problemas.

—No la entregué porque me merecía que sospechasen de mí. Me merecía que la gente de mi pueblo, Dawlish Warren, me volviese la espalda y me tildara de asesino.

—Pero debió usted decírselo a Polrot…

—¡No! —me interrumpió, casi gritando—. Y le ruego encarecidamente que no le cuente lo que acabamos de hablar.

Sus ojos brillaban de emoción contenida cuando añadió:

—Héracles es un hombre extraordinario. Brillante. Tal vez no tanto como el Poirot de sus novelas, porque es humano, falible… Pero, de cualquier forma, le respeto demasiado. Prefiero que sospeche de mí, como todos, a que sepa cómo trataba a Hellen en la intimidad. Prefiero que sospeche que soy un monstruo a que sepa qué tipo de monstruo soy realmente.

Caminamos un rato más, rodeados por las antiguas ruinas de la isla. Al llegar al museo, Hammond se detuvo frente a una vitrina que contenía un pequeño busto de granito, delicadamente esculpido, representando a una figura femenina con ojos rasgados y un tocado sencillo. Observó la pieza en silencio, como si viera algo más allá de la piedra.

—¿Respetará mi petición de no contarle nada a Héracles?

Pensé antes de responder, observando el perfil cansado de Gregory.

—Mientras no sea indispensable para resolver el caso, puede estar tranquilo. Al menos, de momento, no diré nada.

—Tendré que conformarme con eso. Gracias, señora Christie.

De regreso al hotel, me esperabas, Héracles, sentado como siempre en la terraza, barajando cartas para un solitario. El sol golpeaba las mesas de hierro forjado, y un camarero iba de aquí para allá sirviendo a los pocos huéspedes que había a aquella hora.

—¿Te contó lo que pasó con Hellen? —preguntaste sin levantar la vista de las cartas.

—Sí.

—¿Y también te contó lo que le atormenta, *mon amie*?

—Sí.

—Pero no me dirás nada, ¿verdad?

—Te diré lo mismo que a él: de momento, no. No creo que haga falta.

Sonreíste levemente, mientras colocabas una carta con cuidado sobre la mesa.

—Había notado que Gregory tenía ganas de sincerarse con alguien, pero no conmigo.

—Lo preparaste todo —dije, observándote fijamente.

—*Comme d'habitude,* como siempre… Ya me conoces. Si las cosas no suceden, hay que forzar que sucedan.

Colocaste otra carta y la miraste por un momento.

—¿Crees que mató a Hellen?

—No lo creo. Gregory es un hombre lleno de remordimientos, pero no creo que sea un asesino.

—¿Y crees que su historia está relacionada con nuestro caso? ¿Con Clara o con la desaparición de Eleanor?

—Tampoco.

Colocaste una última carta y soltaste un pequeño grito de victoria al terminar tu juego. Y dijiste:

—Una vez, en una fiesta hace años, Hellen me dijo: «Un día, Gregory me matará». Solo lo dijo una vez. Y cuando la vi de nuevo, aquel mismo día, y saqué el tema a colación, me dijo que recordaba mal, que estaba equivocado, que ella nunca había dicho algo semejante.

Pensé en tus palabras, tratando de encajarlas con lo que Hammond me había confesado. ¿Había revelado aquel hombre su sentimiento de culpa por el maltrato a su esposa como una forma de ocultar una culpa mayor? ¿Había asesinado a Hellen?

—¿Crees que Gregory Hammond me ha mentido? —pregunté, finalmente.

Juntaste las cartas de la baraja con un gesto decidido; luego las metiste en una caja de cuero.

—*Oh, non, pas du tout.* No te ha mentido. Solo que no te ha contado toda la verdad.

CAPÍTULO 6:

CAMINO DE UN CRUCERO DE LUJO

(Noviembre de 1933)



Llegó el día de abandonar el hotel. El autobús nos esperaba afuera, con su pintura deslucida y el motor rugiendo suavemente, como si también estuviera ansioso por partir. Desde la recepción, observé cómo nuestros sospechosos, uno a uno, subían al vehículo. Mi atención se detuvo en cada uno de ellos, intentando descifrar algo más en sus movimientos, gestos o expresiones.

El primero en subir fue Barnaby Thornfield. Su traje, aunque bien cortado, parecía colgar de sus hombros como si le pesara. Caminó hacia el autobús con paso firme, pero su mirada era huidiza, evitando deliberadamente el contacto visual con cualquiera de nosotros. Le seguía Edith Whitmore, con su figura alta y delgada, el cabello oscuro recogido en un moño sencillo.

Los siguientes fueron William y Margaret Rowley. William subió primero, ofreciendo una mano firme a su esposa. Margaret tenía el aire resignado de costumbre, pero sus ojos brillaban de manera inusual, como si estuviera expectante ante algo que no se había atrevido a confesar. Finalmente, Gregory Hammond cerraba la fila. Llevaba un maletín de cuero en una mano. Su andar era pausado, casi deliberado, como si quisiera alargar cada paso. No saludó a nadie al subir, y su mirada parecía perdida en algún pensamiento que le pesaba más que el equipaje.

Justo cuando los vi desaparecer dentro del autobús, sentí tu presencia a mi lado. Habías llegado en ese momento, impecable como siempre, sosteniendo tu bastón firmemente en la mano.

—Agatha, siempre observadora. Ese es un buen hábito. Yo mismo lo practico a menudo.

—No he podido evitarlo, Héracles —respondí, mientras ambos nos dirigíamos desde la recepción a la salida del hotel.

En el trayecto, te relaté algo que había observado en los días anteriores.

—Al principio, nuestros sospechosos se sentaban juntos en las comidas, compartían charlas en el jardín o en la terraza, incluso hacían pequeños paseos. Pero con el tiempo… la suspicacia nació entre ellos. Ya no se buscaban, y comenzaron a hacer nuevos amigos.

—Como Thornfield "et ses amis" del salón de cartas —comentaste, con una mueca maliciosa.

—Exactamente. Prefiere jugar al bridge con desconocidos que discutir el caso Bennet. Él ha sido el único que lo ha dicho abiertamente, pero creo que lo piensan todos mis invitados, incluso aquellos que se han mostrado más colaboradores.

Te detuviste un instante, reflexionando, antes de preguntar:

—¿Y qué nos dice eso de la naturaleza humana, mon amie?

—No lo sé, Héracles.

—*Évidemment*, nos dice que los sospechosos nunca estuvieron seguros de que Hassan Bennet fuera realmente el culpable. Que desde el principio, en el fondo de sus corazones, sabían que cualquiera podría ser el verdadero asesino.

Me quedé en silencio, observando cómo el autobús comenzaba a llenarse de murmullos apagados, sus ocupantes sentados a nuestro alrededor, con un miedo soterrado que se reflejaba en sus ojos.

—Así es, Héracles. Cualquiera puede ser el asesino… o asesina.

No hablamos el resto del trayecto porque no queríamos que algún oído indiscreto espiara nuestras conversaciones. El autobús nos llevó durante menos de una hora por carreteras polvorientas y serpenteantes, mientras el paisaje egipcio desfilaba ante nosotros: palmera tras palmera, pequeñas aldeas de adobe y niños corriendo descalzos junto a los caminos.

Llegamos a la estación de tren con tiempo suficiente para observar el bullicio de los andenes. Mujeres con velos oscuros llevaban cestas llenas de frutas y panes planos. El sonido de las locomotoras y el chirrido de los carros de equipaje nunca cesaban. Nos dirigimos a nuestro vagón, un compartimento reservado con asientos de cuero y grandes ventanas.

El trayecto en tren, que fue aún más breve que el anterior, se me pasó volando. El traqueteo constante del vagón tenía algo de hipnótico, y la vista del río serpenteando junto a nosotros, de los campos de caña de azúcar y pequeñas embarcaciones de vela

blanca, llenaron todos aquellos minutos hasta que la locomotora se detuvo.

Te miré mientras ajustabas tu corbata. El tren desaceleraba al acercarse a la estación. Diste un bote, abandonaste tu asiento y dijiste:

—Hoy me siento animado. Debemos resolver un crimen, una desaparición… y vamos a subir a un barco rodeados de potenciales asesinos que dormirán en los camarotes contiguos al nuestro. ¿No es *merveilleux?*

A mí no me parecía tan maravilloso como a ti, pero procuré tener también una actitud positiva cuando llegamos al embarcadero. Allí nos esperaba nuestro barco, el Horus Victorioso, un vapor pesado con un casco oscuro que brillaba al sol como si estuviera barnizado. Sus grandes chimeneas prometían una travesía tranquila.

—Allez, allez! —dijiste, animando a todos mientras subíamos la escalera de madera que llevaba a bordo.

Los pasajeros subieron al barco mientras los empleados se encargaban de su equipaje. La cubierta se llenó pronto de murmullos expectantes. Las amarras se soltaron con un crujido, y la chimenea soltó una primera bocanada de humo que ascendió lentamente al cielo. El Horus Victorioso comenzó a deslizarse suavemente por el río, dejando atrás las pequeñas embarcaciones de pescadores y los palmerales que flanqueaban la ribera.

Barnaby Thornfield, con su habitual aire de suficiencia, se acercó a nosotros mientras contemplábamos la partida.

—Es un barco magnífico —comentó, mirando en derredor—. Pero me sorprende que seamos tan solo siete pasajeros. Esto parece un lugar pensado para al menos veinte.

—Es cierto, señor Thornfield. Pero compré todas las plazas para que estemos más tranquilos —respondí con una sonrisa, como si aquella decisión fuera la cosa más natural del mundo.

El expolicía frunció el ceño. Los Rowley, que acababan de unirse a nosotros en cubierta, intercambiaron miradas tensas. No parecía que la idea de pasar tanto tiempo juntos les resultara agradable.

—Además, no somos siete pasajeros —añadiste con una mirada astuta—. Seremos ocho los invitados.

—¿Va a llegar Max, su esposo, el arqueólogo? —terció Edith Whitmore, que al parecer había estado más atenta a mi vida pública de lo que yo creía—. Lo he visto en los periódicos.

—No. Max no vendrá de momento, está ocupado. Tal vez más adelante.

Miré a mi alrededor. Ya estaban todos los sospechosos reunidos en la cubierta. Entonces dije con calma:

—El último pasajero es alguien que conocéis.

En ese momento, las miradas se giraron hacia la escalera que llevaba a la cubierta inferior. Allí apareció Hassan Bennet. Su figura había cambiado tras tres años en prisión. Estaba más delgado y algo avejentado, pero su postura seguía siendo firme y erguida, con la expresión tranquila, casi indiferente, de costumbre. Vestía con sobriedad, un traje oscuro que parecía ligeramente grande para su nuevo cuerpo, y aunque su rostro había envejecido, sus ojos conservaban el mismo brillo de siempre.

—Ya estamos todos —dije por fin.

—Espero no incomodarles —dijo Hassan con voz suave, tranquila.

Y entonces se desataron los infiernos.

CAPÍTULO 7:

UN PEQUEÑO MOTÍN

(Noviembre de 1933)



Los murmullos se convirtieron en exclamaciones ahogadas, y los rostros de los pasajeros se tiñeron de ira. Thornfield dio un paso hacia atrás como si hubiera visto a un fantasma. Los Rowley intercambiaron una mirada de puro pánico, y Edith Whitmore dejó escapar un gemido.

Margaret Rowley fue la primera en romper el silencio que siguió a la llegada de Hassan. Se levantó de golpe, con el rostro encendido por la indignación, y señaló al hombre con un dedo tembloroso.

—¡Ese extranjero no puede quedarse aquí! ¡Debe abandonar el barco de inmediato!

Hassan no reaccionó; permaneció de pie, con los brazos relajados a los lados, como si estuviera acostumbrado a ese tipo de ataques.

—*Madame* Rowley —intervine, tratando de calmarla—. Eso no es posible. Hassan es mi invitado, al igual que todos ustedes.

—¿Su invitado, señora Christie? —gritó Margaret, incrédula—. ¡Ese hombre es un asesino! ¡Un extranjero que debería haber sido ahorcado por lo que hizo!

Fue en ese momento cuando me di cuenta. La actitud amable y comprensiva que siempre había mostrado no era más que una fachada. Margaret no se parecía en nada a mi bondadosa tía Margaret. Era una mujer dura, vehemente, de carácter áspero, y más similar a su marido de lo que habría querido admitir.

—Dios los cría y ellos se juntan, ¿no es así? —me susurraste al oído con una sonrisa apenas contenida. Luego añadiste en francés —: *«Qui se ressemble s'assemble».*

La situación se descontroló rápidamente. Margaret, sin bajar la voz, exigía que Hassan fuese expulsado. William Rowley, tan vehemente como su esposa, dijo:

—¡Es una vergüenza que esté aquí! ¡Nosotros no queremos convivir con un asesino!

El resto de los pasajeros comenzó a unirse a la protesta. Edith Whitmore añadió:

—Creo que todos estamos de acuerdo en que la presencia de ese hombre es intolerable. Si no se va, lo haremos nosotros.

Thornfield, siempre pragmático, añadió:

—Señora Christie, este hombre no debería estar aquí. Usted puede entender nuestras razones. Ha puesto en peligro nuestra seguridad.

Respiré hondo y alcé una mano, imponiéndome sobre el ruido.

—Escuchen —dije con firmeza—. Nadie está obligado a quedarse contra su voluntad. Si desean abandonar el barco, son libres de hacerlo. Sin embargo, déjenme ser clara: tendrán que arreglárselas para continuar su viaje por sus propios medios. Yo no pagaré ni un céntimo más por los pasajes ni los gastos adicionales de quienes decidan marcharse. Tendrán que regresar a Inglaterra por sus propios medios y con su dinero.

Un murmullo recorrió al grupo. Aquello los descolocó. Sabían que marcharse significaba un desembolso considerable, y la mayoría no estaba en condiciones de permitírselo.

—Así que piénsenlo bien —continué, con tono calmado pero autoritario—. Si deciden dejar este barco, será bajo su responsabilidad.

Te miré buscando ayuda. Avanzaste un paso, levantando tu bastón ligeramente.

—*Copains, copines,* mis queridos compañeros de viaje… entiendo sus preocupaciones. Pero recuerden que no estamos aquí solo de vacaciones, sino que pretendemos descubrir la verdad. Ya lo sabían (o al menos lo intuían) cuando aceptaron venir a Egipto. Y para eso, para resolver este caso, necesitamos a todas las piezas en el tablero.

La tensión comenzó a disiparse lentamente. Margaret, aunque aún indignada, se dejó caer en su asiento con un resoplido. William la imitó, cruzando los brazos. Thornfield masculló algo ininteligible y se alejó hacia el borde de la cubierta. Solo Edith, disgustada, siguió de pie, con los labios apretados.

—No espero que me crean —dijo entonces Hassan—, ni siquiera espero que me acepten. Solo espero que podamos convivir unos días en paz.

Se hizo el silencio, que cayó como un manto pesado, roto solo por el sonido del agua al golpear contra el casco del barco. Entonces,

Barnaby Thornfield, con los ojos encendidos de furia, dio un paso adelante.

—Es usted un idiota de la peor clase, Polrot —espetó, mirándote con desprecio—. No tiene ni idea de lo que está haciendo. Este caso se resolvió de la forma correcta. Es ahora cuando se está obrando una injusticia, porque… porque…

El policía parecía tan enervado que no sabía cómo seguir.

—Permítame que le ayude, *ex commissaire* —replicaste, inclinando ligeramente la cabeza con sarcasmo—. Se está obrando una injusticia porque los extranjeros emigran casi siempre para robar, matar y violar a las mujeres, ¿verdad? Y Hassan es uno de esos extranjeros que tan poco le gustan.

—Es una explicación simplificada, pero en el fondo es así.

—Pero le recuerdo, *monsieur*, que aquí, en Egipto, usted es el extranjero y Hassan el nativo. ¿Acaso ha venido a este crucero a matar a una dulce muchacha del lugar?

Thornfield apretó los dientes, su rostro enrojeciendo por momentos.

—Es usted un hipócrita, Polrot, y déjeme insistir en lo que ya dije antes: no solo un hipócrita, sino un idiota de la peor clase. No ve más allá de sus propios prejuicios. Siempre tan ansioso por defender a los suyos, por ser el paladín de los diferentes, pero ciego ante la realidad.

—Ah, *monsieur*, el único hipócrita aquí es usted. No soy yo quien prejuzga por nacionalidad o raza.

—Debería… debería darle una pali…

Thornfield alzó una mano. Vi cómo tus dedos se cerraban alrededor de tu bastón, un gesto que conocía bien: te estabas preparando para un posible enfrentamiento físico. La discusión iba claramente a escalar, pero antes de que la situación se saliera de control, una voz clara y decidida cortó el aire como un cuchillo.

—¡Yo no permaneceré ni un minuto más en este barco! —dijo Edith Whitmore, su tono firme acallando a todos. Nos giramos hacia ella y la vimos de pie, erguida como un juez emitiendo su veredicto;

señaló a Hassan con un dedo tembloroso—. Ese hombre mató a mi hermanita. Yo acepté venir a este viaje siendo consciente de que ustedes creían a este hombre inocente. Sabía que nos presionarían, que nos interrogarían, que tratarían de culparnos, pero… que al final se darían por vencidos. Para mí era un juego y nada más, porque Hassan es el verdadero asesino. Creía que tendrían la mínima decencia de no hacerlo coincidir con nosotros. Pobre Clara, se removería en su tumba si viese esta escena. Tal vez yo no fuera la mejor hermana; tal vez no estuviéramos demasiado unidas, pero no compartiré el mismo techo que él. Ni un segundo más.

Te volviste hacia Edith:

—¿Y qué piensa hacer, *mademoiselle*? —preguntaste, intrigado—. ¿Saltará usted al Nilo? ¿O caminará hasta Luxor sobre las aguas?

Edith no respondió de inmediato. Su pecho subía y bajaba rápidamente, como si estuviera intentando contener su rabia.

—Haré lo que sea necesario —dijo finalmente—. Pero no me quedaré aquí con él. No puedo.

Edith se volvió hacia Gregory Hammond, con gesto de desesperación y súplica.

—Yo no tengo dinero, señor —dijo con voz temblorosa—; no puedo volver a casa por mí misma. Pero usted es un hombre bueno, amable, y creo que podría ayudarme en esta terrible situación.

El abogado, quien hasta entonces había permanecido en un discreto silencio, se tensó. Sus ojos se movieron incómodos entre Edith y nosotros, como si buscara alguna salida que no lo comprometiera. Estaba claro que no esperaba que se dirigieran a él, menos aún con una solicitud tan directa. Antes de que pudiera responder, dijiste:

—El señor Hammond ha sido contratado para ayudar en este caso, *mademoiselle* Whitmore. No está aquí para facilitarle una salida. Está aquí porque, al igual que todos ustedes, tiene un papel que desempeñar en esta investigación.

Hammond abrió la boca, quizá para protestar, pero no dijo nada. Era un sospechoso más y su labor como abogado no era realmente

requerida. Sin embargo, técnicamente había sido contratado para darnos consejo legal, aunque fuese una trampa. Se quedó de pie, pensativo, reflexionando sobre su situación real (y legal) en aquel embrollo. Sus hombros se encogieron, y su mirada se perdió en un punto fijo del suelo de madera de la cubierta. Se sentía atrapado, tanto o más que la propia Edith.

La joven, al ver que su petición había sido rechazada, cerró los ojos con fuerza por un momento. Cuando volvió a abrirlos, la furia brillaba en ellos.

—Ya veo. Soy una prisionera, ¿no es así?

—En realidad, no lo eres —dije, intentando sonar conciliadora—. Estás aquí para ayudarnos a resolver este caso. No eres prisionera de nadie.

Edith soltó una risa seca, incrédula.

—Está mintiendo, señora Christie. No puedo irme y por tanto soy una prisionera… y como tal, me voy a meter en mi camarote y no saldré de su calabozo hasta que termine esta farsa.

Sin esperar respuesta, giró sobre sus talones y caminó con paso decidido hacia la escalera que llevaba a la cubierta inferior. Sus zapatos resonaban con fuerza sobre las tablas de madera, cada golpe un eco de su rabia contenida.

Fue entonces cuando Hassan Bennet habló. Su voz, baja pero clara, rompió el tenso silencio.

—Señorita Whitmore…

Edith se detuvo de golpe, su cuerpo rígido como si hubiera sido alcanzada por un rayo. No se giró de inmediato, pero cuando lo hizo, su mirada estaba cargada de odio.

—Tú, cállate —dijo, con un tono venenoso—. Mataste a mi hermanita, y nunca te lo perdonaré.

Hassan no se inmutó. Su rostro permaneció sereno, pero sus ojos se clavaron en los de Edith con una intensidad que no había mostrado hasta entonces.

—Eso no lo sabes —replicó con calma—. Y mentiste en el juicio. Jamás te toqué.

Edith dio un paso hacia él, su furia desbordándose.

—¡De acuerdo! ¡Jamás me tocaste! Pero si no fuiste tú el que la mató, entonces dime quién fue. ¿Quién?

Levantaste una mano para llamar la atención de Edith.

—Muy sencillo*, mademoiselle.* A Clara la mató otra persona. Y estamos aquí para averiguar quién.

Edith te miró fijamente. Meneó la cabeza, y descendió los últimos peldaños de la escalera. Antes de desaparecer, volvió a hablar. Todos creyeron que se dirigía al gran detective Héracles Polrot. Pero yo sabía que, en el fondo, me hablaba a mí.

—Debe ser maravilloso —dijo con un tono cargado de ironía— ser una persona inteligente, con dinero, con posibilidades ilimitadas en la vida. Debe ser maravilloso estar seguro de una cosa aunque no se esté realmente seguro. Debe ser maravilloso luchar por salvar la vida de un amigo y tener el dinero suficiente para contratar un crucero exclusivo y encerrar a todos los sospechosos con diferentes engaños y estratagemas.

Su voz temblaba.

—A mí también me gusta mucho leer, ¿sabe? —continuó—. Y desde hace unos años, he intentado cultivarme, mejorar como persona. Pero sigo sin tener dinero, mi hermana sigue muerta y yo estoy cansada de no tener respuestas.

Diste un paso hacia la escalera, con la intención de responder.

—Yo encontraré las respuestas que necesita, que todos necesitamos, *mademoiselle* —dijiste con convicción.

—No, señor Polrot. Las respuestas ya se habían dado. Yo estaba tranquila, Torquay estaba tranquila. Se había hecho justicia y todos podían retomar sus vidas. Estábamos en paz.

—Pero, ¿y si las respuestas eran equivocadas? —insististe—. ¿Es más importante que haya un culpable que encontrar al verdadero culpable?

Edith dejó escapar una risa breve, seca y amarga.

—¿No me ha oído, señor Polrot? —dijo, con voz helada y cortante —. Estábamos en paz. Y ahora no lo estamos. Eso es lo único que

cuenta para mí. Usted va a removerlo todo buscando respuestas, sacará a la luz cosas que no tienen que ver con la muerte de mi hermana y, al final, encuentre o no al asesino, ninguno estaremos en paz.

—Pero no comprende que un criminal abyecto puede quedar libre y…

No pudiste terminar la frase. Edith ya había bajado la escalera y se había perdido en la cubierta inferior. Sus pasos resonaron durante unos segundos más, apagándose poco a poco, hasta que todo quedó en silencio.

Te quedaste inmóvil, mirando hacia el hueco de la escalera por donde había desaparecido. Lentamente, tus hombros se encorvaron. Luego, tu mirada bajó hacia tus zapatos de charol. Permaneciste así unos instantes, con tu bastón apoyado en el suelo, el rostro pensativo y sombrío.

Entonces alzaste la vista un momento hacia el horizonte, como buscando respuestas en las tranquilas aguas del Nilo. Pero esta vez, incluso tú parecías no tenerlas.

CAPÍTULO 8:

LA CALMA

(Noviembre de 1933)



Después de la escena vivida en la cubierta del Horus Victorioso, temí por un momento que todo estallase por los aires. Imaginé a nuestros sospechosos desembarcando en pleno caos, abandonándonos en medio del crucero, o peor aún, sumidos en peleas físicas o verbales que comprometieran nuestra investigación. Fue un instante en el que el descontrol parecía inevitable, como si las tensiones acumuladas no pudieran contenerse más. Sin embargo, contra todo pronóstico, no ocurrió nada de lo que temía.

Dicen que después de la tempestad viene la calma, y así fue, aunque lo cierto es que aquella era una calma engañosa. La quietud que precede a la tormenta real, la que se lleva por delante todo lo que encuentra a su paso.

En aquel momento, sin embargo, no podíamos saber de qué forma iban a desarrollarse los acontecimientos futuros. Así que, mientras daba una vuelta por el barco, me dediqué a evaluar mentalmente el estado de la situación, enumerando uno por uno los comportamientos de nuestros sospechosos:

Edith Whitmore se había encerrado en su camarote y solo permitía que Layla, una de las camareras, le llevara comida o bebida. Era una especie de aislamiento autoimpuesto. La camarera, una joven egipcia amable y servicial, de grandes ojos oscuros, entraba y salía sin pronunciar palabra, tal y como había pedido la señorita Whitmore.

Gregory Hammond, en cambio, había encontrado refugio en el bar. Allí lo vi, consumiendo alcohol a un ritmo que habría preocupado a cualquier médico. Su rostro reflejaba el peso de algo más que la bebida: remordimientos, quizás. O tal vez otra cosa.

Barnaby Thornfield estaba oficialmente «de vacaciones», o al menos eso decía. Y actuaba como tal, aprovechando cada una de las actividades que el barco ofrecía. Lo vi disfrutar de la piscina, jugando al ajedrez con un miembro del personal del barco encargado del entretenimiento y participando en una partida de cartas con los Rowley que parecía haber organizado él mismo en la cubierta principal. Se comportaba como un hombre relajado y

despreocupado, aunque en sus ojos había un brillo calculador. No me gustaba aquel hombre.

Mientras caminaba por el barco, anotando mentalmente estos detalles, me pregunté por Hassan. No lo había visto desde la mañana y no parecía encajar en ninguna de las escenas que había presenciado. Su ausencia me inquietaba. Lo busqué durante al menos media hora recorriendo los pasillos, la cubierta y las zonas comunes.

Finalmente lo encontré en el comedor, sentado en una mesa no muy lejos de donde Gregory Hammond consumía una copa tras otra. Hassan estaba tranquilo, con las manos entrelazadas, contemplando una taza de té humeante. Me acerqué despacio, preguntándome qué podía estar pasando por su mente. Había cambiado después de aquellos tres años en prisión; estaba más delgado y se mostraba calmado de una forma casi intimidante, como si aceptara con serenidad las tormentas que se avecinaban.

—¿Cómo estás?

Hassan levantó los ojos de su taza.

—Estoy bien.

—¿Seguro?

Hizo un leve gesto de asentimiento. Pero luego dijo:

—Sí… solo me pregunto… no sé… si todo esto vale la pena.

—¿Qué quieres decir?

Hassan suspiró, apoyando ambas manos sobre la mesa.

—Soy por fin un hombre libre. ¿Para qué remover el pasado? ¿Qué gano con eso? ¿Qué gana nadie? No cambiará lo que ya ocurrió.

—Max ya te explicó que pueden volver a procesarte por la muerte de Clara Whitmore. El caso sigue abierto.

Negó con la cabeza.

—No lo harán. Todo el escándalo que se montó con los falsos testimonios que Thornfield fabricó para meterme a mí y a otros en la cárcel… en fin, las autoridades quieren pasar página. El caso no está cerrado, pero tampoco se va a reabrir. Es un tema políticamente

perjudicial para cualquier inspector o comisionado. ¿Por qué arriesgarse? No creo que la policía se vuelva a interesar por mí.

—¿Y no quieres rehabilitar tu nombre? En Torquay todos te creen un asesino. Mira lo que acaba de pasar hace un rato cuando te han visto llegar nuestros vecinos.

Hassan volvió a bajar la mirada.

—Ya no son "mis" vecinos. No volveré a Torquay. Ni a Inglaterra.

—¿Por qué?

—¿No te lo contó Max?

Negué con la cabeza, intrigada.

—Me ha conseguido trabajo en su nueva excavación, en Nínive. Cuando esto acabe, me uniré a su equipo. Es lo mejor.

—Pensé que tu sueño era tener un negocio propio, independizarte, conocer el país de tu padre.

Hassan compuso una mueca de resignación.

—Ya lo conocí. Y ahora sé que no pinto nada en Inglaterra. Ya vio usted cómo fabricaron un juicio amañado para inculparme. Allí no hay nada para mí.

—No todo el mundo es como Thornfield. Max no es así, yo no soy así, Héracles no es así… y creo que Hammond, tu abogado, tampoco lo es.

Giramos la cabeza al unísono. Acababas de entrar en el comedor. Hiciste una leve inclinación de cabeza en dirección a nosotros. Un camarero se acercó ofreciéndote una mesa, pero declinaste con un gesto cortés (*non, merci*) y te dirigiste a la barra, donde Gregory Hammond seguía sentado con aire abatido, algo achispado y en proceso de estarlo más aún.

—Ya sé que hay gente buena en Inglaterra, y en todas partes —dijo entonces Hassan—. Pero ahora mi vida vuelve a encauzarse. Solo quiero ir a Nínive con tu esposo y empezar a trabajar. Ya he vivido todas las aventuras que necesitaba desde mi celda.

—¿Y no quieres descubrir qué pasó de verdad?

Hassan exhaló con fuerza, como si ese pensamiento lo abrumara.

—Querría que ese policía, Thornfield, pagase por lo que hizo. Pero las personas que están aquí… ¿quién me asegura que están involucradas en algún crimen? A Clara pudo matarla cualquiera. Incluso un vagabundo que la encontrara paseando. Mi abogado cree que pudo ser un accidente, que la atropelló un coche de caballos. ¿Y si no hay asesino?

—Aunque así fuera… ¿qué pasa con Eleanor?

Hassan se encogió de hombros.

—Ella se suicidó.

—¿Estás seguro?

—Sí, bueno… antes creía que sí. Pero a estas alturas, no estoy seguro de nada.

Su habitual indiferencia y frialdad se habían transformado en un desánimo palpable, como si su carácter se hubiera erosionado con los años en prisión. Pedimos otro té, y mientras bebíamos, su tono se volvió más introspectivo, y me contó cosas de su infancia.

—Crecí no muy lejos de aquí. Mi madre me llevaba con ella a menudo al bazar. Allí no solo se comerciaba con especias y antigüedades; también se traficaba con historias, leyendas de faraones y dinastías que nadie recordaba. Fue en esos lugares, entre los susurros y las luces del mercado, donde empecé a enamorarme del pasado.

«Mi madre me educó con todo el amor del mundo, pero en mi interior siempre sentí un vacío. Era por mi padre, o mejor dicho, por su ausencia. Nunca estuvo allí para contarme quién era o de dónde venía. Pero mi rostro, mi piel más clara que la de los demás, mis ojos verdes que parecían no pertenecer a este lugar... Esos rasgos lo decían todo y, al mismo tiempo, no decían nada. Entre los egipcios, era una rareza, un extraño.

«Esa identidad incompleta me marcó desde niño. El presente no me hacía feliz. Tal vez fue por eso por lo que siempre busqué respuestas en los objetos antiguos y en las historias olvidadas. Quería encontrar mi lugar en un mundo que parecía no saber qué hacer conmigo. Y ahora me doy cuenta de que ese es mi lugar, ni

Inglaterra ni Egipto, sino precisamente el mundo de los objetos antiguos y las historias olvidadas… es decir, yo solo me siento integrado en las excavaciones y entre arqueólogos: como le sucede a su esposo.

—Sí —repuse—. Como mi esposo. A veces me da la sensación de que os parecéis mucho. Y que por eso trabajáis bien codo con codo, los dos juntos.

Seguimos hablando hasta que finalmente Hassan se levantó, murmurando una excusa. Lo vi alejarse y entonces me acerqué hasta la barra del bar, donde Hammond ya hacía rato que charlaba contigo.

—Deja de beber ya, Gregory —te oí que le aconsejabas.

Hammond levantó la mirada, con los ojos ligeramente vidriosos, y esbozó una sonrisa ladeada.

—Cierto, tienes razón, Héracles. Me necesitáis sobrio, ¿verdad? Para que os dé todos esos consejos profesionales que necesitáis para resolver este caso.

Hipó y casi se cayó del taburete. Reaccionaste instintivamente, alargando una mano para estabilizarlo.

—Ya has bebido demasiado —repetiste, esta vez con más firmeza.

Hammond se echó a reír. Me miró y dijo:

—Y más que beberé, al menos hasta que me necesitéis de verdad. Pero claro, supongo que no lo vais a hacer, ¿no? Estoy aquí porque creéis que maté a mi esposa. Tal vez también a Eleanor Fitzroy, a Clara Whitmore y… ¿sabéis qué? Bajo un frutal de mi casa tengo enterrada media docena de chicas. Todas las que han desaparecido de Torquay y las villas de los contornos en los últimos diez años.

—Gregory…

—¿Sabéis dónde están? Debajo de mi manzano favorito. Es un árbol grande, con ramas gruesas y una sombra deliciosa en verano. Apuesto a que os encantará cavar allí.

Colocaste una mano en su hombro, en un intento de calmarlo.

—No, Héracles —dijo Hammond, apartándote con brusquedad—. Me siento traicionado. Entiendo que sospeches de la muerte de mi

Hellen, que creas que yo… que estoy relacionado con lo que pasó. Pero ¿Clara? Creo que ni siquiera la vi en toda mi vida. Al menos viva. Y tú, o los Christie, o ambos, todos vosotros… me traéis aquí… para esto.

Hammond se tambaleó de nuevo. Alargaste tu brazo.

—¡No necesito tu ayuda, Héracles! —exclamó el abogado, furioso —. ¡Puedo caerme yo solo! Y levantarme yo solo también.

Tras decir estas palabras, Hammond abandonó el comedor, caminando en un torpe zigzag. Desapareció por el pasillo que llevaba a la cubierta.

—Bueno, las cosas de momento no van precisamente viento en popa, Héracles —dije, usando una metáfora marinera que pensé que vendría al caso.

Te volviste hacia mí.

—*Au contraire*, Agatha. Nuestros sospechosos se están desmoronando. Por desgracia, eso es lo que hemos venido a hacer. Debemos forzar la situación para que el asesino cometa un error. Así que, paradójicamente, todo va fatal, pero en el fondo va viento en popa. Y así debe seguir.

Me apoyé en la barra, dejando que mi mirada se perdiera en el Nilo, que brillaba bajo la luz del sol.

—No va a ser un crucero muy agradable.

Te encogiste de hombros, como si aquella incomodidad fuese un precio insignificante.

—*Ah, non, bien sûr.* Pero espero que sea una experiencia inolvidable.

CAPÍTULO 9:

UNA CENA

(Noviembre de 1933)



Durante el resto de la tarde apenas coincidimos con los sospechosos. Los vi, a lo lejos, realizando diferentes actividades: unos paseaban por la cubierta, otros se sentaban a leer o simplemente contemplaban el Nilo. Pero no parecían interesados en nuestra compañía, así que las horas transcurrieron plácidamente.

A la hora de la cena, sin embargo, todos estábamos de regreso en el comedor. Era un espacio acogedor, decorado con una elegancia sobria, en un estilo colonial que parecía gustar tanto a europeos como a locales. Los muebles de madera oscura brillaban bajo la tenue luz de las lámparas de bronce. Las imágenes que decoraban el lugar eran un homenaje al país: jeroglíficos tallados, paisajes del Nilo capturados en tonos sepia, y escenas de mitología egipcia que parecían cobrar vida en los muros.

—Creo que este barco tiene fama de servir platos deliciosos —dijiste mientras te colocabas con cuidado en la silla que Hassan había retirado para ti.

Los camareros habían juntado tres mesas para acomodarnos a todos, lo cual forzaba una cercanía que nuestros sospechosos aceptaron de mala gana. Solo faltaba Edith Whitmore, que seguía encerrada en su camarote, rechazando cualquier interacción que no fuera con Layla, la camarera.

—Sí, eso he oído yo también. El cocinero es muy conocido —dijo Hammond, con una voz rota y meliflua que delataba una cierta resaca tras una tarde de excesos.

El ambiente en la mesa era tenso, pero los rostros de los pasajeros se relajaron al llegar los camareros con los primeros platos: una sopa egipcia tradicional, ligera pero llena de sabor, seguida de un cordero especiado con guarniciones exóticas que parecían sacadas de un festín faraónico. Incluso William Rowley sonrió largamente y murmuró un breve elogio al cocinero.

Tú les observabas a todos con atención. Parecías más interesado en las miradas cruzadas y los gestos nerviosos de los comensales que en la comida.

—Una velada maravillosa —murmuraste, mientras cortabas un pequeño trozo de cordero y lo llevabas a tu plato.

—Así es —repuse, mientras examinaba a cada uno de los presentes.

Desde la cocina llegaron entonces voces apagadas: faltaba por servir pescado fresco del Nilo asado con limón, una guarnición de *baba ganoush* y *baklava* rociada con miel. Pero por ahora, ninguno de ellos había aparecido.

—¿Sabes qué dicen, Hassan? —pregunté en voz baja, inclinándome hacia él cuando las voces desde la cocina se hicieron más audibles.

Nuestro amigo aguzó el oído, ladeando ligeramente la cabeza, como si estuviese desentrañando un enigma.

—No lo tengo muy claro… Parece que están buscando algo. Algo… que se ha perdido.

Las voces subieron de tono, y todos en la mesa miramos hacia la puerta del comedor, que seguía cerrada.

—Podría levantarse y preguntar la causa de la demora —sugirió entonces Thornfield, dirigiendo su mirada a Hassan.

Sin dignarse a mirarlo, Hassan permaneció en silencio por unos segundos, aparentemente sopesando cómo responder. Al final, con una calma calculada, dijo:

—No quiero dejarle solo, señor Thornfield, no sea que convenza a algún testigo de que mienta y diga que he robado la carne de la cocina o, quién sabe, algo peor. Me han contado que eso de convencer a testigos o sobornarlos es algo que se le da muy bien.

El expolicía rio entre dientes, aunque no era una risa auténtica.

—Muy agudo, señor Bennet —replicó. Luego, girándose hacia ti, añadió—: No crea que no me doy cuenta de lo que pretende, señor Polrot.

Compusiste una expresión serena, aunque tus ojos brillaban con un interés renovado.

—¿Y qué es lo que pretendo, *monsieur*?

—Quiere que estallemos, claro está. No tiene pruebas contra ninguno de nosotros, ni siquiera sospechas fundadas, pero intenta que nos enfrentemos, que digamos algo de más, que nos

desmoronemos y cometamos un error. Pero le diré algo: los inocentes no pueden desmoronarse ni confesar un crimen que no han cometido.

Noté que arqueabas una ceja al oír la palabra «desmoronemos». Thornfield también se dio cuenta de que el uso de aquella palabra te había llamado la atención. Era el mismo verbo que habías utilizado horas atrás para describir lo que buscábamos con aquel crucero. El antiguo inspector jefe podía ser odioso, pero no era tonto. Conocía el juego que estabas jugando, y eso hacía la partida más interesante, aunque también más compleja.

—Ya veremos si surge alguna pista, *monsieur*. Ya veremos si alguien se desmorona. O si comete algún error.

Thornfield alzó su copa, desafiante.

—Yo no cometeré error alguno porque no tengo nada que ver con la muerte de esa chica. Muy al contrario, me limitaré a disfrutar del generoso regalo de la señora Christie, pidiendo siempre el whisky más caro del barco. —Hizo una pausa para beber y añadió con una sonrisa burlona—: Aunque no sea capaz de consumir tanto como el señor Hammond, claro está.

El abogado, sentado dos sillas más allá, asintió sin ofenderse. Parecía demasiado ensimismado (y maltrecho por la resaca) como para preocuparse por las pullas de Thornfield.

—Sabia decisión —murmuró, alzando su vaso en un brindis mecánico.

Las voces desde la cocina se elevaron, un murmullo inquietante que llenó el comedor. Hassan se levantó por fin de su asiento con expresión preocupada y se dirigió hacia la puerta. Cuando regresó, su semblante estaba demudado.

—Ha desaparecido una de las camareras —anunció, con voz tensa —. No la encuentran.

Dejaste caer tu servilleta sobre la mesa.

—¿La han buscado por todo el barco, *monsieur* Bennet? —preguntaste, con evidente inquietud.

—Sí —respondió Hassan—. Al menos por todas las zonas que suele transitar el servicio. Ahora están registrando las cubiertas inferiores. Pero hay algo más que debería saber.

—Di, Hassan, ¿el qué? —tercié; mi voz sonaba tan tensa como la suya.

—La camarera que ha desaparecido es Layla, la chica encargada de atender todas las necesidades de Edith Whitmore.

Al escuchar aquello, te levantaste de golpe, tu silla chirriando contra el suelo de madera. Sin decir nada, saliste del comedor con paso rápido. Me apresuré a seguirte. Hassan, tras un momento de duda, también se unió a nosotros, y luego todos los demás.

El trayecto hacia los camarotes era largo y algo confuso: el Horus Victorioso era un barco amplio y lleno de recovecos. Atravesamos pasillos alfombrados con motivos egipcios y decorados con lámparas de cristal opalino que proyectaban una luz tenue. Al llegar al pasillo donde estaba la cabina de Edith, golpeaste con fuerza la puerta.

—¡*Mademoiselle* Whitmore! —llamaste con voz firme.

No hubo respuesta. Golpeaste de nuevo, esta vez con más insistencia.

—¡*Mademoiselle*! ¿Me escucha?

Desde el interior se oyó finalmente una respuesta.

—Le oigo perfectamente, ¿qué quiere? —La voz de Edith sonaba molesta.

—¿Está usted bien?

—Sí, claro que estoy bien, pero no voy a abrirle la puerta. Ni a usted ni a nadie.

Hassan, que permanecía detrás de nosotros, dijo:

—¿Y la camarera? ¿Le trajo la cena?

—Sí, claro. Me dejó un plato frío —dijo Edith con evidente fastidio —. Una bandeja con un sándwich y un poco de fruta. No tenía mucha hambre. Llegó hace rato. Estoy esperando que vuelva a buscarla.

—¿No ha regresado desde entonces? —pregunté.

—No. Si hubiera regresado, se habría llevado la bandeja y yo no la estaría esperando.

Miraste a su alrededor, tus ojos recorriendo con rapidez el pasillo. Era un corredor estrecho, con apenas espacio para dos personas caminando juntas. La iluminación era tenue, apenas suficiente para distinguir los detalles del entorno.

Un fogonero apareció en ese momento. Miraba en todas direcciones. Sin duda también buscaba a Layla, como todos en el barco.

—*Vous, attendez, monsieur* —le llamaste—. Si usted tuviese que regresar de esta habitación, la de *mademoiselle* Whitmore, a la cocina, ¿por dónde iría?

El fogonero señaló con una mano ennegrecida el extremo de un pasillo.

—Por ahí. Es el camino más corto. Subiendo por las escaleras hasta la cubierta de servicio.

—Gracias —dijiste, encaminándote hacia la dirección señalada.

Al final del corredor, en un rincón oscuro, justo donde comenzaban las escaleras, algo llamó tu atención. Aceleraste el paso, y nosotros hicimos lo mismo detrás de ti. Allí, en el suelo, había un cuerpo que estaba hecho un ovillo, apenas visible bajo la tenue luz.

—*Mon Dieu!* —exclamaste.

Era una mujer. Su cabello oscuro se desparramaba en el suelo, y su figura parecía pequeña y frágil. Había un tope de puerta junto a ella, cubierto de sangre. Te inclinaste y tomaste su pulso en el cuello, luego en la muñeca.

—Está muerta —murmuraste con gravedad.

Antes de que pudiera procesar lo que acababas de decir, Thornfield apareció detrás de nosotros. Se inclinó y, en un susurro lleno de sarcasmo, te dijo al oído:

—Enhorabuena, detective. Alguien se está desmoronando. Su plan es un éxito. Lo está haciendo usted muy bien.

CAPÍTULO 10:

EL ARMA HOMICIDA

(Noviembre de 1933)



Te acompañé al salón de fumar, un lugar apenas utilizado por los pasajeros de nuestro crucero, ya que ninguno era muy aficionado al tabaco. Miré en derredor. Era una estancia acogedora con sus sillones de cuero desgastados y una tenue iluminación proveniente de dos lámparas de pie. No fumamos, claro está, porque lo que buscábamos era el lugar más privado del barco, el primero que se nos ocurrió.

—*Je ne comprends pas!* ¿Por qué mataron a esa camarera? ¡No tiene sentido! —dijiste, alzando las manos en un gesto de frustración.

—Tal vez vio algo —aventuré.

Alzaste las cejas con incredulidad, cruzando los brazos.

—¿Qué iba a ver? La muerte de Clara pasó hace mucho tiempo. No hay nada que ver. Tratemos de ser lógicos, *mon amie.* Imaginemos, por absurdo que parezca, que Edith tiene consigo aquí el arma homicida con la que aplastó el cráneo de su hermana: una piedra, un objeto cualquiera. Pensar en algo así ya es inaudito. Pero, aunque fuera cierto, para Layla sería solo una piedra. Nada comprometedor. Esa pobre muchacha habría visto a gente rica hacer las mayores excentricidades. No levantaría sospechas. No habría venido a vernos proclamando: «¡Edith tiene una piedra!». Da igual lo que haya visto. Nada la incrimina. Entonces, *pourquoi?...* ¿por qué la mataron?

—¿Y si la mataron por algo que oyó? —aventuré—. Edith dice que no quiere recibir visitas, pero tal vez sea una farsa. Alguien, un cómplice, viene a hablar con ella, comentan cómo mataron a Clara, y Layla, que está llevando un sándwich al camarote, escucha algo comprometedor. Entonces el cómplice o Edith tienen que silenciarla.

Tú habías traído el tope de puerta, un objeto de bronce pesado y pulido, con forma de cilindro achatado y un pequeño asa en la parte superior. Era del tamaño de una mano y se usaba para mantener abiertas las puertas de las cabinas y salones del barco, y para evitar que se cerraran de golpe. Lo levantaste y lo observaste detenidamente bajo la luz.

—Pensemos: persiguen a Layla por el pasillo, y lo único que encuentran a mano para acallarla es este tope de puerta. Lo cogen y, justo cuando la camarera llega a la escalera, la golpean salvajemente. —Suspiraste, resignado—. Bueno, *c'est possible*. Cogido con pinzas, pero posible.

Colocaste el tope de puerta ensangrentado en una bolsa de papel marrón que habías preparado antes.

—¿Habrá huellas? —pregunté, observándote mientras cerrabas la bolsa con cuidado.

—Eso espero, Agatha. Pero seguramente la sangre las ha borrado. Fíjate... ha manado tanta que casi cubre el peso por completo.

Caminamos juntos hasta tu camarote. Antes de lavarte las manos, te quitaste el chaleco.

—He dado orden de no mover el cuerpo, pero el arma homicida era mejor llevárnosla —dijiste mientras secabas tus manos con precisión.

—¿Por si desaparecía? —pregunté.

—Así es.

Cogiste un nuevo chaleco de un armario y añadiste:

—Todo concuerda con un crimen de oportunidad. Cogieron lo primero que encontraron a mano y no pensaron en algo tan sencillo como arrojarlo por la borda. El asesino o la asesina cometió el crimen y se alejó a toda velocidad, dejando pistas atrás. Si hubiésemos dejado allí el arma homicida nos habríamos arriesgado a que la hiciesen desaparecer.

—¿Alguien ha llamado a la Policía Nacional Egipcia?

Negaste con la cabeza.

—De momento, no. He hablado con el capitán. Lo he convencido de que me deje llevar la investigación hasta que lleguemos a destino. Informará a la policía a su debido tiempo. Entretanto, estaré al mando.

—Le prometí a Max no meterme en líos —dije entonces—. Creo que no podré cumplir esa promesa.

—Creo que ya lo sabías cuando te embarcaste en esta pequeña odisea en el Horus Victorioso. Pero no es la primera vez que asumimos riesgos juntos, Agatha. No cambia nada respecto a las otras veces.

—Sí cambia. Ahora tengo un esposo.

Te detuviste un momento, sopesando mis palabras, antes de ofrecer una alternativa.

—¿Quieres bajarte del Horus Victorioso, Agatha? Podrías descender y pedir que te recojan para llevarte de vuelta al Cataract Hotel y...

Me apresuré a responder, tajante:

—No. Voy a quedarme. Solo que, por primera vez en mi vida, al menos desde que comenzamos a investigar casos juntos, tengo que rendir cuentas ante otra persona. Me resulta extraño.

—¿Extraño es malo?

—No, creo que es bueno. —Suspiré—. Solo que no estoy acostumbrada. Y, en fin… echo de menos a Max.

Sonreíste.

—Yo también echo de menos a Claire.

Pero era una verdad a medias, y ambos lo sabíamos. Claro que les echábamos de menos, pero la sed de aventuras y misterios que nos unía era más fuerte que la nostalgia de los seres amados. Ambos entendíamos que ese deseo de adentrarnos en lo desconocido era algo que nuestros cónyuges, aunque nos quisieran, nunca terminarían de comprender del todo.

Decidí romper el momento de introspección.

—¿Y ahora? —te pregunté.

—Ahora comienza el verdadero juego. —Te inclinaste hacia mí, tu voz rebosaba determinación—. Hasta ahora teníamos una investigación difícil: un crimen y una desaparición de mucho tiempo atrás. Pero este es un caso reciente, con pruebas nuevas. Nuestro asesino ha cometido un error que le llevará a la horca. Porque ahora sabemos que está en este barco. Hasta ahora había dudas. Podía no

ser ninguno de nuestros sospechosos. Pero alguno de los presentes es el responsable de la muerte de Layla. De eso no cabe duda.

Te miré. Aquella chispa en tus ojos me recordó las innumerables veces en las que habíamos trabajado codo a codo. En aquel instante, los acontecimientos que antes nos sobrepasaban ya no parecían tan abrumadores. Habíamos recuperado nuestra confianza. Volvíamos a ser un equipo ganador.

Con un gesto teatral, te colocaste tu chaleco.

—Vamos, *mon amie*. Un asesino nos espera.

—O asesina —precisé.

Echamos a caminar por el pasillo de nuestro barco de vapor, conscientes de que lo que más amábamos en la vida no era solo resolver crímenes, sino hacerlo juntos.

CAPÍTULO 11:

PISTAS SOBRE UN CADÁVER

(Noviembre de 1933)



No dormimos apenas aquella noche. Interrogamos a los sospechosos, pero nadie había oído nada, nadie sabía nada, ni de Layla, ni del crimen… ni de cualquier otra cosa relevante. Así que mandamos a los pasajeros a sus camarotes, organizamos la vigilancia para asegurarnos de que nadie abandonara su habitación, y dimos instrucciones al capitán para que limitara el acceso a las cubiertas y cerrara la cocina y el comedor hasta nuevo aviso. Hablamos con la tripulación, asegurándonos de que cada miembro permaneciera en su puesto.

Mientras tanto, el capitán envió a dos marineros para vigilar el pasillo donde Layla había sido encontrada, con la orden de no permitir que nadie se acercara sin tu autorización. Incluso insististe en que las lámparas del corredor permanecieran encendidas toda la noche, para que nadie pudiera aprovechar la oscuridad para acceder al cuerpo o eliminar pistas.

Cuando todo estuvo en orden, y los pasajeros al fin se habían retirado a sus camarotes entre miradas de sospecha y susurros nerviosos, decidiste que era el momento de examinar el cuerpo. Te recuerdo inclinado sobre el cuerpo de Layla, estudiándolo meticulosamente. Te arrodillaste con calma junto a ella, con un pañuelo perfectamente doblado que usaste para limpiar el sudor de tu frente, aunque hacía rato que el fresco de la madrugada había enfriado el ambiente.

Tus manos se movían con precisión quirúrgica mientras inspeccionabas cada centímetro de su cuello y cabeza. Nada parecía escapar a tu mirada.

—Es extraño —murmuraste, con los ojos fijos en una leve marca en su cuello.

No dije nada, esperando a que te explicaras.

—Hay hematomas —dijiste, finalmente—. Muy leves, casi imperceptibles. Podrían ser resultado de un estrangulamiento manual. Pero no son definitivos. ¿La estrangularon y luego le aplastaron la cabeza? *Peut-être.*

Me acerqué un poco más, intentando ver lo que señalabas, aunque mis ojos no estaban entrenados como los tuyos.

—Si fue estrangulada, las marcas serán más visibles con el paso del tiempo —murmuraste, casi en un susurro—. En casos como este, los vasos sanguíneos rotos y el trauma tardan en revelar toda la extensión del daño. Es posible que aparezcan con las horas patrones más claros: la forma de los dedos, las falanges... tal vez incluso la posición exacta de las manos del asesino.

Tu voz, aunque tranquila, tenía una nota de frustración. Sabía que no te gustaba esperar, pero esta vez la naturaleza misma del crimen nos imponía paciencia.

—Bueno, esto ya está, Agatha. De momento no hay más que ver.

Ayudado por dos miembros de la tripulación, llevasteis el cuerpo de Layla a uno de los camarotes vacíos.

—*Merci, messieurs* —dijiste, inclinando ligeramente la cabeza cuando los hombres cerraron la puerta tras ellos y metiste la llave de la habitación en un bolsillo de tu chaleco.

De regreso a la cubierta, el cielo comenzaba a clarear. Los tonos oscuros del horizonte daban paso a un resplandor anaranjado que se extendía sobre el Nilo.

Nos sentamos en unas hamacas dispuestas en la cubierta, justo frente al río. Yo llevaba una manta ligera sobre los hombros, y tú ajustaste tu fedora antes de reclinarte ligeramente.

—Pronto amanecerá —dije.

—Las horas pasan rápido cuando hay un misterio, *n'est-ce pas?*

Miré hacia el río. Las aguas tranquilas eran una especie de bálsamo después de la tensión de la jornada. Cerré los ojos. El peso de la noche nos venció finalmente. El sueño nos encontró. Aunque solo fuera por unos minutos, dormimos bajo los primeros rayos del sol que bañaban la cubierta del Horus Victorioso.

Nos aseamos y, apenas una hora más tarde, volvíamos a estar listos para la acción, rodeados de sospechosos, en la cubierta del barco, con los cuerpos algo resentidos por el cansancio acumulado. El amanecer trajo consigo una atmósfera renovada en la embarcación. La tripulación había dispuesto el desayuno en cubierta, y los pasajeros se reunieron bajo el toldo improvisado que protegía

las mesas del implacable sol que comenzaba a ascender en el cielo. Había huevos, beicon, salchichas, zumos, y algunos platos locales. Por supuesto, también el desayuno continental típico: café, té, bollería, tostadas, mermeladas, mantequilla y frutas frescas.

Mientras el barco avanzaba lentamente por el Nilo, el paisaje desértico y los pequeños pueblos ribereños ofrecían un contraste tan bello como hipnótico. Pero tú y yo nos mantuvimos al margen, en una esquina de la cubierta. Observábamos a los sospechosos como un halcón vigila a sus presas. Todos parecían evitar nuestra compañía, cada uno inmerso en sus propios pensamientos, con movimientos cautelosos, impostados. Excepto Hassan. El egipcio, que llevaba un sencillo traje de lino, se nos acercó cabizbajo.

—Esto no terminará nunca —murmuró, dejando escapar un suspiro mientras se sentaba frente a nosotros.

—*Mais oui, mon ami* —respondiste, inclinándote hacia él—, estamos más cerca de una conclusión que nunca. Paciencia. Todo tiene un fin, incluso este viaje.

—¿Y qué fin será ese?

—Uno justo, espero —intervine—. Todo saldrá bien, Hassan.

Mi amigo soltó una risa amarga.

—Eso dijeron en mi juicio, señora Christie. Pero no salió bien. Pasé tres años entre rejas.

—Esta vez será distinto. Polrot lo promete —dijiste—. *Je vous le promets. Absolument et irrévocablement.*

—Ojalá —replicó Hassan, esperanzado.

Antes de que pudiéramos continuar, Edith Whitmore apareció tras ascender la escalera que conducía a las cabinas inferiores. Su entrada no pasó desapercibida. Todos los ojos se dirigieron hacia ella. Su expresión era de enfado contenido, y sus pasos resonaron rápidos sobre el enlosado. Sin miramientos, se acercó directamente a ti.

—El capitán me ha ordenado salir de mi habitación —dijo sin preámbulos—. Me ha dicho que ha sido decisión suya.

—Así es, *mademoiselle* —respondiste con calma, sin dejarte intimidar por su mirada furiosa—. A partir de ahora seguimos viaje y pasamos esta vacaciones como el ex commissaire Thornfield, todos en cubierta, todos visibles, todos delante de los ojos de Polrot.

—Pero…

—No hay peros. Ya ha visto que en su habitación no está a salvo. Ninguno lo estamos hasta que encontremos al criminal.

Edith apretó los labios, frustrada. Su mirada se dirigió a Hassan.

—Ya sabemos quién es el criminal —espetó, señalándolo con un gesto de la cabeza.

Edith se alejó con paso rápido, uniéndose a Thornfield, quien, como de costumbre, te saludó con una sonrisa cargada de sorna antes de girarse hacia ella.

Suspiraste. Miraste a Hassan, quien parecía a punto de protestar, pero al final permaneció en silencio.

—Tenemos que hacer que se muevan, que interactúen —dijiste entonces, dirigiéndote a ambos, a Hassan y a mí—. Quiero observar quién habla con quién y, más importante, quién evita a quién para que no nos demos cuenta de que tienen una historia o un secreto en común. Siempre hemos pensado que hay un asesino, pero… ¿y si hay dos? Si ese es el caso, debo observar sus movimientos. Y…ay…

De repente, te detuviste, te llevaste una mano al puente de la nariz y cerraste los ojos, como si trataras de contener un pensamiento que te rondaba con insistencia. Te miré con preocupación.

—¿Qué te pasa, Héracles? —pregunté.

—Otra vez percibo que algo se me escapa. Ya te hablé de esa sensación, ese *déséquilibre*. Algo evidente que está delante de mí y que… de alguna forma, no es tan evidente. Algo en este caso… no es… no veo… todo está mal… pero ¿qué?

Hablabas en un murmullo, como si te dirigieras más a ti mismo que a nosotros. Luego te levantaste de golpe y comenzaste a caminar por la cubierta, murmurando en francés:

—*Imbécile!* ¿Qué es lo que no ves? ¿Qué es eso que buscas? *Ah, tu es un idiot!*

Hassan y yo intercambiamos una mirada, desconcertados pero sin atrevernos a interrumpirte. Te detuviste de repente.

—Agatha, Hassan, este caso tiene demasiados hilos. Demasiados secretos. Debemos seguir tirando de ellos hasta que encontremos el que desenrede todo este lío. Y ese desequilibrio que me atormenta… ese maldito, podéis estar seguros, al final lo encontraré.

CAPÍTULO 12:

EDITH Y THORNFIELD

(Noviembre de 1933)



—Pensemos en la posibilidad de que Hassan sea inocente —dijiste.

Era por la tarde, y estábamos en Uadi es-Sebua, el Valle de los Leones. El aire seco del desierto envolvía el paisaje; aquel lugar era majestuoso, con sus avenidas flanqueadas por hileras de esfinges erosionadas por el tiempo, guardianas inmóviles del paso del tiempo. Aquí y allá, la arena invadía los caminos, fundiendo el pasado con el presente. Nuestro grupo se había dispersado: algunos observaban las esculturas, otros se refugiaban bajo la sombra de las pocas acacias que habían logrado sobrevivir en aquel entorno hostil. Tú, Edith Whitmore, el excomisario Thornfield y yo nos habíamos separado de los demás, caminando juntos, hablando en voz baja. Hassan se había quedado en el barco. Nadie lo quería a su lado y él se sentía desplazado, lo que, en el fondo, era lógico. Al menos hasta que hallásemos al verdadero asesino.

—Pero es culpable —dijo Thornfield, implacable—. No puedo plantearme una hipótesis que sé que es falsa: Hassan Bennet mató a Clara Whitmore.

Tú, como siempre, no dejabas que los prejuicios se interpusieran en tus razonamientos.

—Haga un esfuerzo, *monsieur*. Considere la posibilidad, aunque solo sea como un juego intelectual, un desafío de la mente. Imagínese que todo lo que cree sobre Hassan Bennet es falso, que él no cometió el crimen.

Thornfield frunció el ceño. Había dicho que iba a disfrutar de sus vacaciones y que no iba a responder a ninguna de nuestras preguntas, pero la muerte de Layla lo había cambiado todo. El asesino se había puesto de nuevo en marcha y cualquiera podía ser su próxima víctima. El alma de policía que aún habitaba en Barnaby había brotado y se mostraba un poco más colaborador. Suspiró y miró a Edith, que caminaba junto a mí, impaciente, como si cada palabra que cuestionara la culpabilidad de Hassan fuese un insulto personal.

—De acuerdo. Voy a plantearme la posibilidad de que "ese" hombre no sea el asesino —aceptó Thornfield, aunque su tono dejaba claro que no era algo que hiciera con gusto.

Tú continuaste, planteando tu hipótesis con calma:

—Imaginemos un caso al azar, meramente hipotético. Un policía, convencido de que un hombre es culpable, altera pruebas, compra testigos, todo bajo la firme creencia de que está haciendo lo correcto. Justifica sus actos como necesarios para llevar al culpable ante la justicia. Pero… ¿y si ese policía se equivoca? ¿Y si la persona a la que acusó era inocente? Entonces todos sus actos, todos sus esfuerzos, se convierten en algo vergonzoso, algo que no podría aceptar. Su mundo entero se derrumbaría. ¿Entiende? Por eso no puede aceptar que ese hombre no lo hizo.

Thornfield tensó los labios, pero no respondió. Fue Edith quien rompió el silencio.

—Hassan sí lo hizo —dijo, con una vehemencia que parecía nacida de una necesidad de convencerse a sí misma más que a nosotros.

—¿Y cómo está tan segura, *mademoiselle*?

Edith señaló a Thornfield.

—Él me dijo que era culpable y… —su voz se desvaneció y apartó la mirada.

Era el momento de contraatacar. Así que dije:

—El policía encargado del caso le aseguró que Hassan era un asesino, en Torquay todos juraban y perjuraban que era un asesino. Y usted decidió creer…

—Pero es que sí es el asesino, porque… porque…

Levantaste un dedo.

—Y ahora me va a decir, como siempre, *mademoiselle*, que… ¿quién sino? Hassan era el único con una razón para matar a su hermana y a Eleanor. Pero le digo esto: aquí hay varias personas de su misma ciudad. ¿Y si una de ellas tenía una razón que no vemos, algo oculto que se nos escapa?

Seguimos caminando por la avenida de las esfinges, cuyas figuras de piedra, desgastadas pero majestuosas, parecían mirarnos con ojos vacíos. Thornfield fue el primero en romper el silencio.

—¿Sospecha de nosotros, entonces? ¿De Edith y de mí? ¿Lo dice en serio? —preguntó, alzando una ceja.

—Sospecho de todos —respondiste, sin vacilar—. Es mi deber.

—Ya veo. Pero sospecha de alguien más que del resto, ¿no es cierto?

Tú sonreíste levemente y luego miraste a Thornfield con esa expresión que utilizabas cuando estabas a punto de decir algo que sabías que incomodaría a tu interlocutor.

—En realidad, no. Sospecho de todos y de ninguno. Usted, por ejemplo, *monsieur*, me ha demostrado que es capaz de "casi" cualquier cosa. Le veo capaz de matar a Hassan, movido por su estúpida cruzada de creerle culpable sin pruebas y de hacer justicia a su manera. Le veo también capaz de "casi" cualquier cosa para recuperar su puesto, incluso de fabricar un caso célebre para ganar notoriedad. Pero matar a Eleonor o a Clara… He fantaseado con esa posibilidad. Pero no me encaja. Usted, a pesar de todo, es un hombre de honor. Un hombre profundamente equivocado, sí, pero un hombre de honor. Y la clave de este caso (de todos los casos) es la *psychologie*. Así que debo estar equivocado, una vez más.

Thornfield dejó escapar una carcajada.

—No sé si darle las gracias o abofetearle por sus insinuaciones, Polrot, así que, de momento, no haré nada.

Parecía casi divertido por ser el centro de tus elucubraciones. Pero tú, sin perder la compostura, seguiste adelante.

—Examinemos ahora a *Mademoiselle* Whitmore —dijiste, ajustándote el sombrero mientras caminábamos por la calzada que nos llevaba de regreso—. Es una mala hermana y, probablemente, una mala persona. Pero la *psychologie* me indica que difícilmente mataría a Clara, y menos de una forma tan violenta. Por el contrario, es muy voluble. Parece segura de sí misma en un momento, casi divertida por este viaje y la investigación criminal ligada al mismo, y luego entra en pánico al ver a Hassan. Cuando le ordenamos salir de su confinamiento, protesta vagamente, pero luego se une al grupo de buen grado… En fin, no termino de entenderla del todo.

A mi lado, Edith se sonrojó violentamente, pero no dijo nada, limitándose a bajar la mirada y caminar con los puños cerrados.

—Es una muchacha joven, Héracles —dije, tratando de aliviar la incomodidad evidente de Edith—. A esa edad no nos comprendemos ni a nosotros mismos. Usted también fue joven, ¿no es cierto?

Suspiraste, mirando hacia el horizonte.

—Ah… hace mucho tiempo, demasiado tiempo. *C'était il y a une éternité*! —dijiste en tono melancólico.

El sol comenzaba a descender en el cielo, tiñendo las dunas de un naranja ardiente. El aire del desierto seguía siendo seco, pero ya no abrasador. Cuando divisamos el embarcadero y el barco esperándonos, Thornfield, que había permanecido pensativo, habló de repente.

—Creo que al fin he comprendido la razón de este paseo. Como la señorita Whitmore y yo no le convencemos como asesinos por separado, ahora sus hipótesis juegan con la posibilidad de que lo seamos juntos. Que nuestras particulares agendas coincidiesen: ella odia a su hermana y yo necesito un caso famoso para recuperar mi prestigio en el norte. Organizamos un macabro plan… ¿es eso?

—*Oui*, más o menos.

—¿Y la camarera? Ah, claro… —Thornfield se dio un golpe teatral en la frente—. Voy a visitar a Edith a su camarote, la chica que trae la cena nos oye decir algo comprometedor y entonces la matamos para silenciarla. Perfecto, ¿verdad?

—Debo reconocer que he pensado también en esa posibilidad.

—Una vez establecido que pudimos matar a Layla… ¿qué le dice su *psychologie* de todo esto, Polrot?

Tú simplemente sonreíste ante las palabras del expolicía, que seguía divirtiéndose con su papel de sospechoso. Entretanto, tu mente seguía procesando posibilidades.

—Me dice que todo esto es posible, pero que mis hipótesis no se sostienen. Es un plan demasiado violento y enrevesado para unos logros tan mundanos. No encaja en sus personalidades. Así que debo estar equivocado. Una vez más. No sé cuántas veces lo he dicho ya.

Thornfield arqueó las cejas, adoptando una expresión perversa.

—O tal vez tenemos una razón para matar que usted no conoce —sugirió.

Parecía que el papel de sospechoso le encantaba, como si lo considerara un juego. Pero Edith no pareció complacida con sus palabras y le dio un pescozón:

—No le dé ideas, maldita sea.

—No le doy ideas —dijo Thornfield—, seguro que ya había pensado en ello. ¿No es así?

—*Sans doute*. Le he dado vueltas a esa posibilidad y… bueno, tal vez tengan un móvil para el asesinato que desconozco. —Giraste la cabeza hacia Edith, cuya expresión estaba teñida de indignación.

—¡Por supuesto que no tengo ni tuve un móvil para el crimen! —exclamó ella, con los ojos echando chispas—. Me ofende que pueda pensar que maté a mi hermana.

No dijiste nada por un momento. Luego miraste de nuevo a Thornfield, que se cruzó de brazos y se echó a reír.

—Siga exprimiendo sus células grises, Polrot. Aún está muy lejos de descifrar este caso. Muy lejos.

Llegamos al embarcadero. Los sospechosos subieron al barco, charlando entre ellos. Nosotros aguardamos frente a la pasarela. No podía evitar preguntarme si Thornfield tenía razón, si tal vez estábamos dando palos de ciego.

—Siempre dices que te ayuda mi presencia en nuestras investigaciones —te dije cuando nos quedamos solos—. Pero esta vez no se me ocurre nada. Estoy tan desconcertada como tú.

—Dale tiempo al tiempo, *mon amie*. Las nubes acabarán por desaparecer y veremos claro al final del túnel.

—Eso es una frase hecha. Y no muy buena.

—No tengo nada mejor. No de momento.

Suspiré. Penetramos en el barco, serios, cansados, algo contrariados. Saludamos a Hassan, solo, como siempre, esperando a que terminásemos aquella investigación que no llevaba a ninguna parte.

La noche comenzaba a caer. Las estrellas, aún tímidas, comenzaban a dibujarse sobre el cielo egipcio. El aire era fresco, casi frío, y una ligera brisa movía los extremos de mi chal. La cubierta del Horus Victorioso estaba casi desierta, salvo por ti y Hassan, que os quedasteis apoyados en la barandilla, mirando hacia el río. Los murmullos del agua al golpear suavemente los costados del barco acompañaban vuestra conversación.

—Este río es la columna vertebral de Egipto —te decía Hassan, con una voz cargada de orgullo—. Todo lo que hemos sido, lo que somos, se lo debemos al Gran Río. Es el padre de mi gente.

Tú asentiste, contemplando el paisaje con atención.

—Es un padre extraordinario. Tan imponente, tan… constante. Fluye como si supiera exactamente adónde se dirige. Los humanos deberíamos aprender de él.

—Así es.

—¿Y tú? —preguntaste—. ¿Has pasado mucho tiempo en estas aguas?

—Mucho, muchísimo. —Hassan señaló hacia la lejanía—. Mi familia es de Shellal, la última aldea del Alto Egipto antes de las cataratas. Este río ha sido parte de mi vida desde que tengo memoria. Conozco cada recodo.

—¿A qué distancia nos hallamos de Shellal?

—La distancia exacta, en millas, no la sé. Pero llegaremos allí en dos o tres días.

Mientras hablabais, una paz inquietante envolvía la escena. El río, vuestra conversación, todo parecía fluir y tener por fin sentido. No quise romper la magia del momento. Me despedí de ambos con un ligero gesto, que no tengo claro que percibierais. Os dejé solos, mirando el Nilo.

Descendí por las escaleras de madera hacia la cubierta inferior, donde reinaba el silencio salvo por el crujir ocasional de alguna madera del barco. Al pasar por la cabina del timonel, saludé al joven que manejaba el rumbo, que me devolvió un leve asentimiento. Continué mi camino y me crucé con uno de los maquinistas, que

llevaba la camisa abierta y el rostro sudoroso tras horas junto a las calderas. Era el mismo fogonero que nos había ayudado la noche anterior a trasladar el cuerpo de Layla. Me saludó con un respetuoso «Buenas noches, señora Christie», y yo le respondí con una sonrisa.

Cerca de una escotilla, escuché unas voces. Al principio no las ubiqué, pero algo en su tono susurrante me obligó a detenerme. Afiné el oído. Fue entonces cuando me di cuenta de quiénes eran: Margaret Rowley y Gregory Hammond.

La voz de Margaret sonaba grave, cargada de frustración.

—No lo entiende —decía—. Eleanor nunca se habría ido con un desconocido. Quedó en la playa de Torre Abbey Sands con alguien en quien confiaba.

—¿Alguien como su marido? —replicó Hammond con cautela.

—¡No, mi marido no! —Margaret respondió con vehemencia, casi escupiendo las palabras—. Además, él sería la última persona en el mundo en quien ella habría confiado. Se odiaban.

Sus voces se alejaron. Permanecí unos segundos allí, inmóvil, intentando procesar lo que acababa de escuchar. Era extraño que Margaret y Hammond hablasen en privado, especialmente sobre Eleanor. ¿Qué relación tenían realmente? ¿Por qué buscaban respuestas, como si también estuvieran persiguiendo al asesino?

Entonces comprendí que todos en el barco —no solo tú y yo— intentábamos resolver las muertes de Clara y Ayla, y la desaparición de Eleanor. Todos queríamos saber la verdad de una maldita vez. Y por ello todos jugábamos a un juego peligroso, porque tal vez más muertes fueran inevitables a menos que hallásemos al asesino.

El tiempo se nos acababa.

CAPÍTULO 13:

MARGARET Y GREGORY

(Noviembre de 1933)



Aquella mañana, me llamó la atención que el señor Rowley se quedara en el barco. Todos querían visitar Abu Simbel; era, después de todo, el momento estelar del viaje, la parada que la mayoría había estado esperando desde que zarpamos. Pero esta vez, Hassan no se quedaría solo en el Horus Victorioso. Tendría una compañía inesperada. Decidí hablar con Margaret al respecto.

Mientras me preparaba para abandonar el barco, me crucé con algunos de los pasajeros. Esperé hasta que apareció Margaret Rowley, que había cambiado su look recatado y básico; ahora vestía un sombrero ancho de ala caída y un vestido de lino claro. Me acerqué con una sonrisa.

—¿Y su esposo? —pregunté casualmente.

Margaret me devolvió una mirada fugaz.

—¡Ah, mi pobre Billy! —dijo con fingida pena—. Está indispuesto. Necesita ir al lavabo a menudo, ya sabe… —Hizo un gesto con las manos, como si no necesitara decir más—. Algo que habrá comido, o quizá sea algún virus intestinal. ¡No puede alejarse del camarote ni cinco minutos sin echar a correr!

Sonreí cortésmente, aunque la respuesta me extrañó. Margaret solía ser una mujer cauta en sus palabras, pero había algo extraño en la ligereza con la que hablaba del estado de su esposo. No parecía preocupada, ni siquiera molesta. Más bien… aliviada.

Al poco, llegaste y bajamos juntos al embarcadero para comenzar la visita a Abu Simbel. Desde donde estábamos, el imponente complejo de templos de Ramsés II y Nefertari dominaba la vista, emergiendo casi al borde de las aguas. Las estatuas colosales, con sus rostros ciclópeos, que desafiaban la lógica, parecían observarnos con una majestuosidad inmortal.

Margaret Rowley y Gregory Hammond iban justo delante de nosotros, caminando juntos, enfrascados en una conversación que parecía demasiado animada para dos personas que apenas se conocían antes del viaje. Recordé la conversación que había escuchado la noche anterior, y no pude evitar sentir curiosidad. Decidí observarlos con más atención.

—No sé qué opinas, *mon amie* —dijiste—, pero me temo que este lugar eclipsa cualquier misterio que podamos resolver.

Iba a contestarte, pero no tardé en darme cuenta de que no estabas realmente hablando conmigo. Tus ojos, enfocados en el suelo que pisábamos, reflejaban una intensa concentración.

—Y… sin embargo, persiste la sensación de que todo es un error… no… un error no… es el desequilibrio —murmuraste.

Diste un salto, algo involuntariamente cómico.

—Lo tengo delante… y no lo veo…

Te observé deambular entre las imponentes columnas y los grandes muros decorados con jeroglíficos. Mientras los demás se agrupaban alrededor del guía, tú te separaste sin darte cuenta, como si estuvieras siguiendo una pista invisible, con tu bastón tocando el suelo al ritmo de tus pasos, murmurando alguna cosa.

—¡Está ahí… pero no lo veo! —te oí decir antes de desaparecer tras una de las grandes estatuas—. *C'est là… mais je ne le vois pas!*

Me detuve. Conocía ese estado. Cuando tenías algo en mente, no había fuerza en el mundo capaz de distraerte. Decidí dejarte solo con tus cavilaciones y me volví hacia el grupo. Fue entonces cuando, desde detrás de uno de los muros del templo, llegaron a mis oídos dos voces conocidas. Alguien más había dado la espalda a nuestro guía. Reconocí de inmediato los tonos graves de Gregory Hammond y la voz más aguda y seca de Margaret Rowley. Me acerqué con cautela, tratando de no hacer ruido. Al llegar al muro, me agaché y me quedé quieta, escuchando con atención.

—Cuidado con esa piedra del suelo, Margaret.

—Gracias, Gregory, muy amable. No la había visto.

Era extraño que aquellos dos se comportaran de esa manera, como si fueran viejos amigos. Algo estaba sucediendo, algo que no alcanzaba a comprender.

—Volviendo al caso… puedo seguir hablando del caso, ¿no, Gregory? —dijo Margaret Rowley.

—Claro.

—Pues… hasta ahora había pensado que era Hassan Bennet el asesino, tal vez porque era lo que todo el mundo decía.

—¿Y ahora ya no está segura?

—No… bueno… no sé. ¿Quién ha matado a la camarera? Puedo imaginar que ese extranjero matase a Eleanor porque lo rechazó, o a Clara por lo mismo, o porque le hacía chantaje, o por lo que fuera. Pero tuvo tiempo de conocerlas, de intimar… de que su relación se… ay, no sé cómo explicarlo.

—¿De que surgiese un móvil para asesinarlas?

—Eso, usted es abogado y se expresa bien cuando se habla de estos temas. Lo que decía: puedo entender que las matase. Hablamos de un monstruo, claro. Pero le veo lógica. Pero a esa camarera apenas la tratamos porque servía a Edith Whitmore. ¿La vio por el pasillo y la mató sin más? No me cuadra.

—A mí tampoco me cuadra, señora Rowley.

Margaret se detuvo. Desde donde yo estaba, podía ver sus pies calzados con unos zapatos bastos, toscos, más adecuados para una carnicería que para un crucero elegante. Trataba de ser una mujer elegante y sofisticada, o al menos parecerlo, pero no lo conseguía del todo.

—Usted conoce bien el caso. ¿Cree que Hassan es culpable? No sé si puede hablarme del tema porque usted lo defendió y eso de que no puede contar… no puede…

—Supongo que me habla de la confidencialidad abogado-cliente y, en efecto, no puedo dar muchos detalles sobre mi defendido. Pero sí le puedo decir que creo que Clara murió en un accidente de tráfico, tesis que he defendido desde siempre. Pero ahora que ha muerto esa camarera… bien… todo ha cambiado. Si hay un asesino, yo me inclino por ese policía caído en desgracia: Thornfield. Tal vez urdió un plan para cargarle la muerte de Clara a mi defendido. De hecho, sin sus sucios manejos, Hassan jamás habría sido condenado. Me atrevo a decir que no habría sido ni imputado.

—¿El señor Thornfield? No sé. Parece tan normal.

—Los criminales a menudo parecen gente normal, por eso es tan complicado apresarlos. De hecho, cualquiera de nosotros podría ser un asesino.

—Cual… ¿cualquiera?

—Cualquiera, presionado por el azar o las circunstancias adecuadas, puede cometer un asesinato. Solo hay que llevar a una persona al límite.

Al escuchar esto, no pude evitar pensar en la muerte de Hellen Hammond. ¿Había sido su esposo presionado por el azar y las circunstancias hasta el punto de matarla?

—Ay, eso de que puede ser cualquiera me pone muy nerviosa —dijo Margaret—. No se aleje mucho de mí en esta visita, señor Hammond. Este lugar es enorme y no quiero quedarme a solas con nadie, ya sabe… con nadie que no sea de confianza.

Hammond soltó una risa impostada. Era evidente que Margaret estaba interesada en que no se separase de ella. Su tono, su mirada, la forma en que buscaba su cercanía, todo revelaba una atracción mal disimulada.

—No se preocupe, estará segura a mi lado. Y también al lado de la señora Christie.

—¿La señora Christie?

El abogado se giró y me señaló junto al muro donde había permanecido agachada mientras hablaban. Dijo:

—¿Qué hacía ahí abajo, junto al muro, arrodillada?

—Buscaba un pendiente —respondí, tratando de sonar despreocupada.

—No lleva pendientes.

—Porque me los he quitado… me… molestaban. Pero al quitarme el segundo, pues, me ha caído al suelo.

—Deben ser unos pendientes muy valiosos para buscarlos con tanto ahínco.

—Lo son. Un regalo de mi esposo. Además, Margaret puede decirle que los pendientes y los complementos en general siempre

son importantes para una mujer, sean o no caros o tengan o no una conexión sentimental.

Margaret asintió con énfasis, apoyando mis palabras, lo que me permitió desviar la conversación hacia un tema más seguro. Pasamos a hablar de joyas, lo que vino muy bien porque no me gustaba contar mentiras y Hammond estaba a una frase de pedirme que le mostrara la pareja del pendiente perdido: lo cual, por supuesto, no podía hacer porque no existía.

—Miren eso. Nos estamos perdiendo el momento cumbre de este crucero —dijo Hammond de pronto.

A lo lejos, un guía local estaba mostrando las estatuas colosales de Abu Simbel a Edith Whitmore y a Barnaby Thornfield. Los dos escuchaban atentamente las explicaciones, aunque el expolicía tenía esa expresión burlona que le caracterizaba, como si lo que escuchaba no le interesase en absoluto. Edith, en cambio, parecía absorta, casi hipnotizada por las palabras del guía y la magnificencia de las estatuas.

—¿Vamos allá? —añadió Hammond, señalando hacia el grupo.

—Ay, los guías me resultan tan cansinos con toda esa información que no sirve de nada —opinó Margaret.

Gregory y ella intercambiaron una mirada.

—La entiendo. Son muy pesados y repetitivos. Subamos a este templo, si le parece.

Reían tontamente mientras subíamos los tres por una senda estrecha que conducía a la cima del templo. Desde allí se dominaba todo el paisaje: el Nilo que serpenteaba en la distancia, los pueblos de la ribera con sus techos planos y la arena del desierto infinito. Sentí que, por un momento, podía olvidarme del caso.

Hammond caminaba a mi lado, pero Margaret se había adelantado unos metros, deteniéndose para mirar el paisaje. De repente, una idea cruzó por mi mente: desde aquella altura, una roca lanzada con precisión podría acabar fácilmente con la vida de cualquiera que pasase cerca del templo. Saqué un cuaderno de mi bolso y, como

hacía siempre, comencé a tomar notas. Era una escena digna de una de mis novelas.

—Parece usted muy atareada —me dijo Hammond, que había notado mi escritura frenética en el cuaderno.

—Se me ha ocurrido una idea para una de mis obras futuras —le respondí, levantando apenas la vista del cuaderno—. Una que tal vez escriba algún día sobre un asesinato en el Nilo, tal vez en un crucero como este. Siempre llevo conmigo mis cuadernos. He pensado que alguien podría lanzar una piedra desde aquí arriba y matar a una persona que esté abajo. Sería una escena interesante.

—Ese alguien también podría atraerla hasta aquí arriba —dijo Hammond en un tono sombrío—, y luego empujarla hacia abajo.

La observación me dejó helada. Estuve a punto de preguntarle si eso era lo que hizo con Hellen o con Eleanor: atraerlas hasta una playa apartada y lanzarlas a las aguas. Pero me contuve.

—Es más seguro lo primero —dije tras una pausa, mirando hacia el vacío—. Si estás junto a una persona que luego muere, puede que un testigo te reconozca. Pero si lanzas una piedra desde las sombras y luego te escabulles, nadie te ve. Eres solo una figura anónima.

—Sabe usted mucho de crímenes, señora Christie.

—Soy escritora. Y usted también los conoce bien por ser abogado. Nuestros oficios nos obligan a conocer la naturaleza humana, como diría Héracles —murmuré, cerrando el cuaderno lentamente.

Margaret dijo de pronto que se había cansado de aquel lugar, y comenzó a descender por el sendero empinado. Su andar era cauteloso, casi torpe. Me pareció que la cima le había dado vértigo… pero no quería reconocerlo delante de Gregory.

Decidí cambiar de tema de forma repentina, mientras Hammond y yo comenzábamos a bajar tras ella.

—Héracles me dijo que, fuera lo que fuera que me contó sobre su esposa, no me lo había contado todo.

Hammond se detuvo en seco. Su rostro, que hasta entonces había mantenido un semblante tranquilo, se tornó pálido.

—Espero que no le relatase nuestra conversación, tal y como le pedí.

—No lo hice. Pero él me aseguró lo que acabo de contarle, que me había usted ocultado parte de la historia.

—Nuestro común amigo a veces ve demasiadas cosas. —Su voz sonaba más nerviosa de lo habitual—. Fuerza a sus células grises a razonar demasiado y, bueno… acaba viendo lo que no hay.

Sin esperar respuesta, Hammond aceleró el paso de forma precipitada, alcanzando a Margaret, que ya estaba al pie del monumento, esperando. Observé cómo la tomaba del brazo y los perdí de vista un instante mientras descendía el último tramo.

—Señor Hammond, señora Rowley… —llamé cuando llegué al final del sendero.

Miré a mi alrededor y descubrí que se habían ido sin mí. Por un instante, me quedé allí, sola, mirando las estatuas colosales de Ramsés II en la distancia.

—Tienes razón, Héracles —dije en voz alta—, en este caso hay un desequilibrio. ¿Será Hammond el centro de ese desequilibrio? ¿O tal vez Margaret? ¿Qué planean esos dos?

Con esa incómoda reflexión en mente, volví lentamente hacia el barco.

CAPÍTULO 14:

WILLIAM ROWLEY Y… ¿?

(Noviembre de 1933)



Comenzamos el regreso a Asuán.

Hasta ahora, habíamos remontado el Nilo en dirección sur, avanzando contra la corriente hacia Abu Simbel, donde nos habíamos detenido. Ahora volvíamos a descender hacia el norte, siguiendo el curso natural del río. A menudo se dice que Egipto es un país que "fluye hacia arriba", porque el Nilo, el corazón de esta tierra, fluye desde los Grandes Lagos de África Central hasta su desembocadura en el Mediterráneo. En su camino, atraviesa seis cataratas, zonas donde la navegación se vuelve difícil o imposible debido a rápidos y rocas sumergidas. Nosotros habíamos pasado la Segunda Catarata, cerca de Wadi Halfa, la frontera con Sudán. Ahora nos alejábamos de ella, desandando el camino, dejando atrás el desierto nubio y las antiguas tierras de Kush.

La tarde era tranquila, con una brisa ligera que hacía soportable el calor. Me había instalado en una de las mesas de la cubierta superior, con mis papeles extendidos y un lápiz en la mano. Normalmente, en mis viajes llevaba conmigo una máquina de escribir, pero esta vez había decidido no cargar con ella. No porque no estuviera trabajando, sino porque estaba en pleno proceso de revisión de mi próxima novela, que se publicaría en enero. La obra la había traído mecanografiada por Carlo, y mi tarea consistía solo en leerla por última vez, buscando cualquier cosa que no me gustase antes de dar el visto bueno final.

Levanté la vista cuando sentí tu presencia, Héracles. Como siempre, te habías movido en silencio, sin que me diera cuenta de que estabas allí hasta que tomaste asiento frente a mí. Te observé mientras sacabas tu pitillera de plata, aunque no encendiste ningún cigarro. Te gustaba sostenerla, jugar con ella entre los dedos.

—Estás muy concentrada, *mon amie* —comentaste, echando una rápida mirada a mis papeles.

—Reviso mi próxima novela. Se llama "Asesinato en el Orient Express".

Tus cejas se arquearon con interés.

—*Oh, oui*. Conoces bien ese tren y su trayecto. Creo que puedes hacer una buena historia.

—Exacto. Pero creo que esta vez puede ser más que buena. Intuyo que será mi mayor éxito.

Te echaste hacia atrás en la silla, fingiendo incredulidad.

—¿Aún mayor? No me lo puedo creer.

Reí, satisfecha con el cumplido.

—Tengo esa sensación… esa intuición.

—Si es así, tendré que leerla en cuanto salga publicada.

—Te gustará. Pero ya te aviso: Hércules Poirot no se parece a ti. De hecho, se parece menos aún que en las novelas anteriores.

Sonreíste, divertido.

—Nunca se ha parecido. Pero me alegra que te hayas dado cuenta por fin.

—Sí. Cada año que pasa, me doy más cuenta. Poirot mide poco más de metro sesenta, mientras que tú eres mucho más alto. Poirot es meticuloso, metódico hasta lo enfermizo, obsesionado con sus células grises. Tú eres un hombre de acción, más agresivo, más… humano.

—¿Humano? ¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir que Hércules Poirot es demasiado listo. Es imposible de derrotar en su intelecto y su vanidad. Es como un mecanismo de precisión, una mente perfecta. Tú, Héracles, eres… ya lo he dicho. Humano. Real. Imperfecto.

Hiciste una mueca y sacudiste la cabeza, cruzando los brazos sobre el pecho.

—El tipo de persona que podría ser incapaz de resolver este caso que nos ha traído hasta Egipto.

—No.

Mi respuesta fue inmediata y firme.

—¿No?

—Este caso lo resolverás.

—¿Cómo lo sabes?

Sostuve tu mirada.

—Lo sé. Otra intuición.

Mientras hablábamos, vi pasar a William Rowley. Se dejó caer pesadamente en una de las hamacas de cubierta, resoplando. Disfrutó por un instante de la brisa del Nilo… pero no por mucho tiempo. Apenas unos minutos después, con una mueca de incomodidad, se puso en pie de nuevo, murmurando algo ininteligible, y salió apresurado hacia el interior del barco, camino del lavabo.

—¡Maldición! —alcanzamos a oírle mascullar antes de que desapareciera de nuestra vista.

No pude evitar esbozar una sonrisa.

—No es de buena educación reírse de una situación como esa —comentaste con una ceja arqueada—. Un virus intestinal es una cosa muy desagradable. El señor Rowley está sufriendo.

—Yo también soy falible, Héracles. Humana. Tengo mis debilidades. No soy un personaje literario, sino la verdadera Agatha.

Me devolviste la sonrisa y dijiste algo en francés, algo sobre la humanidad y sus pequeños placeres, que luego tradujiste.

—Ya sé lo que has dicho —te interrumpí—. Pasé varios años en Francia, no necesitas traducirme nada.

—Mejor así. En la traducción siempre se pierden matices.

—Hablando de matices… —dije, conectando la conversación con el caso—. Estamos buscando parejas de asesinos, y, de momento, observo algo curioso: William Rowley es el único que no tiene pareja.

—¿Pareja?

—Quiero decir que no hace pareja con ningún otro sospechoso. ¿No habíamos quedado en que los asesinos podrían ser dos personas?

Me giré y observé la cubierta. Te hice un gesto. Margaret Rowley paseaba del brazo de Hammond, riendo con él a carcajadas. Thornfield caminaba junto a Edith Whitmore en dirección a la escalera que bajaba a las cubiertas inferiores. Se dirigían al salón de fumadores, tal vez, o simplemente querían evitar la compañía del resto.

—Ya tenemos dos parejas formadas —murmuré—. Incluso nosotros mismos somos una pareja de conspiradores. Tres parejas, pues. Solo quedan dos hombres sin emparejar: William Rowley y Hassan.

Nos volvimos al mismo tiempo, dirigiendo la mirada esta vez hacia nuestro amigo, que estaba solo, apoyado en la barandilla, observando las aguas con expresión abstraída. De William, en cambio, no había ni rastro. Seguramente seguía en el lavabo.

—Pero Hassan no puede ser emparejado, *mon amie*. Él no forma parte del juego.

—¿El juego?

—El juego de las sospechas. Creo que nosotros somos un trío con Hassan. Luego están esas dos parejas… y Rowley, como bien dices, parece no formar parte de ningún posible equipo de asesinos.

—No, él no encaja ni siquiera con su esposa —señalé—. Margaret ha encontrado otra compañía.

—Antes se les veía conectados. Algo ha pasado.

—Ha pasado que Margaret ha conocido a un hombre normal. Atento. No a un bruto como su marido.

Tú inclinaste la cabeza ligeramente, pensativo.

—Eso será, Agatha. *C'est possible*. De cualquier forma, William sigue siendo una incógnita. Tenía motivos para matar a Eleanor, si es que realmente ha muerto, pero ninguno, salvo un hipotético chantaje, para matar a Clara. Y mucho menos a Layla.

—Nadie tenía motivos reales para matar a Layla —murmuré.

—Sí, eso me preocupa. Mucho. Layla… ella, forma parte de *le déséquilibre*... Esa parte del caso que no entiendo… esa sensación de que algo no va bien… que no estamos mirando donde deberíamos…

Habías entrecerrado los ojos, perdido en tus pensamientos.

—Cuando has dicho que nadie tenía motivos reales para matar a Layla, he estado a punto de descubrirlo… La mataron porque… —te detuviste, y luego agitaste la cabeza con impaciencia—. No… no es eso…

Te llevaste una mano a la frente y dejaste escapar un gemido desesperado.

—¡Ah! ¡Lo tenía en la punta de la lengua! *Diable!*

—Ojalá Max estuviera aquí. Podría echarnos una mano; él tiene una mente lógica única. Tal vez podría ayudarte a ordenar tus ideas.

—Sí, puede ser. Difficile à dire. Por cierto, ¿qué sabes de Max? ¿Se incorporará pronto a nuestro crucero por el Nilo?

Saqué un telegrama arrugado de mi bolso. En el barco, la correspondencia se recibía en cada parada importante, entregada por el personal del muelle o a través de los servicios de mensajería que operaban a lo largo del Nilo. Aquel telegrama lo había recibido en la última escala.

—Está al llegar —dije, mostrándote el papel—. Ya salió de Nínive. Cualquier día lo veremos subir al barco.

—Es una buena noticia.

—Vaya si lo es. Le echo de menos.

Pero nuestra breve sensación de alivio no duró demasiado. A nuestros oídos llegó un tumulto desde la cubierta inferior: gritos, golpes y el sonido de cristales rompiéndose. Nos miramos apenas un instante antes de salir corriendo hacia el origen del alboroto.

Al llegar al lugar, encontramos sillas volcadas, una mesa rota y fragmentos de lo que había sido una lámpara de aceite esparcidos por el suelo. En el centro de todo, Gregory Hammond y William Rowley forcejeaban como dos bestias salvajes. La pelea no era pareja; el abogado llevaba la peor parte. Su chaqueta colgaba a jirones de su cuerpo, su camisa estaba rasgada y de su labio partido goteaba sangre sobre la madera de la cubierta.

El capitán apareció con dos miembros de la tripulación, y entre todos lograsteis separarlos. Aun así, Rowley intentó lanzarse de nuevo sobre Hammond, pero tú le cortaste el paso con un golpe certero en el estómago. El carnicero se tambaleó y cayó de rodillas, respirando con dificultad.

—¿Ves? —dije en voz alta—. Eso no lo haría mi Hércules Poirot.

Tú te volviste, acomodándote la chaqueta.

—*Bien sûr.* No me cabe duda.

El aire aún estaba cargado de tensión. Las respiraciones agitadas, los puños cerrados, la sensación de que todo podría estallar de nuevo en cualquier momento.

—Y ahora —dijiste con tono autoritario—, que alguien me explique qué está pasando.

William Rowley se levantó del suelo, sacudiendo el polvo de su pantalón con manos temblorosas. Luego, sin mediar palabra, señaló con un dedo acusador a Margaret, que en ese momento ayudaba a Gregory Hammond a incorporarse.

—¡Esa maldita arpía me ha puesto laxante en el brandy! —escupió, con una furia descontrolada.

Margaret se volvió.

—No digas tonterías, Billy —dijo con voz afable, pestañeando con inocencia—. ¿Por qué iba a hacer algo así?

Rowley se adelantó con un gesto brusco y sacó un pequeño frasco vacío de un bolsillo de su pantalón. Era de esos recipientes pequeños, de cuello estrecho, que contenían remedios farmacéuticos. La etiqueta estaba desgastada, pero aún podía leerse: «Tintura de Ruibarbo».

—¡He preguntado al encargado de la intendencia del barco! —vociferó, agitando el frasco—. Me ha dicho que esto es un laxante, que tú se lo pediste porque habías cenado fuerte y necesitabas «algo que te ayudara a ir al lavabo». ¿Es cierto o no?

Margaret se encogió de hombros.

—Es cierto —respondió con naturalidad—. ¿Y qué? Lo necesitaba.

—¡Lo vi el otro día en tu mano! —continuó William, respirando con dificultad—. Guardaste este frasco en tu bolso durante la comida. Noté raro el gusto del plato… Y horas después comencé a sentirme mal. He atado cabos. No soy tan tonto como crees. ¡Ahora lo entiendo todo! Vosotros dos —señaló a su esposa y a Hammond— vais juntos a todas partes, cuchicheando como dos amantes. Habéis organizado lo del laxante para quitarme de en medio.

Intentó de nuevo abalanzarse contra el abogado, pero lo retuviste, sujetándole el brazo con firmeza. Rowley forcejeó, pero fue inútil. Gimió como un animal herido, con los dientes apretados y la rabia vibrando en su pecho. Margaret lo miró sin un ápice de miedo. Su gesto, su rostro, habían cambiado. Parecía otra persona, más segura de sí misma.

—Qué espectáculo tan lamentable, Billy —murmuró, con desprecio.

Hammond se llevó la mano al labio partido.

—Oh, vamos, Rowley. No sea melodramático.

William se revolvió.

—Margaret me ha envenenado. ¡Y tú eres su cómplice!

—O simplemente —intervino Margaret—, es que ya no te soporto.

La frase quedó suspendida en el aire. Fría. Cortante. Rowley dejó de forcejear.

—Eres un animal. Siempre te has comportado como una bestia —dijo Margaret—. Y lo peor es que, poco a poco, con el paso de los años, me has convertido a mí también en una bestia.

William escupió en el suelo.

—No digas tonterías.

Pero Margaret no se detuvo.

—Me has vuelto como tú. Sin sentimientos, sin compasión. Me has enseñado a tratar mal a los extranjeros, a los débiles. A mirar a todos por encima del hombro. Y peor aún… a tratar a Eleanor como un despojo, como si fuese un animal más en tu carnicería, una res que podías despreciar, cortar en pedazos y desechar sin dudarlo un instante.

William rugió como una fiera herida.

—¡Basta ya de sandeces! ¡Eleanor era una inútil! ¡Era una estúpida!

—¡Era tu nuera, William! ¡Era la madre de tus nietos! ¡Y yo…! —Su voz se quebró—. Yo permití que la despreciaras, que la maltrataras, hasta que terminó convenciéndose de que no valía nada. ¡Dios mío, cómo la tratamos!

William avanzó un paso hacia su esposa, alzando una mano con el puño cerrado, pero antes de que pudiera hacer algo, le asestaste otro golpe seco en el estómago. El carnicero se dobló sobre sí mismo con un gruñido y cayó de rodillas, maldiciendo. Solo así pareció calmarse.

—Cuando conocí al señor Hammond… —siguió Margaret—, me di cuenta de que aún quedaban caballeros en el mundo. Hombres amables, que saben hablar sin gritar. Y entendí de pronto… yo… supe… que quiero el divorcio. Puedes alegar adulterio. Yo lo confirmaré y ambos seremos libres de nuevo.

William levantó la cabeza de golpe. Sus ojos, desorbitados, se clavaron en ella como si no pudiera comprender las palabras que acababa de escuchar. Pero no hubo más violencia. Curiosamente, aquella frase le hizo abandonar toda lucha.

—¿Divorcio? —murmuró.

—Nos conocemos solo desde hace unos días, es cierto —admitió Margaret—. Pero es suficiente. Aunque vino a casa hace tres años con la señora Christie. Pero entonces fue algo legal, no lo traté como persona, no vi al verdadero Gregory Hammond. Así que ahora es como si lo hubiese conocido por primera vez. Y esos pocos días me han bastado para saber que es mejor hombre que tú.

Las lágrimas comenzaron a correr por su rostro.

—Estoy harta de odiar, Billy… —susurró—. No puedo más.

William se incorporó lentamente. Su cuerpo se movía con una rigidez antinatural. Sus labios se apretaron hasta formar una fina línea.

—Esto no quedará así —dijo con voz ronca.

Y, de repente, salió corriendo a toda velocidad.

Di un paso hacia adelante, alarmada.

—¿Dónde va? ¿No irá a buscar un arma? —pregunté en un susurro.

Tú sonreíste.

—Oh, no, *mon amie*, no te preocupes. Va al cuarto de baño. Ya no aguantaba más.

CAPÍTULO 15:

HAN SIDO TODOS

(Noviembre de 1933)



—Sigo corrigiendo mi nueva novela —te dije la mañana siguiente mientras el sol doraba las aguas del Nilo.

—¿La del Orient Express?

—Esa misma.

Nos encontrábamos en la popa del barco, desde donde podíamos observar a los demás pasajeros desembarcando para una nueva excursión. El grupo se alejaba lentamente por la orilla, con los guías señalando detalles de las ruinas cercanas. Margaret Rowley caminaba al lado de Gregory Hammond, hablando animadamente. Thornfield y Edith Whitmore iban juntos también, aunque la joven parecía poco interesada en la conversación.

Pero William Rowley no iba con ellos. A lo lejos, lo vimos escalar una roca, trepando con furia, como si quisiera desgarrar la piedra con sus propias manos. Su rabia contenida encontraba ahora una vía de escape. Tanto era así que apenas cojeaba y se atrevía a saltar entre las rocas, lleno de energía. Parecía haberse recuperado de su virus intestinal; en las cocinas del barco le habían dado algo para su malestar y, ahora que conocían la causa, la solución había sido sencilla: agua de arroz y té negro fuerte con azúcar.

—Ya casi he terminado de corregirla —continué—. La entregaré a mi editor en cuanto resolvamos este caso. Pero me da rabia haber perdido mi cuaderno de notas —añadí con un suspiro.

Asentiste. Siempre te había parecido de mala educación que fuera por ahí tomando notas en mis cuadernos, a veces interrumpiendo conversaciones o incluso persiguiendo a la gente por la calle para captar la forma en que andaban, sus gestos, sus expresiones.

—No sabía que habías perdido tu cuaderno. Pero da lo mismo, ¿no? —dijiste—. Terminaste la novela y no necesitas consultar tus notas.

Aquel cuaderno había desaparecido semanas atrás, mucho antes de planificar ni siquiera nuestro crucero por el Nilo. Cuando me di cuenta de que no lo tenía, la novela estaba ya acabada, al menos el primer borrador.

—Ya… Pero cuando corrijo, me gusta repasar mis apuntes iniciales. A veces se me ocurre algún cambio de última hora, o un detalle que mejora la historia. Además, tenía anotaciones parciales de otras novelas, ideas que pensaba utilizar en el futuro.

—Lo lamento.

—Cosas de escritora —respondí, haciendo un gesto vago con la mano.

Saqué de mi bolsa las galeradas de mi novela y pasé las páginas con cuidado. Parte de la inspiración para mi historia había sido el secuestro del bebé de los Lindbergh en 1932, un caso que conmocionó a toda América y que seguí con sumo interés. Un niño desaparecido de su cuna, una nota de rescate, una familia desesperada y, al final, un desenlace trágico.

Pero no era mi única fuente de inspiración. También lo había sido el accidente que sufrí en el famoso tren precisamente a tu lado. Y había una última cosa que me había ayudado a componer mi obra.

—¿Sabías que sufrí un segundo accidente en el Orient Express? —dije de pronto.

Seguías observando a nuestros sospechosos, sin parecer demasiado interesado en mi conversación. La literatura nunca ha sido tu pasión, lo sé. Pero cuando escuchaste mis palabras, alzaste las cejas con sorpresa.

—¿Un segundo accidente?

—Sí. Ocurrió hace dos años, poco antes de Navidad. El Orient Express quedó atrapado a causa del derrumbe de un puente, y las vías estaban anegadas por una tormenta terrible. Durante tres días estuve rodeada de desconocidos: una mujer furiosa porque consideraba inaceptable que algo así ocurriera en un tren de tanta categoría, una señora de Bristol que no paraba de contar chistes, un clérigo húngaro y su esposa, dos misioneros daneses, un estadounidense con pinta de gánster, un turco que se pasaba la noche abriendo y cerrando las puertas de su compartimento… En fin, una estancia insoportable.

Hice una pausa, sonriendo al recordar.

—Fue la primera vez que me llevé mal con todos mis compañeros de viaje. Así que, para entretenerme, usé parte de sus personalidades para crear a los protagonistas de mi novela. Y me los imaginé a todos como asesinos de un mismo crimen.

Tú soltaste una carcajada.

—¿Una especie de crimen colectivo?

—Sí. Me pareció una idea loca, pero interesante. Imaginar a todas aquellas personas, con sus personalidades tan distintas, confabuladas para cometer un asesinato… fue… excitante.

Suspiré y acaricié las galeradas de mi novela con la yema de los dedos.

—Una idea muy arriesgada para una novela —dijiste con tono pensativo.

—Sí… —musité, mirando las aguas del Nilo— «Arriesgada» es la palabra. Y tengo otra que espero que mis lectores usen tras leerla: brillante.

Te diste la vuelta para mirar hacia nuestros sospechosos. William Rowley observaba a su esposa y al abogado con un odio latente en su expresión. No parecía agresivo, al menos no todavía, pero tú estabas listo para saltar desde el barco a tierra si las cosas se ponían feas. Te conozco, Héracles, sé que en esos momentos estás siempre alerta, esperando el menor indicio de violencia para actuar. Pero, de pronto, te volviste de nuevo hacia mí.

—¿Y todo esto me lo explicas porque…? —dijiste, con un brillo inquisitivo en la mirada.

—He tenido una idea loca, relacionada con este caso, no con mi novela. ¿Y si nuestros cinco sospechosos fuesen todos asesinos? Hicieron desaparecer a Eleanor y luego mataron a Clara por razones que aún desconocemos. Sería una especie de…

—Una conspiración, *j'ai compris*. Pero una conspiración muy chapucera, con una cría que da falso testimonio en un juicio, un policía corrupto que roba dinero para cubrir sus apuestas, una pareja de carniceros de pueblo que se odian en secreto y un abogado consumido por la culpa.

—He dicho que todos podrían ser asesinos, no que fueran unos asesinos inteligentes.

Reíste entre dientes.

—*C'est vrai*. Pero, además, lo que acaba de pasar entre Margaret Rowley y Gregory pondría en peligro ese supuesto plan. William, cornudo y traicionado, podría ahora "cantar", como se dice en estos casos, y contarnos la conspiración, ese brillante plan maestro para terminar con la vida de dos dependientas de una tienda de reparaciones en Torquay, la famosa Bennet Repairs.

Te callaste de golpe. Lo vi en tu rostro: esa pausa, la tensión en la mandíbula, el parpadeo lento. Sabía qué te estaba pasando.

—Otra vez tienes en la punta de la lengua ese desequilibrio, eso que no funciona en este caso —te dije en voz baja.

Asentiste, murmurando casi para ti mismo:

—*Oui*… Ha sido al decir "dos dependientas de una tienda de reparaciones". ¿Quién querría matar a dos empleadas? ¿Por qué? Hemos hablado de la situación de Eleanor, de que quería huir con sus hijos, de Clara y sus pequeños chantajes, de cómo sacaba dinero a los tontos y los incautos, pero… ¿hicieron lo suficiente para ser asesinadas? En el fondo, sus muertes son tan absurdas como la de Layla aquí, en nuestro barco.

Te inclinaste hacia adelante, los codos apoyados en la barandilla, con la vista perdida en las aguas del Nilo.

—Si eliminamos el móvil sexual, que sabemos que Edith se inventó para inculpar a Hassan, no nos queda nada. No hay razones reales para los crímenes. ¿Por qué murieron esas chicas? —Hiciste una pausa y golpeaste con el puño cerrado la barandilla—. *Diable!* ¡Deberían estar vivas!

No dijiste nada más en un rato. Te quedaste pensando, estrujándote el cerebro y dejando que esas famosas células grises trabajasen. Sabías que estabas a punto de dar con la pista decisiva, pero se te resistía. Finalmente, te incorporaste, alisaste tu chaleco y dijiste con calma:

—Vamos a hacer otra cosa. A veces es mejor alejarse para coger perspectiva.

Nos levantamos. Yo conocía tu norma de pasar exactamente 44 minutos y 4 segundos alejado del enigma principal, dejando que el cerebro se relajase y que el pensamiento inconsciente hiciera su trabajo. Luego, cuando volvías al problema, lo hacías con una nueva claridad, con las piezas dispuestas de otro modo en tu mente.

—¿Dónde vamos? —pregunté.

Pero no me esperaba para nada el lugar a donde me llevaste. Descendimos por la escalerilla de madera pulida hasta la cubierta inferior. El ambiente cambió de inmediato: menos aire, más humedad, un leve olor a petróleo y barniz. Llegamos a un camarote y abriste la puerta. Vi a Layla en la cama, el olor a podredumbre atacó mis fosas nasales y solté un leve grito de la impresión. Pero tú estabas demasiado concentrado. Inclinándote sobre el cuerpo, dijiste:

—¿Recuerdas que te hablé de los hematomas en su cuello? Te dije que si dejábamos pasar unas horas, al menos cuarenta y ocho, podríamos ver con más claridad la marca del asesino. ¡Mira!

Me incliné a tu lado. Los hematomas habían evolucionado: pasaban del morado oscuro al azul, y pronto se tornarían verdes, pero lo importante era que ahora la piel revelaba algo nuevo.

—La estrangularon antes de matarla —dijiste.

Fruncí el ceño. Había algo más.

—La forma y la distribución de las marcas… no parecen dedos —murmuré.

Asentiste.

—Indican que hubo presión con un objeto. En el caso de un estrangulamiento manual, los hematomas suelen ser irregulares, pero aquí… hay un surco bien definido. —Señalaste una línea más oscura alrededor del cuello de Layla—. Esto no es la marca de unas manos. Tal vez una corbata, un pañuelo de cuello, el cordón de una persiana… Algo delgado y fuerte.

—¿Y por qué aplastarle la cabeza si ya la habían estrangulado? No le veo demasiada lógica, la verdad —pregunté, retrocediendo un paso, sintiendo que el aire en la cabina se volvía más pesado.

Me miraste largamente antes de responder.

—*Bonne question, mon amie.* Pero, en primer lugar, ¿por qué matarla? No acierto a comprender la razón.

—Tú mismo lo dijiste. Ocurrió poco después de que sirviera la cena. Tal vez escuchó algo comprometedor… Algo que no debía oír.

Pusiste los brazos en jarra y sacudiste la cabeza.

—Non. A esta altura del caso, no me creo nada. ¡Rien! Todo está mal. Todo.

Tu irritación era palpable. De pronto, te giraste y saliste del camarote con pasos largos y decididos. Te vi alejarte por el pasillo, y por un instante pensé en seguirte, en insistir, en hablarte. Pero me di cuenta de que necesitabas estar solo. Sabía que la regla de los 44 minutos y 4 segundos no te serviría esta vez.

Ibas a necesitar mucho más tiempo.

CAPÍTULO 16:

NO HA SIDO NINGUNO

(Noviembre de 1933)



Los días siguientes desembarcamos en varios puntos del río.

Una mañana me apoyé en la barandilla y miré hacia el horizonte mientras el resto de los pasajeros bajaban del Horus Victorioso. Aquel día no tenía ganas de caminar entre ruinas milenarias ni de admirar templos. Todo comenzaba a parecerme monótono: subir y bajar del barco, arena, monumentos, el incesante ajetreo de guías y vendedores. Pensé en Max mientras recorría la cubierta con pasos lentos, dejándome llevar por la brisa.

—¿Cómo estás, amigo?

Hassan se volvió hacia mí. Estaba sentado en una mesa con una baraja de Bridge delante de él. Las cartas estaban perfectamente ordenadas, listas para una partida, pero no parecía estar jugando. Más bien, parecía estar aguardando.

—Estoy bien, señora Christie, solo cansado —dijo, con una leve sonrisa—. Deseo que esto acabe.

—A mí me pasa lo mismo.

Me senté frente a él y comenzamos a jugar una partida sencilla, una variedad del Bridge que podía jugarse entre dos.

—¿Puedo unirme?

La última persona que esperaba ver se hallaba de pie frente a nosotros: Barnaby Thornfield.

Intenté que mi voz sonara amable.

—Claro —dije, y me volví hacia Hassan—. Si tú no tienes inconveniente…

Hassan se encogió de hombros.

—No tengo inconveniente, pero el Bridge para tres no es gran cosa —respondió.

—Tampoco vale mucho la pena la versión para dos que estabais jugando —dijo Thornfield, arrastrando una silla y sentándose—. Es un juego pensado para cuatro.

—Tal vez podría ir a buscar a Edith Whitmore —dije con ironía—. Los veo siempre juntos.

—Podría ir a buscarla, pero la pobre niña no sabe jugar al Bridge. Es un juego para caballeros y… para damas —replicó Thornfield,

mirándome fijamente.

Hassan sonrió con frialdad.

—Pues yo lo juego muy bien. Y seguro que usted no me considera un caballero.

Thornfield no respondió de inmediato. Lo miró también fijamente, evaluándolo.

—¿Y dónde lo aprendió?

—He pasado mucho tiempo con caballeros y damas inglesas, aquí en Egipto, pero sobre todo en Siria e Irak, en varias excavaciones. Aprendí muchas cosas en mis viajes.

—Ya veo… Entonces, ¿jugamos finalmente o solo hablamos?

La partida no duró mucho. Hassan nos vapuleó tanto a mí como a Thornfield.

Jugábamos al Cutthroat Bridge, una variante donde de las cuatro manos posibles, una permanecía sin usarse. Era una forma de jugar con tres personas, pero no tan satisfactoria como la versión clásica. Hassan dominó el juego con facilidad, aprovechando la información revelada en la "mano muerta", las cartas que quedaban fuera de juego pero que a veces podían ofrecer pistas valiosas.

Thornfield señaló las cartas sin usar con la cabeza.

—Sabe usted ganar con la mano muerta.

Hassan lo miró con dureza.

—No tan bien como usted sabe ganar sobornando testigos y engañando a la justicia.

Thornfield apretó la mandíbula.

—Usted no sabe lo que es la justicia. Un asesino no puede juzgar a un guardián de la ley como yo.

—¿Guardián de la ley? No me haga reír.

Me levanté. Aquella tensión empeoraba cada segundo. Y podía explotar en cualquier momento.

—¡Señor Thornfield, tenga algo de educación! —exclamé—. Ni siquiera ha pedido perdón por meter en la cárcel a Hassan Bennet de la forma infame en que lo hizo.

—No pediría perdón a este chacal aunque fuera la última cosa que…

En ese momento, la puerta se abrió de golpe.

William Rowley entró tambaleándose en el salón. Apestaba a alcohol y daba tumbos de un lado a otro.

—Este crucero está siendo un desastre… —hipó—. Voy a exigir que me devuelvan mi dinero y…

Me miró y volvió a hipar.

—Bueno, lo haría si hubiera pagado una sola libra. Pero bueno, he perdido a mi mujer, así que, de alguna forma, he pagado más que la señora Christie por este viaje, ¿no es así?

La llegada del borracho calmó la hostilidad de Hassan y Thornfield. Rowley se dejó caer en una silla con una risa torpe.

—¿Jugamos al Bridge? —preguntó con la lengua pastosa—. Aunque tendrán que explicarme las reglas… creo que se me han olvidado.

Thornfield resopló, sacudiendo la cabeza con desprecio en dirección a Hassan.

—Lo siento, pero hoy este salón huele mal —dijo, levantándose de la mesa.

Y sin más, salió de la habitación.

Poco después se ausentó Hassan en dirección contraria. Yo iba a dar una excusa a William Rowley, pues no deseaba jugar con él, pero al volverme descubrí que se había quedado dormido sobre la mesa. Su rostro descansaba sobre las cartas que aún quedaban sobre el tapete verde. Exhaló y el aire hizo vibrar ligeramente un as de tréboles y un rey de diamantes, que se movieron apenas unos milímetros antes de volver a quedar inmóviles bajo el peso de su cabeza.

Pensé que yo también estaba de más en aquel lugar. Me levanté sin hacer ruido y salí del salón de juego, dejando a Rowley roncando suavemente.

Paseé de nuevo por la cubierta. El aire nocturno del Nilo era fresco, pero no suficiente para despejar del todo la niebla de mis

pensamientos. Di varias vueltas, observando la orilla oscura del río, tratando de encontrar sentido a todo lo que estaba sucediendo.

Los problemas del presente estaban claros: William Rowley, Hassan Bennet y Barnaby Thornfield eran un hervidero de tensión a punto de estallar. Pero el pasado… el pasado se resistía a ser descifrado.

Las dos muertes: Clara Whitmore y Layla.

La desaparición de Eleanor.

Nada encajaba.

Una sensación desagradable me recorrió la espalda. No entendía nada. Debía ser la misma sensación que tenías tú, querido Héracles.

Me aburría. Y cuando me aburro, suelo pensar en ti y buscarte.

Porque hacía horas que estabas desaparecido; de hecho, llevabas varios días ensimismado, tratando de resolver aquel enigma.

Decidí bajar a la cubierta inferior. El pasillo estaba en penumbra. Caminé despacio, pasando junto a la puerta cerrada del camarote donde se hallaba el cadáver de Layla.

Me estremecí al recordar mi última visita a aquel lugar. Además, la escena del crimen seguía fresca en mi memoria. Aceleré el paso hasta llegar a la puerta de tu habitación.

La encontré entreabierta. Y dentro, estabas hablando con alguien.

Me detuve. Respiré hondo y, querido Héracles, debo confesarte que no llamé. Para entonces, me había especializado en caminar sigilosamente por los pasillos del Horus Victorioso, agudizando mis sentidos y perfeccionando la manera de escuchar sin ser escuchada. Había espiado la conversación entre Margaret y Hammond con la misma discreción con la que ahora me deslizaba hacia tu cabina, sin que nadie me viera ni oyera.

Y entonces… puse mi oreja sobre la puerta, atenta a cada palabra.

—¿Vienes a decirme la verdad, Gregory?

—Sí.

—¿Por qué hoy?

—Es un día tan bueno como cualquier otro, Héracles.

—Si tú lo dices… *cher ami* —tu voz sonó falsa, como si aquel "querido amigo" fuese una burla.

—¿Qué te contó Agatha? —dijo Hammond tras una pausa.

—¿De lo que hablaste con ella? *Rien.* Nada de nada, te lo aseguro, pero no hizo falta. Lo puedo imaginar.

—¿Sí?

—Claro. Le dijiste que tratabas mal a tu esposa, la pobre Hellen, en la intimidad; que ella no era feliz; que sabías que estaba hundida y que no hiciste lo que debía hacer un marido; que se suicidó y que te sientes responsable. Le dijiste eso, *plus ou moins*, *¿non?*

—Sí, has acertado. Tengo una nota de suicidio de su puño y letra que demuestra que…

—No me importan, tu nota o tus excusas, Gregory. Cuéntame la verdad.

Hammond exhaló pesadamente. Insististe:

—Me has sacado alguna vez de un lío, y te lo agradezco, pero sé que tienes una vena oculta, una parte oscura.

—Todos la tenemos.

—*Non,* todo el mundo no. Así que cuéntame lo que no le dijiste a Agatha.

Hammond dudó. Finalmente, dijo:

—Lo que voy a contarte no es un delito. No podrás hacer nada contra mí.

—En ese caso, no hay nada que temer. Así que habla.

El abogado aspiró con fuerza.

—Nunca amé a Hellen. Ella… yo… nunca me importó. Todo eso de que la quería y la eché de menos una vez muerta… bien, siempre ha sido una mentira. Me casé por su dinero. Yo nunca he ganado demasiado como abogado, no dedico las horas que debiera, defiendo a amigos, tengo un buen currículum, pero no de primera clase. Nunca he tenido un gran caso que me diera la oportunidad de destacar.

Hizo una pausa.

—Ella me amaba. Yo me di cuenta de ello y saqué partido. Pero llegó un momento en que me estorbaba. La traté mal desde el comienzo, pequeñas cosas, desprecios, rehuirla, me acostumbré a que no era nada y…

—Ve al grano. Eso se parece demasiado a lo que ya hemos acordado que le dijiste a Agatha.

Hammond carraspeó, tenso.

—Comencé a tratarla peor. Poco a poco, y luego de forma constante. No me veía envejeciendo con esa mujer, pero sí con su dinero. Sabía que era frágil mentalmente y la insultaba, la vejaba, alguna bofetada incluso… quería que pidiera el divorcio. Era débil, ya lo he dejado claro, ya la conociste. La tenía aterrada. Pensé que me daría casi todo el dinero y se iría con su hermana a Escocia. Un final de la historia que me convenía.

—Ella tenía miedo de que la matases. Me lo dijo.

—¿Sí? Bueno, no me extraña. La tenía aterrorizada, te lo acabo de decir. Pero…

Se detuvo.

—*Allez, allez*, sigue. ¿No has venido a contarme la verdad de una maldita vez?

—Sí, claro. Y la verdad es que ella me amaba. Y no pidió el divorcio. Se marchó una mañana y no volví a verla. Al menos… bueno, no volví a verla con vida.

—¿Eso es todo? ¿Seguro?

—Sí.

Oí cómo te levantabas y comenzabas a pasear por tu camarote. Habías recibido la confesión que esperabas, pero algo en ella no terminaba de encajar.

—¿Qué falta, Gregory?

—No falta nada.

—*Menteur!*

—¡No te miento!

—Sí lo haces.

Esta vez fue Hammond quien se alzó. Oí su silla caer al suelo. Me imaginé a los dos mirándoos frente a frente en la penumbra del camarote.

—Siempre te he admirado, Héracles —dijo Hammond finalmente—. He admirado tu intuición. Tú… siempre lo has sabido. Mi esposa, Hellen, hablaba con todo el mundo de nuestros problemas, decía que la estaba volviendo loca, que quería matarla… y nadie la creía. Nadie. Salvo tú.

Tú no respondiste. Hammond prosiguió:

—La creíste porque, a pesar de que siempre alabas tus células grises, ese punto de genialidad, ese momento en que cuadras las piezas y resuelves los casos, es otra cosa: llegado a un punto, te dejas llevar por la intuición. Aunque Hellen fuese una mujer que había sido internada por depresión varias veces, aunque su historia no fuese creíble… tú sabías… no… tú intuías la verdad. Así que te voy a decir la verdad.

—Ah, la verdad… —dijiste con voz apagada, pero expectante.

—La terrible verdad es esta. El día que Hellen salió de casa… vi en sus ojos que no podía más, que se iba a matar. Y pensé: «Oh, yo quería que se fuese con su hermana a Escocia, pero si se mata… todo el dinero es para mí. ¡Qué bien!». Y me senté a fumarme un puro. Eso hice. No me importó.

Hammond suspiró. Y esperó, como si creyera que su confesión provocaría en ti una reacción airada. Pero tú seguiste callado. Así que continuó.

—Luego… me sentí un poco mal, porque me había acostumbrado a ella, porque sabía que desconfiabas de mí, y te aprecio y te admiro… pero… no sentí pena por ella.

Otra pausa.

—Lamenté más haber sacrificado a uno de mis caballos, que tuvo un accidente pocos días después. Y el no sentir nada me preocupó. Yo… no sé cómo expresarme.

—*Ah, je comprends…* —dijiste por fin—. Descubriste que eras un monstruo y no te gustó tu reflejo.

Hammond bajó el tono de su voz, afectado por tus palabras.

—Algo así le dije a Agatha al respecto, incluso usé la palabra monstruo. No fue algo tan poético, pero similar. No quiero ser una mala persona, no soy una mala persona… solo es que…

—Solo es que Hellen era menos importante que tu caballo. Así como, para mucha gente, Hassan es menos que un inglés.

Tu voz sonaba soñadora, como si la confesión de Gregory, de pronto, no fuese importante. Como si en tu mente ya estuvieras en otro lugar, resolviendo un misterio mayor.

El abogado se acercó a la puerta. Se había sincerado, había dicho lo que había venido a decir y ahora necesitaba estar solo con su culpa y sus demonios particulares. Me aparté de inmediato, retrocediendo por el pasillo cuando vi que iba a salir del camarote.

—Una cosa, Gregory, antes de que te vayas, *s'il te plaît.*

—Claro, dime.

—¿Qué crees que pasó de verdad con Clara Whitmore?

—He pensado mucho en ello, incluso he hablado del asunto con Margaret. Hemos examinado el caso desde todos los puntos de vista y… a pesar de lo de esa camarera, Layla, creo que un carro, un automóvil o un coche de caballos atropelló a la señorita Whitmore. En el juicio quedó claro mi punto de vista. No era una estrategia de abogado, lo pensaba de verdad.

—¿Y Eleanor?

—Seguramente se lanzó al mar. Como Hellen. Hassan es un buen hombre, un hombre sin tacha, humilde y bueno. No tuvo nada que ver con los presuntos crímenes, estoy seguro. Thornfield pudo matarla, tal vez, pero creo que no la conocía. O William Rowley. Pero en realidad, lo que creo es que no hay criminal alguno. Una mujer se suicidó y una niña fue atropellada. No hay más. Y lo de Layla es algo que no tiene nada que ver. Quizá la mató un novio resentido, alguien de la tripulación. No es un crimen que esté relacionado con los otros, pues no son crímenes en absoluto.

Hammond ya tenía un pie fuera del camarote. Me alejé con cuidado, caminando de espaldas por el pasillo hacia la escalera.

—Una última cosa, Gregory… ¿cómo crees que Edith reconoció el cadáver de su hermana? Estaba con el cráneo aplastado, sus ropas sucias de barro… era un guiñapo sucio en el suelo. ¿Cómo la reconoció cuando Thornfield la llevó ante el cuerpo?

El abogado parpadeó un par de veces, sorprendido porque no te hubieses dado cuenta. Ahora podía ver su perfil desde el fondo del pasillo.

—Deberías saberlo. Intuición. Eso es lo que se te da mejor, acabo de decírtelo. A veces vemos a alguien por la calle, a lo lejos, y lo reconocemos. Una antigua novia, un amigo, alguien con quien hemos compartido mucho… y aunque se haya cortado el pelo o cambiado la vestimenta… aunque haya pasado tiempo, nuestra intuición, una vocecita, nos dice: es él o es ella. Así reconoció Edith a su hermana, aún en ese estado. Es algo normal.

—La intuición otra vez… *oui, c'est ça.* ¡Eso es!

Tu voz sonó más soñadora que nunca cuando añadiste:

—Gracias, Gregory. Me has ayudado mucho en la resolución del caso.

Y luego, sin cambiar el tono, sin elevar la voz, pero con una dureza glacial, añadiste:

—Y, ah… una vez que he oído tu explicación sobre lo que le pasó a Hellen… ya no somos amigos. Cuando termine este crucero, no quiero verte nunca más en mi vida. Porque tienes razón: eres un monstruo. Un *monstre terrible*… y de la peor especie.

CAPÍTULO 17:

HASSAN FAREED BENNET

(Noviembre de 1933)



Amaneció. El sol despuntó sobre el Nilo, tiñendo las aguas de un dorado pálido que temblaba con cada ondulación del río. Una brisa leve agitaba las cortinas de mi camarote cuando abrí la puerta y salí al pasillo. Había dormido poco y mal, con la mente enredada en pensamientos confusos que no me llevaban a ninguna parte.

Subí a la cubierta y encontré a los pasajeros desayunando. El vapor surcaba el río con lentitud, dejando atrás bancos de arena y palmeras solitarias, mientras, en la lejanía, aldeanos se movían como sombras en las orillas, cuidando sus campos. El día anterior habíamos pasado una vez más por varias ruinas y monumentos, pero mi atención ya no estaba en el viaje.

Miré a mi alrededor. Hassan bebía su té en silencio, sumido en sus pensamientos. Edith Whitmore estaba apartada, con la mirada fija en la taza de café que sostenía entre sus manos. Thornfield hojeaba un periódico, aunque lo miraba sin verlo. Margaret Rowley y Gregory Hammond conversaban en voz baja, demasiado baja , mientras William Rowley desayunaba con aire taciturno, sin mirar a nadie.

Pero no te vi. Fui en tu busca y te encontré en la cubierta inferior, junto a la sala de calderas, hablando con el fogonero.

—Pobre, pobre Layla, señor —decía el hombre, sacudiendo la cabeza—. Era tan buena chica. No era muy lista, cierto, en eso tiene razón, pero sí muy servicial. Pobrecita.

Sus manos ennegrecidas por el carbón estaban entrelazadas, en gesto de respeto o quizá de culpa. La tragedia aún pesaba sobre la tripulación.

Asentiste, serio, y respondiste en tono solemne:

—Al final se hará justicia, *je vous le promets.*

El fogonero suspiró, murmuró unas palabras de agradecimiento y se retiró por uno de los pasillos.

Me acerqué hasta ti. Contemplabas el río apoyado en la barandilla con una sonrisa inmensa en la cara. Miré tus pies: estabas tan nervioso que parecías a punto de dar saltos, como si bailaras. Reconocí aquel gesto de inmediato.

—He visto ese gesto antes. Has resuelto el caso.

Tardaste un instante en responder.

—Eso creo. No… *je suis sûr*. Lo he resuelto.

Te miré con expectación, pero no añadiste nada más.

—¿Y no me vas a decir quién fue?

Sacudiste la cabeza.

—No hasta que descubra cómo probar mis sospechas, o encuentre la manera de poner al criminal contra las cuerdas, para forzar su confesión.

—Pero pensé que ibas a compartirlo conmigo…

—Siempre, o casi siempre, te explico mis razonamientos, *mon amie*. Pero este es un caso complicado, un culpable muy particular… muy complejo… Debo poner a trabajar a mis células grises o estos crímenes quedarán sin castigo. Dame tiempo. A su debido momento te lo explicaré todo.

Y te marchaste sin más ceremonia, dejándome con la palabra en la boca. Me quedé sola en la cubierta. El río avanzaba imperturbable, sin importarle el drama humano que se desarrollaba a bordo.

A media mañana, me encontré con Hassan. Paseaba no muy lejos de la cocina. El aire caliente traía consigo el inconfundible olor del río, mezclado con las especias de la comida del barco.

—Creo que Héracles ya sabe la identidad del asesino —le dije.

Hassan se volvió hacia mí con los ojos entrecerrados por el resplandor del sol.

—¿De verdad? Ojalá sea así y pueda dejar esto atrás, marcharme a la excavación de su esposo y retomar mi vida.

—Sí… —murmuré—. Ojalá. Yo también tengo ganas de terminar con esto. Mi novela está corregida y es el momento de avanzar. Pero tengo curiosidad por saber lo que le pasó a Eleanor, a Clara y a Layla.

—Yo también, señora Christie. Más que nadie.

Pasamos el resto del día juntos. Tú estabas ocupado en tus cavilaciones, el resto de los pasajeros se mantenía en sus pequeños grupos o en soledad, y yo necesitaba desconectar del misterio, aunque fuera solo por unas horas. En los últimos misterios que

resolvimos juntos, mi colaboración había sido decisiva, pero esta vez me sentía superada. No tenía ni la menor idea de lo que había pasado. Así que decidí dejar el asunto en las manos más profesionales que conocía: las tuyas.

Hassan resultó ser una compañía tranquila, de esas que no necesitan llenar cada silencio con palabras. Paseamos por la cubierta, observamos a los trabajadores del barco desempeñar sus tareas y compartimos impresiones sobre el viaje.

En un momento dado, decidí regresar a mi camarote para cambiarme de ropa.

—Voy a ponerme algo más ligero. Tengo calor —dije, y antes de entrar, le pedí—: ¿Podrías traerme una copa de vino?

—Por supuesto.

Entré en la habitación y cerré la puerta, pero un instante después la abrí de nuevo al recordar algo más.

—Oh, Hassan, y también…

Me quedé en silencio. Él ya estaba allí, con la copa en la mano, y al girarse hacia mí, me sorprendió con la blusa completamente desabrochada.

No hubo lascivia en su mirada, solo un atisbo de sorpresa antes de que, con la dignidad de un caballero, bajara la vista y girara el rostro.

—Lo siento —murmuró, dejando la copa en la mesa.

—No pasa nada —repuse, tapándome a toda prisa.

Hassan salió al pasillo sin decir nada más, y cuando terminé de cambiarme, lo encontré esperándome.

—Lista —anuncié.

—Bien. Entonces volvamos a la cubierta. Hay una vista estupenda.

La siguiente hora la pasamos hablando de Max y su excavación en Nínive.

—Debe ser una gran presión dirigir un proyecto así —dijo Hassan.

—Lo es —asentí—. Todos los ojos están puestos en él. No solo por su reputación, sino porque es la primera vez que la excavación depende completamente de sus decisiones. Es el jefe, y eso significa

que cada hallazgo, cada error, cada obstáculo, son su responsabilidad. A veces me preocupa que no descanse lo suficiente.

—Puede estar tranquila. Su esposo se mueve como nadie entre los vaivenes de cualquier excavación. Es un talento natural. Lo he visto en acción muchas veces. Al final, conseguirá que todo funcione con precisión, como una máquina perfectamente engrasada.

Miré en dirección al horizonte. El Horus Victorioso seguía su rumbo. Mañana llegaríamos a Shellal. No tardó nuestra conversación en desviarse hacia aquella última parada de nuestro viaje.

—¿Irás a ver a tu familia?

Hassan pareció dudar un instante.

—No creo. Apenas queda nadie… Marché hace tanto…

—Pero te echarán de menos.

Se encogió de hombros.

—Mi hermana, tal vez… Solo ella.

—No sabía que tenías una hermana. Nunca hablaste de ella.

Hassan esbozó una leve sonrisa.

—Ya sabe que soy muy reservado.

—Quizás demasiado.

—Tal vez.

—Ve a verla de cualquier forma —le insté—. Será bueno para ambos.

Hassan bajó la cabeza.

—Así lo haré.

—Y cuando bajes mañana a Shellal, avísame. Me gustaría que me enseñaras tu ciudad.

Hassan pareció sorprendido por la petición, pero luego dijo:

—De acuerdo. Iremos juntos. Aunque ya le adelanto que no hay mucho que ver.

El día siguiente amaneció despejado y ardiente. El Horus Victorioso se detuvo en Shellal, la última parada antes de Asuán. Salí de mi camarote a primera hora con la esperanza de encontrarme con

Hassan, pero él ya se había ido. Me sorprendió que faltase a su palabra.

Shellal era un pequeño pueblo a orillas del Nilo, con casas de adobe, callejuelas polvorientas y un mercado bullicioso donde los comerciantes ofrecían especias, tejidos y objetos de cerámica. El aroma del pan recién horneado y del café especiado flotaba en el aire, mezclándose con el calor sofocante.

Miré a mi alrededor, buscando a mi amigo. Vagué un par de horas por las callejuelas, pero, cuando ya había desistido y estaba a punto de regresar al barco, lo vi a lo lejos. Se movía con paso rápido, esquivando a otros transeúntes, como si quisiera pasar desapercibido y abandonar cuanto antes aquel lugar.

Decidí averiguar de dónde venía y me dirigí hacia la calle por la que lo había visto aparecer. Reconozco que soy muy curiosa: no pude resistirme a fisgonear un poco.

Estaba en un pasaje estrecho, flanqueado por pequeñas casas de paredes de adobe y puertas de madera. Algunas estaban cerradas, otras entreabiertas, dejando entrever patios interiores con plantas en tinajas y niños jugando descalzos.

Me detuve a preguntar a un hombre mayor que descansaba bajo la sombra de un toldo.

—Disculpe, señor. Estoy buscando a un hombre llamado Hassan Bennet. O a alguno de sus familiares.

El anciano me miró fijamente y negó con la cabeza.

—*'ana la 'afham* —dijo, alzando las manos. No entendía el inglés.

Le di las gracias y seguí caminando. Más adelante, una mujer que vendía fruta me miró de arriba abajo con expresión suspicaz.

—¿Hassan Bennet? —pregunté de nuevo.

La mujer frunció el ceño y negó con la cabeza de manera tajante.

—No conozco a nadie con ese nombre.

El tono de su voz era más bien una advertencia para que dejara de insistir. Me miró con algo que me pareció desprecio o rabia… o ambas cosas a la vez.

Finalmente, me acerqué a un hombre que fumaba en la puerta de una tienda. Me observó con cierto desinterés, pero cuando le mencioné el nombre, hizo un leve gesto con la cabeza.

—Amina Bennet —dijo, señalando una casa al final de la calle—. Allí… ella… hermana.

Le di las gracias y caminé hacia la casa que me habían indicado. Era más grande que las demás, con una puerta de madera oscura y un pequeño patio interior visible a través de un arco de piedra. Toqué suavemente la aldaba.

Una criada me abrió la puerta.

—Buenos días. ¿La señora Bennet?

—¿Quién pregunta?

—Soy amiga de su hermano.

La mujer dudó un instante, y luego me hizo pasar.

El interior de la casa no era lujoso, pero tampoco pobre. Había muebles de madera oscura, tapices con intrincados diseños y un aroma a incienso flotaba en el ambiente. No era una casa de ricos, pero sí de gente con cierto bienestar, lo cual me sorprendió. Hassan nunca había hablado de su familia en términos que sugirieran comodidad económica. Más bien, todo lo contrario.

Esperé en una sala pequeña, donde una mesa baja de latón reflejaba la luz que entraba por dos ventanas con celosías. Al cabo de unos minutos, apareció una mujer alta y esbelta, de grandes ojos oscuros. Era blanca de piel. De hecho, podría haber pasado por europea… incluso inglesa.

Y entonces comenzó la conversación que lo cambiaría todo, poniendo la investigación patas arriba.

CAPÍTULO 18:

AMINA BENNET

(Noviembre de 1933)



—Así que usted es amiga de Hassan —dijo con voz firme mientras se sentaba frente a mí.

Sonrió, pero sus ojos mostraban cautela. Amina Bennet era una mujer elegante: vestía una túnica de lino clara y un pañuelo de seda sobre los hombros. No parecía sorprendida por mi visita, pero sí interesada en saber qué me había traído hasta ella.

Un sirviente apareció con una bandeja con té y pequeños dulces de sésamo. Sirvió el líquido negro con movimientos pausados.

—¿Para qué ha venido? —preguntó Amina. Su tono era cordial, pero tenía un matiz de desconfianza.

—No lo sé con certeza. Tal vez sea simple curiosidad. Hassan nunca me ha hablado de su familia, ni de él mismo, pues es muy discreto.

Amina me ofreció la bandeja con dulces de sésamo y miel, y yo tomé uno con una leve inclinación de cabeza.

—La vida le ha enseñado a serlo.

—¿Y eso?

Tomó un sorbo de té antes de responder.

—Porque nunca ha pertenecido del todo a ningún sitio.

Apoyó la taza con delicadeza y continuó:

—Desde que era niño, supo que era distinto. Su padre, un inglés, lo abandonó. Supongo que eso sí lo sabe. —Me vio asentir y prosiguió—: Eso le hizo comprender que los británicos eran intocables y que él, con su sangre mezclada, nunca sería suficiente para nadie. No era completamente egipcio, pero tampoco europeo.

—Cuando habla de su padre, se refiere también al de usted, supongo.

—Así es —asintió ella—. Henry Bennet se llamaba. Un comerciante británico joven, de buena familia, que vino a Egipto en busca de oportunidades y… las encontró.

Amina hizo una pausa, llevándose un dulce a los labios.

—Él y mi madre, Amina Fareed, se conocieron en el bazar de Khan el-Khalili. Mi abuelo era un artesano respetado, y ella era su hija

mayor: inteligente, hermosa y con un espíritu fuerte. Pero incluso una mujer fuerte puede cometer errores cuando es joven.

—Por supuesto.

—Tuvieron un breve romance. Henry le juró amor eterno y mi madre se dejó llevar por la pasión. Durante un par de años, la cosa funcionó, pero Henry comenzó a aburrirse de las obligaciones de tener una esposa oculta, que en muchas cosas no difería del verdadero matrimonio. Y cuando mi madre quedó embarazada de nuevo… entonces desapareció. Regresó a Inglaterra sin mirar atrás, temiendo que la cosa se supiera, el consiguiente escándalo y la desaprobación de su familia.

—Y ella tuvo que criar a Hassan y a usted sola.

—Así es —afirmó Amina, con un leve encogimiento de hombros—. Nunca se lamentó de ello, al menos no en voz alta. Nos educó con amor y nos enseñó a leer y a escribir en árabe e inglés. Pero aunque mi madre lo adoraba, Hassan siempre sintió un vacío. Sabía que su padre había elegido no quedarse con él. De hecho, el hecho de que su padre hubiese abandonado Egipto justo cuando supo que él iba a nacer le pesó como una losa. Se sentía culpable.

Bebí un poco de té, reflexionando.

—Hassan tiene ojos verdes… y su piel es más clara que la de la mayoría de los hombres de por aquí. No parece egipcio ni europeo. Pero usted podría pasar por una de mis vecinas de Torquay o del barrio de Chelsea.

—Un regalo de nuestro padre —dijo Amina con amargura—. Un regalo que, en lugar de abrirle puertas, lo convirtió en alguien que no encajaba. No era lo suficientemente británico para los ingleses, ni lo suficientemente egipcio para sus compatriotas.

Hubo un breve silencio.

—Debe de haber sido duro.

—Lo fue. Aunque para mí fue más fácil. Encontré a un hombre al que mi físico, poco habitual por aquí, le resultó fascinante. Me casé joven, tuve suerte… fue un matrimonio feliz.

—Y Hassan, ¿cómo encontró su camino?

—Siempre fue un niño curioso. Mi madre solía llevarlo al bazar, donde se contaban historias sobre faraones y sus dinastías. Desde pequeño, quedó fascinado por el pasado.

Amina tomó otro sorbo de té antes de continuar:

—A los veinte años, encontró trabajo como ayudante en una excavación. Su excelente dominio del árabe y el inglés lo hizo valioso para los europeos que llegaban a excavar nuestras tierras.

—Y así fue como entró en el mundo de la arqueología.

—Sí. Un académico británico vio su potencial y lo recomendó a otras expediciones. Poco a poco, Hassan fue construyendo su propio camino.

—¿Eso lo llevó a Mesopotamia?

Amina asintió.

—Sí, finalmente terminó en Ur. Allí trabajó en una excavación importante y aprendió aún más. Pero…

—¿Pero?

Amina dejó la taza sobre la mesa. Su rostro parecía preocupado… no, aún más, aterrado.

—Pero no sé si encontró lo que buscaba.

—¿Y qué buscaba?

—Un lugar al que pertenecer.

Sus palabras resonaron en mi mente mientras el té se enfriaba en mi taza.

—En Ur encontró su lugar —dije, observando su rostro atentamente—. Allí no solo trabajó, sino que encontró un propósito, una vocación.

Pero Amina hizo una mueca, como si no estuviera convencida. Proseguí:

—Su hermano trabajaba como ayudante bajo la dirección de Leonard Woolley, el famoso arqueólogo —continué—. A pesar de no ser originario de la región, Hassan encajó fácilmente debido a su experiencia en excavaciones y su facilidad para adaptarse. Su origen mestizo lo convertía en un puente entre mundos; entendía las

costumbres del Medio Oriente, pero también podía interactuar con los europeos.

—Así que allí se sintió a gusto.

—Sí —afirmé—. Pero usted no me cree, ¿verdad?

Ella no respondió enseguida. En su lugar, se levantó y sirvió más té.

—¿Han venido en barco? —preguntó de pronto.

—Sí, hemos estado recorriendo el Nilo en un crucero.

Amina dejó la tetera sobre la mesa.

—Ah, por eso ha venido hoy Hassan a verme. Y por eso está usted aquí.

Hablamos durante media hora más, sobre el tiempo, sobre política… Amina, con habilidad, esquivó volver a hablar de Hassan. Al final, decidí que era el momento de despedirme:

—He abusado ya mucho de su tiempo. Debo irme.

Nos pusimos de pie, y justo entonces, algo me hizo detenerme. Me giré hacia Amina.

—Hace un momento, cuando me dijo que no sabía si Hassan había encontrado su lugar, vi algo en sus ojos.

Amina parpadeó.

—¿La preocupación de una hermana?

Negué con la cabeza.

—No. No era solo preocupación. Vi inquietud en su expresión, incluso pánico…

Amina apretó los labios.

—Siempre temí que no encajase en ningún lugar, que la mala suerte lo persiguiera. Eso es todo.

Su respuesta no me convenció.

—¿De qué mala suerte habla?

—Nada, solo… cosas del pasado.

—Amina —insistí—, ¿qué me oculta?

Ella vaciló, miró hacia la ventana, como si buscara una salida. Luego suspiró.

—Bueno… Hassan era diferente. Siempre lo fue. No se trataba solo de sus ojos verdes o su tono de piel. Había algo en él que no le gustaba a la gente. Siempre que pasaba algo malo, lo culpaban.

—¿Cómo por ejemplo?

Amina se volvió. Lo que estaba a punto de decir no debía contarlo. Todo lo contrario, debía callarlo. Pero creo que albergaba en su interior el germen de la duda. Quería estar segura de que su hermano era una buena persona. Y por eso me dijo:

—Hubo una chica… cayó al Nilo, se ahogó, no muy lejos de aquí. Era una muchacha muy limitada intelectualmente. La gente decía que era la tonta del pueblo… Yo nunca diría eso, pero era… bueno… como una niña de ocho años, aunque por entonces tendría unos veinte.

Sentí un nudo en el estómago.

—¿Se cayó sola?

—Seguramente. Pero todos lo acusaron a él, sin pruebas, claro. Les vieron hablando juntos poco antes del accidente. Pero eso… solo fue una casualidad.

Amina se frotó las manos, como si aquel recuerdo la incomodara.

—Esa fue una de las razones por las que se fue de aquí, rumbo a su primera excavación. La familia de la chica lo atacó en la calle en varias ocasiones, echándole la culpa de su muerte.

Me sentí mareada y tuve que sentarme en un taburete.

—¿Hubo más casos? —pregunté con voz tensa.

—¿Qué quiere decir?

—Lo sabe perfectamente. ¿Hubo más chicas muertas? ¿Accidentes? ¿Casualidades? ¿Asesinatos?

Amina se mordió el labio y asintió lentamente. Otra vez vi la duda en sus ojos: su hermano era un buen hombre, lo sabía… y necesitaba creerlo. Pero una parte de ella desconfiaba. Por eso siguió hablando:

—En su primera excavación, cerca de El Cairo, una muchacha fue atacada. Alguien le aplastó el cráneo… Fue un asunto terrible. Ella trabajaba con Hassan, y todos sospecharon de él una vez más.

Nos quedamos en silencio. Ella vio la desolación en mi rostro y comprendió. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Ha pasado algo similar en Inglaterra, ¿verdad? —susurró, con la voz temblorosa.

—Dos mujeres. También fueron asesinadas. Hassan ha pasado tres años en la cárcel. ¿No se lo dijo?

Amina negó con la cabeza. Las lágrimas comenzaron a resbalar por sus mejillas.

—¿Y en el crucero?

Bajé la mirada.

—Hace solo unos días, mataron a una camarera. Aún estamos investigando el caso.

Amina sollozó y se cubrió el rostro con las manos. Yo la miré, paralizada, sintiendo el peso de aquella infamia caer sobre mis hombros. Nos observamos en silencio, dos mujeres que compartían la misma angustia.

Estuve a punto de abrazarla. Pero en lugar de eso, me giré y salí corriendo de la casa.

El aire caliente de Shellal me abrasaba la piel mientras corría. El sudor se me pegaba a la ropa, pero ni siquiera lo sentía. Solo una idea martilleaba mi mente, una certeza aterradora que me dejaba sin aliento: ¡Hassan Bennet era un asesino!

No un asesino cualquiera, sino un asesino múltiple. Un hombre que había matado antes, que había sido acusado en distintos lugares y que, sin embargo, siempre había escapado, siempre había encontrado una nueva ciudad, un nuevo trabajo, una nueva oportunidad para empezar de cero. Pero la muerte lo seguía como una sombra.

Y yo lo había defendido. Yo había creído en su inocencia, había luchado por él. Había financiado su defensa y organizado un crucero por el Nilo con la esperanza de limpiar su nombre. Y ahora…

Ahora, una joven había sido asesinada en el barco que yo había pagado.

El horror me oprimía el pecho. Me detuve un instante, jadeando.

Las miradas, claro. Las había sentido taladrándome la nuca cuando hablé con los vecinos de Amina Bennet, pero ahora todo cobraba sentido. Nadie había querido decirme al principio dónde vivía la familia de Hassan porque sabían quién era. Sabían qué había hecho. Todos conocían los rumores.

Mientras corría por las calles polvorientas de Shellal, me golpeó con toda su fuerza el peor de los pensamientos. ¡Mi reputación!

—¡Dios mío, la prensa!

Si lo que había descubierto salía a la luz, si se hacía público que yo había defendido y protegido a un asesino múltiple, si alguien vinculaba mi nombre con ese horror, mi carrera sufriría un golpe terrible. La noticia recorrería los periódicos británicos como un reguero de pólvora.

«Agatha Christie, la novelista que financió a un asesino».

«Irónicamente, la gran dama del crimen fue engañada por un criminal».

Y Max. Al pensar en mi esposo, el miedo me atravesó como un puñal. Max también quedaría salpicado. Su trabajo, sus excavaciones, su reputación… todo se vendría abajo. Hassan, después de todo, era su amigo. Por esa razón lo habíamos ayudado. Todo lo que habíamos construido como pareja, todo por lo que habíamos trabajado, podía quedar destrozado por nuestra ceguera, por nuestra insensata necesidad de buscar justicia para alguien que nos había engañado y manipulado como a títeres.

La angustia me ahogó. Di un grito desgarrador. Un grito de rabia, de miedo, de desesperación. Pero no podía permitirme el lujo de detenerme. No. Tenía que volver al barco. Tenía que encontrarte, mi querido Héracles. Sabía que tú podías salvarme… salvarnos… Tu genialidad encontraría una salida, un truco que permitiera que el asesino pagase y que nuestro nombre no quedase manchado para siempre.

¿Pero cómo lo harías? ¿Cómo? Poco podía imaginar que ya lo habías hecho, que ya nos habías salvado. Y que yo te pagaría con una mentira que perduraría cincuenta años.

El tacón de mi zapato se hundió en la arena. No vi el hoyo, no tuve tiempo de reaccionar. Caí al suelo. La arena me raspó las palmas de las manos y las rodillas, pero no me importó. Me quité los zapatos de un tirón y los arrojé a un lado. No tenía tiempo para ellos.

Me incorporé y seguí corriendo, descalza, la arena quemándome la planta de los pies.

A lo lejos, vi la silueta del *Horus Victorioso*, majestuoso sobre el Nilo.

Tenía que llegar cuanto antes.

Tenía que hablar contigo antes de que fuera demasiado tarde.

CAPÍTULO 19:

TE EQUIVOCASTE DE CULPABLE

(Noviembre de 1933)



Llegué al barco sin respiración, con la garganta seca y el corazón martilleando en mi pecho. Apenas fui consciente del momento en que crucé la pasarela y me adentré en la cubierta. Mi única certeza era que tenía que encontrarte.

El capitán me interceptó antes de que pudiera avanzar más. Era un hombre de mediana edad con un bigote grueso y bien recortado, lo que le daba un aire de autoridad.

—Señora Christie, ¿qué le sucede?

Debía tener un aspecto terrible: agotada, despeinada y sucia de arena.

—¿Sabe dónde está el señor Polrot?

—Su amigo ha reunido a todos los pasajeros en el salón.

—¿Por qué? —pregunté, intentando recuperar el aliento.

—No lo sé, pero parecía que era importante. Insistió mucho en ello. Tan pronto como el señor Bennet regresó de Shellal, se encerró en el salón con todos los pasajeros. De eso hará una hora u hora y media.

No esperé más explicaciones. Me giré y corrí por el pasillo, con la certeza de que algo importante, decisivo, estaba sucediendo… y, por alguna razón, yo no estaba presente.

Y entonces, oí los gritos. Dos aullidos desgarradores, seguidos de un estruendo que heló mi sangre.

¡Disparos! Corrí más rápido. Los corredores del Horus Victorioso se alargaban ante mí, las luces parpadeaban con el vaivén del barco, y el eco de los gritos se multiplicaba en el interior de mi cabeza. Pasé junto a la escalera que bajaba a la cubierta inferior, giré bruscamente y empujé la puerta del salón con todas mis fuerzas.

La escena que encontré me dejó sin palabras. Hassan y Thornfield estaban muertos. El aire olía a pólvora.

—*C'est fini* —anunciaste—. Por fin ha acabado todo.

Tú estabas de pie en el centro de la estancia, con una pistola humeante en la mano. Mis ojos recorrieron el salón en cuestión de segundos, intentando darle sentido a lo que estaba viendo. Hassan yacía a dos metros del expolicía, su cuerpo inerte sobre la alfombra,

la sangre extendiéndose bajo él en un charco oscuro. Tenía los ojos abiertos, la expresión congelada en una mezcla de incredulidad y terror.

—¡Oh, Dios, Héracles! ¿Qué ha sucedido?

Thornfield estaba desplomado en una silla, con el cuerpo ladeado y una mano colgando sobre el reposabrazos. Tenía un agujero de bala en el pecho, justo donde latía su corazón.

Me sentí mareada. Te miré, me acerqué hasta ti, te sacudí. Pero no despertaste de tu trance, inmóvil, sosteniendo la pistola.

—¿Qué ha pasado? —insistí.

Inspiraste hondo, regresaste desde donde tu mente se hallaba y, con calma, respondiste:

—Forcejeé con Thornfield y el arma se disparó. Fue un accidente.

Entonces te volviste y entregaste tu pistola al capitán, que había entrado en el salón detrás de mí. Él la tomó con una expresión severa.

—Voy a llamar a las autoridades —dijo.

—Hágalo, por favor, *capitaine.* Ha llegado el momento de que se hagan cargo de esta situación.

Diez minutos después, estaba sentada en la cubierta, en una hamaca, con una taza de té entre las manos. A pesar del calor asfixiante, temblaba.

Desde donde estaba, te vi hablar con cada pasajero superviviente, uno por uno. William Rowley estaba pálido y asentía a las palabras que le estabas diciendo al oído. Margaret se hallaba junto a Gregory Hammond, al otro lado de la cubierta, y ambos parecieron también de acuerdo con lo que les explicabas. Edith Whitmore parecía en otro mundo, ensimismada, como si no diera crédito a lo que acababa de vivir. Pero cuando hablaste con ella, pareció calmarse.

Finalmente, viniste a mí. No dijiste nada al principio. Solo te sentaste en la hamaca contigua y suspiraste, como si el peso de los acontecimientos, de las muertes, de la investigación… te hubiera agotado.

Me miraste. Yo estaba temblando, sacudida por la impresión.

—Thornfield ha confesado los crímenes, pero luego ha disparado a Hassan —me explicaste—. Le odiaba. Vete a saber la razón… por ser egipcio, o extranjero, o tal vez era una obsesión. El caso es que luché con él para evitar más víctimas y la pistola se disparó tal y como te he explicado antes. Un accidente… en el peor de los casos, legítima defensa.

Tu voz era extrañamente neutra, sin la solemnidad con la que siempre anunciabas el desenlace de un caso. Yo parpadeé, intentando procesar lo que decías.

—¿Pero por qué lo hizo? —pregunté.

En el fondo, estaba aliviada. Thornfield era un hombre cruel, corrupto y odioso. Si alguien debía ser el asesino, era él. Todo encajaba… o al menos así quería creerlo. ¡Pero no!, el asesino era Hassan, ¿verdad? Todas esas muertes de las que me había hablado su hermana, sumadas a las de Torquay… no, era una casualidad demasiado grande.

—Es lo que sospechábamos, *mon amie* —dijiste entonces—. Creo que Thornfield tuvo un *affaire* con Eleanor y la mató en un ataque de celos, arrojándola al agua en la playa de Torre Abbey Sands. Clara lo descubrió y lo chantajeó, así que tuvo que aplastar su cráneo para acallarla. Y luego inculpó a Hassan para conseguir un ascenso gracias a un caso tan mediático y, de paso, alejar las sospechas sobre sí mismo. Actuó solo, no tuvo ayuda de terceras personas.

Hablabas despacio, como si estuvieras improvisando.

—¿Y Layla?

Te encogiste de hombros.

—Tal vez discutieron, o él intentó propasarse con ella. Layla iba a gritar y… no sé, Thornfield no nos dijo la causa, pero confesó también ese crimen. No dio muchos detalles, como en los otros. Pero fue él, no cabe duda.

Te observé fijamente. Algo no encajaba. Tú, Héracles Polrot, el maestro del razonamiento, el genio que desmenuzaba cada crimen con la precisión de un relojero, estabas resolviendo este caso con

suposiciones vagas, sin pruebas, sin la gran revelación que siempre acompañaba a tu discurso final.

Pero me sentí tan aliviada de que todo hubiese terminado que decidí creerte. O fingir que te creía. No te conté lo que había descubierto en Shellal. No mencioné los otros crímenes en los que Hassan había sido sospechoso, la similitud con lo sucedido en Inglaterra, las acusaciones nunca probadas. No te dije que, por simple estadística, no podía ser casualidad. En lugar de eso, te abracé, te di las gracias y lloré de felicidad.

Las autoridades egipcias llegaron poco después. Nos interrogaron a todos, hicieron preguntas precisas, revisaron las pruebas, examinaron los cadáveres y, finalmente, dieron por cerrada la investigación. El caso estaba resuelto. Thornfield, el expolicía caído en desgracia, había sido el asesino. Un hombre marcado por un odio sin sentido, que al final había encontrado el final que merecía. Hassan, la víctima injustamente acusada, había muerto sin ver su nombre completamente limpio.

El Horus Victorioso quedó en libertad para seguir su camino. Se nos permitió desembarcar o continuar con nuestro viaje. En la cubierta, los pasajeros, exhaustos tras días de tensión y sospechas, hablaban en murmullos. Las luces del barco parpadeaban en el agua tranquila del Nilo.

Y entonces, al caer la noche, justo antes de levar el ancla, llegó Max. Lo vi desde la cubierta, su silueta destacándose contra la luz mortecina del puerto. Se detuvo al pie de la pasarela y alzó la vista hacia nuestra embarcación. Lo llamé por su nombre y, al verme, sonrió con afecto.

—Agatha —dijo, con ese tono cálido y firme que tanto me reconfortaba.

Bajé a su encuentro. Nos abrazamos. Cuando me aparté, tomó mi rostro entre sus manos.

—¿Qué ha pasado? ¿Cómo ha ido la investigación? —preguntó en voz baja.

Lo llevé a mi camarote. Cerré la puerta y tomé aire. No iba a endulzar la verdad. No podía. Se lo conté todo. Sin reservas.

Max escuchó sin interrumpirme. Caminaba lentamente por la estancia mientras yo hablaba, con las manos en los bolsillos y la cabeza inclinada. Cuando terminé, se detuvo junto a la ventana, observando el río en la oscuridad.

—Hay algo más, cariño —murmuré entonces, con la voz tensa. Me humedecí los labios, nerviosa—. Cuando Héracles me ha contado que Thornfield era el culpable, lo acepté aliviada. Pero… en fin… he estado pensando en Hassan como posible culpable por primera vez y he recordado dos pistas, dos sucesos que me hacen sospechar que se ha equivocado.

Max frunció el ceño. Esperó.

—La primera pista es el dinero. Cuando estuvimos en Atenas, le ofrecí ayuda económica para montar su negocio, ¿recuerdas? Y Hassan la rechazó. Me dijo: «Le agradezco mucho la oferta, pero llevo tiempo ahorrando» —repetí en un murmullo, como si al decirlo en voz alta las piezas comenzaran a encajar por sí solas.

Max parpadeó.

—¿Y qué hay con eso?

—El dinero encontrado en manos de Clara —susurré—. No sabemos de dónde lo sacó ella, pero era una suma importante. Demasiado. Hasta ahora habíamos dado por hecho que Hassan no podía tener tanto dinero. Pero, ¿y si realmente lo tenía? ¿Y si había ahorrado durante años para cumplir su sueño en Inglaterra? Descartamos demasiado rápido que el dinero fuera suyo.

El ceño de Max se frunció aún más.

—¿Y la otra pista?

Inspiré hondo.

—Su reacción ante la desaparición de Eleanor.

Max alzó la vista, expectante.

—La misma mañana de su desaparición, Hassan llevó un ramo de rosas a la playa —proseguí—. Se lo entregó a Edith y a Clara, y les pidió que rezaran por Eleanor. Pero, ¿rezar por qué? Cuando, horas después, ese mismo día, hablé con él en la playa, solo estaba preocupado por su desaparición. Eso me dijo. Y cuando Héracles y

yo lo interrogamos, dijo que tardó un par de días en comprender que la mujer se había suicidado.

Max se cruzó de brazos y miró al suelo, procesando mis palabras.

—Eso significa que mintió deliberadamente, que siempre supo que Eleanor estaba bajo las aguas.

—Exacto.

—Dios… —murmuró, pasándose una mano por la cara—. ¿Cómo no lo vimos antes?

—Porque no queríamos verlo. Porque quisimos creer en él. Porque era nuestro amigo y lo creíamos inocente, una pobre alma víctima de una conspiración.

—Tienes que contarle la verdad a Polrot —dijo, sin volverse.

—No —repliqué de inmediato. Sentí mi corazón acelerarse—. Debemos callarnos, por el bien de nuestros trabajos y nuestra familia. Héracles ama por encima de todo la verdad y la justicia. No permitirá que Thornfield cargue con el crimen de otra persona, aunque esté muerto. Y todo este lío nos salpicará.

—Pero…

—Max, hablamos de dos mujeres muertas y una desaparecida. Y nosotros dimos la cara por el responsable. Los periodistas no dejarán piedra sobre piedra si esto sale a la luz. Descubrirán que Hassan era sospechoso de más muertes. Estoy segura. Ha pasado años en excavaciones por todo Egipto y Mesopotamia. ¿Cuántos otros casos aparecerán? Seremos noticia de primera página durante meses.

Me miró con aprensión, con miedo…

—¿Eres capaz de vivir con esto, Agatha?

Aparté la vista. No podía responderle. Porque no lo sabía. Además, Thornfield había confesado, así que tal vez yo estaba en un error y no había que volver a pensar en aquel asunto. Nunca más. Porque aquel hombre era un ladrón, había falsificado pruebas y pagado a testigos para que cometiesen perjurio. ¿A quién podía sorprender que también fuese un asesino?

Max suspiró y apretó mis manos con firmeza antes de soltarme. Me dedicó una última mirada, no de reproche, sino de aceptación. No iba a insistir. No ahora.

Sin decir más, salimos juntos a la cubierta. Tú estabas allí, con las manos en los bolsillos de tu chaqueta, observando el río en la penumbra. La brisa nocturna revolvía suavemente tu cabello, y el reflejo de las farolas del barco destellaba en tus ojos oscuros.

—Hace una noche preciosa, *parfaite, n'est-ce pas?*

—Sí, Héracles —te respondí, con una sonrisa cansada—. Gracias de corazón por hallar al culpable.

Te volviste hacia mí.

—Es mi trabajo.

—Una pena que Hassan muriese —murmuró Max. Sus palabras eran sinceras, al igual que su tristeza. Realmente lo apreciaba, a pesar de lo que ahora sabíamos de él. Hubiese preferido que pagase por sus crímenes en prisión.

Tú guardaste silencio unos segundos, con la mirada fija en la luna reflejada en el agua. Luego, muy despacio, entrecerraste los ojos y chasqueaste la lengua.

—*Oui*, una pena —dijiste.

Y justo en ese momento, otro vapor pasó frente al *Horus Victorioso*, su silueta cubriendo la luna por un instante.

Te vi tensar la mandíbula; algo pasaba por tu cabeza, una duda, algo indefinible que no supe desentrañar. Finalmente, murmuraste:

—Una pérdida irreparable.

LIBRO TERCERO

INTUICIÓN Y VERDAD



CAPÍTULO 0:

A HÉRACLES LE GUSTA EL TEATRO

(Enero de 1976)



El Yacht Bar estaba envuelto en una luz tenue, con su ambiente cálido y su aroma a madera vieja y tabaco impregnando cada rincón. La humedad se filtraba por las rendijas de las ventanas, empañando los cristales. En la barra, un par de hombres bebían en silencio, con los ojos fijos en sus vasos, mientras un grupo de marineros jubilados murmuraba junto a la chimenea.

Nadie reparaba en los dos ancianos que ocupaban la mesa más apartada del salón.

Polrot giró su vaso entre los dedos, dejando que el líquido ámbar resbalara por el cristal. Al otro lado de la mesa, Agatha tenía las manos entrelazadas sobre su regazo. Se la veía frágil, agotada. Pero su voz aún tenía firmeza.

—Esa es la verdad de lo que pasó, tal como la recuerdo —dijo la escritora finalmente.

Polrot asintió, tomó un sorbo de su bebida y, tras saborearla unos instantes, murmuró:

—Es una buena historia, *mon amie*. Se me habían olvidado los detalles.

Agatha arqueó una ceja con incredulidad.

—¿De verdad?

—Soy un anciano.

—Yo también, y no se me han olvidado.

—Tú tenías una razón para recordarla.

—La mentira —dijo Agatha con voz queda.

—No me mentiste.

—Las mentiras por omisión también son mentiras.

—Si tú lo dices.

Agatha tosió y cubrió su boca con un pañuelo. Cuando volvió a hablar, su tono era más suave, pero no menos incisivo.

—Siempre he dudado de que realmente no supieras que Hassan era el verdadero asesino.

—Eso es lo que me ha parecido entender por la forma en que has narrado la última escena, *chère amie*. De lo que también infiero que

has venido a pedirme perdón por mentirme, pero, a la vez, quieres saber si realmente debes pedir perdón. No se puede mentir por omisión a alguien que ya tiene todas las respuestas y no necesita explicaciones.

Polrot giró su vaso entre los dedos, con expresión indescifrable. Agatha alzó la voz:

—¿Y bien, Héracles?

—¿Y bien, *quoi*?

—Por favor, llevamos mucho tiempo en este bar y quiero regresar a casa. No te pierdas en rodeos.

—Yo pensaba que Thornfield era el asesino. Todavía lo pienso.

—Las pruebas señalaban a Hassan.

—Rumores, sospechas de la hermana de Hassan sobre lo que pasó en lugares donde ella no estuvo, excavaciones lejanas, más cotilleos y más habladurías… Eso no son pruebas.

—Pero la muerte de la muchacha en Shellal, la que era un poco "diferente" como Eleanor, ¿no te parece demasiado similar a lo que sucedió en Torquay?

—La casualidad no es una prueba.

—¿De verdad sigues pensando que fue Thornfield?

—Eso he dicho.

El detective adoptó una expresión neutra. Agatha lo observó con atención. No vio en su gesto ninguna señal de mentira, pero no estaba segura de que no estuviera fingiendo

—Quiero saber si realmente te mentí —insistió ella.

—No me contaste lo que sabías —replicó Polrot—. Dejémoslo ahí.

Agatha se sumió en sus pensamientos. Al recordar la historia, al verbalizarla y narrarla en voz alta, había descubierto que algo no encajaba, y le daba vueltas en la cabeza. Se inclinó ligeramente hacia adelante.

—Eres demasiado listo para cometer un error semejante.

Polrot esbozó una leve sonrisa, pero no respondió de inmediato. Tomó su vaso y dio un último sorbo.

—Tal vez no hubo error y…

—Ya sé, ya sé, fue Thornfield.

Se frotó la sien, como si el mero esfuerzo de seguir la conversación la agotara.

—Héracles, estoy muy vieja y muy cansada. Puede que esta sea la última vez que nos veamos. ¿Eso es todo lo que me tienes que decir?

Polrot la observó detenidamente. Los ojos de la escritora reflejaban un cansancio profundo y una resignación completa. Pensaba que el final de su vida estaba muy cerca. Y lo había aceptado.

—Eso es todo, *mon amie*.

Agatha inspiró hondo. Sus manos se aferraron al borde de la mesa.

—Así pues, te pido perdón de nuevo por haberte mentido.

Polrot alargó la mano y acarició la de ella con suavidad.

—No hay nada que perdonar. Tuviste tus razones para callar y no hiciste daño a la investigación. Al final, el culpable pagó. Tus actos no tuvieron consecuencias.

Agatha soltó un suspiro y retiró la mano con suavidad.

—Tengo que marcharme, Héracles. Hace tiempo que no me encuentro bien y hablar tanto rato me ha agotado. No te he dicho nada antes porque no quería preocuparte.

El detective se levantó con ella. Su viejo cuerpo crujió levemente, pero él se obligó a alzarse del todo y dar el primer paso.

—Te acompaño.

—No hace falta. Mi chófer me espera al otro lado de la calle.

Aun así, Polrot la cogió del brazo con delicadeza y la acompañó hasta la entrada del bar. Afuera, la noche era fresca, con la brisa marina arrastrando el olor a sal y algas. Los faroles de la calle parpadeaban débilmente.

Antes de que Agatha cruzara la puerta, Polrot murmuró:

—Lucha, Agatha. Aún puedes aguantar mucho y…

Ella le sonrió con ternura.

—No, Héracles. La enfermedad ya me venció. Solo estoy discutiendo con ella los términos de la rendición.

Su sonrisa se ensanchó, pero sus ojos estaban húmedos. Se inclinó un poco hacia él y, en un susurro casi infantil, añadió:

—Te quiero, amigo mío, tanto o más que a mi Hércules Poirot… pero no se lo digas, por favor, se pondría celoso.

El detective dejó escapar una risa breve y triste. Se inclinó levemente en un gesto de respeto, como si estuviera despidiéndose de una reina. La escritora le dedicó una última sonrisa antes de girarse y atravesar la puerta del Yacht Bar.

El sonido de la puerta al cerrarse resonó en el local. Polrot permaneció en la entrada, observándola alejarse hasta que su silueta desapareció en la penumbra de la noche. Luego, suspiró profundamente y volvió al interior. Aquella mujer extraordinaria iba a irse para siempre y el mundo sufriría una pérdida irreparable. Por suerte, sus libros serían eternos y nunca sería olvidada. Ojalá él pudiese poner su granito de arena para hacer su figura aún más grande e imperecedera.

Se sentó. Pidió otra copa. Pero esta vez, bebió en silencio. Pensó otra vez en los crímenes del pasado, en aquel extraño caso del que Agatha había querido hablar tras cincuenta años de espera.

—Ah, la verdad… Agatha… La verdad no siempre es verdad… *n'est pas toujours la vérité*. Una paradoja, un engaño de los sentidos — murmuró un hombre viejo y cansado, dejando unas monedas sobre la barra del Yacht Bar antes de salir.

El aire de Torquay estaba impregnado de salitre, y las luces de las farolas titilaban en la distancia. Polrot caminó despacio, con las manos en los bolsillos del abrigo. Al doblar una esquina, vio a su hijo Lucien frente a la casa familiar, terminando de lavar el coche. A pesar de que ya no era joven, su hijo seguía siendo un hombre de constitución fuerte. Sus movimientos eran rápidos, seguros. Pasaba un trapo con esmero por el capó del vehículo, asegurándose de que no quedara ni una sola mancha.

—¿Ya terminaste tu paseo, papá? —preguntó sin levantar la vista.

—Sí, hijo —respondió Polrot.

—Hoy has tardado más de lo habitual.

—Me entretuve hablando con una amiga.

—¿La señora McAllister, como siempre?

—Exacto —mintió Polrot.

—Es muy pesada. Desde que se quedó viuda, detiene a cualquiera que conozca y le habla de sus gatos.

—Cierto, pero es una buena mujer.

Lucien esbozó una media sonrisa mientras abría la puerta del acompañante. Cuando los médicos desahuciaron a su padre y le dieron apenas dos meses de vida, se trasladó a vivir a Torquay. Quería pasar todo el tiempo que pudiera con su progenitor antes de la hora final.

—¿Vamos?

—Claro, hijo.

El coche arrancó con suavidad, y pronto dejaron atrás las calles de Torquay. El viaje hacia Birmingham no era demasiado largo, así que fueron charlando sin prisas.

—Sigues insistiendo en ver la misma obra de teatro una y otra vez —comentó Lucien sin apartar la vista de la carretera.

—Me gusta mucho —respondió Polrot.

—Pero hay otra razón, papá, ¿verdad?

—Siempre hay otra razón.

Lucien no insistió. Condujo con la misma paciencia con la que su padre analizaba los crímenes hasta llegar al Birmingham Repertory Theatre. El viejo teatro se alzaba imponente bajo la luz mortecina de las farolas. La fachada, de una elegancia sobria, mostraba carteles anunciando la función de la noche: *Sherlock Holmes*. El nombre destacaba en letras doradas sobre un fondo oscuro, acompañado de los nombres de los actores principales.

Entraron en el teatro, donde el murmullo de los asistentes avanzaba como un eco en el vestíbulo. Polrot avanzó con lentitud,

observando los detalles con una mirada crítica. Tomaron asiento en la platea, donde las luces ya comenzaban a atenuarse. El telón se alzó con la solemnidad habitual de las representaciones inglesas.

—Ese Alan Rickman llegará lejos —susurró Lucien avanzada la función—. Es un actor extraordinario. Es un Holmes brillante.

—Sí, no lo hace mal —respondió Polrot, distraído.

Porque no miraba a Rickman. No. Sus ojos estaban fijos en otro actor, en la figura pequeña, pero poderosa, que encarnaba a Moriarty. Observaba cada movimiento, cada inflexión de su voz, cada gesto de su rostro bajo las luces del escenario.

Cuando la función llegó a su clímax, con Holmes y Moriarty enfrentándose en su duelo de ingenios, Polrot entrecerró los ojos. Algo en su interior se removió, una chispa de reconocimiento que lo llevó de regreso a otro tiempo, a otro lugar. Luego, el telón cayó, y el teatro estalló en aplausos.

Se puso de pie, despacio, aún inmerso en sus pensamientos.

—Sígueme, Lucien —ordenó.

—¿A dónde vamos?

—A los camerinos.

Los pasillos tras el escenario eran estrechos, iluminados por una luz tenue que contrastaba con el esplendor del teatro. Un asistente de producción les cortó el paso antes de que pudieran avanzar más.

—No se puede pasar —dijo el joven, con tono firme.

—Nos esperan —respondió Polrot con calma—. Llamé antes y concerté una cita.

El asistente los miró con escepticismo, pero sacó una libreta y la ojeó:

—Usted debe ser Héracles Ama…

—Héracles Amadeus Polrot. En efecto.

El joven asintió.

—Bien, pasen, pero no estén demasiado rato. Los actores necesitan un descanso.

Avanzaron por el pasillo, pasando por las puertas entreabiertas de varios camerinos. Lucien se detuvo junto a una, donde un hombre alto acababa de quitarse una chaqueta de corte entallado.

—Quería decirle que me ha impresionado mucho su actuación, señor Rickman —dijo Lucien con admiración genuina.

El actor sonrió con modestia.

—Gracias, me alegra saberlo.

Polrot, sin embargo, continuó su camino, ignorando la conversación de su hijo y dejándolo atrás. Se detuvo ante otra puerta, llamó con los nudillos y esperó. Unos segundos después, la puerta se abrió y un hombre apareció al otro lado, secándose el rostro con una toalla, retirando los últimos restos de maquillaje. Tendría unos treinta años, algo más joven de lo que le había parecido desde su butaca.

—Yo soy Héracles —dijo Polrot, alargando la mano.

—David… David Suchet —respondió el actor, estrechándosela con firmeza.

El rostro del actor era redondo, con una piel tersa que reflejaba la luz del camerino de forma peculiar, destacando su calvicie brillante. Sus ojos, pequeños y penetrantes, parecían analizar cada detalle con precisión, una mirada calculadora que no había abandonado del todo al personaje que acababa de interpretar. Su traje de tres piezas, aún sin desabrochar del todo, conservaba la solemnidad y el aire aristocrático del hombre al que había dado vida en el escenario. Un chaleco oscuro, cruzado por la cadena de un reloj de bolsillo, seguía ajustado a su torso. A pesar del cansancio, aún mantenía una postura erguida y dominante, como si su personaje (Moriarty) no quisiera abandonarle del todo.

—Tome asiento —invitó David al detective, señalando un taburete junto al tocador.

El camerino era pequeño pero acogedor. Una mesa con espejos rodeados de bombillas ocupaba la mayor parte del espacio, con pequeños frascos de maquillaje, brochas y una taza de té a medio

terminar desperdigados sobre la superficie. Un perchero en la esquina sostenía un abrigo oscuro y un sombrero de ala corta.

—Me avisaron de que un anciano caballero deseaba hablar conmigo de algo de gran importancia —dijo David con una sonrisa cortés—. Y, bueno, dije que no tenía inconveniente en hablar con él.

—Tal vez exageré al decir que era algo tan importante —admitió Polrot, acomodándose en el taburete—, pero pensé que así me harían caso.

David alzó una ceja con curiosidad.

—Diga lo que sea, en cualquier caso.

—Tal vez le parezca una tontería.

El actor sonrió.

—Le escucho, déjeme que sea yo quien lo juzgue.

Polrot juntó los dedos de las manos y los colocó bajo el mentón. ¿Cómo explicarse sin parecer un viejo senil? Bueno, ya que había venido, tendría que intentarlo. Hizo acopio de fuerzas y dijo:

—La literatura es inmortal, *monsieur* Suchet, pero el mundo cambia. La forma en que las historias llegan a la gente también cambia. En el futuro, los libros seguirán vivos, pero estarán inseparablemente ligados al cine y la televisión. La posteridad ya no puede construirse solo con palabras impresas; necesita imágenes, necesita voces, necesita que el personaje cobre vida más allá del papel.

David se mesó la barbilla.

—Digamos que estoy de acuerdo con usted en términos generales —respondió, con un leve gesto de sorpresa por el rumbo de aquella conversación—. Soy actor y sé del valor de lo visual. Pero no tengo claro a dónde quiere llegar con esto.

—Iré al grano.

—Por favor.

—Usted debe interpretar a Hércules Poirot.

David abrió la boca, sorprendido, pero el detective alzó una mano para detener cualquier objeción.

—Créame, sé de lo que hablo.

Aún faltaban dos años para que Peter Ustinov comenzara su pentalogía de películas protagonizando a Poirot (precisamente con *Muerte en el Nilo*). En una de esas películas, un joven David Suchet encarnaría al inspector Japp. Ustinov, con su ojo experimentado, no tardaría en señalar lo evidente: Suchet era el Poirot ideal por la estatura, la complexión, la manera de moverse y la sutileza en la actuación. Cuatro años después, el guionista de la serie de televisión Poirot (Clive Exton) recomendó a Suchet a la ITV, cadena de televisión que acabaría realizando la serie. Finalmente, conseguiría el papel que definiría su carrera y al que se entregaría durante décadas.

Pero en aquel camerino, en 1976, solo había un anciano que buscaba un poco más de inmortalidad para la mujer más increíble que jamás había conocido y un actor en ascenso, mirándose fijamente en la penumbra.

—No entiendo cómo está tan seguro —dijo David, ladeando la cabeza.

Polrot abrió la boca. ¿Cómo explicarlo? Nunca había confiado en los pálpitos. Siempre se había guiado por la lógica, por la razón, por sus células grises. Y, sin embargo, lo sabía.

—Por un lado, conozco bien a la autora y al personaje, y todavía más a la persona en la que se basó Agatha para crear a Hércules Poirot —dijo con una sonrisa—. Pero le mentiría si le dijese que ese conocimiento me ha hecho venir hasta aquí.

—¿Y qué le ha traído hasta la puerta de mi camerino?

—Ni más ni menos que la pura intuición. Lo reconozco. Lo vi actuar como Moriarty y algo dentro de mí vibró como la cuerda de un instrumento y me dijo: "Ahí está el hombre que debe interpretar a ese famoso detective de las novelas de Agatha". Y yo nunca he sido amigo de las intuiciones, *monsieur* Suchet. Pero hay momentos en la vida en los que hay que dar un salto de fe.

Se inclinó un poco más hacia él, mirándole a los ojos.

—Solo le pido que se lo plantee, aunque solo sea por darle la razón a un pobre viejo, que por un momento crea que ese es su futuro, y que, si surge la oportunidad, la coja bien fuerte entre sus

manos. No se arrepentirá. Porque, a veces, la intuición es más verdad que la verdad misma.

Y entonces Héracles recordó una vez, cincuenta años atrás, a bordo de un barco de vapor egipcio llamado Horus Victorioso, cuando comprendió el significado de ambas cosas.

CAPÍTULO 1:

ELIMINANDO SOSPECHOSOS

(Noviembre de 1933)



Media hora después de amanecer, cuando el sol apenas despuntaba sobre el Nilo, un detective cuyo nombre no debe confundirse con Hércules Poirot recorría el Horus Victorioso. Tocó, una por una, las puertas de los camarotes de los pasajeros, despertándolos. Su tono era cortés, pero su autoridad no admitía réplica.

—No salgan esta mañana del barco —anunció con voz serena y tajante—. En un rato los reuniré para dar la resolución del caso.

Las reacciones fueron variadas. Algunos se mostraron perplejos, otros aliviados y no faltaron quienes, aún somnolientos, apenas entendieron lo que se les decía. Gregory Hammond intentó obtener respuestas, pero Polrot hizo caso omiso a sus preguntas y le dio la espalda.

—La señora Christie partió hace un rato hacia Shellal —le dijeron dos camareras (iban siempre en pareja desde la muerte de Layla) cuando llamó a la puerta de la escritora—. Y el señor Bennet salió aún antes, cuando apenas amanecía.

Héracles les dio las gracias. Y esperó. Se acomodó en la cubierta, en una de las sillas de mimbre, dejando que la brisa del Nilo le acariciara el rostro. Sacó un cigarrillo de su pitillera, con la mirada perdida en el horizonte, dejando que sus pensamientos fluyeran y se ordenaran. El telón estaba a punto de caer sobre el último acto de aquel drama.

Cuando Hassan regresó solo, con expresión grave, Polrot se puso en pie.

—Venga conmigo al salón, *monsieur* Bennet.

El detective mandó avisar al resto de sospechosos y se acomodó en el centro de la estancia. Los pasajeros llegaron poco a poco. Gregory Hammond y Margaret Rowley se sentaron juntos. Barnaby Thornfield, y William Rowley se situaron en distintas partes de la sala, a una distancia prudente de los demás. Edith Whitmore fue la última en llegar.

El murmullo de varias voces se extinguió en cuanto Polrot carraspeó y alzó una mano.

—Bien, *mesdames et messieurs* —comenzó con tono pausado—. Hemos llegado al final del camino. Porque ahora, esta mañana, el misterio que nos ha llevado a este crucero llegará a su resolución.

Hubo un silencio cargado de expectación.

—Antes de dar el nombre del culpable, quiero hablar de los sospechosos. Este caso ha sido particularmente difícil porque todos eran posibles culpables… y, a la vez, ninguno lo era.

El detective sonrió antes de volverse hacia Edith.

—*Mademoiselle* Whitmore, usted era una sospechosa muy evidente. La hipótesis más simple: dos hermanas, una pelea, un golpe fatal. Fin de la historia. Demasiado simple, casi insultantemente simple. Usted no es la mejor persona del mundo. Egoísta y capaz de mentir en un juicio para condenar a un hombre inocente, sin duda. Pero no la veo como una asesina.

—Sin embargo, hay un detalle sobre usted que merece ser anotado. El hecho de que reconociera a su hermana muerta aunque su rostro estaba desfigurado, sus ropas sucias, su identidad destruida por la brutalidad del ataque del asesino.

Edith pestañeó, confundida.

—Claro que la reconocí. Era mi hermana.

—¿Pero cómo lo supo? —Polrot entrecerró los ojos—. No había una sola pista visual que confirmase que era Clara Whitmore. Y, sin embargo, usted no dudó ni un segundo. Fue la intuición. Su mente le dijo «es ella», aunque no había razones lógicas para afirmarlo. La intuición…

Se volvió hacia el resto de los pasajeros.

—Ah, *mesdames et messieurs*, la intuición. Es una de las dos claves de este caso. Y la otra es Layla.

—¿Layla? —intervino Hammond, arqueando las cejas.

—Exactamente, Gregory. Pero no nos adelantemos. Ahora debo dirigirme a William Rowley.

Polrot dirigió su mirada penetrante hacia el carnicero, quien, con los brazos cruzados y una expresión hosca, parecía más impaciente que preocupado.

—Qué fácil sería pensar que el señor Rowley es el asesino. Un hombre desagradable, incapaz de ocultar su desprecio por los extranjeros y por cualquiera que presente algún tipo de discapacidad, ya sea intelectual o física.

Rowley resopló con desdén, sin molestarse en disimular.

—El mundo es de los fuertes. Los débiles no tienen futuro —murmuró entre dientes, lo justo para que todos lo oyeran.

Polrot inclinó la cabeza, como si le agradeciera las palabras pronunciadas.

—Es curioso que diga eso. Porque usted es un hombre débil, *monsieur* Rowley. Un hombre que oculta su debilidad detrás de esa máscara de canalla. Un hombre que ruge como un león para que no se note que es poco más que un perro viejo y cansado. Y, sin embargo, a pesar de su carácter, no lo veo planificando un encuentro secreto con Eleanor en la playa, ni orquestando una segunda reunión clandestina con Clara a las afueras del pueblo. Es demasiado… impulsivo. No es un hombre de planificación, sino de instintos básicos. Un arrebato de violencia, sí. Pero un plan frío y calculado, eso ya es otro asunto.

El detective se paseó lentamente por la estancia.

—Hubo un momento en que consideré la hipótesis de que Clara le hubiese visto arrojar el cuerpo de Eleanor al agua, que lo hubiese chantajeado por ello. Eso explicaría el dinero que se encontró en manos de la muchacha. Pero cuanto más reflexionaba, menos sentido tenía todo. William Rowley no es un hombre que acepte ser chantajeado sin estallar. Si Clara le hubiese exigido doscientas cincuenta libras… la habría abofeteado o matado en un arranque de furia. O quizás ni eso, solo hay que ver cómo ha reaccionado al adulterio de su esposa: primero con ira, pero luego con aceptación. Margaret y Gregory llevan paseándose juntos delante de sus narices varios días… y no ha pasado nada. ¿Cómo es el dicho en inglés?: *His bark is worse than his bite*. Literalmente «Su ladrido es peor que su mordida", o perro ladrador, poco mordedor. Así que no, *monsieur* Rowley, tampoco es usted nuestro hombre.

El carnicero se sacudió una mota de polvo inexistente de su chaqueta y se encaminó cojeando hacia el bar del salón.

—Genial. Con su permiso, vuelvo a lo mío —anunció y, acto seguido, cogió una botella de licor, se sirvió un trago generoso y lo bebió de un solo golpe.

Margaret, de pie en un rincón de la estancia, observaba la escena con una mezcla de asco y resignación. William ya no era su problema. Polrot volvió su atención precisamente hacia la que pronto sería la exseñora Rowley.

—Aunque parezca mentira, usted, *madame*, sería capaz de matar. De eso estoy seguro.

—¡Esto es el colmo! ¡No tiene ningún derecho a decir algo así!

El detective hizo un ademán conciliador con la mano.

—Vamos, vamos, no se enfade conmigo. No la acuso de nada, solo constato un hecho.

Margaret apretó los puños, pero no replicó de inmediato. En el fondo, sabía que no era una santa. Ella misma había confesado que había maltratado de palabra a Eleanor bajo la influencia de su marido. Había sido cruel, había sido injusta… pero asesina, eso no.

—Durante la investigación, ha tratado de colaborar, de ser útil —dijo el detective—: ha respondido a mis preguntas, ha explicado cosas que podrían haber sido incriminatorias para usted y su esposo sin dudar demasiado y, en general, ha intentado ayudar en lo que ha podido. Si le soy sincero, nunca la he considerado una verdadera sospechosa.

Margaret se relajó apenas un poco, pero su mirada seguía fulminando a aquel belga presuntuoso. "No es más que un maldito extranjero y se pavonea como si fuese alguien", pensaba.

—Su papel en nuestra función ha sido otro —continuó Polrot—. Su presencia en esta historia ha sido relevante por otros motivos. Tal vez hable de ello más adelante con la persona adecuada. Pero no ahora.

El detective, satisfecho, caminó hacia Gregory Hammond, el hombre al que una vez llamó amigo.

—Es el turno de mi antiguo abogado. Hablamos, como en otros casos, de un ser despreciable, pero… ¿un asesino?

El abogado parpadeó, con una sonrisa tensa en los labios.

—Ah… —Polrot entrelazó los dedos y se permitió una pausa teatral —. Déjenme pensar… No. La muerte de su esposa no está relacionada con estos hechos. Nunca tuvo relación con las fallecidas en Torquay y, bueno… he tenido que descartarlo también.

Hammond asintió con lentitud, pero su expresión permaneció cauta. Esperaba el golpe que estaba por venir. Conocía de sobra a Héracles.

—Cierto es —continuó Polrot— que tuve sueños en los que veía a Hellen, su esposa, ahogada en la misma playa que Eleanor. Pero los sueños, Gregory, no son pruebas. Era solo mi deseo inconsciente de que pagases por tus deleznables actos, como destrozar la vida de tu esposa hasta el punto de que prefiriera la muerte a seguir a tu lado.

Se hizo un silencio en la sala. Margaret desvió la mirada, incómoda. Edith se removió en su asiento. Hasta William Rowley, quien estaba bebiendo licor en la barra, hizo una mueca de disgusto.

—Una pena —prosiguió Polrot, su voz más baja, con una frialdad calculada—. Debería haber una horca especial para hombres como tú. Tal vez uno de los círculos infernales de Dante esté reservado para Gregory Hammond y para cualquier otro que se le parezca. Ojalá.

Héracles pensó que sí había un castigo adecuado para él: el Octavo Círculo, el de los fraudulentos, donde yacen los hipócritas, los falsos consejeros y los traidores. Allí, las almas son cubiertas con capas de plomo que por fuera brillan como el oro, pero por dentro son pesadas y frías. Una metáfora perfecta para un hombre que se mostraba como un caballero distinguido mientras, en su interior, era inhumano y cruel.

Tal vez allí, entre los condenados, Hellen lo esperaría, con su vestido empapado y su mirada triste, preguntándole eternamente por qué nunca la quiso.

—¡Qué interesante! Me encanta cómo está resolviendo el caso.

Aquella frase rompió el silencio que se había instalado en la sala. Polrot reconoció la voz, por supuesto: era la de Barnaby Thornfield.

—La manera en que exculpa a cada sospechoso para luego destruirlo y revolcarlo en el fango me resulta… original y edificante —dijo el expolicía, con una sonrisa torcida.

—Sabía que le gustaría —dijo el detective con una inclinación de cabeza—. Veremos qué le parece cuando lleguemos a usted y lo arrastre también por el fango.

Thornfield perdió la sonrisa, que se transformó en mueca.

—Espero ansioso que llegue el momento.

Polrot se ajustó el nudo de la corbata antes de dar un par de pasos lentos por la sala.

—Ahora vayamos a Hassan Bennet. Hay que incluirlo en esta lista, aunque toda esta reunión, todo este crucero por Egipto, todo este viaje, haya sido un intento de compensación por los años que pasó injustamente en prisión debido precisamente a los sucios manejos del *excommissaire*.

Thornfield se mantuvo impasible, con el ceño apenas fruncido.

—Hassan llegó a Inglaterra para cumplir un sueño —explicó Polrot —. En Oriente, su piel era demasiado blanca y sus ojos demasiado verdes para ser considerado un egipcio. Pensó que en Inglaterra sería diferente. Pensó que allí lo aceptarían. Tal vez fue demasiado ingenuo. Pero esto no pasó. Por el contrario, lo acusaron sin pruebas. Lo condenaron con evidencias fabricadas. Un juicio manipulado. Un hombre arrojado al pozo de la infamia sin haber tenido oportunidad de defenderse.

Héracles hizo una pausa y se volvió lentamente hacia Hassan, quien lo miraba con el rostro serio.

—Pero vayamos a lo fundamental, *mesdames et messieurs*. ¿Era Hassan Bennet nuestro asesino?

Se inclinó apenas hacia adelante, y su voz descendió hasta convertirse en un susurro.

—*Je dis… non.* Porque no cabe duda : Hassan es un buen tipo, todos estamos de acuerdo.

Hubo un leve murmullo entre los presentes. Muchos le seguían creyendo culpable. Polrot levantó la mano con calma, pidiendo silencio.

—Lo he tratado, lo he observado. Es un buen hombre. Agatha y Max han insistido en ello también. No han dudado nunca de su carácter. Hassan siempre se comportó como un caballero, no como un depredador, no como un agresor sexual o un posible asesino. Es un hombre de honor.

El detective dio un pequeño resoplido.

—Así que, en este momento, lo descarto también.

Dicho esto, se apoyó ligeramente en una de las mesas y esperó a que las palabras calaran en su audiencia. En el silencio que siguió, pudo escuchar el murmullo del Nilo en el exterior, la respiración contenida de los presentes, el leve tintineo de la copa de William Rowley en la barra.

Thornfield se inclinó hacia adelante, sus ojos brillando de desprecio.

—Ah, ya veo a dónde quiere ir a parar. ¡Piensa que fui yo! Es usted más idiota de lo que pensaba. Es usted…

Polrot levantó una mano con calma.

—¿Puedo acabar mi exposición, *monsieur*?

Pero Thornfield ya estaba en pie, la mandíbula apretada, las manos sobre la mesa, como si estuviera dispuesto a arremeter contra el detective.

—¡No! —exclamó—. ¿Cree que soy tonto? Ha eliminado a todos los sospechosos, solo quedo yo. Es evidente que me va a acusar.

—Escuche lo que voy a decir —replicó Polrot, sin levantar la voz—. Le aseguro que le va a resultar interesante. No será como usted espera.

Thornfield dudó. Luego se dejó caer de nuevo en su asiento.

—De acuerdo —dijo al fin, con voz áspera.

El detective alzó la vista, paseándola por cada uno de los presentes antes de fijarse nuevamente en el expolicía.

—Barnaby Thornfield no es tampoco santo de mi devoción. No puedo decir nada bueno de usted, *monsieur*. Es un ladrón, un hombre vano y superficial, que solo busca medrar, asegurarse un puesto de poder y que todos lo vean como un triunfador. Vive por y para las apariencias, en un mundo donde el qué dirán es la única moneda que realmente importa. Odia la publicidad, excepto cuando lo beneficia. Y cuando un caso puede hacerle escalar posiciones, no duda en manipular la verdad para asegurarse la victoria.

Thornfield torció el gesto, pero no replicó.

—Es usted culpable de muchas cosas —espetó Polrot—. Amañó pruebas, compró testigos, fabricó un caso entero para señalar a Hassan Bennet como el culpable del asesinato de Clara Whitmore. No porque de inicio creyera que era cierto, sino porque le convenía. Le convenía que un extranjero fuese el villano, que los periódicos hablasen del tema, que el caso se convirtiese en un escándalo mediático. Necesitaba un golpe de efecto. Algo grandioso que le asegurase su regreso al mando en Manchester. Pero…

Todos contuvieron la respiración, expectantes.

—Pero no mató a Eleanor Fitzroy. Ni a Clara Whitmore. Ni a Layla.

Margaret se inclinó hacia adelante.

—Entonces… ¿ninguno de nosotros mató a esas mujeres?

Polrot rio entre dientes. Miró hacia la puerta de las cocinas y asintió levemente. Y entonces, lo dijo… entonces soltó la bomba.

—El asesino aún no ha llegado. Pero lo verán en breve.

El impacto de sus palabras fue inmediato.

—¿Qué significa eso? —preguntó Hammond.

—Que el culpable va a llegar en breve. ¿No ha quedado claro? —dijo William Rowley.

Margaret se llevó las manos a la cara.

—Agatha Christie… tiene que ser ella. No queda nadie más que estuviera en Torquay aquellos días y ahora se encuentre en este barco.

Edith estaba boquiabierta.

—¿Pero es posible? ¿Ella? ¿La gran escritora?

Todos comenzaron a hablar a la vez. Las voces se solapaban, la confusión era absoluta.

Polrot, sin embargo, seguía mirando hacia la entrada de las cocinas con expresión imperturbable.

Entonces, la puerta se abrió. Justo a la hora que el detective había pedido al capitán del barco. Pero no era Agatha Christie, por supuesto.

CAPÍTULO 2:

EL CULPABLE SALE A LA LUZ

(Noviembre de 1933)



Una mujer de piel olivácea entró con paso firme. Era una camarera tunecina, vestida con su uniforme blanco, sosteniendo una bandeja con aperitivos. Caminó por la estancia, repartiendo con indiferencia canapés, pequeños hojaldres rellenos de queso y dátiles, aceitunas aliñadas y copas de licor dulce.

Pero al llegar a Hassan, se detuvo al ver su brazo intentando tomar una copa. Sus ojos se clavaron en él con un odio frío y contenido.

—Tú no, puerco egipcio. Esto es solo para los señores, no para sirvientes.

Hassan se puso en pie de golpe, sus dedos cerrándose como garras sobre el borde de la mesa. Sus nudillos se tensaron, su rostro se crispó.

—¿Qué has dicho?

La mujer no se echó atrás. Le sostuvo la mirada, con los labios apretados, las fosas nasales ensanchadas por el desprecio.

—He dicho que esto no es para gente como tú.

Entonces, Hassan la agarró del cuello. Todo ocurrió en un segundo. Trató de estrangularla. Y se desató el caos. Sillas arrastradas, gritos ahogados, jadeos de sorpresa. La mujer forcejeó, su bandeja cayó al suelo, la vajilla estalló en un estrépito de cristales rotos.

—¡Hassan! ¡Déjala! —gritó Hammond, incorporándose.

Pero antes de que nadie pudiera actuar, un bastón descendió en el aire. El golpe impactó en el brazo de Hassan con fuerza certera. Sus dedos se abrieron al instante, y la mujer cayó hacia atrás, jadeando.

—¡Ahhh!

Hassan se tambaleó, soltando un gruñido de dolor.

Todos se volvieron hacia Polrot. El detective sostenía su bastón con la misma elegancia con la que otros sostendrían una copa de coñac. No se había movido ni un centímetro de su sitio, pero su mirada era de una frialdad glacial. Con un gesto pausado, señaló el rostro de Hassan, aún contraído por la ira y el dolor.

—Ahí tienen al asesino. Nacido Hassan Fareed, pues su padre nunca lo reconoció, aunque luego se ha hecho llamar Hassan Bennet. Un ser con dos nombres: *monsieur* Bennet… o debería decir, Jekyll, y *monsieur* Fareed o *mister* Hyde. ¿No es esa su historia, Hassan? Ha pasado la vida tratando de ser el doctor Jekyll, el hombre correcto, el servicial, el que nunca alza la voz, el que nunca desafía a los poderosos, el que siempre baja la cabeza, el que se somete y el que nunca representa una amenaza. Pero cuando la rabia se acumula, cuando la frustración se vuelve insoportable, Hyde despierta. Y entonces la bestia se desata.

»Porque Hassan es un hombre de dos caras, de dos nombres, de dos naturalezas. Y con la ayuda de la señorita Aïcha, la mejor amiga de Layla, la verdad ha salido a la luz. Gracias, *mademoiselle*. Usted sabía el riesgo que entrañaba esta misión y, sin embargo, la ha cumplido *parfaitement. Merci encore.*

Polrot se inclinó levemente en dirección a la joven camarera. Durante un instante, la muchacha pareció dudar, pero luego asintió con firmeza, aceptando el reconocimiento del detective. Se levantó con torpeza, tambaleándose ligeramente al dar el primer paso. Su cuello estaba rojo, las huellas de la presión aún visibles como un cruel recordatorio del peligro al que se había expuesto. No pronunció palabra. No era necesario. Con una última mirada al detective, se giró y salió del salón, sus pasos rápidos resonando en la madera del suelo.

Mientras tanto, Hassan se dejó caer en su asiento. Sus hombros se desplomaron, su cuerpo se encogió sobre sí mismo. Se tapó el rostro con las manos, ocultándolo de todos.

—Este ha sido uno de los casos más complicados de mi carrera. Porque era una mancha en mi expediente, porque pensaba que mi investigación había sido fallida y sí, porque, en resumen, creía que había fracasado.

Tras pronunciar estas palabras, Polrot suspiró.

—Por culpa de *monsieur* Thornfield, desde el principio tuve una visión errónea de estos crímenes. Aquello que mi mente llamaba

déséquilibre, ese desequilibrio constante: la sensación de que algo esencial no encajaba.

»¿Y qué fue lo que hizo Thornfield que casi arruina el caso para siempre? Muy simple.

Se volvió hacia Hassan.

—Decidir quién era el culpable antes de conocerlo. Porque el por entonces inspector jefe llegó a Torquay con una idea fija en la cabeza: encarcelar a un extranjero. No se preocupó por las pistas, las pruebas, la lógica. Necesitaba un caso mediático para salir del ostracismo y Hassan era su objetivo ideal. Y eso, *mesdames et messieurs*, provocó en mí el efecto contrario: no quería… no podía… no iba a permitir que la conducta infame del policía encerrase de por vida a un inocente.

Se detuvo. Sus ojos brillaban con intensidad.

—Mi error —prosiguió Polrot— fue no considerar que, paradójicamente, una persona puede ser condenada con pruebas falsas… y ser realmente culpable. Pensé que mi misión era descubrir al verdadero asesino y limpiar el nombre de Hassan. Nunca me tomé en serio que pudiese ser el criminal al que buscaba. Porque desde el principio este caso nació con ese desequilibrio: el punto de partida estaba mal. Nunca se trató de descubrir al culpable de las muertes de Eleanor y Clara, sino de salvar a un pobre joven injustamente acusado primero, y luego condenado con pruebas ridículas como manchas de zumo de grosella o testigos falsos, o teorías absurdas sobre una puerta que alguien cree oír que se abre en la noche.

Y entonces, el detective golpeó el suelo con su bastón.

—Y ahora, si me lo permiten, voy a hablarles de algo esencial que este desequilibrio me quitó: la intuición. Porque a lo largo de este caso, la intuición ha aparecido una y otra vez.

Se giró hacia Edith Whitmore.

—La intuición de una hermana que reconoció un cadáver irreconocible.

Luego se volvió hacia Thornfield.

—La intuición de un policía que, a pesar de ser corrupto y mediocre, y de haber elegido al culpable por razones vergonzosas, luego sintió en sus tripas que estaba en lo cierto, que Hassan era su asesino.

»Incluso mi querida Agatha se valió de la intuición para asegurarme que estaba segura de que yo resolvería este caso. Todos tuvieron intuiciones, menos yo.

»Porque desde el principio de mi carrera siempre desestimé la intuición —admitió—. Siempre la consideré un recurso incierto, algo sin lógica, sin sustancia. Mis células grises eran poderosas y la intuición el recurso fácil de los que no sabían usarlas. Pero con los años, comencé a darle importancia. Un viejo amigo, Fred McTavish, también policía, fue el primero en hablarme de la intuición, del instinto policial. Y Gregory Hammond también me habló de ella poco antes de que yo descubriese la verdad de estos horribles crímenes.

Caminó despacio hasta detenerse frente a Hassan, quien no apartaba la mirada del suelo.

—Hoy, por fin, comprendo la verdad. Las células grises no son nada sin la intuición, pues ella es la que pone punto final al razonamiento de las mismas. Porque, una vez dejé de lado mi desprecio por los métodos de Thornfield, mi deseo de liberar a alguien acusado sin pruebas, mi deseo de hacer justicia… cuando eliminé todo excepto los hechos, la intuición regresó a mí y volví a ser un detective. Entonces me di cuenta de que solo había un posible culpable, alguien con móvil y oportunidad, el único que tenía una razón, el único que pudo hacerlo: Hassan.

Polrot se acomodó el chaleco con calma, ajustándolo con un leve tirón antes de proseguir.—Ahora, llegados a este punto, voy a explicar cómo sucedió todo. En realidad, es muy sencillo, porque la clave de este caso, como la de todos, es la *psychologie*. ¿Y cuál es la *psychologie* de nuestro asesino? Os lo explicaré: Hassan es un hombre afable y servicial que lleva toda su vida siendo un inferior, un súbdito de segunda clase, un mestizo, alguien atrapado entre dos mundos.

«Desde niño, aprendió su lugar. Los ingleses, los europeos, los poderosos, siempre estuvieron por encima de él. Con ellos, Hassan es sumiso, servicial y dócil. Ha aprendido que desafiarnos solo trae dolor y humillación. A causa de ello, no puse impedimento en que pasase estos días tiempo con Agatha. Aunque ya sabía que era el asesino, estaba seguro de que a ella jamás la tocaría, siempre sería el perfecto inferior que bajaría la cabeza aunque la viese en paños menores, porque sabe cuál es su lugar. De hecho, ni siquiera se permite tutearla a ella ni a cualquier británico o europeo.

Polrot hizo una pausa, mirando directamente a Hassan, que levantó la cabeza un instante antes de bajarla otra vez.

—En cambio, con los débiles… cuando usted tiene poder sobre alguien… no permite la menor disensión u acto de rebeldía.

«Por ello, cuando ese poder se ve en peligro… cuando alguien a quien considera un igual o incluso alguien de menor rango, especialmente una mujer, se ríe de usted o lo rechaza… entonces, *monsieur* Bennet, emerge otro hombre. Un hombre que se niega a ser rebajado nuevamente: Hassan Fareed.

«En la excavación de Ur, usted era el primero entre los nativos, podía dar órdenes, tenía cierto respeto. Se sentía seguro. Dejó de cometer asesinatos, porque estoy seguro de que han sido muchas las mujeres que han visto el mismo rostro asesino que nosotros hace un instante. En Ur, insisto, pensó que estaba curado de ese otro yo criminal. Tras varios años de paz, se atrevió a cumplir su sueño de viajar a Inglaterra, codearse con la gente normal, superior, europea, británica y ser uno más.

«Pero en Torquay descubrió que estaba equivocado. Allí era un extranjero, un don nadie. Quizás no para todos, pero sí para muchos… abundan los Barnaby Thornfield y los William Rowley en todos los lugares, países y continentes. Así que volvió la frustración, el complejo de inferioridad, el odio acumulado.

«Y entonces, conoció a Eleanor. Una mujer con un intelecto muy limitado, alguien que nunca podría verlo como un inferior. Le ofreció dinero para ayudarla. Quizás un gesto sincero. Quizás, simplemente,

quería comprar su gratitud. Y trató de besarla o solo de tomar su mano en señal de amistad.

Un murmullo recorrió la sala.

—Ella le rechazó. Le apartó. Le dijo que jamás besaría a un egipcio. O, sencillamente, no quería comenzar una nueva relación o usted no le gustaba más que como amigo. Tal vez ni siquiera eso.

Polrot alzó una ceja.

—Eso es pura especulación, por supuesto. ¿Pero acaso no sucedió así, *monsieur*?

Pero Hassan no respondió. Polrot se encogió de hombros.

—Dejemos el asunto de Eleanor… porque siempre será un misterio. Ni siquiera podemos probar que está muerta. Han pasado tres años: su cadáver no volverá del fondo de las aguas.

«Mejor pasamos a Clara Whitmore. En este caso tenemos un cuerpo. Una muerte. Algo que no puede ser ignorado. Clara también le pidió dinero. Quizás porque sabía que usted se lo había ofrecido a Eleanor. O quizás coqueteaba con ambas. Edith nos explicó que Clara tenía mucho dinero los días anteriores a su muerte. ¿Se lo dio usted, *monsieur* Bennet?

«Clara era experta en sacar dinero a la gente del pueblo. Todos lo sabemos. Le sacó dinero al viejo MacMahon, haciéndole creer que la había atropellado. ¿Quién sabe a cuántos más? Así que… o bien le chantajeó o hubo una promesa de besos. Una promesa que resultó falsa, porque al final Clara se rio de usted, como Eleanor. Y cuando no le dio lo que esperaba… ¿Qué hizo usted? Yo se lo diré. Lo que ha hecho toda su vida, *monsieur* Bennet: permitir que Hassan Fareed, su otro yo, saliera a la luz para vengarse.

Polrot se pellizcó el puente de la nariz.

—Sigmund Freud y Pierre Janet hablaron ya hace años de la existencia de varios «yo» en el ser humano, personalidades sucesivas o desdoblamientos de personalidad. A menudo, esos «yoes» son opuestos, se enfrentan entre sí, y el equilibrio es frágil. Porque yo creo que Hassan no es violento por naturaleza. Pero ha tragado demasiadas humillaciones. Ha sido ignorado, menospreciado

y ridiculizado hasta destruir una parte esencial de su esencia, de lo que es.

Se inclinó levemente hacia él.

—Cuando alguien que usted considera inferior le dice «no», su otro "yo" toma el control. Sus ojos se vuelven fríos. Su voz cambia. Y entonces, ya no es el Hassan amable. Es alguien que busca demostrar que él es quien manda. Y ese otro hombre… aplastó el cráneo de Clara Whitmore.

El Hassan de siempre había vuelto tras atacar a la camarera. El de voz serena, el de mirada baja, el de gesto afable y controlado; un hombre que no era frío o indiferente, sino alguien al que le faltaba la empatía propia de los seres humanos: un psicópata.

—No maté a Clara. Y usted no puede probarlo.

El rostro del detective se ensombreció por un instante.

—No puedo probarlo. Es cierto. No puedo probar que Eleanor haya muerto siquiera, como ya he dicho. Y no puedo probar que Clara fue asesinada por usted. No puedo probar nada de lo que pasó en Torquay.

Hassan sonrió, apenas un esbozo de satisfacción en sus labios. Pero Polrot no había terminado.

—Sin embargo, vayamos a Layla. Ya he dicho antes que ella es la clave de todo este caso.

El detective caminó lentamente hacia el centro del salón.

—Por un lado, Layla fue asesinada sin razón alguna. En un pasillo. Sin haber tenido tiempo de convertirse en un problema para nadie. Ahora les pregunto: ¿qué hizo esa pobre muchacha para merecer la muerte?

El detective hizo una pausa, esperando una respuesta que no llegó.

—No hizo nada. Absolutamente nada que mereciese un ataque tan brutal. ¿Qué pasó? Solo puedo imaginarlo, como en los casos anteriores. Sus compañeros aquí en el Horus Victorioso ya me dijeron que Layla no era muy lista, el tipo de mujer que prefiere Hassan, porque no representa una amenaza.

«Por desgracia, Layla no supo medir sus palabras. Quizás fue solo un desdén, un desaire mínimo.»

Se giró bruscamente hacia Hassan.

—Dígame, *monsieur* Bennet, ¿qué hizo Layla para morir? ¿Rechazó una simple invitación a cenar? ¿Tal vez usted, que ha pasado estos días solo, buscaba un poco de compañía y la pobre chica se negó? ¿O fue algo aún más trivial?

El detective meneó la cabeza.

—Da igual. Después de varios años terribles tras las rejas, usted no necesita gran cosa para que su otro yo despierte.

El detective comenzó a caminar lentamente por la sala, deteniéndose de vez en cuando para mirar a los demás.

—Ese otro yo es el que dice: «Esto no puede quedar así». Entonces camina tras su víctima con pasos lentos y toma lo primero que tiene a mano, el tope de una puerta, y la golpea salvajemente en la cara hasta desfigurarla. Pero su rabia es tan terrible que eso no lo detiene, y toma un pañuelo de cuello de la pobre muchacha o el cordón de una persiana o cualquier otra cosa. Y aprieta, la estrangula aunque ya está muerta. Las señales en la garganta de Layla no mienten.

Se giró hacia Hassan con una sonrisa amarga.

—Seguro que aún conserva el arma homicida en su camarote.

Hassan Bennet negó repetidas veces. Su voz fue apenas un murmullo.

—Yo no hice nada. No encontrarán nada en mi camarote.

—Yo no estaría tan seguro, *monsieur*.

Hassan Fareed levantó la cabeza. Su mirada había cambiado. Solo un poco.

—El mar es muy grande —dijo con voz tranquila—. A veces caen cosas… cuerdas o pañuelos, bandanas o fulares: cosas comprometedoras.

El tono era distinto. La frialdad en sus palabras hizo que varios pasajeros se removieran en sus asientos.

—*Ah, je comprends* —dijo el detective—. ¿Tus dos "yoes" son más amigos de lo que yo pensaba, *n'est-ce pas?*

Hassan Fareed se encogió de hombros.

—Entonces… ¿quedará impune otra vez? —preguntó Thornfield, incrédulo.

Hassan Fareed se volvió hacia él, inclinándose apenas, y murmuró en voz muy baja:

—He quedado impune once veces ya antes de Layla, y en cuatro países distintos. No veo por qué no voy a quedar impune esta vez.

Solo Polrot y Thornfield lo oyeron.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Margaret.

Hassan Bennet giró la cabeza lentamente, sus ojos se llenaron de lágrimas. De pronto, su tono volvió a ser lastimero, tembloroso, suplicante.

—He dicho que soy inocente… que todo esto es una mentira… El señor Polrot… Yo creía que era mi amigo… Pero… ¡oh, qué decepción! Odia a los que no son europeos, o blancos como él. Es igual que Thornfield, Rowley y tantos otros.

Miró en derredor, desesperado.

—Ayúdenme. Estos hombres quieren inculparme falsamente, igual que pasó en Torquay. Yo…

El disparo resonó con estrépito. Hassan Bennet cayó de rodillas, llevándose las manos ensangrentadas al pecho. Thornfield avanzó con el arma en alto, el dedo aún en el gatillo. Sus ojos estaban encendidos de furia.

—¡Maldito asesino! Esta vez no quedarás impune. Eso te lo prometo.

Se inclinó para disparar de nuevo. Pero antes de que pudiera apretar el gatillo, Polrot se lanzó sobre él. El arma osciló lentamente mientras los dos hombres luchaban.

—Arroje el arma al suelo. *Vite!* No. ¡No! ¡Qué demonios hace!

—Hago justicia —dijo el expolicía—. Para Hassan y también para mí.

Un forcejeo. Un segundo disparo. El cuerpo de Thornfield cayó pesadamente sobre la silla más cercana, con medio cuerpo colgando en una postura imposible.

—*Oh, mon Dieu!*

Polrot se arrodilló, jadeante. Apoyó los dedos índice y medio sobre la carótida de Barnaby Thornfield. Estaba muerto.

En el suelo, Hassan Fareed Bennet se agitó, su pecho subiendo y bajando con dificultad. Sus labios se movieron, pero no emitieron sonido alguno. Lanzó un último estertor antes de fallecer.

El Horus Victorioso se meció suavemente en el Nilo, indiferente a los pecados que había presenciado.

CAPÍTULO 3:

VERDAD… O MENTIRA

(Noviembre de 1933)



Agatha llegó cuando todo había terminado. La escena que encontró era de una calma inquietante, el tipo de silencio que deja tras de sí la muerte. Polrot la vio apenas cruzó el umbral del salón, se acercó y la tomó del brazo.

—Ven conmigo —susurró, sin darle oportunidad de hacer preguntas.

Aún aturdida por la visión de los dos cuerpos ensangrentados, Agatha lo siguió en silencio hasta la cubierta.

—Quédate aquí —le dijo Polrot—. Respira. Vuelvo enseguida.

Agatha lo miró con desconcierto, pero no se quejó. Estaba demasiado cansada, demasiado abrumada para negarse.

El detective tenía un trabajo que hacer, y lo haría con la precisión de un cirujano. No podía probar la culpabilidad de Hassan, aunque tampoco necesitaba hacerlo. Ya había pagado por sus crímenes. Pero necesitaba que todos los que habían presenciado la resolución del caso aceptaran la versión de los hechos que más les convenía y todos contaran lo mismo a la Policía Nacional Egipcia.

Edith estuvo de acuerdo con él desde el principio. Si la muerte de su hermana quedaba oficialmente atribuida a un policía corrupto, su familia podría recibir una indemnización sustanciosa. Si, en cambio, el asesino era Hassan, un extranjero sin bienes, no verían ni una libra.

Polrot se lo explicó con calma, con su tono más persuasivo. Edith tardó en responder. Sus labios temblaron antes de hablar. Suspiró, pero asintió. Sabía que tenía razón. Lo mejor era que Thornfield fuera el asesino.

—Creo que lo tenía todo previsto —dijo de pronto Edith—. Ese hombre vino aquí para atrapar a Hassan y luego dejarse matar. Él sabía que no volvería a Inglaterra. Un hombre como Thornfield no soportaría la cárcel. Eso me dijo en una de nuestras conversaciones, creo que en Abu Simbel. Entonces no entendí lo que eso significaba. Pero ahora lo sé: prefirió encontrar la muerte en este barco. Creo que giró el arma contra su pecho mientras luchaban. Forcejeó con usted para darse muerte, no para disparar de nuevo a Hassan.

Polrot se mordió el labio inferior.

—*C'est possible.* El *commissaire* sabía que no podíamos probar nada contra el asesino. Era más inteligente de lo que yo pensaba. Y tenía un plan. Uno aún mejor que el mío.

El detective se levantó. Había vuelto a llamar *"commissaire"* a Barnaby Thornfield en señal de respeto. Su odio por él había impedido que viera el tipo de persona que era en realidad: lleno de defectos, de contradicciones, pero tan garante de la justicia como lo era él mismo.

Chasqueó la lengua. Le había fallado en vida y ahora le estaba fallando en la muerte. Pero debía seguir. Y su antiguo abogado fue el siguiente. Polrot sabía que era un hombre práctico, como todos los abogados, y que sería fácil hacerle entender que podía sacar provecho de todo aquello. Así que, aunque había dicho que nunca más le dirigiría la palabra, hizo una excepción:

—Piénsalo, Gregory. Tu cliente, Hassan, resultó ser inocente y su perseguidor era el verdadero culpable. Podrás hablar de ello en entrevistas, en la radio, escribir artículos… La opinión pública adora a los abogados que liberan a inocentes de policías corruptos.

Hammond no lo interrumpió. Lo estaba considerando.

—Tienes razón —murmuró—. Me presentaré como el defensor de un hombre injustamente acusado, y lo haré extensivo a muchas otras injusticias. Conseguiré nuevos clientes, casos más importantes… y reconocimiento.

El abogado añadió sonriente:

—Está bien. Si todo el mundo dice que Thornfield confesó, no veo razón para discrepar.

Junto a él, Margaret Rowley escuchaba con atención. Era una mujer con instinto para los negocios, y esto, de algún modo, también lo era.

—Es una buena idea, cariño —dijo.

Polrot la observó con detenimiento. Vio a una mujer inteligente, astuta… desalmada. La pareja que Gregory Hammond se merecía.

—Si me permiten, debo seguir hablando con el resto del pasajeros —dijo el detective, alejándose.

Cuando alcanzó la hamaca donde estaba tumbado William Rowley, descubrió que el carnicero ya le estaba esperando.

—¿Qué quiere de mí? Está convenciendo a los otros de alguna cosa. Pero a mí me dan igual sus manejos.

—No quiero hablar de ningún "manejo", *monsieur*. Quiero hablar de su esposa.

El hombre bufó.

—Exesposa. En cuanto volvamos a casa, pediré el divorcio. No quiero volver a verla.

—Buena decisión, señor Rowley. Se ha librado de una mujer que lo culpaba de todos sus males. Pero permítame decirle algo.

Rowley lo miró con atención. El detective bajó la voz:

—Toda esa historia de que Margaret se estaba volviendo fría y cruel por su mala influencia… era una pantomima. Una mentira conveniente para justificar su marcha con otro hombre.

—No le entiendo.

Polrot alzó una mano.

—Piénselo así. Hay personas que, cuando llegan a cierta edad, tienen la impresión de haber desperdiciado su vida. Margaret decidió que quería algo más… y que también quería llenar su cuenta bancaria, viajar, hacer todas las cosas que usted no quiere hacer o no puede permitirse. Ahora que ha comenzado a disfrutar de la vida, no se detendrá con Hammond. No le quedan muchos años de juventud, de plenitud física. Creo que pretende disfrutarlos hasta las últimas consecuencias.

Rowley se rio, aunque sin humor.

—Así que usted cree que el muy idiota de Hammond se ha metido en la boca del lobo.

—*Pas loup*. El animal más peligroso del planeta, *monsieur*, no es el lobo ni el león ni el tigre de Bengala… es una mujer insatisfecha.

El carnicero se terminó su copa de un solo trago y la dejó sobre la mesa con fuerza.

—¿Y cree que Hammond no la maltratará o tratará de matarla cuando se dé cuenta de que le ha sacado hasta la última libra?

—Oh, no —respondió Polrot con una sonrisa—. Margaret no es Hellen. No se dejará maltratar. Si la cosa se complica, lo matará antes de que él haya comenzado siquiera a planificar cómo librarse de ella.

Rowley soltó una carcajada ronca.

—Bueno, será interesante ver cómo termina eso.

Polrot palmeó suavemente su hombro.

—No creo que termine bien para él. Y es lo que se merece. Por ello le pido que acepte, como los otros, una versión alternativa de lo sucedido en el salón, una en la que Thornfield confesó los crímenes. Hammond tendrá aún más dinero para gastar en Margaret, que se acostumbrará a un ritmo de vida frenético que arruinará al abogado en apenas unos meses, máximo un año.

Hablaron un poco más antes de llegar a un acuerdo. El detective se alejó entonces, dejando a Rowley riéndose solo tras aceptar su proposición. El plan de Polrot estaba en marcha. No había fisuras. Thornfield era el asesino. Y todos lo dirían. Incluso los pocos miembros de la tripulación o el servicio del Horus Victorioso que sabían la verdad, como el capitán o Aïcha, la camarera. Héracles, al igual que Agatha, tenía una economía bastante saneada. Ya había hablado con ellos y repartido algo de dinero. No habría problema con eso… ni cabos sueltos.

Polrot avanzó con paso calmo por la cubierta, su bastón resonando con cada paso contra la madera pulida del barco. Agatha pensaba que jamás dejaría que un hombre inocente cargara con una culpa que no le correspondía. Ella creía estar segura de que su sentido de la justicia era más fuerte que cualquier otra cosa. No en vano, había sido inmisericorde con Gregory Hammond, que fue su amigo y le defendió años atrás cuando el detective estuvo en prisión.

Pero Agatha se equivocaba. Héracles había decidido que a un hombre muerto caído en desgracia, alguien como Thornfield, no le importaría caer un poco más en desgracia y que su nombre fuese arrastrado por el fango. Lo habría considerado una especie de broma

cósmica del destino, el precio a pagar por haber triunfado en su último caso: el de Hassan Fareed.

Héracles no habría urdido aquel engaño para sí mismo, tratando de proteger su orgullo de detective (al fin y al cabo, el *commissaire* siempre tuvo razón y él no, cosa que aceptaba con deportividad), ni por los pasajeros del Horus Victorioso, que ahora podrían regresar a sus vidas con una versión cómoda y lucrativa de los hechos. No. Lo había hecho por Agatha Christie.

Todo lo hizo por ella.

La encontró donde esperaba hallarla: de pie junto a la barandilla, observando el río en silencio. La luz de la luna bañaba su rostro con un resplandor pálido, acentuando las líneas de su piel. Parecía cansada, más que nunca. Su silueta se recortaba contra la inmensidad del agua y, por un instante, Polrot se permitió imaginarla como un personaje de una de sus novelas, una heroína hermosa y perfecta, inmortalizada en el último capítulo de un libro.

—Se acabó —anunció Polrot con una voz más suave de lo habitual.

Ella no dijo nada. El detective la observó en silencio y sintió una punzada en el pecho. No de amor, no exactamente. Aquel sentimiento había quedado atrás, sepultado por la admiración y la amistad.

Agatha Christie no era la mujer de su vida, pero era la mujer más increíble que jamás conocería. Y su legado, su historia, era más importante que cualquier justicia efímera, más valiosa que cualquier verdad que no beneficiaba a nadie. Como Barnaby Thornfield, él había falsificado los hechos, pero el *commissaire* caído en desgracia había obrado dominado por la codicia, por el deseo de medrar, por su odio a los extranjeros… Esos no eran motivos nobles.

Porque él lo hacía por Agatha, para que los periodistas no la destruyesen por haber apoyado ingenuamente a un hombre al que apenas conocía y que resultó ser un asesino múltiple, terrible y despiadado.

—Thornfield confesó los crímenes antes de morir —mintió.

Ella le miró largamente. Quiso creerle.

—Estás a salvo, *mon amie* —añadió el detective con los labios abiertos pero sin que las palabras llegasen a ser pronunciadas, o tal vez sí, un susurro suave, ligero, completamente inaudible.

—¿Qué has dicho, Héracles?

—Nada.

Y entonces ella volvió la cabeza hacia las aguas. El detective pensó en la enorme popularidad que le esperaba a la gran escritora, en que las futuras generaciones la recordarían, la alabarían como a la más grande escritora de misterio de todos los tiempos. Él solo era un hombre mortal, pero Hércules Poirot, Miss Marple, James Japp, Tommy y Tuppence Beresford, el inspector Battle… todos ellos vivirían para siempre en las páginas de sus libros y en la memoria de los lectores.

Sus nombres, sus historias, su ingenio y su sagacidad trascenderían el tiempo, saltando de una época a otra, adaptándose a nuevas voces, nuevas imágenes, nuevos medios. Se representarían en el teatro, en el cine y en cualquier otro medio que apareciese en el futuro. Se estudiarían, se imitarían, se debatirían. Y siempre, sin importar cuánto tiempo pasara, habría alguien abriendo una de aquellas novelas, sumergiéndose en el misterio, desafiando su propio intelecto en compañía de sus icónicos personajes.

Héracles Amadeus Polrot sonrió: una sonrisa plena. Había hecho lo correcto.

FIN

El próximo caso de esta saga se llamará

“DOS CADÁVERES EN LA BIBLIOTECA”

(Un nuevo caso de Margaret West, la verdadera Miss Marple.)
(Los casos de Héracles y Agatha N.º 8)



Y el siguiente se llamará

“AGATHA ANUNCIA UN ASESINATO”

(Agatha vuelve a estar embarazada y busca tranquilidad. Pero sus planes se truncan cuando una carta anónima revela a la escritora un asesinato que está a punto de cometerse)

(Los casos de Héracles y Agatha N.º 9)



AMBOS YA A LA VENTA

(Nota: la preventa ayuda a posicionar el libro entre los más vendidos cuando es publicado y a que las ventas se mantengan en el tiempo. Al comprarlo en preventa, en oferta y a bajo precio ayudas a que salga a cuenta seguir escribiendo libros de esta saga. GRACIAS)

TODO LO QUE ACABAS DE LEER ESTÁ BASADO EN HECHOS REALES

o casi…

Exceptuando los crímenes, es real:

-El relato del viaje de vuelta de Agatha desde Oriente junto a Max.

-Los problemas familiares de Agatha debido a su compromiso.

-La boda y la huida de Agatha a una isla en Escocia intentando que nadie la reconociese.

-El viaje a Egipto que le inspiró una futura novela.

-Todo lo que se cuenta sobre la gestación de algunas de sus obras.

-El cuaderno perdido con las notas de "Asesinato en el Orient Express"

-Y muchas cosas más.

Si quieres saberlo todo sobre el proceso de creación de esta obra, te aconsejamos que leas la nota que sigue.

NOTA FINAL

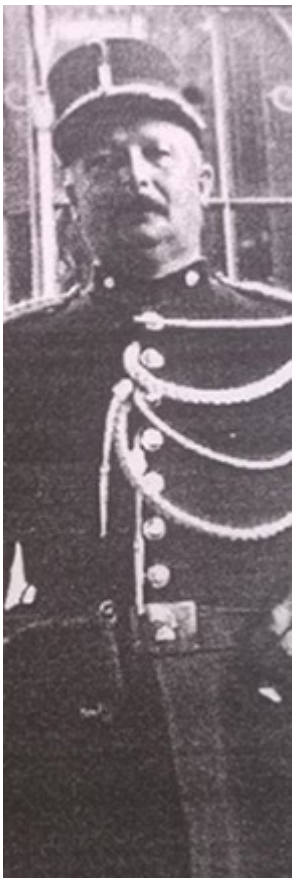
(No leas lo que sigue hasta terminar la novela pues podrían revelarse pistas sobre el culpable o culpables)

Por Teresa Ortiz-Tagle y Javier Cosnava

1. AGATHA CHRISTIE

En la investigación que Michael Clapp ha realizado sobre la génesis del personaje de Poirot, se explica que la escritora, siendo joven, conoció en una fiesta a un grupo de refugiados belgas. Y que la base del personaje pudo ser un gendarme retirado llamado Jacques Joseph Hamoir. No nos gustaba ese nombre y pensamos que Héracles Amadeus Polrot era mucho más potente, sonoro y encajaba en el tipo de personaje que queríamos crear, alguien que no solo no era Hércules Poirot en absoluto, sino que le habían obligado a evolucionar y ser otra cosa.

En su autobiografía, Agatha afirma haber pensado de forma general en los refugiados belgas que conoció de joven, sin especificar quién fue la base para la creación de su personaje. Como curiosidad, hay que añadir que Jacques Joseph Hamoir se trasladó a vivir a la misma localidad donde residía Agatha (Torquay) y a no mucha distancia.



Jacques Joseph Hamoir

2. BASADA EN HECHOS REALES

Las novelas policiales de Cosnava & Tagle se basan siempre en crímenes reales. En este caso, en los asesinatos de Josep Talleda.

Todo lo que se relata es esencialmente cierto y concuerda con los crímenes de Talleda: desde las primeras acusaciones pobremente fundamentadas hasta detalles como la mancha de zumo, el vecino que afirmó no haber visto nada pero creyó oír la puerta del local, o la investigación chapucera sobre si el sonido provenía o no de la puerta del sospechoso. También son reales los testimonios de vecinos que, meses después del crimen, recordaron "de pronto", cuando el caso iba a archivarse, posibles tocamientos o haber hablado con la víctima, entre otras cosas.

Josep (que no era extranjero, esa es otra licencia de la novela) fue condenado sin pruebas sólidas, con testigos dudosos, únicamente por la convicción del juez y las fuerzas del orden de que era culpable. Como Hassan. Pero al final resultó ser realmente culpable y al salir de prisión retomó sus asesinatos. Volvió a ser condenado, esta vez con pruebas irrefutables, y murió hace pocos años en la cárcel.

También es cierto lo de la mujer desaparecida que trabajaba para el sospechoso y que nunca fue hallada.

Sin embargo, los otros sospechosos (la hermana de la fallecida, Edith, el inspector jefe Thornfield, el abogado Hammond y los suegros de la desaparecida, los Rowley) no están basados en personas reales. Simplemente, en la novela debía haber otros posibles culpables, y repartimos indicios contra varios personajes para que el lector dudara.

Creemos que es importante que el lector tenga en cuenta que si la policía y el juez creen de corazón que alguien es culpable, las opciones de que esa persona acabe en la cárcel son muy altas, ya que adecuan los indicios al sospechoso elegido (de la misma forma que la defensa debe intentar desvincular esos indicios de su defendido). Todo lo anterior tiene su lógica. Los cuerpos policiales

basan sus razonamientos en la experiencia y en la "intuición" del investigador. Rara vez se equivocan. Pero tampoco son infalibles. ¿Justifica el 95% de aciertos un 5% de errores? Dejamos en manos del lector la respuesta a esa pregunta.

3. AGATHA Y SUS PROBLEMAS CON EL ORIENT EXPRESS

Muchos creen que Asesinato en el Orient Express nació únicamente de la brillante imaginación de Agatha Christie. Sin embargo, la realidad es aún más fascinante: la novela está basada en dos accidentes reales que la escritora vivió en este mítico tren, experiencias que no solo la inspiraron, sino que también la hicieron reflexionar sobre la naturaleza humana… y sobre la posibilidad de un crimen colectivo.

El primer incidente fue en diciembre de 1929: el Orient Express quedó varado en medio de un paisaje nevado cerca de Estambul, un incidente que explicamos en nuestra novela "Agatha en el Orient Express". Este evento le dejó una fuerte impresión y más tarde lo usaría como base para su novela más icónica.

Pero este no sería el único percance que sufriría en el Orient Express…

En octubre de 1931, Agatha volvía a bordo del Orient Express cuando una tormenta feroz azotó la región. Un puente colapsó debido a las lluvias torrenciales, dejando el tren bloqueado durante dos días enteros. Atrapada en un vagón con desconocidos, la escritora pasó horas observando a sus compañeros de viaje, cada uno con personalidades tan únicas como extravagantes:

- Una americana que no dejaba de quejarse, escandalizada por los errores en el servicio de un tren tan exclusivo.
- Una mujer que no paraba de contar chistes, intentando aliviar la tensión del encierro.
- Un clérigo húngaro y su esposa, cuya presencia llamaba la atención.
- Dos misioneros daneses, tranquilos pero reservados.
- Un americano con pinta de gánster, que parecía sacado de una historia de Al Capone.

- Un misterioso turco que pasaba la noche abriendo y cerrando su compartimento, como si estuviera vigilando algo…

Dos días con estos personajes fueron suficientes para que Agatha transformara a algunos en los pasajeros de su famosa novela. En una carta a su esposo Max Mallowan, le describió con detalle a estos peculiares compañeros de viaje, muchos de los cuales aparecen con rasgos similares en Asesinato en el Orient Express.

Pero lo más interesante es lo que pasó por la mente de la escritora en aquellos momentos. Desesperada y aburrida por el encierro, comenzó a imaginar un crimen a bordo del tren. Todos le parecían sospechosos, y el misterio iba creciendo en su cuaderno de notas. Incluso tuvo la idea de que todos los pasajeros fueran culpables, una idea revolucionaria que, pocos meses después, plasmaría en la novela que se publicaría en enero de 1934.

Y hubo un tercer accidente… que casi impidió que crease la novela. Lo más increíble de todo es que Agatha tuvo suerte de poder escribir esta historia. Años después, cuando viajaba de nuevo en el Orient Express junto a su esposo, sufrió un accidente que estuvo a punto de costarle la vida.

Al llegar a Calais, una nevada había cubierto la estación de hielo. Agatha, sin darse cuenta del peligro, resbaló en el andén y cayó a las vías, justo frente al tren. Por segundos, estuvo a punto de ser arrollada, pero un mozo de equipaje reaccionó a tiempo y la sacó de allí.

Su esposo, Max Mallowan, siempre decía que Agatha tuvo suerte de poder escribir "Asesinato en el Orient Express", porque de haber sido un poco menos afortunada, el tren que la inspiró habría sido el mismo que acabaría con su vida.

4. DAVID SUCHET

En la época en que Agatha Christie estaba muy enferma, cercana ya a sus últimos días, se representaba en el Birmingham Repertory Theatre una obra de teatro en la que David Suchet interpretaba a Moriarty. Todo lo que se cuenta en la novela sobre la misma es cierto. En la página siguiente encontrarás fotos de Suchet junto a Alan Rickman que hacía el papel de Holmes.

También es cierto lo que se cuenta del consejo que pocos años después le dio el actor que interpretaba con éxito a Hércules Poirot al que sería el Poirot definitivo. Pasó así:

Peter Ustinov y David Suchet actuaron juntos en la película para televisión «Thirteen at Dinner» (titulada en español «Trece a la mesa») en 1985. En esta adaptación de la novela «La muerte de Lord Edgware» de Agatha Christie, Ustinov interpretó al detective Hércules Poirot, mientras que Suchet asumió el papel del inspector James Japp

David Suchet relató en una entrevista cómo Peter Ustinov le sugirió que él sería un excelente Poirot. Suchet recuerda haberle dicho a Ustinov: «Dios, me encantaría interpretar ese papel», a lo que Ustinov respondió: «Creo que lo harías muy bien también».

Además, en su autobiografía "Poirot and Me", Suchet menciona que Ustinov le comentó que, debido a su altura, complexión y personalidad, él (Ustinov) no podía interpretar al Poirot que Agatha Christie había escrito, pero que Suchet sí podría hacerlo.

Debido a su desempeño previo en «Thirteen at Dinner», el guionista de la serie de televisión Poirot (Clive Exton) recomendó a Suchet para el papel a la ITV, cadena de televisión que acabaría realizando la serie, donde asumiría el papel protagonista desde 1989 hasta 2013, durante casi 25 gloriosos años.





5. .LICENCIAS

El objetivo de esta novela era crear un misterio clásico, una de esas novelas de detectives que leímos de niños. Y hacerlo en el marco de la vida de Agatha Christie.

Estamos intentando narrar la vida de la escritora y la génesis de su obra a través de una saga de novelas biográficas con un toque de misterio.

Estas son las licencias que nos tomamos:

Rosalind no fue ingresada en un hospital, sino trasladada a Abney Hall, a una de las mansiones de la hermana de Agatha.

Todo lo relacionado con el viaje de Agatha al Oriente y su regreso es cierto, incluida la enfermedad de Rosalind, o la caída de Agatha y el esguince de tobillo. Sin embargo, hemos simplificado algunos aspectos del viaje. El trayecto de Max y Agatha en Oriente está muy resumido: les sucedieron muchas más cosas documentadas, pero no se puede narrar todo en una sola novela.

Hassan es un personaje ficticio y, por lo tanto, no participó en el viaje. En la novela, atribuimos a Hassan sucesos y acciones que realmente corresponden a otras personas durante ese viaje. Por ejemplo, fue el chófer de los Woolley, un exmiembro de los Camel Corps, quien decidió emprender una misión suicida en busca de ayuda cuando el grupo quedó aislado en medio del desierto junto al lago, después de que el coche quedara atascado en la arena. Aproximadamente una hora más tarde, apareció como por arte de magia un Ford Modelo T acompañado de un beduino, quienes ayudaron a liberar el vehículo. El recital de poesía, por su parte, lo realizó un policía local, no Hassan.

Atribuimos estas anécdotas a Hassan con el objetivo de reforzar la relación entre Agatha, Max y este personaje ficticio, justificando así la amistad y las decisiones que toma posteriormente la pareja para ayudarlo.

Las dos ocasiones en las que Agatha se quedó en ropa interior en su viaje a Oriente también sucedieron.

Los Woolley acompañaron a Max y Agatha en varios momentos del viaje, especialmente durante su paso por Grecia. Decidimos resumir este tramo porque, explicado en detalle, habría ocupado medio libro y no un capítulo.

Las dudas de Agatha sobre su matrimonio con Max, las discusiones con su hermana, la rigidez social de la época y la boda o el miedo de la escritora a la prensa, son hechos reales.

En cuanto a la petición de matrimonio de Max, decidimos contradecir a la propia Agatha. En sus memorias, ella afirma que no se esperaba la propuesta y quedó en shock. Sin embargo, señala que, a diferencia de otros pretendientes a quienes rechazó de inmediato, no le dijo que no a Max de entrada. Además, invitó al joven a su casa, a pasar tiempo los dos juntos, lo que nos induce a pensar que, consciente o inconscientemente, se lo veía venir. Creemos que esta pequeña modificación tiene lógica narrativa y explica mejor lo que sucedió.

Cabe mencionar que Agatha escribió su autobiografía décadas después de los hechos y en ella se han encontrado errores comprobados, explicados ya en libros anteriores. Este ajuste responde a nuestra interpretación de los acontecimientos. No es una modificación grave, pero queríamos explicarla.

Max no llegó por su cuenta a Ashfield el fin de semana en que le propuso matrimonio a Agatha; ella fue a buscarlo a Paddington y viajaron juntos en tren. Cambiamos este detalle para simplificar la trama y ahorrarnos un capítulo.

Rosalind también formó parte del viaje a Egipto en 1933. En general, el viaje que describimos en esta novela está más inspirado en la novela "Asesinato en el Nilo" que en el viaje real de Agatha.

Este libro no menciona dos novelas publicadas o escritas por Agatha en este período: "Peligro inminente", también llamada a veces "Peligro en la casa de la punta" (*Peril at End House*) ni "La muerte de Lord Edgware" (*Lord Edgware Dies*). Se debe a que las abordaremos en libros posteriores.

Winterbrook House fue adquirida por Max y Agatha en 1935, no a finales de 1933 como sucede en esta novela. Sin embargo,

decidimos incluirla en este punto de la historia y de sus vidas para mostrar el lugar preferido de Max y destacar su importancia en la vida de Agatha. Aunque Max es un personaje secundario en estas novelas, quisimos darle la relevancia que merece.

Ah, y no queremos olvidarnos de Peter, su perro. Todo lo que cuenta en la novela es también verdad. No diremos más por el momento sobre Peter porque aparecerá en otras novelas. Aquí os dejamos una foto de Agatha con él.



6 . DOCUMENTACIÓN

Este es un tema muy complejo. La documentación sobre la vida y obra de Agatha no es muy extensa en número de libros publicados. Aparte de algunos libros particulares que afectan a cada caso, como por ejemplo alguno referido a la estancia de Agatha en las Canarias (que fueron claves cuando escribimos el segundo volumen de la saga), no hay demasiadas obras que sean una fuente fiable de información sobre la escritora.

Nosotros estamos acostumbrados a manejar mucha documentación. Para novelizar la segunda guerra mundial a través de varios volúmenes, de 1939 a 1945, Cosnava usó miles de libros. No exageramos, solo sobre tipos de tanques, uniformes y rangos dentro de las SS, ya eran cientos. Y biografías de los más de cien personajes protagonistas, y un largo etcétera difícil de imaginar. Teresa Ortiz-Tagle, en sus novelas (muchas de ellas históricas) también se ha tenido que enfrentar a retos semejantes.

Pero en el caso de Agatha nos encontramos con problemas inesperados. Las dos autobiografías que escribió son fiables de forma general pero no de forma específica. Comete muchos errores. Desde confundir el orden en que publicó sus libros ("El Misterio de las Siete Esferas" entre otros) a equivocarse en las fechas de su estancia en las Canarias, en qué hotel estuvo más tiempo y cuándo. Hay que pensar que escribió esas obras muchos años después (hasta cuatro décadas) de los hechos. Además, escribió como se ha dicho dos autobiografías (una de ellas más centrada en sus viajes y en la arqueología) con muchos años de diferencia entre una y otra, produciéndose recortes una vez acabadas (algunos de esos recortes han trascendido y narran cosas de gran importancia o contradicen otras) y muchas otras situaciones que, a veces, hacen dudar al investigador sobre pequeños detalles que al final son la clave en una novela sobre su vida.

Por ello es una tarea compleja separar los recuerdos de Agatha de la verdad. En las Canarias, por suerte, hay obras publicadas sobre su

estancia donde se detallan los días exactos y sus movimientos, pero en otros muchos casos las omisiones o los errores hacen que debamos ir con cuidado. A veces, los errores son pequeñas cosas obvias pero importantes, como llamar Estambul a una ciudad que en 1928 era llamada aún Constantinopla.

Hasta los libros especializados sobre su vida se confunden. Por ejemplo, hablan del nombre de un Hotel en Bagdad que está en otra ciudad, o dicen Estambul como la propia Agatha en su autobiografía cuando en 1928 aún no se llamaba así. De hecho, Agatha utiliza en su autobiografía la palabra "Stamboul", que no comenzó a usarse hasta tiempo después. No usa el nombre más común en inglés "Istanbul" que con el tiempo quedaría como nombre definitivo cuando se abandonase el nombre de Constantinopla. Hay que hacer notar que en la novela "Murder on the Orient Express" sí utiliza "Istanbul", que en este caso es el correcto, porque la novela se publicó en 1934 y las autoridades turcas pidieron a los occidentales que usasen los nombres turcos en 1930. Y es que, por supuesto, hay que leer tanto las novelas de Agatha como los ensayos sobre la escritora siempre en inglés, porque a veces hay errores de traducción o matices en las palabras que son intraducibles. Por ejemplo, hablando de nuevo de "Murder on the Orient Express" en ella aparece un *chef de train* (usando la expresión en francés) no un Jefe de Tren como en la traducción española, por lo que decidimos respetar la forma en que Agatha lo nombra en su novela originalmente.

Hay muchos pequeños detalles que los lectores no ven pero que el escritor profesional disfruta que sean los correctos.

Debe añadirse que el mejor de los libros sobre la obra (también vida) de Agatha es para nosotros "The Complete Guide" de Dennis Sanders y Len Lovallo, y tampoco está exento de errores. Nuestro libro preferido es, sin embargo, "Agatha Christie at Home" un precioso libro de fotografías en su casa y centrada en su vida privada, compra obligada para los verdaderos fans.

También es interesante la biografía de Janet Morgan, o el estudio de H. R. F. Keating, el Companion de Charles Osborne, el examen de

Poirot en el conjunto de sus obras publicado por Mark Aldridge o la investigación sobre las famosas libretas de Agatha hecha por John Curran. Especial interés tienen para nosotros los ensayos de diversos autores publicados por J.C. Bernthal y, sobre todo, "Agatha Christie An Elusive Woman" de Lucy Worsley, libro que nos retrata una Agatha algo diferente de la que todos imaginamos. No estamos totalmente de acuerdo de lo que se dice de ella en este ensayo, pero las reflexiones eran tan brillantes que nos hicieron reflexionar e influyeron en la forma en que describiremos la madurez de la nueva Agatha que va a surgir tras la separación de su primer esposo.

Y solo citamos aquí los libros más interesantes, hay muchos más específicos sobre su estancia en tal o cual lugar, como el viaje con su primer esposo en 1922, y un largo etcétera.

Nosotros tenemos ahora mismo una amplia biblioteca sobre Agatha y aun así pensamos que nos faltan libros y siempre estamos buscando nuevas fuentes de documentación.

Por nuestra parte, seguiremos documentándonos rigurosamente. Porque no es lo mismo tomarse una licencia cuando uno sabe lo que pasó de verdad que cuando no lo sabe. Las licencias de los mal informados suelen ser groseras y a menudo innecesarias. Si te documentas, tus licencias son menores, orgánicas y respetan la vida y obra de las personas reales. Sobre todo la de Agatha, que es la protagonista de estas novelas junto al, por supuesto, inefable Héracles Amadeus Polrot.

Esperamos, en suma, que sigáis confiando en nuestras novelas y el éxito de esta saga prosiga mucho tiempo. Pondremos todo de nuestra parte para que así sea.

Gracias.

TERESA ORTIZ-TAGLE & JAVIER COSNAVA
(Asturias, marzo de 2025)

SAGA AGATHA CHRISTIE

(Los casos de Héracles y Agatha)

1 YO NO SOY HÉRCULES POIROT

2 YO NO SOY AGATHA

3 AGATHA EN EL ORIENT EXPRESS

4 ELLA QUIERE MATARME

(El primer caso de la verdadera Miss Marple)

5 AGATHA SE CITA CON LA MUERTE

6. YO NO SOY SHERLOCK HOLMES

(La verdadera Miss Marple nº2)

7. AGATHA EN EL NILO

8. DOS CADÁVERES EN LA BIBLIOTECA

(La verdadera Miss Marple nº3)

9. AGATHA ANUNCIA UN ASESINATO

Javier Cosnava (Hospitalet de Llobregat, 1971) es un escritor y guionista residente en Oviedo. Ha publicado 30 obras en papel entre novelas, ensayos y cómic, en España y Francia, y en editoriales tan prestigiosas como Dolmen, Suma de Letras (Penguin Random House) o, en Francia, Sarbacane (Flammarion) y también en Holanda en la editorial Lauwert.

Ha ganado 37 premios literarios, destacando el Ciudad de Palma, el Serra i Moret de la Generalitat de Cataluña y el premio Haxtur del Festival del Principado de Asturias.

Autor prolífico, publica con varios pseudónimos en formato digital y sus obras superan ya los dos millones de descargas.

Teresa Ortiz-Tagle es una autora asturiana cuyas obras se centran en descubrir mujeres a lo largo de la historia, heroínas que realizaron grandes gestas y han sido olvidadas con el paso del tiempo.

Ha publicado en la editorial Grijalbo (Penguin Random House) la novela "La espía roja" bajo el pseudónimo de Sofía Dealma.

También es autora de novelas policiales junto a Javier Cosnava.

Muchas de sus novelas se han situado entre las más vendidas en Amazon.

[1]Véase la novela “Agatha se cita con la muerte”

[2]Incluso en mis últimos años, ahora que soy una anciana, recuerdo este lugar con nostalgia. De hecho, en una de mis últimas novelas, “La puerta del destino”, hay descripciones que evocan los jardines de Ashfield. En otras novelas también se puede sentir la presencia de la vieja mansión de los Miller. Por ejemplo, en “Testigo mudo” se describe un salón que está inspirado en uno que había en la casa, o en “Sangre en la piscina”, la gran secuoya wellingtonia y las hayas que dominan el paisaje.

[3]Véase la novela número 3 de esta colección: “Agatha en el Orient Express”

[4]"El Podenco de la muerte" fue publicado en castellano íntegramente hace poco. Hasta entonces, algunos de sus relatos habían sido repartidos en dos recopilatorios: "Testigo de cargo" (1983) y "Poirot infringe la ley" (1966).